

A woman with long hair, wearing a red long-sleeved shirt and black leggings, is running away from the viewer down a path in a misty forest. The trees are tall and thin, and the ground is covered in fallen leaves. The overall atmosphere is ethereal and dreamlike.

El Diario de un Sueño

MOISÉS GAVIRIA

EL DIARIO DE UN SUEÑO

MOISÉS GAVIRIA PIEDRAHÍTA

Este libro fue escrito y editado de manera autónoma por el escritor Moisés Gaviria Piedrahíta, en la ciudad de Envigado, departamento de Antioquia, de la República de Colombia.

Un borrador de este libro fue publicado en una plataforma de descarga digital el 4 de febrero del año 2013, logrando más de 100.000 descargas en sólo tres meses de publicación.

Luego de batallar con los intereses personales de las editoriales del país de origen del autor, se abrieron las puertas para poder publicarse la obra en la plataforma de Amazon Kindle el 31 de agosto de 2019, siendo, por consiguiente, la primera edición oficial del libro completamente terminada, más de seis años después.

Esta nueva edición es una revisión completa del argumento original de la obra, el cual fue modificado por el autor para permitir la narración de una historia paralela que desemboca en un final completamente nuevo.

Cualquier discusión sobre el libro, se realiza en las redes del autor, buscándolo con el seudónimo [Moisescriptor](#).

Te invitamos a seguirlo y a comentar tus opiniones sobre la obra.

Disfruta la lectura.

La imagen de la portada fue realizada por el fotógrafo [Alejandro Rodríguez Cubillos](#), visítalo para conocer más sobre su trabajo.

Seis años después. Todavía reconozco a innumerables lectores que me siguieron en el éxito, en el abandono y en la nueva bienvenida. A aquellos que reconozco. A aquellos que siempre estuvieron ahí. Para ellos va dedicado mi libro.

"Las cosas sorprendentes, son cosas comunes en buenas manos."

El Diario de un Sueño —Moisés Gaviria Piedrahíta

Carta al lector

Editar, releer atentamente, reescribir y reafirmar una obra que fue escrita por ti en el pasado, es una oportunidad muy especial de conocer la escritura espontánea de un autor que todavía no había sido pulido por la crítica, la experiencia y la madurez. Es un vestigio maravilloso que te muestra la pasión juvenil con la que escribía antes de que la vida me transformara con obligaciones, responsabilidades y un camino de decisiones difíciles. Admiro mucho la valentía que tuve al aventurarme en su escritura y, aún más, admiro la fuerza de voluntad que reuní en aquel momento para publicarlo como un borrador. Todo este trabajo me involucró de nuevo en el mensaje que quise dar en su momento y que ahora recalco con mucha insistencia. Un mensaje que encontrarás en estas páginas y que transforma la perspectiva de vida, gracias a una fuerza constante y, muchas veces, olvidada, que se encuentra dentro de cada uno de nosotros.

El Diario de un Sueño es una invitación al lector. Una invitación que asumí en el mismo momento en que la reencontré. Una carta de guía para volver a las expectativas infantiles que todos tuvimos alguna vez, en donde no hay nada que no se puede realizar y en donde el límite a nuestros sueños, es uno mismo. ¡Cuánto necesitamos de ello, sobre todo en este preciso momento!

Ojalá todos tuviéramos la oportunidad de encontrar nuestro propio Diario de un Sueño, en donde catapultáramos nuestra voluntad de vivir hacia las creencias que nos motivaban a jugar, a reír y a disfrutar la vida en nuestra niñez. Ojalá todos nos contamináramos con la magia de ilusionarse ante las posibilidades, porque de ella es que depende una gran parte de las experiencias más maravillosas que podamos disfrutar.

A ti lector, que encuentras este diario de sueños, te invito a que leas su contenido y anotes, para ti, una lista que cumpla las mismas expectativas, a aquellas que motivaron al protagonista a emprender su viaje. Cuando termines la obra, quiero que leas esta lista de sueños y te preguntes a ti mismo: ¿qué he hecho para lograr todo esto?

Esa es la verdadera magia.

Y aquí, con ustedes, quiero compartirla.

Moisés Gaviria Piedrahíta

Capítulo 1

Retrospección

Siempre somos testigos del latir próximo de nuestros corazones al presenciar absurdas ideas de llanas ilusiones que vagan libres entre las praderas de nuestros propios sueños. Nos dividimos, con constante apuro, entre espectadores y protagonistas, intentando alcanzar el triunfo indudable que nos presenta la vida como el jugo próximo de nuestra voluntad de vivirla. Pero nuestras más hermosas aventuras se ven reducidas por escalones que no logramos superar, y sueños que tememos alcanzar. Yo soy Miguel Castañeda Cifuentes, un hombre que ya ha recorrido varios años de vida, riendo jovial alguno de ellos, padecido sin gusto ni ternera otros y aprendido los restantes. He vivido mi vida aprovechando y desaprovechando los segundos de mi existir, llenándolos de emociones fuertes, erróneas o bellas, las cuales, sin discutir, son el resumen de la totalidad de mi ser. Un conjunto de aventuras que probarán su criterio, llevándolo hasta el punto de la extensa locura o extendiéndolo lo suficiente para antojar sus sentidos de pequeños caprichos. Planeo narrarles la integridad misma de los dichosos sucesos que lograron despertar mi sentir, enumerando mis fantasías con dulces colores, esperando que mis palabras sean lo suficientemente dignas de relatar, como merece ser contada, una historia que ustedes amarán.

Nací en un pueblo olvidado por la civilización, el cual se mantenía tradicional ignorando los cambios tecnológicos, políticos o culturales que el país podía tener. Mis padres, Pedro Castañeda y Lina Cifuentes, me tuvieron y criaron en una modesta casa a orillas de un río que corría apresurado entre las rocas salvajes de las fronteras del pueblo. Toda mi infancia, para no profundizar en ella, fue exactamente como debió ser: jugué, me enamoré y me desilusioné. Me enojé, odie y amé a mis padres, estudié y aprendí. Avancé y retrocedí en mi vida, pasando por sucesos, fácilmente imaginables, de un joven que apenas estaba creciendo, el cual, tan sólo, se enseñaba a sí mismo

lo que era la vida. Como crecí en un pueblo, envidié a todos los de las grandes ciudades y mi deseo era ir a vivir en la ciudad, para estudiar y trabajar, y así morir siguiendo el sistema básico de vida que todos tenemos programado para respetar el rumbo de la brumosa sociedad. Como lo dije lo hice, cumplí la mayoría de edad, terminé el bachillerato y me fui a vivir una vida solitaria en la ciudad más cercana del pueblo, para no tener problemas si alguna vez me chocaba con el mundo y poder recurrir a mis padres si esto pasaba. Y sí que me choqué, varias veces, pero tuve el valor siempre de levantarme y volver a empezar sin ayuda.

Con algo de esfuerzo, por parte mía y de mis padres, terminé con honores la universidad en la carrera más lucrativa que pude encontrar, pues mi plan era ganar dinero y hacer, entonces, lo que quería en aquellos tiempos. El dinero no se hizo esperar, comencé a trabajar en una empresa, me ascendieron y, cuando ya no podía sacar más provecho de ésta, me retiraba, siempre con recomendaciones; comenzando en otra mucho más grande, para luego cumplir el mismo ciclo, recibiendo cada vez mucho más dinero, más poder económico. Y todo pareció cumplirse cuando un día invertí todo ese dinero en mi propia empresa, la hice crecer y, en cuestión de veinte años, después de graduarme como un joven, tenía todo lo que había soñado tener, o eso pues, creía.

Pero la verdadera historia comienza poco después de llegar a mi casa de un viaje de negocios, el cual me había asegurado la clave primordial en mi plan de expansión. Abrí la puerta, entré y comencé a caminar, cargando mis maletas, pensando en el contrato millonario que había obtenido, pero, a diferencia de otras ocasiones, esta vez no sentía felicidad ni ánimos. Me senté en el sofá de la sala y pensé en lo que podría estar sucediendo. “Estás cansado del viaje”, me dije a mi mismo en un intento pobre de alegrarme. Pero algo en mí hacía que un poderoso “no” retumbara en mi mente, haciendo que mis ideas respondieran dudas que no existían, buscando una explicación vaga a mi desaliento, hasta quedarme dormido.

Cuando abrí los ojos, despertándome por el aviso del teléfono, estaba en el sofá con la misma ropa con la que había llegado el día anterior, me paré algo torpe a contestar y, cuando tomé el teléfono, una alegre voz me habló.

—¡Felicitaciones por el nuevo negocio!

Apenas pude asimilar quién era; Juan Cortés, mi socio.

—Espera —le dije.

Puse el teléfono en la mesita donde la base yacía y con los puños me froté los ojos mientras bostezaba. Lo tomé de nuevo y lo saludé con el mismo

disgusto que, desde el día anterior, invadía mi cuerpo.

—¿Qué te pasa? —Me preguntó algo sorprendido, por lo que le declaré mi disgusto, le di las gracias y le colgué sin ser más grosero que decoroso.

Ya eran las cuatro de la tarde cuando mi padre llegó a mi casa y me encontró todavía sentado en el sofá, con la mirada perdida en lo inexistente y sin haber comido ni tomado absolutamente nada.

—Hijo —me dijo mientras me tomaba del hombro y se sentaba junto a mí.

Lo miré, lo saludé y volví a perder mi mirada.

—¿Acaso no te fue bien en tu negocio? —Me preguntó intrigado mientras se paraba hacia el bar para servirse un trago.

—Excelente —le contesté, parándome yo también para seguir su acción por un antojo innecesario.

—Entonces ¿qué te pasa? —Me cuestionó con la misma intriga.

—Algo, y no sé qué es —le respondí con la mayor sinceridad que pude.

Él simplemente me miró, se me acercó, me sonrió y me extendió la mano derecha.

—Toma, ya sabía yo que las necesitabas, tu s... —se interrumpió, para luego dejar caer en mi mano unas llaves que hace tiempo no había visto— esta vez no va a ser igual a las otras veces, Miguel, hoy no voy a aceptar un no como respuesta. Te pido, esta vez, que dejes todo y vayas. Ve. Quizás hay algo allí que te motive a despejarte, a descansar. Quizás hay algo allí que te permita soltar las amarras que creaste hace tantos años y que todavía no eres capaz de soltar. Hazlo por mí. Hazlo por tu madre. Ambos queremos que vayas allí y descanses.

—Papá, ¿estas son las de casa? —le pregunté sorprendido.

—Así es. Hace mucho tiempo no la visitas. Ella sigue allí, detenida en el tiempo desde que partiste a cumplir tus metas a la ciudad. Siempre que voy, siento que te llama, que te extraña, que quiere decirte algo. Es momento de que respondas, Miguel.

Se acabó lo poco que le quedaba del licor con un sorbo rápido, me dio un abrazo y se fue sin decir nada más. Miré las llaves, eran las que abrían la puerta principal de la casa donde había crecido. No la visitaba desde hace muchos años. No la visitaba desde que partí para ir a la universidad. Era la casa donde había vivido mi niñez.

Decidí, sin ni siquiera pensarlo, tomarme unas vacaciones e ir a disfrutar el ambiente de pueblo de mi antiguo hogar. Tomé el teléfono y llamé a Pedro, le expliqué que me iba a ausentar un tiempo, así que tenía que quedarse a cargo,

aceptó, como era costumbre, y me deseo suerte. Llamé también a mi mamá a darle razón, a mi papá a darle las gracias y a mi secretaria para evitar molestias durante el viaje. Tomé la maleta, que ya estaba arreglada, y simplemente salí.

Cuando llegué a mi destino, me encontré con una casa envejecida y solitaria. El riachuelo no corría más por las rocas, que ahora estaban adornando un paisaje casi desierto. Una empresa tenía que utilizar el agua del nacimiento para su propio beneficio, contaminándola y devolviéndola al ambiente ocasionando un desbalance en un bosque cercano que ahora estaba seco e inhabitable. Busqué las llaves en mis bolsillos, las tomé y abrí la puerta entrando al pasillo de bienvenida, el cual estaba empolvado, sucio y casi irreconocible. Cuando entré cargando la maleta, cerré la puerta y me quedé de pie en la sala de bienvenida, cerré los ojos y comencé a recordar cómo corría por la casa buscando a mi mamá por algún raspón, cómo mi padre llegaba de trabajo por las noches y se sentaba conmigo para ayudarme a hacer los deberes, cómo mi madre llamaba a la mesa moviendo una campanita haciendo que su sonido se escuchara en gran parte del pueblo, pues, era lo única manera de hacerme volver de mis aventuras por el bosque o mis proezas deportivas con los hijos de los vecinos. Revisé todas las habitaciones hasta llegar a la que me pertenecía, me senté en mi vieja cama, sus tablas crujieron, miré la pared de mi cuarto y casi pude presenciar toda la historia de mi niñez entre todas las fotos, papel tapices y pegantes de antiguas calcomanías. Recordé todas las cosas que habían ocurrido allí; las veces que me había quedado leyendo, llorando o riendo. Pasó un buen tiempo antes de que me percatara de la hora y sintiera hambre, por lo que fui a la cocina y noté, con algo de disgusto, que la nevera estaba vacía y la lacena no tenía nada más que café molido. No había nada que pudiese comer, así que, casi por obligación, tuve que salir al parque del pueblo a buscar algo para calmar el hambre.

Mientras caminaba buscando algún sitio donde poder sentarme, me hallé parado, casi por sorpresa, al frente del restaurante donde siempre mis padres me traían para celebrar los días de fiesta tradicionales. Sin pensarlo, ese fue el sitio que escogí para cenar, por lo que entré y me senté en un rincón a solas, entreteniéndome mi atención mientras miraba la vela que estaba alegremente prendida en mi mesa, esperando ser atendido.

—Buenos días a El Plato de Delicias, ¿cómo está usted? —me saludó la camarera con una sonrisa.

Me pasó el menú para yo poder seleccionar algo de la carta. La saludé y le

recibí el menú devolviéndole una sonrisa. Hojeé un poco mientras intentaba recordar el plato que siempre había pedido cuando venía con mis padres, pero no logré, aunque lo intenté, recordarlo. Al final pedí un vino con una carne a medio asar enriquecida con especias, algo muy básico pero delicioso. Cuando me lo dieron me lo comí con gusto y prisa, para no demorarme mucho en el exterior. Ya después del restaurante y el caminar para volver a casa, solo me quedaba dormir, por lo que me acosté con gusto en mi vieja cama; y no, no era pequeña.

Al otro día, bastante temprano, alguien comenzó a tocar la puerta y, con algo de sorpresa, me levanté de golpe. Fui y sin abrirla pregunté quién era.

—Señor Miguel, soy Alonso, el mayordomo que contrató su papá. Aquí le traigo unas cosas que encontré revolcadas mientras organizaba el cuarto útil —me respondió con una voz amable.

Abrí la puerta y recordé ese rostro maltratado por los años, le recibí una caja sellada, la puse en el suelo y lo saludé, saqué de mi bolsillo algo de dinero y se lo di en forma de agradecimiento, él se fue y yo me entré, con la caja, para entretenerme buscando viejas cosas y mirar si algo me era útil.

Abrí la caja y me encontré con restos de un candelabro, algunos bombillos viejos y dañados, libros tan olvidados que ni siquiera hacían notar su cubierta, fotos, de mi madre y padre, que recordaban viejos tiempos en portarretratos de metal oxidado, algunos pisapapeles, lapiceros, entre otras cosas que siempre se guardan por no botar, pero tampoco para volver a utilizar. Algo que me intrigó, entre todos los ejemplares, era uno que tenía una cubierta animada, casi infantil, el cual estaba al fondo de la caja. Lo tomé y examiné sin abrirlo, me parecía más interesante por qué mi padre tenía un libro de tal índole que el mismo contenido, pues no era común en él leerme cuentos para niños ni común en mí conocerlos. Ya que había encontrado algo de café para hacerme en la noche, decidí pararme a hacerme un poco con el libro en las manos, pero, lo dejé olvidado en una mesita que antes utilizábamos para poner las llaves cuando llegábamos cansados al hogar. Fue algo complicado ingeniar la manera de hacer el café, pues, mi madre, desde que le había enviado una cafetera, solo tenía a disposición el café que se utilizaba en ella, por lo que era un verdadero problema prepararlo sin este electrodoméstico. Al final utilicé una camiseta que obtuve de mi maleta, era negra y estaba limpia por si te preocupaba la idea, y lo filtré aprovechando la textura de la tela dando como resultado una preparación más artesanal. Cuando me senté en la mesa de la cocina para beberme el oscurecido líquido, me vi envuelto en una felicidad espontánea que

comenzó a invadirme en todo el cuerpo y me hizo reír a carcajadas; una risa de satisfacción y descanso. No recuerdo la última vez en que me sentí tan bien.

Pasó mucho tiempo desde que recibí la caja y ya había seleccionado cuales cosas podían servir y cuáles no, por lo que ahora me había dedicado a limpiar, con algo de esfuerzo, el piso y las paredes de mi antiguo hogar para dejarlo en buen estado, esperando que continuara su presencia en el tiempo. Los portarretratos que había salvado de la caja fueron otra vez exhibidos en el corredor, dándole el ambiente familiar que este templo merece. Acomodé las sábanas, para mantenerlas limpias, en cajones que limpié. Me encontré todo tipo de insectos y animales mientras corrí viejas cosas que estaban debajo de las camas y sólo quedé satisfecho cuando me paré en la sala de estar y sentí que ese recurrente “olor a viejo” se había ido. Ya sólo faltaba acomodar los muebles para poder estar seguro que iba a dejar mi hogar tal y como lo había encontrado.

Todas estas vacaciones no hubiesen sido más que un recuerdo, si el libro que había olvidado no hubiese aparecido. Como un destello de luz del destino que siempre se recibe del más atento o del menos conocedor, me tropecé, mientras corría unas cosas en el pasillo de bienvenida, con la mesita donde había dejado reposando tal libro. Éste, sin explicaciones, cayó, mostrándome su hoja de bienvenida, la cual, con una letra infantil, versaba “El Diario de un Sueño”.

Capítulo 2

El inicio

Cuando leí el título del libro que yacía en el suelo, pensé en que era algún tipo de cuento para niños que mi padre había comprado, pero que nunca me había leído. Lo tomé y comencé a ojear rápidamente cada una de sus páginas mirando solamente lo que podría contener y, de sorpresa, me di cuenta que estaba escrito a mano y que su letra reflejaba un autor descuidado y joven. Lo cerré de golpe y lo mantuve sujeto a mi mano mientras tomaba mi celular para marcarle a mi padre, ya que la curiosidad de su procedencia me tenía bastante intrigado. Marqué y escuché como rítmicamente el tono de espera sonaba, hasta que mi padre contestó.

—Hola hijo, ¿cómo va todo? —me preguntó alegre.

Le contesté que me encontraba bien. Moví las páginas del libro buscando algo en su cubierta que me diera información para poder preguntarle sobre su procedencia, pero, mientras hacía tal acción, una nota que estaba adentro de sus páginas, y que al abrirlas había ignorado, cayó al suelo dejándome ver una escritura más madura y algo afanada. Me quedé mirándola mientras hablaba con mi padre acerca del viaje, pues, la nota que permanecía en el suelo me había convencido de no preguntarle nada. Guardé mi celular en el bolsillo de mi pantalón y me agaché a recoger la nota, me paré, sin leerla, y fui a buscar algo más de luz para entender la grafía escondida en el papel envejecido y ocre. Al sentarme, en uno de los sofás viejos de la sala, estiré la nota y pude leerla:

“Este es mi Diario de un Sueño. Mi única herramienta para dejar la aburrida realidad. Si acaso eres mi molesto hermano, deja ya de ser chismoso o le diré a mi madre. Pero si acaso eres algún tipo extraño que lo encontró, devuélvemelo por favor, soy una chica adorable que vive...”

No pude comprender más lo que decía la nota, pues estaba borrosa la letra

porque la tinta se había corrido por la humedad y hacía imposible poder entenderla. Dejé la nota a un lado y miré el libro, ese curioso diario de una pequeña, la cual se había olvidado de lo real escribiendo en un simple texto sus sueños. Me decidí, si era posible, devolverle con mis propias manos tan anhelado tesoro, no sabía cómo, pero, comenzaría a buscar algo que me diera pistas en las mismas páginas de éste. Así que lo abrí y miré su primer contenido que conocía ya, esa simple bienvenida que daba título a todo lo siguiente “El diario de un sueño” decía. Con delicadeza agarré la página y pasé para ver la siguiente sorpresa, por lo que leí:

Día 1— Comienza mi sueño

Hoy me desperté con ánimos de algo nuevo, aprovechando este diario que me regaló mi padre se me ocurrió la increíble idea de escribir lo que soñaba, pues ya tenía otro diario para escribir lo que me pasaba. Aquí entonces, escribiré todo lo que me gustaría hacer en un día cualquiera, para hacerlo un día perfecto, soñaré sobre algo y lo expresaré para luego leerlo y reír con él, es un diario de sueños que guardaré como un tesoro.

Quise entonces imaginarme algo que desearía, cerré mis ojos mientras intentaba buscar en la tienda de mis recuerdos alguna prenda que me hiciera falta. Así entonces, me dio el capricho de comprar para toda ocasión, por lo que me imaginé parada en un almacén gigante lleno de ropa, el cual tenía todo lo que podría escoger o rechazar. Comencé entonces a buscar y encontré un vestido de gala que lucí con sonrisas, seguí mi búsqueda y ojee en un rincón donde hallé un conjunto de pesca que me quedaba precisamente hermoso. Me dio dificultad escoger mi siguiente prenda, pero, algo escondido, en una canasta llena de clásicas camisas, pude alcanzar una, la cual me quedaba perfecta.

Cuando llené el primer carrito de mercado quise encontrar una razón fácil de entender para explicarme a mí misma por qué quería comprar tanta ropa. Después de pensar un buen rato, me imaginé parada al frente del vendedor de boletos de avión, al cual pedí un boleto a cualquier parte disponible y me tapé los oídos para no escuchar a donde iba a llegar. Entregué mis maletas llenas de toda la ropa que había comprado y abordé dichosa de un viaje espléndido al país del “yo no sé”.

Sólo quise añadir, que todo lo que hice hoy, fue increíble, maravilloso y, por supuesto, de ensueño.

Terminé de leer la primera página y cerré el libro, fascinado por la manera

en que alguien podía imaginar y redactar lo que más deseaba. Me sorprendí, viendo la grafía con la que estaba escrito, de su redacción tan madura y correcta. Pero, aunque me había gustado, no existía nada en aquellas palabras que me dieran una pista para encontrarla. Reposé entonces el libro en la mesita y me paré hacia la cocina para hacerme un poco más de café, y, justo cuando estaba en camino, mi celular sonó, sacándolo del bolsillo para contestar.

-Miguel, tu padre me contó que estabas en el pueblo y me alegré bastante, ¿cómo estás? —Me dijo mi madre inmediatamente, sin darme tiempo ni siquiera para saludar.

-Bien mamá, me he tranquilizado mucho —le contesté.

Noté como se alegraba por el tono de su voz, me preguntó sobre la casa, el río y las personas y me recomendó darle algo de dinero al mayordomo cuando me fuera. Yo simplemente escuchaba afirmando, aceptando sus deseos, y cuando calló, se pudo notar un silencio incómodo, lo que le dijo a mi madre que me pasaba algo.

-Miguel, ¿en qué piensas? —me preguntó

Yo quise responder con un “nada”, pero el libro que estaba apoyado en la mesa central de la sala, ese diario de misterios, me empujó a preguntarle.

-Mamá, cuando tú encuentras algo increíble, maravilloso ¿Qué haces?

-Cuando encuentro algo maravilloso e increíble, sigo el camino que me invita a seguir —me respondió con ternura.

Ya había cerrado y organizado todo para partir. Tenía el diario en el bolsillo principal de mi maleta para poder comenzar a seguir cada página como una guía hacia su autora. Podría tomar el diario y regalarme la oportunidad de adelantar sus páginas como un niño jugueteón que no puede esperar a su final, pero como todo camino, siendo recorrido correctamente, se avanza paso a paso, decidí que mi curiosidad no iba a derrumbar la invitación, que infantilmente había recibido, para volver a creer en ilusiones con fundamentos de fantasía. Me despedí del mayordomo dándole algo de dinero como mi madre me había recomendado y comencé mi viaje. Lo primero que tenía que hacer, era comprar ropa para toda ocasión, así que tenía que organizar primero una lista de las ocasiones. Mientras estaba en el taxi, el cual se dirigía a un centro comercial para conseguir la ropa, comencé a anotar en una libreta cualquier evento que se me ocurriese. Ya cuando estaba justo al pie del almacén tenía una enorme lista que iba a seguir al pie de la letra para comenzar este viaje de aventuras.

Entré y tomé el carro más grande disponible y comencé a caminar por todos los pasillos buscando los conjuntos que había incluido en la lista, pero como es costumbre en los hombres, el comprar ropa no me iba muy bien. Ya estaba un poco atareado cuando pasando por una esquina, que doblaba hacia la izquierda para seguir la vuelta al almacén, encontré a una pequeña llorando pidiendo a gritos a su madre. Yo dejé a un lado el carrito, me agaché y le sonreí.

-¿Qué te pasó? —le pregunté.

-Mi mamá no está —me respondió.

Yo me paré y miré hacia todos los lados para intentar encontrar a su madre, pero fue inútil, lo que me hizo volver a agachar para estar a su altura.

-Cuando yo era pequeño, de igual forma siempre me perdía en los grandes almacenes mientras mis padres compraban lo que necesitaban —le dije intentando calmarla.

La niña me miró, dejó de llorar y sus ojos me mostraron curiosidad.

-¿Y qué hacías entonces? —Me preguntó.

-Buscaba a alguien que sonriera y le pedía ayuda —respondiéndole mientras la miraba con ternura.

La niña sonrió, caminó de un lado a otro, me miró y ahora me mostraba con su mirada preocupación.

-No encuentro a nadie que sonría —me dijo con sinceridad.

Yo la miré, me paré, saqué la lista que había hecho y se la mostré

- Tienes mucha razón, sólo estoy yo ¿quieres entonces hacerme sonreír?

Ella se me acercó, tomó la nota y comenzó a leer torpemente y en voz alta lo que decía.

—¿Para qué es esta lista? —me preguntó mientras me la devolvía.

-Tengo que comprar todo eso y yo soy algo torpe. Así que mientras caminaba, estaba preguntándome ¿quién podría ser tan valiente como para ayudarme en esta difícil tarea? —le respondí mientras le limpiaba las lágrimas que tenía en las mejillas con mi pulgar.

Ella detenidamente me miraba con ojos que reflejaban esperanza. Tragó saliva mientras chocaba sus índices mostrando pena.

—¿Esa persona puedo ser yo? —Me preguntó tomando un poco de valentía.

—Estaría encantado —le dije mientras me paraba y le tomaba la mano.

La pequeña resultó ser hija de una empleada del mercado, la cual, al verme con ella, se inundó de nervios. Pude despreocuparla con una charla y logré, casi por milagro, convencerla de dejarme comprar al lado de su hija. Admito

que la alegría que reflejaba en sus ojos la pequeña me ayudó a convencerla. Ya entonces tenía una perfecta profesional en ropa y sólo me quedaba escoger las prendas de la lista para comenzar a modelarle y divertirla con todo lo que podía encontrar en aquel almacén. Me ponía una prenda de “hombre malo” y salía con unas gafas negras mientras hacía imitaciones sólo para verla reír, pues no hay nada más sanador que la risa de un niño. Me puse ropa de mujer y, disimulando un relleno de senos haciendo conjunto con una peluca, que por suerte encontré, salí como toda una “seductora” mientras guiñaba el ojo a todo el que me veía jugar con aquella niña. En cuestión de minutos, tenía ya varios espectadores, los cuales me aplaudían cada vez que salía con una prenda nueva y me silbaban si lucía atractivo.

Después de despedirme gentilmente de la madre de la pequeña, agarré el carrito lleno de bolsas y pedí un taxi, el cual llené completamente con la ropa.

—¡Dios mío señor, parece que le compró ropa a todo un pueblo! —me dijo en broma el taxista y añadió— ¿A dónde quiere ir?

—Al aeropuerto —le dije sin dudar.

Me subí al taxi y este arrancó con dirección hacia allí. Mientras esperaba a llegar a mi destino saqué mi celular para llamar a mi padre y avisarle que iba de viaje. Busqué entre mis contactos y le marqué esperando a que me contestara.

—Hola hijo, ¿cómo estás pasando en el pueblo? —Me preguntó como saludo.

—Padre, no estoy en el pueblo, estoy en un taxi con dirección al aeropuerto —le respondí tranquilamente.

—¿Cómo que al aeropuerto? ¿Acaso no te resultó un negocio? Yo sabía que algo te pasaba, pero nunca me imaginé que eran problemas con los negocios —su tono de voz me mostró algo de preocupación.

-No papá, simplemente voy a pasear —dije mientras me reía. Me pareció tierno.

—¿Y a dónde piensas ir? —me dijo mientras mostraba en su voz alegría.

-no lo sé papá, no lo sé —le respondí con la mayor sinceridad.

Llegué al aeropuerto, le pagué al taxista y saqué toda la ropa con esfuerzo mientras uno de los guardias de seguridad me ayudaba a ponerla en el suelo. Le agradecí dándole algo de propina y cargué todas las bolsas de ropa por el pasillo del aeropuerto hasta llegar a las oficinas de agencias. Llegué a la que más cerca quedaba, saludé a un joven que estaba atendiendo.

—Bienvenido a Vuelos Triunfante ¿en qué le puedo ayudar? —me dijo con

voz amable.

Comencé a ver el tablero de viajes y analicé todos los lugares y planes de vuelo que estaban disponibles intentando decidir cuál pedir, pero de inmediato recordé que la pequeña había escrito que no quería saber el destino, por lo que quise imitarlo.

—Deme cualquier plan de viaje, que no se demore en partir y por favor, no me diga a donde voy a ir.

El joven me miró con extrañeza, volvió su mirada hacia su computador y comenzó a buscar.

—¿Qué le parece a...?

Paró de hablar, pues yo había alzado mi mano en señal de silencio.

-Ese me gustará, démelo por favor —le respondí.

Como tenía varias bolsas del almacén, tuve que comprar algunas maletas en un supermercado que quedaba cerca al aeropuerto. Fue algo gracioso ver cómo, con curiosidad, la gente en el supermercado pasaba y me miraba sacando la ropa de las bolsas y acomodándolas en las maletas como si de mi casa se tratase. Ya después de tener todo listo, me faltaba sólo abordar el avión hacia mi desconocido destino y, para no tener la sorpresa de saber a dónde me dirigía, me compré en el supermercado unos tapones para oídos e inmediatamente entré al aeropuerto me los puse, haciéndome indiferente ante cualquier anuncio. Llegué a entregar mi tiquete para poder abordar al avión, lo hice preguntando la ubicación de la entrada y no el destino, busqué el asiento que me correspondía, me senté y cerré mis ojos para evitar ver o escuchar algo que me diera información sobre a donde me dirigía. Estuve así, jugando con el misterio, entre la comida del avión y lecturas digitales en mi celular, hasta quedarme dormido.

Cuando abrí los ojos, la azafata me estaba moviendo del hombro intentando despertarme, yo, la miré y me paré de golpe disculpándome, tomando mi maleta de mano y saliendo del avión. Comencé a ver hacia todos lados y me veía parado en un aeropuerto bastante grande, con pasillos amplios y lleno de gente de diferente cultura y aspecto. Justo cuando ya la confusión me había invadido, una azafata se me acercó y me dijo algo sin poderle escuchar, pues aún tenía los tapones. De forma torpe me los quité y, al momento de hacerlo, escuché el ruido de toda la gente hablar, de los avisos del aeropuerto, de los aviones despegar y aterrizar, entre todas las cosas que pueden inundar el espacio con sus sonidos.

-Perdón señorita, no le pude escuchar, ¿qué fue lo que me dijo?

-Bienvenido a España —repitió mientras sonreía.

Capítulo 3

El primer viaje

Resultó que estaba en Madrid, España, esa ciudad de ensueño llena de variedad y sorpresas. Yo todavía estaba en el aeropuerto, con un folleto en mis manos que explicaba el plan de viaje que había comprado y el cuál, para no perderme, tenía que seguir. Me quedé esperando mis maletas mientras veía cómo la gente pasaba, algunos hablando idiomas que jamás había escuchado y otros con prendas que nunca usaría. Fue poca la espera, en un abrir y cerrar de ojos ya tenía mis maletas, había abordado el taxi y ahora estaba entrando por la puerta principal del hotel, en el cual me iba a hospedar.

—Buenos días señor, ¿en qué te puedo ayudar? —Me preguntó el recepcionista.

Tenía una sonrisa bastante fingida, el peculiar acento castellano y sus manos en el teclado de información listo para atenderme. Yo le devolví el saludo, le estiré el plan de viaje mostrándole un código con el cual estaba identificado para hospedarme y esperé a que verificara los datos para poder descansar.

—Aquí tiene señor —me dijo entregándome unas llaves— que disfrute su estancia en este hotel, recuerde que puede pedirle ayuda a cualquiera de nuestros empleados para lo que necesite y, si recurre de algo, puede encontrar la lista de extensiones del hotel al lado del teléfono de su habitación.

Ya estaba en mi modesto cuarto, había organizado mi ropa para mi estancia y estaba dispuesto a descansar un poco del viaje, el cual, sin lugar a dudas, fue bastante agotador. Aunque me lo había pasado casi todo dormido, salvo por algunas veces que me servían la comida y molestaba con mi celular, tenía todavía bastantes ganas de dormir; las cuales me vencieron cuando estaba recostado en la cama. Pero el sueño no fue largo, abrí mis ojos por el sonido del teléfono del cuarto y de inmediato contesté creyendo que era algo importante.

—Señor Miguel, estoy llamándolo desde la administración, disculpe si lo

he interrumpido, pero, tiene que saber que ha dejado pasar la hora del almuerzo. Recuerde que se sirve de doce del mediodía a dos de la tarde. Si tiene hambre y desea comer algo, puede llamar al restaurante para pedir servicio al cuarto. De nuevo, que tenga una buena estancia, hasta pronto —me dijo una voz seria.

Colgué el teléfono, con algo de rabia a mí mismo, pues ya había dejado pasar bastante tiempo sin comer y sentía mucha hambre. Tomé algunas cosas; el diario, el celular y la billetera; y las metí en un pequeño bolso de mano que había comprado; abrí la puerta, bajé al primer piso y salí del hotel.

Me sentía un poco desorientado mientras caminaba por las calles de la ciudad en busca de un buen restaurante. Miraba hacia todos lados intentando encontrar un lugar fresco, clásico e interesante, que me invitara a comer. Ya después de caminar varios minutos pude encontrar algo que se asemejaba a lo que buscaba. Era un delicado restaurante que se mantenía minúsculo pero imponente en una esquina bastante transitada, cuando lo miré, había notado que estaba un poco vacío, por lo que me atrajo aún más. Entré con algo de timidez hasta que un camarero me deseó los buenos días y me indicó una mesa bastante acogedora en el exterior entregándome la carta con una sonrisa. Yo la miré y comencé a leer nombres de platos que nunca había escuchado, por lo que tuve que asesorarme con el camarero y, siendo algo molesto, tuvo que explicarme qué contenía cada plato. Al final escogí uno que se pareciera en algo a lo que comía normalmente. El camarero se fue con mi orden y yo, intentando aprovechar algo de tiempo mientras esperaba, saqué el diario y me dispuse a leer la página que seguía.

Día 2 —Me alegro de ti

Hoy tuve un día bastante difícil en la nueva escuela y todo porque a mi padre le dio el capricho de pasarse de ciudad porque era más interesante el trabajo aquí, algunas veces ni siquiera lo entiendo. Medio intentaba hacer amigos, pero unos chicos bastante estresantes me molestaban preguntándome cosas y haciéndome sentir mal, por lo que almorcé sola y estudié de igual forma. En la última clase, ya estando un poco fastidiada, quise imaginarme el conocer a alguien dispuesto a ser mi amigo.

Mientras pensaba en alguien, me imaginé sentada en el parque de la escuela comiendo mi emparedado y mirando hacia los niños que jugaban felices entre ellos. Cuando apenas estaba dando mi primer mordisco un chico misterioso pasó por mi lado, con algo de prisa y abrazando sus

cuadernos con fuerza, pero la suerte no estaba de su mano y una pelota golpeó su cabeza haciendo que cayera al suelo junto con sus pertenencias. Vi como todos se burlaban de él, pero yo me paré, le ayudé a recoger sus escritos y lo acompañé a sentarse lejos de allí mientras esperaba que todo se calmara. Cuando pudimos escapar del bullicio, simplemente me miró y me agradeció con unos ojos sinceros.

Hablamos sin parar sin importarnos el tiempo, me contó sus problemas, me ayudó con los míos y ambos reíamos de todo lo que nos contábamos. En ese momento me sentí especial y útil para alguien. Todos los consejos que me había guardado en todas las cosas que me habían pasado se los estaba dando y brindando a él. Por fin había encontrado a mi mejor amigo y por ello fui feliz.

Fue un día de ensueño, completamente vivo, sincero y divertido que espero volver a vivir algún día. Con cada deseo que cumplo en mis sueños una lágrima y una sonrisa se me escapan a la vez.

Cuando terminé de leer la página, una sonrisa honesta se escapó de mi rostro. Era bastante tierno leer un deseo tan noble en un sueño tan infantil, pues pocas veces había dado interés a cosas tan minúsculas como era el conocer a alguien especial. Noté entonces que las prioridades cambiaban entre edades, a los niños les interesa más caer bien a sus amigos que interesarse por la política y la economía de un país y, para mí, era totalmente al revés. Cerré el diario y lo guardé en mi mochila de mano mientras pensaba una manera apropiada de conocer a alguien para contarle todo, escucharle todo y ayudarle en todo. Pensé entonces en que tal tarea iba a ser mucho más difícil de lo que pensaba, pues nunca había tenido tacto para lo social y, en cierto modo, era un experto para repeler buenas personas. Todo estaba retumbando en mi cabeza hasta que, por suerte, el camarero trajo mi orden y se había parado frente a mí para preguntar el tradicional “¿desea algo más señor?” Respondí de manera negativa, ya que veía un plato enorme encima de mi mesa.

Ya estaba terminando el último bocado cuando me entró un deseo de mirar hacia la calle, la cual se podía ver bastante bien desde el exterior en donde estaba. Cuando noté que una mujer caminaba de manera torpe entre la multitud con unos libros en sus manos. Llegó justo al frente del restaurante, donde me encontraba, y resbaló, cayendo al suelo junto con sus pertenencias dejando que éstas se regaran, y estropearan, por toda la vía peatonal. Me paré de sorpresa de mi asiento haciendo que el camarero corriera hacia mí preocupado, le pedí en favor que me cuidara las cosas y salí del restaurante. Ayudé a parar a la

mujer y me agaché para recoger sus cosas mientras pensaba en la interesante coincidencia que estaba viviendo, pero las ideas se detuvieron cuando la mujer, con un tono cínico, se quedó mirándome.

—Parece que todavía existen los caballeros —me dijo con cinismo.

Yo terminé de amontonar sus cosas y se las pasé con una sonrisa mientras ella las recibía, acompañando su acción con una expresión extraña.

—¿Acaso no piensas pedirme algo a cambio, tío? —Me preguntó mirándome con unos ojos acusadores.

—Para nada —le respondí con dureza mientras le devolvía la mirada.

—Esto es interesante, un hombre guapo, bien vestido, ayudando a una dama en apuros y, además, extranjero —dijo volviendo a retomar su tono cínico y añadió— En serio ¿qué deseas?

Retomó su acusación sembrándome unos deseos de ignorarla y seguir mi camino, pero algo en mí no me lo permitía.

—Que me acompañe a terminar de comer y talvez a tomarme un café —le dije con todo amable, ignorando su actitud.

La mujer pareció sorprenderse con lo que había dicho, pero cambió su rostro al mismo aspecto con el que me agradeció.

—Entonces sí querías algo a cambio... —me respondió ahora mostrando sorpresa— si tú pagas, lo acepto. Pero te recalco de una vez que lo hago como agradecimiento. Nada más.

—Nada más —le contesté con una sonrisa.

Nos sentamos juntos en la misma mesa donde yo estaba comiendo. El camarero retiró los platos con sobras y le pedí que nos facilitara una carta de bebidas, la cual sacó de su delantal dándomela. Mientras ojeaba la carta noté que la mujer miraba hacia la calle con una mirada bastante perdida, lo que me hizo preguntarle, casi por impulso, lo que ocasionaba tal reacción.

-Quiero un expreso —me dijo con una sonrisa, ignorando mi pregunta.

Después de que nos trajeron nuestros cafés, tuve una sensación que me decía que si no hablaba pronto, la mujer se iría y mi intento de encontrar más pistas fracasaría.

—Yo soy Miguel, ¿puedo acaso saber tu nombre?— Le pregunté mientras dejaba la taza medio llena en la mesa.

La mujer, que parecía estar sentada pero no estar presente, me miró con ojos tristes.

—Yo soy Isabel —me respondió.

Ella había notado mi extrañeza al notar su tristeza, por lo que quiso ocultar

sus ojos mirando hacia los lados, pero una extrema curiosidad entró a mi mente haciéndome insistir a mí mismo en preguntarle lo que pasaba, hasta que pude controlar mis emociones.

—Parece que hoy no has estado bien —intenté concluir.

Isabel sonrió irónicamente mientras tomaba un trago de su café

—No, no lo estoy y me fastidia que me pregunten lo obvio —me dijo mientras ponía, ella también, la taza sobre la mesa.

Mis intentos por acercarme a Isabel cada vez iban perdiendo impacto y el tiempo iba corriendo deprisa. De un momento a otro, el sol comenzaba a ocultarse dando paso a la noche y yo, casi por torpeza, no había ni siquiera podido romper el hielo. Ya iba a darme por vencido cuando, de la nada, recordé una frase que mi padre me decía cada vez que me veía distanciado.

—Los que sueñan de día son conscientes de muchas cosas que escapan a los que sueñan sólo de noche —le dije como último respiro de esperanza.

—¿Quién te ha dicho eso? —Me preguntó con tono desconcertado. Vio que yo no le respondía y añadió— Eso es de Edgar Allan Poe, es mi escritor favorito. ¿También te gusta?

No tenía idea de su origen intelectual.

—Me lo decía mi padre cuando me notaba distanciado —intente explicar.

Isabel sonrió de manera cálida despreocupándose de conseguir su amistad.

—Acabas de ganar lo que querías... Miguel —me dijo con una voz mucho más tierna.

Yo la miré bastante confundido

—¿Qué quería? —le pregunté torpemente.

Isabel tomó un bolígrafo que tenía entre sus cosas, arrancó un pedazo de hoja de su libro y escribió algo.

-Una amiga —me respondió.

Me pasó el pedazo de hoja y noté que era su número. Isabel se paró de la silla sonriente, comenzó a caminar hacia la salida del restaurante. Yo la alcancé y le agarré la mano, todavía estando un poco confundido.

—¿Por qué has cambiado así de actitud?

Ella me miró y me tomó la mano con la que la había agarrado con suavidad.

-Porque la persona que te educó, tenía muy buen gusto al leer, Miguel.

Capítulo 4

Isabel

Durante todo el día estuve en mi cuarto de hotel buscando una explicación obvia para la casualidad tan inquietante que había experimentado al conocer a Isabel. Pensé en todas y cada una de las posibles razones, pero ninguna me convencía. No podía ser suerte, ni siquiera podían ser simples coincidencias. Yo, como cualquier hombre que consideraba decente, respetaba el destino, pero no creía en él, por lo que el explicar algo tan simple se me hacía bastante difícil. Estaba cada vez más sumergido en un mar de ideas, cuando la encargada del aseo se hizo presente en mi puerta pidiéndome el favor de retirarme mientras organizaba. Le dije que esperara un momento y, decidido a seguir el camino que escogí, busqué el número de Isabel para invitarla a salir. Pero, por más que buscaba no podía encontrarlo, por lo que tuve que renunciar a mi acto. Estaba entonces en el ascensor, mirando la pantalla que indicaba el piso en el que me encontraba, esperando llegar a la sala de recepción para buscar algún plan divertido que hacer. Sonó el tono, que avisa que el ascensor llegó al piso deseado, y las puertas se abrieron dejándome salir para dirigirme a la recepción. Mientras me dirigía hacia allí, vi a una mujer peleando con el encargado de atender a los visitantes y, cuando pasé cerca, el hombre me llamó con señas. Me acerqué mientras veía como seguía la discusión hasta estar justo al lado de la recepción.

—Mire señor Miguel, esta señorita vino a verlo —me dijo con desespero el hombre.

La mujer con la que estaba discutiendo volteó su mirada hacia mí y con una sonrisa me saludó.

—Isabel ¿qué haces aquí? —Le pregunté con sorpresa.

Después de explicarle por qué no la había llamado y salir del hotel, ella comenzó a caminar logrando que yo la siguiera. Solo siguió un rumbo en silencio, hasta que, después de andar unos diez minutos, paró y me miró.

—Bueno, ¿a dónde vamos a ir? —me preguntó con intriga.

Yo la miré con extrañeza, luego miré hacia todos lados confundido y volví mi mirada hacia ella.

—Pensaba que te dirigías hacia algún sitio y yo simplemente te seguí —le respondí.

Ella mostró duda en su expresión, miró hacia todos lados rápidamente.

—Pero yo pensé que tú conocías esta ciudad, yo no soy de aquí —me dijo con un tono molesto.

Yo simplemente me reí y ella hizo lo mismo y así permanecemos hasta que ella paró.

—Bueno, ¿entonces qué hacemos? Yo ya no sé ir de vuelta —gruñó.

Como me acordaba del camino hice que me siguiera y, después de un tiempo, logré reconocer el lugar y acabamos en mi hotel. Entramos a buscar en el mostrador algún plan interesante. Isabel, casi como una niña, me señaló una fotografía de un parque.

—¿Quieres ir a este lugar? —me preguntó con tono infantil.

Yo las miré y le devolví la pregunta.

—Por supuesto, cuando iba a venir me lo han recomendado —me respondió con una sonrisa.

El viaje al parque demoró más de lo que imaginaba, pero valió la pena. Era un cerro para caminar en el cual se podía ver a todo Madrid. Tenía una escultura algo extraña en forma de óvalo y estaba muy solitario, por lo que le advertí a Isabel que nos teníamos que ir antes del anochecer y ella, con su interesante encanto, me convenció de quedarnos hasta el atardecer. Buscamos entonces un lugar cómodo para permanecer un buen tiempo y decidimos sentarnos junto a la escultura para poder estar cómodos y no perder la agradable vista a la ciudad. Me encontraba en un lugar perfecto para hablar, intentar conocerla y así poder conocer sus problemas.

—¿Cuál es tu historia? —tomé ánimos para preguntarle.

Isabel cruzó su mirada con la mía.

—Ninguna que sea interesante de contar —me respondió con duda.

Yo volteé mi mirada hacia la ciudad.

—Cualquier cosa que pueda pasarnos es interesante de contar, sólo que ignoramos los momentos que nos da la vida y los suplementamos por un simple capricho de tristeza que nos envenena de lágrimas.

Isabel miró hacia la ciudad, repitiendo mi acción.

—No es fácil contar una vida que tenga errores y disimular estar bien —

dijo con tono de tristeza.

—No, pero lo interesante de cada momento es sacar frutos, nunca desaproveches algo que puedas aprender —le dije intentando comprenderla.

—Yo soy testigo de mi propia vida Miguel, no tú —gruñó, haciendo que me ofendiera un poco.

—Yo solo quiero ser el cómplice de esa vida —le dije de la forma más tierna que podía.

Ella me miró, tomó mi mano y la puso sobre su pecho.

—¿Escuchas eso? Ha dejado de palpar como antes.

Yo retiré mi mano avergonzado.

—Los pálpitos de tu corazón cambian con la capacidad que tengas de dar amor. Isabel me abrazó, al hacerlo sentí que mi camisa se humedecía con sus lágrimas.

—Eso es lo que no deseo contar, no puedo darme el lujo de amar más —me dijo con tristeza.

Ya había escuchado en varias ocasiones que las personas maldicen a sus parejas y las culpan de todos los dolores emocionales que puedan sentir, pero nunca había escuchado que una persona se maldijese a si misma por amar erróneamente. Pensé que Isabel tenía más razón en hacerlo, pues nadie te obliga a amar, son decisiones propias y en sí la responsabilidad de lo que pueda ocurrir es propia también. No puedo decir que soy un hombre injusto por pensar que las personas tienen la culpa de enamorarse, amar es una decisión consciente y, a menudo, necesita empeño y tiempo, por lo que construir amor y resguardarse en esta construcción, es una responsabilidad individual. Comencé entonces a pensar en algo que concluyera y ayudara a Isabel.

—Las personas son como el agua; puedes exponerlas a cualquier cambio — comencé a hablarle para intentar tranquilizarla y añadí —y ellas al final siempre van a conservar su forma como si fuese su dignidad. Quienes saben sentir, van a sacar partido de ello, ya que el agua se purifica al calentarse. Pero hay quienes se niegan y lo vuelen más complicado, porque se comportan como el acero, difíciles de enamorar; si tomamos en cuenta lo difícil que es fundir el acero. De igual forma cuando todo pasa nuestro aspecto cambia dependiendo del molde en que se nos vierta al final, ya que somos más orgullosos y retenemos rencor.

Isabel sonrió, dándome la idea de que apoyaba lo que había dicho, alegrándome de poder hacer algo por ella.

—Entonces te consideras acero ¿eh tío? —Me dijo con un tono de burla mientras se tranquilizaba.

—Digamos que soy un acero extraño, el más difícil de fundir —concluí mientras acompañaba la oración con risas.

Ya había podido cambiar el estado de Isabel y tenía que continuar para hacerla feliz. No solo porque el diario lo pedía, sino porque me había encariñado tanto con ella que su dolor se estaba volviendo propio. Me hice la idea de dejarla encariñarse a mí, para que pudiese confiarme más su vida y así poder profundizar más en las cosas que la hacían infeliz. Ya había comenzado el atardecer y solo se me ocurrió abrazarla, de la manera más tierna, y ella recostó su cabeza en mi pecho mientras sonreía.

—Sabes —me dijo Isabel mientras apreciábamos el atardecer— tengo una maravillosa técnica para fundir el acero.

Se tornó un poco apenada.

—¿Hasta el más fuerte de todos los aceros? —Le pregunté entendiendo ya su intención.

-Sí, pero es una técnica secreta —me respondió sonriendo.

—¿Y puedo saber cuál es? —la cuestioné mientras la miraba.

Ella, de la manera más romántica, me miró y tomó mi mano.

- Un beso.

Sus labios se acomodaron en mi mejilla. Isabel sonrió. No sé por qué, pero sentí que sus labios jugaban con felicidad en su corazón.

Ya que se estaba haciendo tarde, nos habíamos ido del parque y ahora nos dirigíamos a un restaurante que Isabel conocía. Cuando llegamos, el restaurante estaba completamente lleno y nos tocó esperar unos minutos para podernos sentar.

—Odio esperar —me dijo Isabel un poco molesta mientras miraba su reloj de mano.

—¿Y eso? —le pregunté esperando recibir una respuesta con alguna información clave sobre ella.

—Cuando era menor, mis hermanos demoraban horas en el baño jugando en la bañera y yo, simplemente, le cogí molestia a la espera, aunque bueno, eso pasó solo... —paró de hablar y miró hacia otro lado.

Me hizo entender que no quería hablar más de ella, por lo que evité preguntarle algo relacionado.

—¿Y por qué estás en Madrid? —Me preguntó intentando evadir el tema.

—No lo sé —le respondí de la manera más sincera.

—¿Cómo es eso de que no sabes? ¿Acaso estás aquí de suerte? —Me preguntó sorprendida.

—¿Nunca has experimentado la sensación de escaparte de todo y seguir un camino que nunca te habías atrevido a seguir? —Le respondí cuestionándola.

—No te imaginas cuántas veces —me aclaró mientras una lágrima se escapaba de su ojo derecho.

Puse mi mano sobre su rostro y, delicadamente, sequé su lágrima con el dedo pulgar y, siguiendo el camino de sus pestañas, la besé en la frente, para luego abrazarla.

Cuando logramos entrar y conseguir una mesa, pedí una botella de vino para tomar algo mientras esperábamos los platos principales.

—Interesante sitio el que has escogido —halagué a Isabel con una sonrisa.

—Pues, es el único sitio decente que pude conocer con el poco tiempo que llevo aquí —me dijo respondiendo al halago.

—No me respondas si no quieres, pero ¿qué es lo que te tiene tan distante? —Le pregunté.

No podía aguantar más mi curiosidad, ya que siempre que se sentaba perdía su mirada, como si estuviese en otro lugar, y opacaba esa “agonía” con una dudosa sonrisa.

—Miguel, son cosas de las cuales dudo quieras oír —me respondió mostrando molestia.

Yo le tomé la mano y la miré fijamente.

—Créeme, quiero escucharlas —le dije con un tono tierno.

Isabel concentró su mirada en la copa de vino mientras quitaba sus manos de las mías, sus ojos comenzaron a perderse en su objetivo y luego de quedarse un momento en silencio comenzó a hablar.

—Yo tenía unos nueve años cuando mi vida cambió. Pasé de caminar a mis destinos a tener dos coches, de compartir cuarto, baños y heredar ropa, a vestir seda, tener mi propio cuarto y mi propio baño. Era prácticamente una princesa y por ello mi padre, se dedicó a educarme con una rigidez bastante disciplinada, por lo que mientras las niñas con las que antes jugaba ahora lo hacían sin mí, yo permanecía en mi hogar estudiando para ser una hija digna de un millonario que se había hecho de la noche a la mañana. Crecí sin poder vivir de manera correcta y, casi como escapatoria, me casé con un hombre que era prometedoramente rico y que, según como me habían educado mis padres, me iba a hacer feliz. Pero los errores de la vida siempre se vuelven contra ti y, de la peor manera, me di cuenta que el dinero y el poder no hacen más que

enfermar a los que lo poseen y que era amor lo que yo buscaba. Como nunca había podido ser una verdadera niña, quise serlo, pero mi esposo creyó que mi comportamiento era sumamente anormal y, como no estaba muy “cuerda” para él, me recomendó a un hospital mental. Yo rechacé todo ello, me divorcié y me dediqué a viajar por donde quisiera, hasta que, sin poderlo anticipar, me quedé sin absolutamente nada de dinero. Ahora que sé, porque me di cuenta de la peor manera, que la vida hay que llevarla con calma, no tengo nada para empezar. Ahora como salida, me dejo sumergir en mis ideas para no enloquecer más de lo que la gente cree que estoy.

Cuando terminó de hablar, se generó un silencio incómodo, y yo no tenía palabras para romperlo. Isabel, luego de unos minutos, me miró mientras lloraba, se paró del puesto, me dio un beso en la mejilla y se fue sin decir nada.

Me quedé en el restaurante esperando que trajeran los platos, mientras analizaba todo lo que había escuchado.

—¿Su compañera va a volver? —Me preguntó el camarero que nos había atendido.

—Estoy muy seguro de que volverá —le respondí con una sonrisa.

Tomé mi copa de vino y me dispuse a diseñar una solución para que Isabel tuviese su segunda oportunidad. Saqué el celular, llamé a mi secretaria y le di algunas indicaciones, luego llamé a Juan, mi socio, y le pedí varios favores, los cuales aceptó sin quejas. Terminé de hacer las diligencias, tomé un poco de vino y noté que alguien se acercaba desde atrás.

—¿Por qué permaneciste aquí Miguel? —Me dijo Isabel desde mi espalda mientras caminaba hacia la mesa y se sentaba.

—Porque preferí creer en que regresarías —le respondí.

—Perdona si te ofendí al irme sin decir nada —me dijo con tono humilde y sincero.

—No tienes que disculpar tus emociones, todos las tenemos Isabel —le aclaré copiando su tono de voz.

—¿Qué hice yo para ganarme a alguien como tú? —Me preguntó mientras adornaba su rostro con una sonrisa.

—Ser como eres, pensar como piensas y sonrojarte cada vez que sonrías —le respondí.

Isabel rio de la manera más tierna que pudo hacerlo.

—Pero, ahora que ya sé absolutamente todo lo tuyo Isabel, voy a ayudarte como mereces que te ayude —continué hablando un poco más en serio —

tendrás la oportunidad que mereces para rehacer tu vida.

Saqué un bolígrafo de mi bolsillo, tomé un papel y anoté unas indicaciones.

—Esto es lo que harás. Vas a ir a pasar la noche en el hotel donde me hospedo en una habitación que yo te pagaré y mañana recibirás unos boletos de avión con una carta con más indicaciones —le sonreí y continué hablando — vas a llegar a mi país y tendrás el gusto de ser recibida en el aeropuerto por mi socio, que inmediatamente te dará las llaves de tu nuevo hogar y un puesto en mi empresa.

Le entregué la hoja con las indicaciones y me paré, dejando dinero sobre la mesa para pagar la comida, tomé mis cosas y salí del restaurante.

—Espera —me detuvo Isabel tomándome de la mano.

—¿Qué pasa? —le pregunte con voz tierna.

—¿Por qué haces todo esto por mí? —me cuestionó con sorpresa en su rostro.

-Porque alguien muy especial deseó que esto pasara —le respondí siguiendo mi camino hacia el hotel.

Estaba ahora satisfecho de mis acciones y orgulloso de mis decisiones. Nunca me había tomado el tiempo para pensar y actuar por los otros y hacerlo me hacía sentir mejor persona. Había comenzado ya a empacar para dar fin a mi viaje y estaba ahora comenzando a desvestirme, cuando alguien llamó a la puerta haciendo que abotonara de nuevo mi camisa para atender.

—Hola, Isabel —la saludé luego de abrir la puerta, llevándome la sorpresa de su presencia.

—Hola, Miguel —me saludó con una sonrisa.

—Veo que has decidido despedirte antes de emprender tu viaje —le dije con una sonrisa.

—Aparte de eso, Miguel, quisiera darte esto —me entregó una tarjeta de un hotel con algo escrito.

—¿Qué es esto? —le pregunté mirando lo que había acabado de recibir.

—Digamos que son mis indicaciones, no voy a permitir que termine tu viaje —me dijo y señaló lo que estaba escrito en la tarjeta y añadió —esto es lo que quiero que encuentres.

—¿Qué se supone que es? —le pregunté mientras intentaba diferenciar alguna pista en la tarjeta.

—Es un hotel en Italia, bueno, es la tarjeta de un hotel en Italia. Quiero que vayas y encuentres a la persona que hizo ese garabato —me respondió, me miró y me abrazó. Mientras me abrazaba añadió— no te voy a mentir,

desconfíe de ti con todo esto. Ya sabes... pero ahora, que analizo tu actuar, sé que tienes intenciones ocultas más allá de mí y que todo esto lo haces siguiendo tu criterio. Un criterio que se aleja de cualquier deseo negativo. Tienes una energía transformadora, ¿sabes? Por eso confío. Creo que lo único que puedo decir ahora es gracias, pero también quiero decirte que no dejes esto Miguel, lo que sea que estés haciendo, encuentra el camino y síguelo, si es que con él sigues sonriendo con ese carisma con el que me conociste. Voy a estar esperando para devolvarte todo esto. No digas que no. Yo me ganaré mi lugar.

Se despidió y se fue.

Cuando amaneció, muy temprano en la mañana, tomé mis maletas y, después de agradecerle al administrador y darle algo de propina extra al encargado, partí hacia el aeropuerto. Llegué y todo fue muy rápido, compré un plan de viajes a Italia, sin tener problemas por los papeles, y en un par de horas estaba esperando a que llegase el avión para abordar hacia mi siguiente destino. Ya estaba sentado en las incomodas bancas de espera, cuando un señor, al cual ya se le notaba la edad, se acercó y se sentó a mi lado.

—Pareces cansado —me dijo sin ni siquiera mirarme.

—Sí, he tenido un día agitado señor, gracias por preocuparse —le dije algo confundido.

—No me refiero a tu cuerpo, tu alma está cansada —me aclaró casi gruñendo.

—¿A qué se refiere? —le pregunté con algo de curiosidad.

—Que has estado muy distraído estos últimos años y tu alma se está dispersando mucho, Miguel —me respondió mientras se ponía de pie y se iba.

Yo me conmocioné al ver que sabía cómo me llamaba.

—¿Cómo es que sabe mi nombre? —le pregunté un poco desconcertado.

—Lo tienes escrito en tu maleta —me respondió riendo mientras continuaba caminando.

Capítulo 5

Italia

Me había quedado un poco intrigado y algo pensativo con el hombre que se me había arrimado anteriormente en el aeropuerto. Todo el viaje en el avión pensé en cuál había sido el motivo por el que me había indicado que mi alma estaba vacía y que se estaba desprendiendo de mi propio ser. Siendo sincero, nunca había pensado en mi alma como algo que existiese, algunas veces cuando joven había dicho cosas como “alma gemela” o “te amo con mi alma”, pero nunca me había visto consciente de lo que realmente significaba tener un alma hasta ahora. El comentario me había dejado trastornado y mientras llegaba a Italia me olvidé completamente del diario sin pensar en él hasta que el destino mismo me obligó a hacerlo.

Llegué al aeropuerto un poco desorientado ya que nunca había estado en tal país, habían muchas personas corriendo de un lado a otro con sus maletas, niños llorando y riendo, parejas sentadas en la banca con sus cabezas recostadas y varios negocios de cosas típicas que mostraban una gran variedad de culinaria italiana. Como tenía algo de hambre quise, antes de salir del aeropuerto, buscar un lugar para poder comer algo y quitarme el antojo. Me senté en el primer restaurante que hallé, puse mis maletas en el suelo y esperé que me atendieran. Cuando llegó el camarero me saludó y me habló en italiano, por lo que lo interrumpí hablándole inglés y, por suerte, entendía perfectamente. Pedí, como todos hacen en Italia, unas pastas con tomate y albahaca que disfruté de tal manera en que quise comprar otro plato más para llevar al hotel. El camarero me explicó que algunas cosas del español y el italiano eran muy parecidas, por lo que era fácil hacerme entender y que, si gustaba, podía comprar un diccionario de inglés a italiano en la tienda de accesorios del aeropuerto; lo cual hice, ya que era un buen consejo para no tener problemas en el país. Cuando todos mis caprichos y mi hambre se habían satisfecho llamé a un taxi y le mostré la tarjeta que me había dado Isabel, el

chofer la ojeó, llamó a alguien por su celular, preguntó algo con prisa, y arrancó.

Después de un viaje bastante largo pude llegar a un hotel muy modesto que se sostenía en una esquina al lado de un río. Esto logró hacerme recordar mi vieja casa y me encariñé inmediatamente con el lugar. Entré con mis maletas y uno de los encargados las recibió y me hizo dirigirme a la recepción. Comenzaron a decirme las indicaciones en italiano.

—No les entiendo —dije en español, un poco atareado.

Pensé que quizás debí haber hablado en inglés, pero el señor me detuvo, ya que inmediatamente habló con alguien y llamaron a un joven moreno que resultó ser cubano y que me serviría de intérprete. El joven se llamaba Emilio y hablaba rápido, por lo que varias veces tuve que pararlo e indicarle que bajara un poco la velocidad. Cuando terminó de decirme lo que estaba traduciendo del recepcionista yo saqué la tarjeta, que tenía en mi bolsillo, y se la mostré. Él sorprendido la miró.

—¿Conociste a Isabel? —me preguntó.

Le afirmé asintiendo con mi cabeza y Emilio le dijo algo al recepcionista y éste comenzó a gritarme “Isabel, Isabel, Isabel” y comenzó a hablar con prisa en su idioma. Le hice señas al cubano para que me tradujera y él me indicó con su mano que esperara. Cuando el recepcionista terminó de hablar, el cubano me miró sonriente.

—Dijo que era una buena amiga y que la extraña mucho, que sus amigos son bienvenidos y que te dará la mejor habitación —me tradujo.

El recepcionista esperó que Emilio terminara de hablarme, sacó de su bolsillo unas llaves y me las entregó sonriente mientras decía “Isabel, Isabel, Isabel” o eso pues era lo único que entendía.

Cuando llegué a mi habitación me encontré con algo muy hogareño, no tan lujoso, pero sí muy cómodo y reconfortante. En la habitación había una chimenea, las paredes estaban enchapadas en piedra y la cama era totalmente de madera, por lo que al sentarte crujía de manera molesta. El encargado puso las maletas al lado de mi cama y se quedó esperando en la puerta hasta que le di propina. Cerró con cuidado la puerta y me dejó completamente solo, acompañado del fuego acogedor de la chimenea. Me senté en la cama y saqué la ropa para poderla acomodar en el ropero, ya que no sabía aún cuánto tiempo iba a quedarme en este país y era mejor disponer de comodidad para no apresurarme en las mañanas buscando la muda en mis maletas. Mientras sacaba mis objetos personales del maletín de mano, encontré el diario y, sin

pensarlo, olvidé lo que estaba haciendo para abrir y leer el siguiente día.

“Día 3— Un café sabor historia.

Hoy que es fin de semana me desperté algo cansada del colegio. Me dio pereza salir al parque a tomar algo de sol porque estaba ya acostumbrada a ver siempre lo mismo. Lo único que me mantenía fiel a esas bancas eran los cantos de los gorriones que se mantenían vivos y alegres en los días soleados y que adornaban el momento mientras yo leía.

Pensando en ello se me ocurrió la maravillosa idea de poder estar al frente de cualquier monumento de la historia. Esas torres o edificios que muestran por la televisión y que solo viven en el recuerdo de cada uno de nosotros. Visitarlos y saber su pasado para que al final del día estés tan cansado, que valga la pena sentarte a tomar algo en un café, donde puedas verlo, y disfrutar de la noche con él adornando la vista.

Me encantaría poder tomarle fotos, poder descubrir en sus muros la historia de hace miles de años, poder hacer de mi visita algo que nunca olvidaré. No llevaría a nadie conmigo para poder conocer a todos los que estén allí, hacerme amiga de las miles de personas que deben de estar presente y escucharles su versión sobre su visita, para saber sus intenciones.

En el café me gustaría quedarme leyendo algo que me entretenga hasta el punto de no querer pararme nunca más. Me quedaría sentada horas disfrutando de algún aperitivo mientras me sumerjo en mi libro y disfrutar de sus párrafos para poder soñar con ellos en la noche. Al final me gustaría irme a mi cama para poder disfrutar de mis sueños otra noche más de fantasía.”

Al terminar de leer cerré el diario y lo puse en la mesa de noche mientras pensaba que había sido muy preciso el viaje a Roma, ya que el Coliseo Romano era un sitio perfecto para desenvolver el sueño. Tomé el teléfono e hice llamar a Emilio para que me atendiera en la habitación, esperé que llegara y lo hice entrar.

—¿Qué desea señor Miguel? —Me preguntó con rapidez.

—Necesito ir mañana al Coliseo Romano, ¿Qué debo hacer? —Le aclaré.

Él notando mi intriga se rio.

—Amigo, la verdad es que es un viaje muy común, mañana salgo con usted si quiere o le puedo contratar un automóvil para que lo lleve. Pensé, porque me hizo llamar, que era algo más grave.

Le indiqué que preferiría el automóvil, ya que en el diario especificaba que no podía ir con nadie, Emilio se retiró dándome unas indicaciones y yo, ya que estaba cansado, me acosté.

Al otro día me desperté más cansado de lo que imaginaba, ya que el cambio de horario, desde que había estado en España, me estaba haciendo despertar cada tres horas. Me levanté de la cama algo mareado y fui a lavarme la cara en el baño para quitarme el sudor que había ocasionado el calor de la chimenea. Era primavera en Italia y algunas veces se sentía el calor, pero otras veces era el frío el que dominaba, por lo que era mejor dejar la chimenea encendida para no ganarme algún tipo de congestión. Apenas tuve tiempo de organizar mi ropa para vestirme cuando Emilio llamó a avisar que el automóvil ya estaba esperándome. Me arreglé lo más rápido posible y salí con prisa del hotel llevando mi bolso de mano con los papeles y algo de dinero.

Al llegar a mi destino y bajarme del auto, pude encontrarme ante la maravillosa presencia del coliseo. Ese imponente monumento calificado por muchos como la mejor pieza de la historia de la civilización occidental y del majestuoso poder que puede llegar a alcanzar las ganas de dominar del hombre. Me sentí bastante identificado en nuestros pasados, ya que yo igual fui el resultado de avaricias y competencias que me dieron lo que tengo hoy en día como un hombre independiente. Encontré mi mundo allí y mis mayores logros reflejados en esa pared. Con algo de esfuerzo logré comprar el recorrido por los interiores del coliseo con un guía que sabía idiomas, lo que me alegró bastante, pues presencié una magnificencia en la arquitectura antigua y me maravillé con sus perfecciones mientras escuchaba los relatos de proezas y antiguos héroes. “La manera de pensar de los hombres no ha cambiado en nada” me dije a mí mismo cuando nos estaban contando las interesantes cosas que sucedían allí, desde demostraciones de batallas navales hasta la más espectacular de las batallas épicas de animales y hombres que se hacían para entretener y lograr el espectáculo que se deseaba.

—No ha cambiado mucho, solo que ahora en vez de espada usamos un balón —dijo en inglés uno de los turistas, que parecía ser oriental, y todos reímos.

Es bastante cierto que todavía hoy nos entretenemos con cosas que siguen incitando a la hostilidad y competencia, como son los deportes.

Nos mostraron la parte inferior, donde entraban a los prisioneros y los obligaban a subir a la arena para ser masacrados o invadidos de gritos de gloria por sus derrotas o sus éxitos. La competencia y el deseo humano de

sobresalir puede llegar hasta el límite de sacrificar a otros para entretener y hoy todavía lo experimentamos con muchos grandes empresarios que son reconocidos por sus logros, sabiendo que el desarrollo y la posibilidad de éstos fue posible por la capacidad de un equipo de trabajo que, en el mejor de los casos, apenas recibirá un salario por su esfuerzo. El mundo es un mantel de comida con platos dulces y salados, todavía me pregunto ¿cuál plato están eligiendo de primero? Ya que es cuestionable el rumbo que están tomando los que guían las decisiones generales y nos incitan a hacer cosas que nos dañan a nosotros mismos. Todas estas ideas que se me venían a la mente me hicieron entender la importancia de mi visita, me hicieron ver un sentido mágico a la aventura que había emprendido y me lograron sensibilizar de corazón. Siempre es mejor vivir que creer y aquí tuve la posibilidad de ambas.

El guía se despidió al llegar a la salida del coliseo. Todos estaban felices y satisfechos de poder visitar tanpreciado monumento y comenzaron a tomar fotografías y a posar frente a éste. De inmediato me acordé que tenía que tomarme algunas capturas, por lo que saqué el celular, puse la cámara y le pedí a una turista, que estaba sola, que me sacara varias fotografías. Era británica y tenía un acento muy entretenido, así que hable con ella. Me preguntó el motivo de mi visita y le mentí diciéndole que estaba en un viaje de negocios. Ella me comentó que había venido para cumplir una promesa a su hija. Le pregunté sobre la promesa y comenzó hablando del coliseo y de su historia. Me dijo que desde niña había deseado visitarlo, pero que por problemas económicos no había podido hacerlo. Me contó que cuando había conseguido empleo y estaba ahorrando para el viaje quedó embarazada de su hija y que desde que nació siempre fue enferma. Comenzó a nombrar varios episodios de la historia de su hija, los problemas que había tenido cuando pequeña, las crisis que la familia vivía por los gastos en medicinas y el esfuerzo que demandaba poder cuidarla. Me tocó el alma cuando mencionó que su hija estaba en el hospital con una enfermedad terminal, que tenía veintiún años y que era una joven encantadora. Me mostró su foto y me dijo que su último deseo antes de quedar totalmente paralítica era utilizar los ahorros para que ella viajara, porque el sueño de su hija era que su madre cumpliera su sueño. Varias cosas tienen que pasar para volvernos fuertes, pero pocas tienen que suceder para darnos cuenta de que las personas que más queremos son momentáneas. Lo único mágico de un recuerdo es si a esa persona le dedicaste el cariño suficiente, pues cuando mueras recordarás las sonrisas. Fue bastante lindo poder conocer a la mujer, aprendí bastante de sus

ojos honestos sobre el significado de los más cercanos.

Ya lo único que faltaba en mi lista de sueños era tomarme un café junto al coliseo romano y quedarme leyendo un libro que me gustara. Siempre que me iba de viaje llevaba conmigo un libro, por lo que tenía un buen acompañante en mi bolso de mano y me alegré bastante al recordarlo. Me senté en una mesa de un kiosco donde servían comida y pedí un café que, ciertamente, estaba increíblemente exquisito. Me lo saboreé mientras leía el libro y así estuve durante horas hasta que una de las camareras me tuvo que pedir que me retirara porque iban a cerrar y necesitaban organizar las mesas. Con gusto pagué la cuenta y pedí un taxi para poder volver al hotel.

Cuando llegué ya estaba un poco tarde y la recepción estaba sola, Emilio salió a recibirme con un apretón de manos y me preguntó sobre mi experiencia. Cuando terminamos de hablar entré para tomar el ascensor, pero un hombre, de muy poca estatura, me detuvo en la puerta.

—¿Tú eres el amigo de Isabel? —me preguntó en español.

Le afirmé un poco nervioso y él, notándolo, sonrió.

—No te preocupes, sé muy bien por qué estás acá y también sé qué es lo que necesitas escuchar —me dijo con un tono despreocupado.

Cuando terminó de hablar me dio dos golpes en el hombro de muestra de amabilidad y salió del hotel. Subí a mi habitación algo pensativo, me arreglé para dormir mientras intentaba adivinar por qué Isabel me había recomendado este hotel y cuál era el verdadero sentido de mi visita a Italia y cuando me acosté, como es costumbre, comencé a preguntarme sobre lo que el hombre me había dicho y cuál era su papel verdadero en mi camino de seguir el diario.

Capítulo 6

Rumbo espiritual

Me desperté bastante aliviado y con una sonrisa en mi rostro. Había tenido una noche sin interrupción y no sabía bien por qué había sido. Mi cuerpo se había acostumbrado al cambio de horario de la noche a la mañana y estaba con mis energías muy renovadas. Me levanté y fui al baño a mirarme al espejo, las ojeras que pensaba que iba a tener no estaban, y aún más extraño, mi rostro estaba radiante y alegre. Tomé una toalla de un cajón que estaba en el baño, preparé mis cosas personales y me duché. Cuando salí de la ducha para poder arreglarme el teléfono de la habitación sonó.

—Buenos días tenga señor ¿cómo ha amanecido? —Era la voz de Emilio con un peculiar tono alegre.

Lo saludé y hablamos sobre mi noche y le conté que había podido descansar muy bien. Emilio no pareció darle importancia a eso y me invitó a que bajara al comedor porque estaba ya servido el desayuno.

Cuando me terminé de arreglar bajé para poder comer. El lugar estaba muy solitario, excepto por Emilio que permanecía de pie al lado de la mesa donde estaban los platos. Me senté y uno de los meseros me llevó un café y algo de pan, por lo que comí algo deprisa ya que era poco lo que se había servido. Cuando terminé me levanté y Emilio me detuvo.

—Los italianos le dan más importancia a la cena que a las otras comidas, pero espero que el plato haya sido de su agrado —me explicó mientras sonreía.

Yo asentí con mi cabeza devolviéndole el gesto. Iba a comenzar a caminar cuando Emilio me volvió a detener insistente.

—¿No desea otra cosa señor? ¿No se siente algo vacío?

Esa última frase me hizo detenerme, haciendo que lo mirara con extrañeza.

—¿Vacío? —le pregunté un poco curioso.

—Sí, por supuesto, o ¿acaso Isabel no te dijo el sentido de tu visita? ¿No te

explicó por qué la tarjeta tiene un garabato? —me respondió con una sonrisa.

Yo le negué con la cabeza, él me invitó a que lo siguiera, salimos del hotel y comenzamos a rodearlo hasta llegar a una pequeña casa que estaba justo a su lado. Cuando entramos me encontré con un lugar bastante oscuro y me invadió por completo un miedo entorpecedor.

—No desconfíe señor Miguel —me dijo Emilio intentando calmar mis nervios.

—¿Qué es esto? —Le pregunté impaciente.

—El regalo de Isabel —me dijo una voz que venía de mis espaldas.

Sentí una cálida brisa en mi espalda y me desmayé. Tenía miedo.

Cuando desperté estaba acostado en una cama, algo confundido, y solo pude ver dos siluetas alrededor mío y otra más de pie en una puerta. Escuché voces alrededor e intenté limpiarme los ojos con mis puños para poder ver, pero era inútil, ya que por más que lo intentaba mi mirada borrosa no se iba. Una de las siluetas me puso algo húmedo en la frente y sentí como las gotas de agua bajaban por mi cara y me refrescaban. Comencé a sentirme un poco menos mareado.

—Señor Miguel ¿está bien? —me dijo una de las voces.

Supe entonces que era Emilio. Retiré el paño de mi cara y me limpié con mi mano las goteras, cerré los ojos un momento, forzándolos, y luego volví a abrirlos para poder aclarar mi vista. Vi entonces a una mujer un poco anciana que me sonreía y al hombre de la noche anterior del ascensor con una mirada noble. En la puerta estaba Emilio con su peculiar sonrisa. Todo parecía estar bien.

—El susto es mutuo, Miguel —me dijo el hombre que estaba al pie mío— nunca había visto a alguien desmayarse así. ¿Se encuentra bien?

—Seguro sufre de algún tipo de ataque nervioso —intentó justificar la anciana, pero me miró pidiéndome una explicación.

—Sí, eso fue, tuve un ataque nervioso —dije, dándole la razón.

Miré a mi alrededor para reconocer la habitación.

—¿Dónde estoy? —Pregunté algo desconcertado.

—Estás en mi casa, más concretamente en mi habitación —me dijo el hombre manteniendo su mirada.

Yo le clavé mi mirada un poco desafiante.

—¿Qué estoy haciendo aquí? —le pregunté un poco molesto.

—Buscando una respuesta —me respondió con voz cálida mientras sonreía.

Pasó mucho tiempo antes de poder volver a hablar con el hombre. Estuve

con Emilio hablando sobre otras cosas, ya que no quería comentar ni una sola palabra sobre lo que hacíamos, y el hombre permanecía sentado en un escritorio leyendo, ignorando la presencia de todos. Cuando me di cuenta ya había pasado todo el día y yo no me había movido de la habitación, por lo que quise pararme para salir, pero la puerta estaba cerrada con llave. Miré a Emilio algo preocupado.

—Espera un momento más —me dijo mientras se paraba e iba a donde el hombre.

Me senté de nuevo en la cama y la anciana me trajo un poco de té que había preparado ella con unas hojas. Pregunté sobre su contenido y la anciana me indico con su dedo que guardara silencio, puso una de sus manos debajo de la tasa y me la empujó hacia la boca obligándome a beberlo. El té no sabía a nada, pero estaba caliente y me reconfortó bastante. En poco tiempo comencé a sentirme de nuevo con energías, se me había quitado el cansancio y estaba más atento. Miré a la anciana y le volví a pedir una explicación.

—Solo te puedo decir que no es dañino, no es una droga y no es magia —me respondió sonriendo.

Me reí de una forma grosera por haber escuchado tal palabra.

—¿Magia? —Le pregunté mientras buscaba su mirada.

El hombre, que estaba sentado leyendo, se levantó y me miró.

—Sí Miguel, ha dicho magia —me respondió.

Yo acallé mi risa porque en su tono de voz mostraba algo de incomodidad, él se me acercó y se agachó para quedar a mi altura.

—Lo que ustedes conocen como magia yo lo conozco como energía. La energía es la gracia de la luz en todo corazón humano; cada uno ve si desea mantenerla con amor o desea alejarla con odios —me dijo.

Esa respuesta me había confundido tanto que quise volver a preguntarle, pero antes de poder siquiera hablar el hombre continuó.

—Los hombres modernos poseen una maravillosa capacidad de amar, pero la sociedad moderna les enseña a odiar. No entienden el poder que poseen porque están muy distraídos pensando en su cuerpo y deseando el ajeno.

Se puso de pie y caminó hasta el escritorio, tomó un palillo de madera y lo sostuvo con su mano mostrándomelo.

—Nuestros corazones son como este palillo. Si lo sostienes con delicadeza sentirás su verdadera dureza, su esencia delicada —añadió.

Tomó el palillo con las dos manos y lo partió.

—Pero si lo tratas con fuerza lo único que lograrás es destruirlo. Hacerlo

sentir débil con insultos y rencores hará quebrantar tu propia vida —concluyó.

Tiró los palillos a su escritorio de nuevo, caminó hacia mí y se sentó a mi lado.

—Isabel era una mujer que había perdido la capacidad de amar, de volver a tratar con delicadeza su corazón. Yo le hablé como te estoy hablando a ti y al final le entregué la tarjeta que tú presentaste. Le dije que se la diera a alguien que tuviese la oportunidad de amar. Y mírate aquí, buscando una respuesta.

Yo me quedé mirándolo algo asustado, reuniendo el valor suficiente para poder hablarle.

—¿Cuál es la respuesta? —le pregunté.

El hombre sonrió y tomando mi mano la puso en mi pecho.

—El amor Miguel, esa es la única respuesta —me respondió.

Yo con algo de precaución retiré su mano.

—¿Qué es el amor? —le pregunté con algo más de confianza.

El hombre miró a su escritorio, perdiendo su mirada y sonrió.

—El amor es el sentido por el que todos vivimos. Si sabemos amar en vida, en muerte nos amarán —me explicó.

—¿La muerte no es el fin? —Le pregunté un poco escéptico a sus palabras.

—La muerte es la finalización de una vida, de un examen de amor —respondió con tranquilidad.

Algo confundido miré a Emilio quien estaba mirando fijamente y con atención al hombre. Volví mi mirada a mi anfitrión.

—¿De una vida? ¿Cómo es eso posible? —le pregunté con curiosidad.

El hombre me miró fijamente.

—La vida es señalada y dada por nuestro creador, él con su inmensa voluntad y fe hacia nosotros, nos permite todas las vidas necesarias para que nosotros entendamos, para que aprendamos a amar. No pretendo inculcarte una creencia si no deseas creer, solo quiero darte la respuesta Miguel y con ella regalarte un mensaje para vivir —me aclaró.

Siendo sinceros me sentí bastante intrigado e interesado por todo lo que estaba diciendo el hombre. La insistencia a la respuesta que yo necesitaba saber me tenía muy atento, pero lo que no sabía era la pregunta.

—¿Cuál es la pregunta? —Le pregunté intentando lograr un avance.

El hombre se volvió a parar de la cama y se fue a su escritorio, tomó un bolígrafo y anotó algo en una tarjeta, volvió a donde mí y me la entregó. Miré lo que me había entregado y vi que era una tarjeta del hotel con un garabato igual que como me la había dado Isabel.

—Puede ser mañana o puede ser nunca, pero entrégale esa tarjeta al que sientas capaz de amar, pero que no desees amar. Cuando salgas de esta habitación entenderás que la respuesta que buscabas era lo que te faltaba y no me podrás volver a ver nunca más, por lo que tu pregunta debe ser la única — me dijo el hombre con una mirada noble fijada en mis ojos y con una sonrisa honesta en su rostro.

Pensé e intenté acallar mis deseos de poder encontrar una pregunta que fuera la correcta. Cerré mis ojos e intenté recordar algo que pudiera ser lo justo para preguntar. Al principio hubiese querido preguntar lo que fuera para salir de esa habitación, hacer las cosas fáciles y escaparme, pero cuando vi que esto era algo que podría ayudarme, quise pensar en algo que en serio necesitara. Recordé entonces el diario y el camino que desde hace unos días había elegido seguir.

—¿El camino que estoy siguiendo es el correcto? —le pregunté con curiosidad.

El hombre sonrió, se paró de la cama y me miró.

—Toda elección es una prueba de errores y ventajas. Si sigues ese camino con amor, encontrarás amor. Si sigues ese camino con dudas, encontrarás más preguntas. Tienes que seguir ese camino leyendo constantemente en tu corazón las indicaciones de tu honesto sentir, solo así, al final de tu aventura, tendrás la certeza de que hiciste y harás el bien —me dijo con una voz tierna.

El hombre me extendió la mano y me invitó a salir. Yo permanecí en silencio mientras caminaba hacia la puerta principal y el hombre simplemente caminaba a mi lado con una sonrisa. Emilio se adelantó y salió con prisa y yo me quedé de pie esperando que el hombre dijera algo más. Pasó un momento hasta que lo miré y con mis ojos le agradecí, él asintió.

—Vive, vivirás y nacerás —me dijo.

Salí a la calle y, antes de que pudiera voltearme para despedirme, el hombre cerró la puerta.

Llegué al hotel un poco pensativo y pasé por alto el saludo del recepcionista, siguiendo mi rumbo para poder llegar a mi habitación. Entré y me quité inmediatamente mi ropa, que estaba sudada, y entré a darme una ducha para tranquilizarme. Cuando salí me senté en la cama, aún con la toalla, y me quedé mirando el diario que permanecía tranquilo sobre la mesa de noche. Pude ver su cubierta y detallé sus dibujos que se mantenían apenas visibles. Lo tomé mientras pensaba en todo lo que había hecho siguiendo sus páginas y en lo que el hombre me había dicho sobre seguir mi camino. Dudé un

poco antes de abrirlo de nuevo, pasé los días que ya había leído y busqué para poder leer:

“Día 4— Mi sueño de volar

Ayer cuando salí de la escuela y estaba caminando a mi casa me encontré con una paloma algo aporreada que no podía volar muy bien. La tomé con mis manos y la traje a mi casa. La puse en una caja de cartón, la arropé con unas mantas viejas y le dejé algo de comida y agua para que pudiera alimentarse.

Hoy me despertaron los sonidos tan peculiares que hacen las palomas y fui a verificar si todavía estaba en la caja. Cuando revisé noté que no estaba, por lo que la comencé a buscar en todo mi cuarto hasta que volvió a cantar su melodía. Me asomé por la ventana y la vi sostenida en una rama. Cuando vio que yo había salido se quedó mirándome un momento y luego se fue volando para nunca más verla. Ese gesto lo entendí como un “gracias” y me sentí especial y útil para alguien.

Pensando en todo ello me pregunté ¿cómo sería volar? ¿Cómo sería conocer cada uno de los universos que existían? Me imaginé el viento rozando mi cara mientras batía mis alas ganando altura. Me vi en lo alto observando todo desde lejos. Las personas que se ven como pequeñas hormiguitas, los edificios no parecen tan grandes. Pude observar entre todas las cosas las carreteras, las montañas y los pájaros que volaban. Todo lo observé como nunca lo había hecho y eso me hizo feliz.

Al final aterricé en un prado inmenso donde logré sentarme junto a miles de flores que adornaban un hermoso atardecer. Me encantaría poder estar con alguien y compartir este sueño. Me gustaría poder volar junto a otra persona y compartir lo que vi.”

Terminé de leer y volví a poner el diario donde lo había encontrado. “No es un mal sueño, es algo bastante divertido” me dije a mí mismo intentando convencerme de que lo siguiera, aunque desde pequeño tuviese miedo a las alturas. Pensé en que las cosas tenían que hacerse sin condiciones, porque desde el principio había sabido que seguir este camino me iba a poner a prueba y ¿qué mejor forma de enfrentar un antiguo miedo que exigiéndome con una promesa? Tomé el teléfono del cuarto y llamé a Emilio, esta vez desde el mismo teléfono ya que había visto su preocupación al llamarlo a la habitación la pasada noche.

—Buenas noches señor Miguel ¿Qué desea? —Me contestó Emilio con una

voz muy opacada, dándome la impresión de que estaba durmiendo.

—Emilio, perdóname, necesito saber si puedo volar —le dije sin pensar en lo que había dicho.

—¿Cómo así señor? —Se ríó y continúo —¿seguro que está completamente despierto?

Le señalé que deseaba hacer un recorrido en parapente y que quería saber si conocía alguno.

—Señor Miguel, he escuchado a algunos turistas que en Poggio Bustone, un pueblo tradicional, hay un recorrido en parapente para novatos. Puedo hacer unas llamadas mañana y le confirmo si desea —me dijo, tranquilizándome.

Le dije que sí y le indiqué que me avisara lo más pronto posible. Me explicó que esa localidad era algo retirada de la ciudad y que el viaje era largo, por lo que tenía que hospedarme en otro hotel y esperar el viaje, así que me ofreció organizar todo para mi partida, yo le acepté y colgamos. Me terminé de organizar para poder dormir, pues ya me imaginaba que al otro día iba a tener un viaje largo. Mientras me consumía en mis sueños, pensé por unos instantes en todo lo que me había pasado hoy hasta que me logré dormir profundamente.

Capítulo 7

Poggio Bustone

El teléfono me despertó muy temprano en la mañana. Cuando contesté me enteré de que era Emilio avisándome que el automóvil para poder viajar a Poggio Bustone estaba esperándome en la salida del hotel, por lo que tuve que arreglarme bastante de prisa para no tener ningún percance en mis planes. La verdad es que en un abrir y cerrar de ojos ya estaba en la recepción despidiéndome de Emilio e ingresando mis maletas al auto para poder partir.

—Señor Miguel, le he reservado una habitación en un hotel para que pueda quedarse una noche —me dijo Emilio con una sonrisa mientras me entregaba una hoja con las indicaciones del hotel.

Yo saqué algo de dinero de mi billetera e intenté dárselo, pero Emilio lo retiró con su mano y me abrazó.

—El único precio es que me prometa que va a volver algún día y nos contará sobre su vida señor Miguel —me dijo con alegría.

Yo lo abracé de igual forma y con algo de duda le acepté el pedido, pensando que la vida misma me iba a dar la oportunidad de hacerlo. El recepcionista se despidió muy cálidamente y me dio una tarjeta de descuento en el hotel para la próxima vez, la cual acepté con una sonrisa. Salí y entré al automóvil de servicio, este arrancó y comencé ansioso mi viaje.

Puedo decir que el viaje fue tan largo como placentero, sobre todo porque el pueblo quedaba en una montaña. Una parte del viaje estuve dormido, la otra intenté hablar con el conductor y aprendí algunas cosas básicas del italiano. La parte restante estuve mirando por la ventana y contemplando el paisaje tan maravilloso que normalmente se ignoran en los libros o fotografías de Italia. Paramos a comer algo en un pequeño local que estaba solitario, pero muy recurrido, en la carretera. El conductor pidió por mí una especie de pan y un jugo bastante exquisito, que disfruté de una manera casi mágica, ya que no había tenido tiempo de desayunar en el hotel. Pagué el pedido de mi chofer y

el mío, provocando que éste se sintiera más cómodo y me hablara italiano todo el viaje. Algunas palabras las podía entender con algo de dificultad, pero la gran mayoría las escuchaba y las desechaba por igual. El viaje se tornó un poco pesado cuando el auto comenzó a subir la montaña para poder llegar a nuestro destino, ya que comenzaba a sentirse un clima un poco más frío. Pero todo se aclaró y tuvo sentido cuando comencé a ver las casas a un lado de la carretera y una cima dominada por una torre, de iglesia, que daba la bienvenida a los nuevos soles. El auto paró y el chofer se bajó, me abrió la puerta y comenzó a hablarme despacio y señalando en el diccionario algunas palabras hasta que entendí que teníamos que dejar el auto estacionado y caminar más de dos horas para poder llegar al pueblo. Me explicó que seleccionara la maleta con una sola muda y que la otra la íbamos a dejar en el automóvil hasta mañana. Me ayudó a escoger el tipo de ropa que fuese mejor para caminar y para disfrutar del parapente, me señaló un abrigo bastante arropado que tenía y lo sacó, haciéndome entender que necesitaba llevarlo. Todo lo metí a una maleta de mano que siempre llevaba con las cosas de aseo y que había quedado bastante llena con la muda de ropa que tenía en su interior. La maleta grande de viaje la metió el chofer en un cajón que estaba cubierto por una pared de cartón que parecía haber diseñado él mismo como una opción para evitar los robos. Cuando ponía a presión contra la pared este cartón, que tenía una tela similar a la de la maleta, cubría perfectamente un espacio ideal para esconder las cosas. Puse la maleta de mano en mi espalda y el chofer comenzó a caminar haciendo que yo lo siguiera.

Pasamos varios tipos de paisajes mientras caminábamos, pero lo que sí era cierto es que este tipo de caminos eran más de pastoreo que de turistas. Cada cierto tiempo el chofer paraba para respirar, me miraba y me intentaba explicar algo que señalaba o que habíamos pasado. Según entendí, este pueblo era muy conocido por peregrinaciones franciscanas. Me comentó que tenían un ritual espiritual que le hacía honor a San Francisco de Asís y que estos caminos habían sido recorridos por él. Continuamos caminando hasta llegar a un torrente que pasamos con algo de dificultad y en menos de lo que esperamos comenzamos a ver las primeras casas del pueblo.

Poggio Bustone no era como creía que iba a ser. Este pueblo era una orgullosa excepción de lo moderno. Mantenía en pie una tradición de la cultura de construcción medieval que te trasportaba a un pasado bastante cálido e irreal. El chofer me guio a la entrada de un hotel bastante acogedor que se llamaba “La Locanda Francescana” mientras sonreía por haber llegado.

La entrada era simplemente espectacular. Con un diseño muy propio del medioevo se levantaba una pequeña torrecilla que tenía en su pared más alta el nombre del lugar, la carretera, como casi todo en el pueblo, estaba empinada; totalmente empedrada. Tenía un llamativo color amarillo en la sala de bienvenida y la recepción era modesta pero muy bien presentada. Al dar una ojeada a su interior podías ver un espacio ideado para generar un gusto en quien lo apreciaba; con arreglos simples que no dejaban pasar detalles. El recepcionista saludó al chofer de manera muy cálida y comenzaron a hablar dándome la impresión de que se conocían. Después de un momento el encargado me entregó la llave de la habitación con un recibo donde señalaba lo que debía de hospedaje y opté por pagarlo de una vez. Recordé al chofer y le intenté preguntar cuánto era lo del viaje, pero el anotó en una hoja algo y me la pasó y se quedó hablando de nuevo con el recepcionista ignorando mis intentos de comunicarme. Intenté leer su contenido, pero estaba en italiano, aunque al ver su acción pensé de inmediato en que Emilio lo había contratado para que estuviera conmigo todo el viaje. Yo continúe mi camino hacia mi habitación para poder quedarme cómodo en el hotel. Cuando llegué me encontré con un espacio un poco reducido, pero ideal para pasar la única noche de este viaje. No saqué la ropa de mis maletas ya que al otro día volvería a partir, pero sí organicé mis cosas de aseo personal para poder tenerlas a la mano. Me senté un momento en la cama y noté que estaba bastante cómoda y, sin siquiera pensarlo, me quedé dormido.

Abrí los ojos cuando ya estaba un poco tarde. El sol apenas iluminaba el pueblo y, cuando me asomé a la ventana, pude ver una gran cantidad de gente caminando con bolsas mientras hablaban. Me senté en la cama intentando quitar la pereza que me había inundado por dormir tanto tiempo a una hora que no era la adecuada. Me paré para ir al baño y poderme lavar el rostro y, como estaba haciendo un poco de frío, saqué un abrigo de mi maleta y me lo puse para poder salir a conocer los alrededores. Como no conocía muy bien el pueblo, intenté no alejarme mucho del hotel para poder regresar sin ningún problema. Mientras caminaba podía ver la calle cubierta y adornada con piedras, algunos mercados abiertos y la gente pasar despreocupada de su vida dándome un ejemplo de felicidad que no había conocido. Vi un grupo reducido de turistas, de esos que cargan en su espalda inmensas mochilas, que estaban reunidos hablando y riendo y quise acercarme para ver si alguno hablaba inglés o español, para poder preguntarle cosas sobre el pueblo y aprovechar la tarde visitando algo interesante. Entre el grupo, con una gran sorpresa, pude

encontrar un latinoamericano con el que quise entablar conversación. Se llamaba Pedro y él también estaba algo contento de poder hallar alguien con quien hablar su idioma en un pueblo tan retirado de lo que normalmente se visita. Él me invitó a seguir al grupo, ya que iban a visitar una estatua que conmemoraba la bendición de San Francisco al pueblo. Comenzamos a caminar con una gran expectativa a un paso bastante agotador.

—¿Y tú qué haces aquí Miguel? —Me preguntó Pedro. Su voz estaba agitada y se interrumpía con el esfuerzo.

—Estoy esperando hasta mañana porque me han recomendado un vuelo en parapente que deseo hacer —le expliqué con sinceridad.

—Yo he hecho ese recorrido tantas veces que me sé de memoria cada cosa que señala el guía en el viaje —me dijo con una sonrisa y añadió —es más, si deseas puedes hacer el recorrido conmigo, ya que en mi país soy instructor de vuelo de parapente y así aprovecharías más el viaje, pues noto que no sabes mucho de italiano.

Yo pensé inmediatamente en lo que decía el sueño sobre poder volar con alguien y, tomando esa invitación como una coincidencia, acepté sonriendo y agradeciéndole a Pedro sus buenas intenciones. Llegamos al lugar, después de un buen rato y una buena charla, y de inmediato los otros del grupo tomaron fotografías y sacaron algo de sus maletas para comer. Pedro saco un termo con agua y me lo entregó con una sonrisa mientras él tomaba de otro que también era suyo.

—Algunas veces pienso que la vida es más sabia de lo que pensamos —me dijo mientras miraba el paisaje y tomaba un poco de agua.

Yo lo miré un poco confundido y él me devolvió la mirada entendiéndome.

—Solo digo que uno nunca sabe lo que pasará después. ¡Míranos! ¿Quién iba a adivinar que me encontraría con alguien que hablara español en un pueblo así?

Yo asentí con mi cabeza dándole razón, él miró la estatua y rio.

—Bueno, aunque no es la primera vez que me encuentro con alguien así en este pueblo... no sé por qué, pero parece que después de todo estaba exagerando con lo de encontrarnos, me acabo de acordar de ella —dijo mientras se envolvía entre pensamientos.

—¿Ella? —le pregunté mostrándole curiosidad, para no dejar que la conversación se terminara de choque.

—Sí, una mujer bastante extraña que me encontré hace unos dos años —me respondió y luego añadió —¡justamente estaba haciendo tu mismo viaje!

Yo lo miré con duda.

—¿Extraña? —le pregunté.

Él sonrió y alzando sus ojos hacia el cielo, casi como viajando entre sus recuerdos.

—La verdad es que era una mujer muy dulce y muy atractiva. Recuerdo que cuando le hablé la primera vez me mostró mucha timidez, algo que me hizo apegarme a ella, porque tengo una afinidad con la timidez. Es una de las mujeres más sonrientes que he conocido, algo que me sorprendió, porque estaba acá cumpliendo una promesa a su hermano que había fallecido... —me respondió.

Algo en esas palabras me parecía conocido, algo en la forma de ser de aquella mujer me resultó muy particular.

—¿Sabes cómo se llamaba la mujer? —Le pregunté curioso.

Pedro me miró con extrañeza por la pregunta, puso unos ojos pensativos y negó con su cabeza.

—No logro recordar ¿Por qué Miguel? —Me cuestionó.

Yo tomé un poco de agua y le sonreí.

—Pensé que la conocías —le aclaré.

—La verdad recuerdo muy poco de ella —me confesó Pedro intentando recordar más detalles y añadió— sí recuerdo que algunas veces tenía dolores musculares y por ello el grupo tuvo que detenerse varias veces, hasta que decidieron dejarnos atrás para no perder el ritmo. Así la conocí, porque me quedé a acompañarla. Ya que lo pienso... no recuerdo que me haya dicho su nombre... lo único que recuerdo es la promesa a su hermano, porque fue algo lindo de escuchar.

Yo lo miré invitándolo a que continuara.

—Me contó que ambos pelearon mucho cuando eran niños, que se habían dejado de hablar durante toda su adolescencia porque él, por alguna travesura, le había quemado uno de sus diarios y que esto lo había molestado. Recuerdo cuando me confesó que se arrepentía de no haber aprovechado su presencia mientras había podido. Me contó que a la edad de veinte años su hermano había contraído una enfermedad terminal que lo dejó reposando en su cama durante todo un año y que la mitad final de este año se había quedado sin voz, por lo que le tocaba escribir lo que tenía para decir en pequeñas hojas que ella guardaba siempre en un cajón. Me partió el corazón cuando me contó que no estaba con su hermano cuando este había fallecido.

Pedro dejó de hablar porque los otros turistas se habían acomodado sus

mochilas y le habían avisado que ya era hora de volver a bajar al pueblo. Él tomó el termo que había dejado reposando en el suelo y me pidió el que yo tenía para guardarlo en su mochila, luego se la cargó en la espalda para comenzar a caminar. Mientras miraba sus pasos teniendo cuidado de no resbalarse siguió hablando un poco agitado.

—Parece ser que sus padres la habían llamado a avisarle que su hermano había muerto, algo muy triste de verdad. Ella me contó que pidió permiso en su trabajo para poder ir a visitar a sus padres y acompañarlos en su pena. Pero que al llegar se encontró con que sus padres guardaban tranquilidad. Su madre al verla le sonrió y le entregó una de las notas en las cuales su hermano escribía, parecía ser que eso era lo último que había escrito él antes de morir y estaba dirigido para ella. Recuerdo la felicidad con la que me contó lo que decía, era algo como...

Pedro paró porque una de las turistas se había resbalado mientras bajaba y él había corrido de inmediato para socorrerla. La ayudó a parar y con señas me dijo que continuara mientras él llevaba de la mano a la mujer porque parecía haberse lastimado un pie. Siguió su camino mientras yo avanzaba en compañía de miles de voces que me preguntaban sobre lo que decía la nota. Quise muchas veces alcanzar a Pedro para escuchar lo que continuaba, pero entendí que tenía que esperar hasta llegar al pueblo para poder finalizar su historia.

Después de una larga caminata, que se tornó más difícil que la subida porque habíamos dejado que la oscuridad nos tomara por sorpresa, estábamos en el pueblo donde todos los turistas habían reposado sus mochilas en el suelo. Ví a Pedro avanzar hasta una casa donde, disimulada, estaba pintada una cruz roja que daba la idea de que era un centro de atención médica. Él entró a la casa acompañando a la mujer que se había lastimado, haciendo que yo me sentara en un muro que me permitía descansar mientras esperaba. Él salió a los pocos minutos y se acercó donde yo estaba sentado.

—Tengo que quedarme con la mujer, es una amiga de viaje y parece que se dobló el tobillo con la caída —me dijo con algo de prisa.

Yo, aunque tenía mucha curiosidad sobre la historia, asentí sonriendo mientras él me devolvió la sonrisa, comenzó a caminar hacia el centro de atención médica, pero paró y se volvió mirándome.

—Mañana, a las ocho de la mañana te espero en la puerta de tu hotel, por favor, sé cumplido —me dijo con tono serio.

Yo le sonreí y asentí de nuevo mi cabeza con tranquilidad, para mostrarle

que estaba de acuerdo. Me puse de pie y caminé hacia el hotel, que podía ver en la esquina.

Cuando llegué me encontré con el chofer que me había llevado sentado, dormido, en las sillas del recibidor y unos jóvenes tomándole fotos mientras se reían tapándose la boca para no despertarlo. Yo caminé hacia la recepción y con un inglés lento le pregunté, mientras hacía señas con mis manos, dónde podía cenar. Él entendiéndome, con algo de esfuerzo, me indicó un pasillo, el cual seguí algo desorientado. Abrí una puerta de vidrio y pude entrar a un salón reconfortante donde me recibió con calidez un mesero, me señaló una mesa y me invitó a sentarme. En poco tiempo me sirvieron un plato bastante grande de vegetales, queso y un pan, el cual estaba bastante bien. Al terminar, con algo de prisa, me paré de la silla, le hice señas agradeciéndole al mesero, pasé el pasillo y subí a mi habitación. No tuve reparos en alistarme para dormir, ya que el otro día, recordando mis miedos, iba a ser un paso bastante significativo para mí.

Capítulo 8

Al corazón del ave

Una luz que entró por la ventana me dio directamente en mi rostro y me despertó. Ni siquiera había sonado mi despertador y ya estaba sentado en el borde de la cama, rascándome los ojos con puños y bostezando por pereza. Me levanté y fui directamente al baño para tomar un poco de agua y lavarme el rostro para quitarme la sensación de sueño. Fui hasta la mesa de noche para tomar mi celular y mirar qué hora era, llevándome la sorpresa de que apenas eran las seis y media de la mañana. Iba a intentar volver a dormirme cuando sonó el teléfono del cuarto.

—¿Buenos días? —Contesté con tono molesto reflejando que no era prudente una llamada tan temprano.

De inmediato un hombre con voz cálida comenzó a hablar a gran velocidad en italiano. Yo esperé a que terminara de hablar y, en inglés, dije que no entendía. El hombre me repitió, ahora un poco más serio y con mala pronunciación, que el desayuno ya estaba servido y colgó el teléfono.

Me tomó un poco de tiempo recordar que la noche anterior había dejado una nota en la recepción en donde ponía que tenía que desayunar temprano porque iba a salir antes de las ocho. El compromiso no era otro que el viaje por parapente por todo el pueblo, algo que me tenía bastante nervioso. Me bañé con prisa, me puse ropa abrigada y salí de mi habitación para bajar a desayunar. Cuando llegué al primer piso todo el hotel parecía estar completamente solo, no veía a nadie y ya había comenzado a molestarme hasta que del corredor, que llevaba al comedor, salió un hombre y me hizo señas para que lo siguiera. Entró por la puerta de cristal y yo entré después de él encontrándome con el mismo mesero de la noche anterior con un rostro que reflejaba el más profundo de los sueños. El otro hombre aplaudió para llamar la atención del mesero, me sonrió, asintió su cabeza y entró por la puerta que, según intuí, llevaba a la cocina. El mesero me dirigió a una mesa que estaba en

una esquina cerca de una ventana, la cual se acompañaba con la luz tierna del Sol. Me corrió la silla invitándome a sentar y con prisa entró a la cocina, dejándome solo en ese salón. Yo miré de un lado a otro mientras pensaba en la historia que el día anterior me había contado Pedro. Recordé que no me había dicho lo que decía la nota y me aconsejé yo mismo recordarle para no quedar con la intriga, pues algo en esa mujer me parecía muy conocido. El mesero salió de la cocina con un plato y una taza en sus manos caminando con cautela para no derramar su contenido. Me lo puso al frente mientras me sonreía y se fue de nuevo. Ante mí tenía una rebanada de pan con algún tipo de queso y un café, nada más. “¡Sí que comen poco en el desayuno!” Me dije yo mismo recordando cómo Emilio me había aclarado esta situación cuando estaba en el anterior hotel. Comí sin prisa el pan partiéndolo con mis manos mientras me perdía en el paisaje que se podía ver en la ventada. Al lado derecho de mi vista se encontraba una casa que tapaba un fondo majestuoso de un prado verde con un riachuelo, un esplendor poco común en mis días de oficina. Cuando me terminé el pan me tomé rápido el café, el cual se había enfriado por quedarme tanto tiempo perdido entre mis ideas mientras admiraba el paisaje. Me paré de la silla y salí sin agradecer, ya que no encontraba a nadie para hacerlo. Me dirigí hacia las escaleras para subir a mi habitación cuando una voz conocida me detuvo. Miré hacia atrás y me encontré con el chofer que me había traído, el cual yo había olvidado en absoluto. Le extendí la mano para saludarlo, le sonreí y él me entregó una nota señalándome en ella una hora. Yo miré la hoja, decía algo en italiano y las tres de la tarde, por lo que supuse que su intención era notificarme que a esa hora partíamos.

—¡Sí! ¡Tres de la tarde! ¿Tres nosotros irnos? —le hablé lento y le mostré tres dedos para hacerme entender.

Él me miró, levantó su mano derecha y me mostró tres dedos, comenzó a contar en italiano cada uno de ellos hasta llegar al tres, me repitió su nombre varias veces hasta que yo asentí, lo que hizo que él asintiera también y saliera del hotel. Yo me senté en la silla de la recepción para esperar a que Pedro llegara, pero me dejé llevar por un sueño perezoso y me quedé dormido.

—Miguel —me dijo Pedro mientras me movía del hombro. —¿se quedó dormido desde el día anterior?

Yo lo miré y me reí.

—¿Cómo crees? Acabo de quedarme dormido, terminé de desayunar y decidí sentarme acá a esperarte. Supongo que me afecta todavía el cambio horario —le respondí.

Él me miró con despreocupación y me invitó a pararme.

—¿Vamos? —me preguntó enérgico.

Yo lo seguí y salimos del hotel y comenzamos a caminar. Nos encontramos con una subida algo empinada, él me miró y me señaló un lugar bastante lejos.

—Es por allá —me dijo.

Yo alcé mi mirada siguiendo su dedo y pude ver un claro en una montaña donde estaban unas personas paradas alistando sus parapentes para poder saltar. Yo miré a Pedro con ojos preocupados y él sonrió, dándome dos palmadas en la espalda.

-Todos siempre tuvimos miedo alguna vez —intentó calmar mi angustia.

El camino comenzó a tornarse molesto, ya que el Sol estaba imponente en la altura y lograba calentarnos lo suficiente como para hacernos bañar en nuestro propio sudor. Aunque quería escuchar el final de la historia de Pedro, él se rehusó a hablarme porque ambos estábamos bastante agitados. “Ahorra aliento” me decía cada vez que intentaba entablar conversación. Él estaba delante de mí indicándome donde debía pisar para evitar resbalarme, ya que ambos estábamos evitando una caída, igual a la de la mujer del día anterior, y dañarnos los planes por un descuido. Me entró algo de alegría cuando paró, se refrescó y algo agitado dijo “ya casi llegamos”. Yo le sonreí y continué siguiéndolo mientras tomaba un poco de agua de un termo que me había pasado. El camino comenzó a tornarse menos empinado y ya era agradable caminar por él. Cuando menos pensé estábamos caminando hacia uno de los lados de la montaña, sin subirla, y había un camino entre la grama que indicaba que ese sitio era recurrido. Mis pasos se tornaron mucho más animados, ya que unos árboles al lado del camino tapaban la luz del Sol y hacían que el ambiente se sintiera más fresco. Bajamos internándonos de nuevo entre los árboles, pero Pedro paró y respiró un poco.

—¡Ya llegamos! —me dijo entusiasmado.

Cuando terminamos de pasar la arbolada nos encontramos con varias personas que estaban allí. Algunas sentadas en el prado miraban el paisaje mientras hablaban, otras simplemente estaban de pie. Vi a un hombre solitario recostado en un árbol leyendo y a unas tres personas alistando su equipo para saltar. Pedro se acercó a ellas dejándome solo y yo simplemente me quedé mirándolo esperando algún tipo de señal que me indicara que lo acompañara. Él comenzó a hablar con los miembros, me señaló y luego se acercó a mí para hablarme.

—El alquiler del parapente es costoso —dijo con un tono molesto.

—Diles que yo lo pago —le aclaré con una sonrisa, dándole unos dólares que tenía en mi billetera.

Él miró el dinero y analizó la cantidad, luego se alegró y fue a pagarles a los sujetos. La primera vez rechazaron el dinero, pero Pedro les dijo algo que pareció gustarles y lo recibieron. Pedro le dio la mano a uno de ellos, me miró y me hizo las señas de que me acercara. Cuando llegué los tres hombres me saludaron cálidamente y me pasaron un maletín donde se encontraban algunos mosqueteros y cuerdas. Le dijeron algo a Pedro y él asintió, recibiendo de uno de ellos un maletín, y luego me invitó a retirarme con él hacia una parte solitaria del claro. Bajó la maleta que tenía en la espalda apoyándola en el suelo, me entregó unos dólares de vuelta y luego se concentró en la maleta que había acabado de recibir. Me pidió ayuda para sacar su contenido y me encontré con que era el parapente, de color verde con líneas blancas. Lo extendimos sobre el suelo, le acomodó los hilos para evitar que se enredaran y se sentó en el suelo a preparar la gran cantidad de cuerdas que me habían entregado; amarrándolas y uniéndolas con una habilidad increíble.

Poco más de diez minutos le tomó tener todo listo, se paró de un salto ágil y me abrazó con sus dos manos abrochándome en la espalda y el pecho varias correas de seguridad que lograrían mantenerme bien sujeto a él para poder estar juntos. Él llamó a uno de los hombres a los que les habíamos alquilado el parapente y, dándole unas indicaciones, este llamó a sus compañeros. Pedro se me acercó y me mostró una cuerda que colgaba de una de las correas.

—Tómala, luego abrázame por la espalda y me la pasas por tu lado derecho —me dijo con un tono seco.

Yo hice exactamente lo que me pidió y él, amarrando y ajustando algunos nudos, logró que ambos permaneciéramos completamente juntos. Tal era la rigidez que yo tenía que seguir sus movimientos para evitar que las correas me tallaran.

—Si te duele cuando me muevo es porque están bien —se burló mientras alistaba las cuerdas del paramente.

Desamarró una de las cuerdas y me pidió que la sostuviera, luego le dijo a uno de los hombres algo e inmediatamente se acercó a mí con un tipo de tela y lo ajustó en mi entrepierna como si fuese una clase de pañal, tomó la cuerda que yo tenía en mis manos e hizo un nudo. El hombre se acercó a Pedro, le dijo algo y le señaló a los otros dos el parapente indicándoles instrucciones en italiano. Los hombres alzaron al viento la pesada capa y esta se extendió con facilidad en el cielo.

—Corre conmigo —grito con ánimos.

Los dos comenzamos a mover nuestros pies con agilidad hasta que, sin prevenirlo ni imaginarlo, estábamos volando.

Al principio comencé a gritar, la sensación era mágica, pero cuando miré hacia abajo y vi la montaña me asusté tanto que con mis brazos abracé a Pedro.

—Suéltame y extiéndelos como si fuesen tus alas, es una sensación increíble —Me dijo entre risas Pedro.

Yo, dudando, solo quería quedarme abrazándolo para no sentir que me iba a caer, pero él me volvió a aconsejar que lo hiciera y yo, en un momento donde no pensé nada más que en seguir mis emociones, estiré mis brazos. Sentí cómo una brisa fuerte corrió por mis manos haciendo que estas se congelaran y cómo mis brazos se tiraban para atrás por el poder majestuoso del viento. Cerré mis ojos y pude disfrutar la brisa que pasaba juguetona entre mis cejas y que lograba que mi cabello volara a capricho del viento. No quería sentir nada más que ello, no quería hacer otra cosa más que volar.

—Recuerdo cuando ella, la amiga de la cual te conté ayer, se tiró conmigo. No dejó de gritar de la emoción durante todo el viaje —gritó de manera divertida Pedro y añadió —llegué a tierra con un dolor de cabeza bastante fuerte.

—¿Todavía no has recordado su nombre? —le pregunté con interés, aprovechando que había abierto el tema. Abrir la boca y gritar era agotador.

—La verdad Miguel es que no, no recuerdo ni siquiera que me lo haya dicho... la verdad de ella me acuerdo solo lo que te conté ayer —me respondió con duda en su voz y continuó— lo que sí sé es que la acompañé al aeropuerto internacional, parece que se iba de viaje... creo que a Francia.

—¿Y sabes a qué parte de Francia? —le pregunté mostrando mucha curiosidad.

—La verdad no... —me respondió con sinceridad.

Haló una de las cuerdas para doblar la dirección, haciendo que el parapente ganara un poco de altura.

—Ayer no terminaste de contarme su historia —le recordé. Esperando algún tipo de indicio que me ayudara a saber quién era aquella mujer.

—Tienes toda la razón. Ella recibió la nota de sus padres que le había dejado el hermano, creo que decía algo como... —Pedro pensó un momento y luego añadió— no me acuerdo.

Comenzó a reírse despreocupadamente, contagiándome su carisma.

El viaje duró más de lo que me esperaba, no era como entrar a una atracción de un parque, este viaje era mucho más duradero que los otros. Aterrizamos de manera brusca en una pradera donde estaban, a los lejos, otras personas también con parapentes. Yo le ayudé a Pedro a desamarrar y arreglar las cosas que nos habían prestado.

—Ellos deben de venir por nosotros —me dijo mientras me señalaba una camioneta.

Alzó sus manos y gritó intentando llamar su atención. La camioneta se acercó a nosotros, el hombre que iba de copiloto saludó a Pedro y nos invitaron a montarnos con nuestras cosas en ella.

—Son unos amigos de mucho tiempo —me aclaró Pedro notando mi desconfianza e invitándome a montar.

Después de pocos minutos de camino llegamos a unas casas donde estaban parqueados algunos autos. La camioneta paró y el piloto le preguntó algo a Pedro haciendo que él me mirara.

—¿Te quedas aquí o vas hasta la ciudad? —me preguntó.

Yo lo miré con algo de extrañeza.

—¿No nos devolvemos al pueblo? —dije un poco inocente.

Él se quedó mirándome sorprendido.

—No Miguel. ¿El chofer que te trajo no sabía que ibas a montar en parapente? —Me preguntó un poco inquieto.

Yo con mi mirada le mostré preocupación y él la notó.

—Miguel, tuvo que decirte algo —me dijo algo nervioso.

Recordé de inmediato la nota que me había dado por la mañana, la cual estaba en uno de los bolsillos de mi chaqueta; la saqué y se la entregué. Él la tomó, la leyó y le dijo algo al piloto haciendo que este arrancara.

—Te estará esperando en la ciudad desde las tres de la tarde —me aclaró tranquilizándome.

Cuando llegamos a la ciudad el conductor estaba esperándome en una clase de carpa hablando con otras personas mientras reía. Cuando notó la camioneta se puso de pie, dándome la idea de que ya esperaba ello y tenía la esperanza de que ahí estuviese yo. El piloto paró el auto.

—Fue un gusto conocerte Miguel. Ojalá podamos hablar en otra ocasión —me dijo Pedro mientras sonreía.

Yo le di la mano asintiéndole y devolviéndole la sonrisa, le dije “gracias” a los otros sujetos y salí del auto. La camioneta arrancó y el chofer se me acercó entregándome la maleta que había utilizado para llevar mi ropa al pueblo. Yo

la miré sorprendido y él me sonrió invitándome a seguirlo para poder irnos. Cuando abrí la puerta el chofer me grito algo, yo lo miré y vi que me estaba señalando un punto, seguí su dedo y me encontré con que la camioneta donde estaba Pedro se estaba volviendo a acercar. Cuando estaban cerca utilizaron la bocina para llamar mi atención y Pedro sacó la cabeza por la ventana.

—¡Ya recordé lo que decía la nota! —me grito emocionado.

Yo intenté acercarme todo lo que pude, ya que la camioneta no paró, sino que siguió andando mientras Pedro gritaba.

—¿Qué decía? —le pregunté entre gritos.

—¡Vive la vida como un Diario de un Sueño! —me respondió.

Capítulo 9

Hacia París

Todo ahora tenía sentido, desde por qué la mujer había llegado hasta ese pueblo hasta el por qué había contado esa historia a Pedro. Su hermano, sus viajes, sus vivencias y sus experiencias estaban, de alguna forma, consagradas en el libro que yo tenía. Pedro había conocido a la mujer que desesperadamente buscaba y no tuve oportunidad de preguntarle nada más; ni su estilo al vestir, ni el color de sus ojos y de su piel. Estaba tan enfocado en su nombre, que detalles tan básicos como su apariencia resultaron pasajeros y olvidadizo. Una sola pista fue la que pude recordar de todo lo que me dijo, algo que podría ayudarme a seguir mi camino: la mujer iba a Francia. Aunque parecía inexplicable y casi increíble, seguir sueños escritos en un diario infantil me estaba llevando con éxito a poder hallar a su autora. Parecía que el diario mismo llamaba a su verdadera dueña, cruzando sus gritos de encuentro entre fronteras de todo el mundo. El mágico resultado de mi viaje me había dado ánimos para continuar, sin ninguna duda, esta interesante aventura.

Después de que Pedro me dijese en aquella pequeña ciudadela lo que decía la nota, le dije al chofer que me llevara de inmediato al aeropuerto internacional, ya que ahora tenía que ir a Francia. Aunque no sabía muy bien a cuál ciudad debía ir, tenía que ingeniarme algo para evitar perder la pista que ahora había obtenido gracias a mi empeño por seguir el diario como una guía. De inmediato recordé que no había leído sus páginas durante vario tiempo, así que, mientras estaba en el auto yendo hacia el aeropuerto, aproveché un espacio de tranquilidad para abrir el diario en la siguiente página, en orden, desde la última vez que lo había leído.

“Día 5— Payasos en circos

Ayer logré convencer a mi padre que me llevara hoy al circo que había llegado a la ciudad. La verdad nunca había ido a una de esas grandes

carpas adornadas con rayas y luces de colores. Mi padre me había dicho que el circo era algo mágico y me habló de los payasos. Siempre me causó curiosidad estos amigables sujetos con narices rojas.

Llegué del colegio, hice mis deberes y me arreglé para poder ir al espectáculo con el que había soñado desde que mi padre me había hablado de él. Parecía casi sin igual ver animales haciendo trucos, grandes elefantes y peligrosos tigres que asustaban a los niños más pequeños con sus rugidos. ¡Dios, voy a ir al circo! Cuando llegó mi madre con mi hermano y me encontraron esperando en la sala sentada, mi hermano comenzó a reírse de mí. Mi madre lo regañó y se acercó a mí diciéndome que mi padre no podía venir temprano porque el trabajo se lo impedía, por lo que era imposible ir al circo. ¿No sabía que era el último día que estaba abierto?

Cuando subí a mi alcoba, en vez de llorar como otras ocasiones en las que mi padre me había dejado sola, decidí soñar con que iba con él al circo tomada de la mano. Miré pues como un hombre gordo, barbado y enano, con un traje gracioso, se paraba en una caja de colores. Allí, mientras movía un palo grande que tenía en sus manos le decía al mundo las extrañezas que íbamos a encontrar; desde el hombre más feo del mundo hasta la mujer más gorda de todos los tiempos.

Entré con mi padre a la gran carpa de líneas azules y blancas y miré cómo un hombre alto nos pedía los tiquetes para poder entrar mientras decía con una gruesa voz “Encontraste la entrada al misterio”. Le dimos los que habíamos comprado y entramos por un pasillo hasta llegar a unas sillas. Al sentarnos comenzó el espectáculo: un mago desapareció un elefante, un malabarista se tiró desde lo alto hasta un pozo lleno de agua, un mono que andaba en bicicleta compitió contra un perro vestido de payaso y un payaso vestido de perro compitió contra una bicicleta vestida de mono. ¡Todo fue muy gracioso!

Cuando nos devolvíamos en el auto de mi Padre, me quedé dormida, despertándome luego en sus manos mientras él me subía por las escaleras de nuestra casa para darme las buenas noches mientras me acomodaba en mi cama. ¡Qué día maravilloso! ¡Qué día de ensueño!”

Cerré la página con una sonrisa de ternura en mi rostro. Era increíble que una niña con la capacidad de soñar todo un universo concentre sus ideas en un beso de buenas noches. La inocencia es lo que más reclama sensatez, porque solo con ella se sabe lo que realmente se quiere sin ningún tipo de influencia exterior que contamine nuestros deseos. Estaba decidido entonces que tenía

que continuar siguiendo al pie de la letra el libro que me indicaba un camino, ya que me estaba llevando a vivir aventuras que nunca hubiese realizado por mi propia cuenta. Alcancé mi bolso de mano para guardar el diario y, cuando lo abrí para poder acomodarlo sin dañar ninguna de sus páginas, encontré mi celular en el fondo apagado. Recordé de inmediato que hace más de dos días no hablaba con mis padres ni con mi socio. No sabía cómo iba la empresa, ni cómo estaban mis parientes. Tampoco había llamado a verificar la situación de Isabel, la amiga de España, ya que debería de haber estado en mi país. Presioné el botón para poder prenderlo e inmediatamente sonaron cientos de sonidos notificándome sobre llamadas, mensajes y avisos de cobertura. Revisé algunos mensajes de Juan y mis papás que, preocupados, preguntaban sobre mí. Un mensaje de mi secretaria decía “Isabel ya está aquí” y varios mensajes de la compañía de comunicaciones indicándome el traspaso de mi señal a alguna empresa aliada que me permitía hablar en países extranjeros. Me motivé primero a llamar a mis padres para evitar que estuviesen preocupados. Di la orden de llamada y escuché cómo repicaba el teléfono mientras esperaba ser contestado.

—¡Miguel! ¿Cómo es que no has llamado antes? —Me dijo mi madre con voz chillona.

—Madre, los días han pasado muy deprisa y he olvidado por completo a mi celular en mi maleta —le respondí con voz amable.

Ella se tranquilizó, me preguntó sobre el viaje y yo le conté las cosas que había hecho. Me dijo que mi padre estaba comprando unas cosas, que intentara llamarlo luego. Después me recomendó llamar a mi socio, el cual me estaba buscando con la misma insistencia que ellos, “debe de ser un negocio urgente” me explicaba mi madre intentando excusarlo. Yo acepté todas sus peticiones, le di mis buenos deseos y le colgué con bendiciones para poder llamar a Juan. No bastó ni siquiera que el teléfono repicara cuando me contestó.

—Miguel ¡Por Dios! ¡Estoy intentando encontrarte desde hace tiempo! ¿Dónde estás? —me dijo alarmado.

Yo, con comprensión, le expliqué dónde me encontraba, le dije que el viaje se iba a alargar más de lo que esperaba y que tenía que seguir a cargo.

—No te preocupes —me dijo, como siempre decía cuando lo dejaba a cargo.

La verdad nunca tuve de qué preocuparme por él, desde que comencé mi empresa me demostró una lealtad que me hizo hacerlo un buen amigo y mi más confiable socio.

—Isabel es una mujer maravillosa —me dijo Juan, notando mi interés por ella.

—¿Cómo se ha desenvuelto en el trabajo? —Le pregunté curioso.

—Excelente, esa es la palabra. Es creativa, carismática y en solo un día logró adaptarse al trabajo —me respondió.

Ya sabía yo con anterioridad su respuesta, pues Isabel ahora trabajaba con el ánimo de vivir; dale a un hombre una razón para continuar y él te dará a cambio su mayor esfuerzo. Me despedí de Juan dándole algunas indicaciones para el periodo que iba a estar ausente, él aceptó sin esfuerzo cada una de ellas y colgamos.

Después de un largo viaje en carro, el chofer me dejó en la puerta del aeropuerto internacional. Parqueó en uno de los lugares de taxis mientras se bajaba, sacaba mis maletas de su auto y se despedía. Yo le pagué lo que me pidió por sus servicios y lo despedí con una sonrisa, con algo de afán, ya que había logrado que los taxistas comenzaran a tocar sus bocinas gritando con fuerza en italiano. Cuando entré pude ver una gran cantidad de personas de un lado para otro, cada uno con su vida como mayor preocupación y con sus planes como principal plato. Cada uno es esclavo de sus obligaciones, dueño de un tiempo que no posee y sonriente por dinero que no existe; estamos viviendo una ilusión y yo, desde que había encontrado el diario, estaba viviendo un sueño. No sé si es mejor vivir un sueño o una ilusión, ya que ambas nacen de la misma idea del creer y crear lo que queramos. Una vida llena de sueños no sería muy diferente a vivir una ilusión, pero una vida de ilusiones no sería muy diferente a vivir un sueño. El equilibrio próximo de la realización de cada una de las cosas está en lo que queremos creer y en lo que queremos lograr creer. Yo decidí pensar que seguir al pie de la letra un diario de sueños era una aventura.

—Pero ¿no es también una ilusión? —Pregunté en voz alta a una de las mujeres encargadas del puesto de una aerolínea, saludándola en voz alta con mis pensamientos; ya había llegado en la fila. Sentí vergüenza cuando entendí mi espontaneidad.

La mujer me habló en italiano, yo le hablé en inglés para disculparme y ella llamó a una compañera, que estaba sentada atrás suyo, con la cual me pude entender. Aproveché la oportunidad para preguntar sobre el viaje y ella amablemente me compartió algunas recomendaciones. Compré el tiquete del primer vuelo que saliera a París y esperé sentado, junto a una gran cantidad de personas que también esperaban, a que mi avión llegara.

La verdad no fue mucho lo que tuve que esperar. En un abrir y cerrar de ojos estaba sentado en el avión dispuesto a partir. La silla al lado mío permaneció vacía hasta que el capitán indicó que iba a despegar y de inmediato vi como una anciana se acercaba con prisa con su boleto en la mano siguiendo las indicaciones de una de las auxiliares. Cuando se paró frente al asiento me miró con curiosidad, guardó un bolso de mano en los maleteros del techo y se sentó con delicadeza mientras me sonreía. Yo le devolví la sonrisa y miré por la ventana mientras el avión aceleraba para despegar. Cuando la parte superior del avión se alzó la anciana que estaba al lado mío me tomó de la mano y apretó fuerte, mostrándome que tenía nervios.

—¿Primer vuelo? —pregunté en español, olvidando por completo que estaba en Italia.

La anciana, no sé si entendiéndome o queriéndome entender, comenzó a hablarme tan rápido en italiano que lo único que yo logré hacer, mientras hablaba, era asentir con mi cabeza cada vez que me miraba con un rostro carismático. Durante todo el viaje, más de una hora y media, ella solo me habló sin parar y yo asentía, dándole la idea de que entendía, ya que veía que mientras más conversaba más era su tranquilidad. Cuando se reía a carcajadas yo me reía con ella, cuando veía que su rostro se ponía triste y un poco desesperanzador yo bajaba la mirada, negaba con mi cabeza y ella, con cariño, me tocaba las manos y me hablaba con tono tierno intentando alegrarle, lo que hacía que yo subiera la mirada con una sonrisa y ella continuara hablando. Cuando el avión tocó tierra, en vez de agarrarme la mano, me tomó el brazo con sus dos manos. Así permaneció hasta que el avión paró por completo. La auxiliar de vuelo se acercó a ella y la ayudó a levantarse. La anciana tomó el bolso de mano que había guardado en los cajones del techo y, esperándome, me invitó a seguirla. Salimos del avión, bajamos las escaleras y pasamos el pasillo, hasta encontrarnos con la habitual reunión de conocidos esperando a que sus amigos o familiares lleguen. Una mujer le hizo señas a la anciana y ella me arrastró hacia donde ella. Se saludaron con felicidad y la anciana, con una sonrisa, comenzó a mirarme mientras hablaba con la mujer, la cual me extendió la mano. Yo le di la mano y dije mi nombre.

—¿Hablas español? —me preguntó con sorpresa.

—Sí y me alegro enormemente poder conocer a alguien que lo hable aquí —le respondí alegre.

La mujer se llamaba María Paulina, tenía un acento latinoamericano. Era delgada, alta y muy atractiva. El carisma que reflejaba en su sonrisa era

sincero, por lo que se ganó mi confianza de inmediato. Luego de explicarle a la anciana, con ayuda de Paulina, que yo no hablaba italiano, nos reímos juntos de lo que había ocurrido en el avión.

—Dice que quiere que vayas a cenar a la casa. Que haberla escuchado en el avión sin que le pudieras entender fue un gesto muy noble y que está agradecida por eso —me tradujo Paulina luego de que la anciana lo dijera con una sonrisa y añadió— además dice que eres muy guapo.

Se sonrojo mientras miraba con pena hacia al suelo. Yo miré a la anciana y luego a Paulina, indicándole que me tradujera.

—Acepto encantado la invitación, pero primero debo conseguir un hotel donde acomodarme.

Esperé a que le explicaran a la anciana y esta, con un poco de rebeldía, le dijo a Paulina.

—Dice que te puedes quedar en nuestra casa. Que pareces un hombre honesto, que no podemos dejar que pagues un hotel luego de salvarla de un ataque de nervios —me tradujo mientras se reía y mirándome con ojos alegres.

—Debo hacer unas cosas primero, por eso necesito un hotel, pero que acepto encantado la invitación a cenar —le aclaré, pensando en lo más prudente.

Paulina me mostró tranquilidad en su rostro, le tradujo a la anciana lo que había dicho, haciendo que me devolviera una sonrisa, me diera tres palmadas en el hombro y se alejara mientras señalaba una silla, indicando que se iba a sentar.

—Discúlpala, generalmente le dice lo mismo a todos con quienes viaja —me explicó Paulina y añadió mientras sonreía— creo que está buscando pareja.

En ese momento sus ojos se arrugado por el arco de sus labios sonrientes.

—No hay problema —le dije.

Le pasé una tarjeta donde estaba anotado mi número celular, corrigiendo el prefijo internacional con una pluma.

—Llámame si deseas, al fin y al cabo, no conozco a nadie aquí —concluí, mirando mis dedos, preocupado porque se habían manchado un poco de tinta.

Ella aceptó la tarjeta, asintió y buscó algo en un bolso que tenía, para luego pasarme un paño húmedo. Me sonrió y comenzó a alejarse hacia la anciana.

—Hospédate en el Hotel Chopin —me dijo mientras caminaba.

Yo, después de aceptar la recomendación, me despedí de la anciana y de Paulina, fui a tomar las maletas y salí por la puerta principal del aeropuerto.

Llamé un taxi, le dije al conductor “Hotel Chopin” y este arrancó.

Capítulo 10

Entre máscaras y circos.

El hotel Chopin era una fiel réplica de un espacio clásico, muy de la época del compositor por quien llevaba el nombre. Cuando llegué a la recepción me atendieron de manera cálida y, por suerte, uno de los hombres que estaba atendiendo sabía hablar muy bien el inglés, por lo que fue fácil pedir una habitación. La cama era bastante cómoda, estaba todo con un tema muy del romanticismo, lo que hacía que el cuarto generara una comodidad extraña. Había ya pasado una noche en el hotel, teniendo la oportunidad de poder cenar en él. La noche pasó rápida y la mañana se hizo comfortable cuando bajé a desayunar; encontrándome con un plato de “croissants”, mantequilla y un buen café.

Cuando terminé de desayunar, agradecí por la comida con un mal dicho “merci” y subí a mi cuarto para arreglarme, ya que tenía que salir a buscar algún circo; estaba a la expectativa de encontrar otra pista que me llevara a la dueña del diario. Cuando entré a la habitación escuché un sonido conocido, fui corriendo a mi maletín y saqué el celular.

—¡Hola! —saludé enérgicamente y algo agitado.

—Hola Miguel, ¿cómo estás? —Me habló una voz conocida.

—¿Quién es? —Pregunté con tono seco.

—María Paulina —me dijo la mujer con pena.

Con algo de sorpresa hablamos un rato, me preguntó cómo me estaba yendo y se volvió a disculpar por la forma como la anciana se había comportado conmigo. Me preguntó sobre la comida, el hotel y sobre mis planes de viaje.

—Tengo que ir a un circo —le respondí con sinceridad.

—¿Un circo? ¡Nunca había escuchado que alguien viniera a París solo para ir a un circo! —Me dijo mientras se reía con ternura.

—Es algo que debo hacer —le dije un poco seco.

—¡Tranquilo! Estoy bromeando —continuó riendo y luego añadió—

conozco un excelente lugar, si quieres podemos ir juntos.

Yo acepté su invitación, me aclaró que el circo se llamaba “Cirque Romanés” y que era un poco más salido de la forma tradicional de hacer un espectáculo.

—Una amiga me lo recomendó —me decía mientras se excusaba por su decisión.

Después de arreglarme con prisa y salir del hotel, tomé un taxi. Le dije el nombre del circo y él me hizo repetirle, por lo que tuve que hacerlo un poco más lento para que él entendiera. Durante todo el viaje el conductor gritaba por su ventana cada vez que alguien hacía una imprudencia que no debía, ganándose también gritos de otros transeúntes. Es increíble cómo, cada uno de nosotros, le damos importancia a determinados detalles en nuestra vida. Creo que el hombre se define más fácil por los detalles de los que el capricho es víctima, que por sus acciones. Yo, a diferencia de mi chofer, no le daría importancia a descuidos y errores, de otra persona, mientras condujese. Pero cada uno tiene su manera de ver el mundo. Algunos lo definen desde la importancia de ser cultos y se gastan toda una vida leyendo libros que no aplican pero que sí mencionan. Otros en cambio tienen su detalle en cuán limpio esté donde están y se gastarán toda una tarde, si es necesario, en lograr que el lugar se acomode a sus caprichos. Yo, por ejemplo, estoy siguiendo los sueños de una niña, hecha mujer, que me están llevando a recorrer el mundo buscando con ansias la dueña del diario en donde están reflejado. ¿Qué diferencia hay entre alguien que grite groserías por la ventana del auto a alguien que sigue sueños escritos? La vida se admira dependiendo de dónde se mire; nunca encontrarás un punto tan alto como para ver tus problemas insignificantes. Entre más nos empeñamos en lograr, en hacer y en realizar, más caminos encontraremos con infinitas posibilidades; la verdadera aventura es seguirlos todos.

El taxista paró en una calle poco recurrida, me indicó una pantalla donde decía con letras rojas lo que le debía y le pagué. Me bajé del taxi y caminé hacia un local llamativo, él único que había, que tenía en vitrina unas extrañas máscaras. Entré, halando una puerta de cristal, y una mujer, en vivo francés, me saludo mientras sonreía. Yo le hice señas y le indiqué que no podía entenderle.

—No te preocupes —me dijo en inglés esperando que yo le entendiera.

Hablamos un rato, contándome del negocio, y me mostró unas máscaras bastante interesantes. Vi una que tenía un solo cacho, en el centro de la frente,

que era roja como la sangre, con excepción de su ojo derecho, mirándola de frente, que estaba perfilado con una estrella blanca. El cuerno era tan alto, que recordaba un cacho de un toro adulto. Luego me mostró una máscara hecha en tela que cubría hasta el cuello, al ponérsela, y que tenía una cabellera larga, casi hasta los pies. Intentaba asemejar a algún tipo de primate, por excepción de sus labios, que estaba pintados color rojo carmín imitando un labial.

—Esta es la más extraña que tenemos —me dijo la mujer mientras me pasaba una caja.

Abrí el contenedor y saqué de él una especie de casco color verdoso. Tenía dos varillas que sobresalía al ponérselo y tapaban el rostro con una especie de tela transparente que se ajustaba entre las dos. Dentro de la caja había una manivela que se acomodaba en un orificio que había en uno de los extremos del casco. Al moverla la tela también se movía y una música tenebrosa salía desde la parte superior. La tela, al moverse, generaba una especie de efecto visual que hacía creer que el rostro del portador se desfiguraba. No tenía nada de atractivo, la verdad era un poco escalofriante. La mujer que atendía en el local se puso la máscara y comenzó a mover la manivela, mientras yo le sonreía.

—¡Dios mío, Susie! ¡Quítate ya mismo esa cosa horrible! —Gritó con inglés una voz femenina detrás de mí.

Al voltearme pude darme cuenta que era María Paulina, lo que hizo que la saludara sorprendido y le preguntaba por qué estaba en el local.

—Supuse que estarías acá —me dijo un poco distraída mientras miraba la máscara y me preguntó —¿no te parece escalofriante?

Yo sonreí y miré a Susie, la cual estaba guardando el misterioso objeto en su caja. Ella me miró y me devolvió la sonrisa, mientras se agachaba para esconder de nuevo la mayor extrañeza de la tienda.

—Es un interesante negocio ¿no crees? —Me preguntó Paulina.

Tomó una de las máscaras y se la puso haciendo un ruido fantasmagórico.

—Un poco, me llamó la atención al llegar. Creo que su mayor pecado es el sitio en donde está, muy poco recurrido —le respondí.

Susie hizo un extraño ruido al escucharme decir eso, pero luego me sonrió despreocupada. Fue hacia una de las esquinas, puso su mano en un interruptor y las luces del local se apagaron, haciendo que las repisas ya no se pudiesen ver.

—¿Vamos? —Preguntó mientras se colgaba un bolso en su hombro.

Yo miré a Paulina y ella me sonrió, tomó de gancho a Susie y salió con ella,

haciendo que las siguiera.

—Es extraño que un extranjero vaya a ese tipo de circo —le dijo Susie a Paulina mientras caminaban.

Yo, un poco confundido, les pregunté sobre tal afirmación, recibiendo como respuesta risas tiernas de las dos mujeres. Me molesté un poco, ya que la verdad no sabía bien en qué me había metido, ni a qué tipo de circo iba. Nunca había escuchado que había diferentes clases de circos. Eso era extraño. Siempre había pensado que este tipo de espectáculos siempre mostraban payasos amigables que jugaban con el público, animales domesticados a costa de golpes que hacían trucos por comida, todo tipo de malabaristas y acróbatas y un presentador, que era el que se encargaba de incitar los aplausos del público. Nada más ni nada menos que un simple espectáculo preparado. Pero podría ser que la tendencia a creer en los estereotipos me estaba traicionando. Eso es triste, ya que parecía ser que la diversidad también afectaba a tan tradicional gala. Si dejara que simples comentarios generalizados, como sea que se digan, me tientes a creer en un perfil, no tendría un criterio propio. La verdad, la conocida frase de “ver para creer” es de necesaria aplicación en los comentarios destructivos de las personas, pues la envidia es la peor enemiga de nuestra imagen. Dejarnos afectar por un comentario es dejarnos llevar por las ideas de otro con respecto a ese algo y el hombre obtuvo razón precisamente para evitarlo. Me sentí agotado e impaciente y preferí acallarme. Algo me inquietó.

—Tranquilo Miguel, confía en mí, va a ser una experiencia nueva —me dijo Paulina mientras seguía caminando.

Yo sonreía mientras seguí analizándome. “Una experiencia nueva es la clave de la diversidad y la diversidad es la paradoja de los estereotipos” me dije a mí mismo concluyendo.

Cuando llegamos, después de caminar durante cinco minutos por la calle que doblaba la esquina donde me había dejado el taxi, nos encontramos con una entrada modesta adornada con luces gigantes que estaban apagadas. “Cirque Romanés” decía en vivo carmín con fondo verde una estampilla en una camioneta. Había varias personas esperando en una fila que llegaba hasta una mediana carpa que se sostenía en un terreno libre entre los edificios. Un hombre, con un acordeón en sus manos, comenzó a gritarle a Susie mientras ella le devolvía los gritos. Ambos caminaron para encontrarse y se saludaron con un abrazo.

—Es el que toca el acordeón en el circo, es un buen amigo —me explicó

Paulina.

Yo alcé la mano en señal de saludo cuando el hombre miró hacia donde estábamos nosotros, haciendo que me sonriera y me dijese algo en francés. Susie lo tomó de la mano, le dijo algo al oído y él, riendo, nos hizo señas con su mano, haciendo que lo siguiéramos.

—No tendremos que hacer la fila —nos dijo Susie, mirando hacia atrás mientras caminaba con el sujeto.

Paulina le sonrió, al igual que yo, y continuamos caminando hasta llegar a la recepción. El hombre de acordeón le dijo algo al vendedor de entradas y nos señaló, haciendo que las personas que estaban delante de la fila nos miraran con curiosidad.

—Yo te invito —me dijo Paulina mientras se adelantaba a comprar las entradas.

Yo intenté detenerla, pero ignoró mis intentos por pagar mientras me repetía con voz tierna “tranquilo”.

El espectáculo fue algo extraño. Aunque las acrobacias demostraban habilidades en agilidad y destreza, la música que acompañaba a cada acto era de un estilo que no había escuchado antes. Los que presentaban los actos, en vez de ser llamados, acompañados de luces, se hacían en un medio círculo aplaudiendo, bailando, mientras miraban a sus compañeros realizar lo que tenían preparado. Un clarinete, un contrabajo, un violín, una trompeta y un acordeón acompañaban los movimientos con escalas imprecisas y poco clásicas, que generaban un ambiente de misterio, casi gitano. Entre algunos espectáculos una de las mujeres tomaba un micrófono y cantaba en una lengua que no lograba entender.

—¿Cómo te está pareciendo? —Me preguntó al oído Paulina.

—¡Excelente! —Le respondí exagerando, mientras sonreía.

Paulina sonrió y continuó viendo el espectáculo. No era excelente, porque no era de todo mi gusto. Pero, a pesar de costarme entenderlo, me entretuvo bastante.

Cuando salimos de la presentación nos quedamos hablando un rato afuera, hasta que Susie se fue cuando el hombre de acordeón le grito desde uno de los camiones del circo. Yo le agradecí haciéndole un gesto con la mano y él me devolvió una sonrisa. Paulina me tomó de gancho y comenzamos a caminar.

—Disculpa mi atrevimiento, es que está haciendo mucho frío —me dijo Paulina un poco apenada.

—No hay problema —le dije yo con tono tierno mientras continuaba

caminando.

Ella me agradeció por haberla acompañado y me preguntó si ya había conocido la Torre Eiffel, los principales museos y alguno que otro sitio turístico importante de París. Mi respuesta a todos los lugares fue “nunca había estado acá” haciendo que ella se sorprendiera.

—Generalmente, cuando alguien viene a París es con entusiasmo de conocer los sitios más significativos —me dijo confiada.

—Lo sé, sólo que ignoré por completo dónde estaba. Digamos que en vez de estar de turista estoy de aventurero —le dije con la mayor sinceridad.

Paulina comenzó a preguntarme el por qué sin recibir respuesta, ya que el mayor culpable de mi desinterés por los gustos generales era el diario, el cual guardaba como mi mayor secreto.

—No vaya ser que eres una especie de criminal —me dijo mientras se reía.

—¿En serio crees que tengo cara de criminal? —Le pregunté siguiendo su broma.

Ella se quedó en silencio, comenzó a mirarme fijamente y se rascó la cabeza, dándome a entender que estaba pensando su respuesta. Yo la miré con extrañeza, se me escapó la risa y ella ríe conmigo.

—¿Qué horas son? —Me preguntó un poco preocupada.

Yo miré el reloj que tenía en mi muñeca. Era ya casi medio día y, al decírselo, me tomó de la mano y corrió agitada. Llegamos a la esquina con prisa y, viendo que un taxi pasaba, lo llamó para que parara y nos recogiera.

—¿A dónde vamos? —Le pregunté mientras veía que me invitaba a subirme.

—¿No te había dicho? Mi tía me tiene loca para que te invite a comer. Solo que en vez de una cena será un almuerzo —me respondió.

Me haló de la mano insistiendo que me montara al taxi, por lo que obedecí. Entré, cerré la puerta y ella le dijo algo al conductor haciendo que este arrancara el auto.

—No te preocupes Miguel, la comida va a estar deliciosa —me dijo mientras sonreía.

Capítulo 11

María Paulina

La casa de la anciana estaba sostenida en un sector donde podías ver una cantidad inimaginable de pintores haciendo sus pinturas en plena calle. Cuando llegué ella salió a saludarme con un abrazo y una sonrisa. María Paulina se quedó a mi lado mientras me traducía lo que me decía. Sus preguntas no eran muy diferentes a lo que generalmente se acostumbraba. Me preguntó sobre mi estancia y sobre mis planes de visita, quedando igual de sorprendida que Paulina al decirle que no era mi mayor prioridad visitar los sitios de interés. Luego caminó invitándome a pasar a su hogar.

—Eres la primera persona que acepta su invitación, por eso está tan feliz — me dijo Paulina mientras entrábamos.

La verdad no entendía muy bien el por qué otras personas rechazarían la invitación. La mujer era muy cálida y estaba solo llena de buenas intenciones. La misma soledad la había acostumbrado a hacerse más cariñosa con los desconocidos, pues la gentileza puede llegar a ser el único imán si no dispones del dinero suficiente para atraer amigos. Lastimosamente estamos inundados de interés y mucha maldad, lo que genera la idea errónea de acostumbrar tu criterio a que todas las personas te pueden hacer daño. Aparte de la mujer y su carisma estaba Paulina, que era una dama dulce. Un poco extraña porque todo lo recibía con una sonrisa, pero demostraba en sus ojos una inocencia clave para generar una buena amistad. Tal vez la capacidad de confiar en los extraños ahuyentaba a muchos compañeros de asiento de la anciana, que eran víctimas sorprendidas de su invitación a cenar. No todos los días eres bienvenido con un plato caliente en una casa de alguien que apenas conoces, es más, es más extraño de lo que puede sonar.

Cuando entramos me invitaron a sentarme en la sala, acogedora y simple, mientras ellas fueron a la cocina. Al rato apareció Paulina con dos tazas de té, dándome una y sentándose a mi lado.

—Ha estado cocinando desde por la mañana —me dijo con ternura y añadió —debiste de haberle dado una buena impresión.

Comenzamos a hablar de nuestras preferencias personales. La música que más disfrutábamos fue algo en común, pues ambos añorábamos las baladas clásicas. No estuvimos de acuerdo en nuestros pasatiempos favoritos, pues le había confesado que mi trabajo inundaba todas las horas de mi día y que era poco lo que hacía por pura entretención.

—Las artes, por ejemplo, son lo que alegra nuestra alma —me explicó.

Yo le conté que anteriormente practicaba la pintura, cuando estaba un poco más joven, pero que la había dejado cuando la presión académica de la universidad había aumentado. Le confesé que algunas veces extrañaba poder sentarme a pintar y olvidarme de todo el mundo exterior, pero mi trabajo no me permitía disfrutar ese tipo de cosas. El deber y el querer hacer son dos cosas que siempre van a estar en conflicto en un mundo que nos exige resultados. “Tengo obligaciones” era mi excusa perfecta para explicarme a mí mismo el por qué mi vida se significaba solamente trabajo. Aunque debo admitir que muchas veces disfruté de mis logros laborales, nada era mejor que dar el último trazado de un lienzo.

—Tienes toda la razón, las artes nos complementan, pero es un lujo que no me puedo permitir —le dije con sinceridad.

—Yo prefiero que mi vida sea una obra de arte antes que una oficina —me dijo con calidez mientras sonreía.

Yo asentí, respetando lo que había dicho y le devolví la sonrisa mientras tomaba un poco del té. Cuando quité la taza de mi boca, un olor apresurado de vivos condimentos se coló por mi nariz haciendo que recordara el hambre.

—Huele delicioso —dijo Paulina mientras se saboreaba.

—¿Qué es? —Le pregunté curioso.

—¡Un plato muy especial! —me dijo guiñándome el ojo.

Después de un tiempo me invitaron a sentar en la mesa principal, permitiéndome un asiento en el centro de Paulina y la anciana. Cuando vi que era el único que estaba sentado mientras las dos mujeres traían las bandejas llenas de comida, me levanté para intentar ayudarles, haciendo que Paulina me obligara de nuevo a sentarme.

—Tranquilo Miguel —me dijo mientras ponía un recipiente sobre la mesa.

Luego de un momento tenía frente a mí tres bandejas llenas de comida. Una estaba llena de una sopa color marrón, que tenía vegetales y soltaba vapor por lo caliente que estaba. En otra había varios pedazos de ave cocinados junto

con hierbas y esencias, logrando que el olor que expedía antojara mi gusto. En la última estaba el arroz, blanco y suave, que también tenía un aspecto de estar caliente.

—Sírvelo lo que quieras —me dijo Paulina mientras se sentaba.

Tomó uno de los cucharones, se sirvió arroz y me ofreció, haciendo que yo aceptara. Luego tomó unas pinzas y sirvió con cuidado dos pedazos de carne, ofreciéndome también. Justo cuando iba a probar el primer pedazo, la anciana apareció detrás de mí y me puso una mano sobre el hombro haciendo que yo dejara mi acción y me mirara. Miró a Paulina y le dijo algo con tono seco.

—Dice que la sopa es primero —me tradujo un poco molesta.

Yo, despreocupado, dejé a un lado el plato y dejé que Paulina me sirviera en un tazón la sopa, de la cual estaba igualmente antojado. Esperé que la anciana se sentara y, mientras soplaba la cuchara, me tomé la sopa. Ninguna de las mujeres habló mientras comía, lo que hizo que terminara primero que todos y permaneciera callado esperando que alguna terminara para poder hablar con ella. Las dos terminaron juntas después de varios minutos. La anciana me miró con simpatía y me dijo algo.

—Te pregunta que si te gustó —me tradujo Paulina.

—Sencillamente delicioso —halagué.

Cuando la mujer escuchó la traducción se alegró bastante y me dio tres golpecitos en mi mano, que estaba reposada en la mesa. Luego se paró, haciendo que Paulina la siguiera, y retiraron, en cuestión de poco tiempo, los platos, cubiertos y recipientes yéndose las dos a la cocina. Me quedé solo por un momento hasta que Paulina apareció y me invitó a seguirla, saliendo juntos a un patio, bastante confortable, en el cual había una mesa con varias sillas y un jardín. Nos sentamos al lado de la mesa.

—No te preocupes por mi tía, fue deseo de ella que viniéramos aquí —me explicó.

Yo miré hacia dentro de la casa sin poderla ver, así que entendí que quería que estuviésemos solos.

—No le di las gracias —le dije preocupado.

—Tranquilo —rio y continuó— con la velocidad con la que te comiste la comida le dijiste más de lo que crees, nunca nadie se había comido tan rápido algo que ella cocinara.

Le sonreí dándole razón y seguimos nuestra charla. Me preguntó sobre mi familia, mi vida, mi trabajo y mi niñez, mostrándome interés en su mirada mientras la acompañaba con una sonrisa. Cuando terminé de explicarle todo

con respecto a mí le devolví la pregunta, haciendo que su sonrisa se desapareciera.

—La verdad es algo complicado. Pero creo que lo más prudente, luego de que me contaras tu vida, es que yo también lo haga —dijo con voz triste y continuó— yo nací en una familia cómoda, mi padre era un comerciante de antigüedades que había llegado a mi país de origen mientras intentaba encontrar una oportunidad de hacer negocio. Ella es mi tía —me señaló la casa y añadió —es la hermana de mi padre. Él era de Italia y dejó a su familia muy joven para ir a recorrer el mundo buscando cumplir su sueño de ser rico. Cuando llegó a mi país conoció a mi madre y se volvieron inseparables. Juntos lograron montar varios almacenes. Luego de casarse me tuvieron a mí y a mi hermano, yo soy la mayor.

Paulina paró de hablar y vi que de sus ojos comenzaron a salir lágrimas. Yo intenté decirle que no era necesario que continuara, pero ella se tranquilizó y me sonrió.

—Como puedes ver, vengo de una familia que logró ganarse la vida con humildad y pudo crecer, sin nunca faltarme nada —continuó —Mis padres nunca fueron ricos, pero eran felices con lo que habían conseguido. Una vez, cuando mi hermano se iba a graduar de la secundaria, mis padres tuvieron que ir con él para comprar algunas cosas y me dejaron en casa de una amiga, porque había insistido en que me llevaran, ya que no quería acompañarlos. Pero esa fue la última vez que los vi. Luego de comprar las cosas de mi hermano tuvieron que desviarse del camino habitual para poder recogerme, pero un bus que iba con prisa se atravesó en el camino obligando que mi padre se desviara. Perdió el control del auto y este fue directo al río, haciendo que mi hermano y mi madre quedaran inconscientes. Cuando el carro comenzó a hundirse en el agua, mi padre logró salir de él y con desespero intentó sacarlos, pero la presión del agua no le permitía abrir las puertas. Por más golpes que le pegara a las ventanas no lograba que estas se rompieran y luego, después de gastar hasta su último aliento, se desmayó.

La sonrisa de Paulina desapareció y yo la tomé de la mano. Estaba completamente sorprendido por su historia y estaba arrepentido por haberle preguntado sobre su vida. Pero, aunque su voz notara tristeza, en sus ojos había esperanza.

—Cuando se despertó encontró que el conductor que se le había atravesado lo había sacado del agua, salvándole la vida —siguió su historia— pero mi padre no pudo soportar su pérdida y luego de una semana, dejó una carta de

suicidio y, bueno... me dijeron que antes de su muerte preguntó desesperadamente por mí. Nunca supe...

Paulina me miró mientras lloraba y me abrazó fuerte. Sentí que sus lágrimas mojaban mi camisa.

—¿Y si yo no hubiese estado dónde mi amiga? —Me preguntó con una voz opacada por el llanto y añadió— mis padres y mi hermano estuviesen vivos todavía. ¡Murieron por mi culpa! No quise ir por capricho... murieron por mi capricho.

Yo sentí un enojo por lo que había dicho. Muchas veces había escuchado que las personas en su vida se culpaban por sus mayores pérdidas, teniendo así una explicación que les iba consumiendo el alma hasta solo vivir de tristezas. Aunque no sé por qué lo hice, puse mis manos en cada una de sus mejillas y la miré a los ojos.

—¡Nunca vuelvas a decir eso! —le dije con tono desafiante y continué — ¡La mayor de las pérdidas es la mayor de las enseñanzas! Estoy cansado de escuchar que las personas solo agradezcan y se alegren por las situaciones que los beneficien o los haga felices, sabiendo que nuestras mayores desgracias son las cosas que más nos fortalecen. Yo veo en ti una persona cálida, que logró superar su mayor tristeza y sigue entregándole al mundo una sonrisa. Tus padres y tu hermano deben de estar orgullosos de que no recaíste en tu vida y continuaste viviendo. Tú no tienes la culpa de nada María Paulina, sólo intentas justificar una pérdida porque no has entendido lo que es la muerte. Morimos para volver a nacer. Cada vez que mires a un niño verás en sus ojos a tus familiares, porque todos somos todo. Tú eres parte de ellos y ese lazo que los une es mucho más fuerte que la muerte. El amor es un lazo que crea la mejor de las sensaciones. Que nos hace vivir experiencias que nunca lograríamos experimentar si no fuese por él. Lo sientes tú como lo siento yo y todos somos uno cuando, con sinceridad, lo reconocemos. Ese lazo te unió a ellos y nada te va a despegar. Deja de engañarte, la vida se da y se quita por una razón, ¡nunca te quejes de ello!

María Paulina se quedó mirándome mientras sus lágrimas se calmaron. Yo quité mis manos de sus mejillas y respiré para lograr calmarme. Ella miró hacia el suelo, luego encontró mi mirada y me sonrió.

—Nunca me habían dicho eso —me dijo con un tono tranquilizante.

Yo me paré, le di un beso en la mejilla y caminé para entrar a la casa, dejándola sola; lo mejor para que tuviese tiempo con ella misma. Cuando pasé por la cocina dije con un torpe italiano “grazie” esperando que la anciana me

escuchara. Ella salió secando un plato con una toalla y me sonrió asintiendo. Yo abrí la puerta, fui hasta la calle y me di cuenta que tenía que caminar unos pocos metros para llegar a una esquina donde podía tomar un taxi e irme al hotel.

Mientras estaba caminando pasé por un puente y vi en uno de sus muros un hombre sentado con una libreta en la mano que me estaba mirando. Dejé de caminar y crucé mi mirada con él, dándome cuenta que estaba dibujando. Yo, un poco extrañado, miré detrás de mí para ver si encontraba algo interesante que dibujar, pero solo vi una casa común. Me volteé para mirar de nuevo hacia donde estaba el hombre y me encontré con que había desaparecido. Fui corriendo hacia donde estaba sentado, creyendo que se había tirado al río, pero al asomarme no encontré nada. El viento comenzó a soplar y escuché como una hoja sonaba al ritmo de la brisa, miré para abajo y me encontré, debajo de una piedra pequeña puesta con intención, un dibujo. Lo tomé y miré hacia todos lados para ver si alguien estaba cerca, pero la calle estaba solitaria y solo se escuchaba las hojas de los árboles crujir por el viento. Al alzarlo vi unos trazos que formaban un parapente, en el que habían dos siluetas humanas, y un mensaje en perfecto español que decía “Bienvenido a mi sueño de volar”.

Capítulo 12

Revivir

Durante todo el viaje hacia el hotel pensé en el dibujo que había encontrado. El hombre que lo había dibujado no me resultaba conocido. No había dejado de pensar en la oportunidad de que fuese una increíble coincidencia, pero la forma en que lo hallé, el parapente y el mensaje eran algo que no podía ser simple casualidad. Aunque era también factible pensar en un hecho sumamente especial. Si otra persona que no tuviese el diario lo encontrara, y entendiera español, pensaría que era un sueño común, ya que volar ha sido un deseo generalizado. ¿O talvez alguien se había dado cuenta de mi aventura? Algunas veces dejaba el diario a solas en las habitaciones de los hoteles para salir sin arriesgarme a perderlo. El único que había tenido contacto con mi mochila de mano, aparte de mí, había sido el chofer de Italia, pero de él era imposible sospechar, ya que no sabía español. Pero ¿qué pasaría si desde siempre me estuviesen siguiendo, averiguando mis movimientos? Bueno, tampoco debía llegar hasta tan lejos, había sido solo un dibujo y, como siempre, es mejor dudar y luego dar la razón, que creer y decepcionarse.

Cuando llegué a mi hotel saludé con gestos a un hombre que atendía en la recepción y seguí caminando hacia mi habitación. Cuando entré me sentí un poco cansado, así que fui a darme una ducha, me puse ropa cómoda e intenté quedarme dormido, pero el sonido del celular interrumpió mi tranquilidad. Dejé que pasara la primera llamada con pereza de atender, pero la segunda vez que sonó me obligó a contestarlo.

—¡Hijo, casi no te localizo! —me dijo alegre mi papá.

Hablamos un rato mientras le contaba mis planes de seguir viajando durante un tiempo, haciendo que él continuara con su voz alegre dándome consejos de algunos lugares interesantes de visitar. Le conté sobre el viaje a Italia, saltar en parapente y el circo en París. Él permanecía callado escuchando mientras yo notaba que cada cosa que decía lo alegraba más.

—¡Por fin estás viviendo, Miguel! —Me dijo eufóricamente y luego añadió — nunca creí que llegara el día en que viajaras por algo más que negocios.

Yo le conté sobre mi deseo de encontrar a una persona a la que necesitaba entregarle algo y él se notó muy curioso sobre mi aventura. No le quise mencionar el diario, ya que estaba evitando que me tachara de loco o me dijese algo como “es imposible que encuentres a alguien siguiendo solo sus sueños”, porque yo preferiría creer que los sueños eran los que definían a ese alguien. Al final me deseo suerte y se despidió, quedando un poco molesto por el misterio que había demostrado sobre el tema de mi búsqueda.

—Luego, cuando vuelva a casa, nos sentaremos a hablar sobre ello —le dije como adiós, evitando que continuara molesto.

Luego de colgar se me había quitado el deseo de dormir. Me quedé sentado en la cama mientras pensaba qué podía hacer, ya que mi interés de visitar monumentos no había mejorado. Miré la mesa de noche y vi que tenía un cajón en la parte de abajo, así que decidí abrirlo para encontrar algo que llamara mi atención. Agarré la perilla y tiré de ella fuerte sin lograr abrirla, pero la fuerza con la que había tirado movió el noyero e hizo que mi mochila de mano, que estaba sobre él, cayera al suelo regando todo lo que estaba dentro. Mientras recogía las cosas encontré entre ellas el diario. Me quedé viéndolo un poco intrigado y me senté con él en el borde de la cama. ¿Por qué no simplemente miraba la última página y me ahorraba todo el viaje? Me pregunté viendo obvio lo que antes no había visto. Estaba claro que haber abierto una a una cada una de las páginas en orden me había hecho aventurarme a cosas que nunca hubiese realizado. Pero ¿qué pasaría si leía todo el diario de una vez en vez de respetar su orden? ¿No encontraría, más fácil, pistas que logran ayudarme a encontrar a su dueña? ¿El fin de hacer todo este viaje no era ese desde un principio? Todas las preguntas comenzaron a convencerme de leer el diario completo, pero una respuesta, a todas esas preguntas, estaba en el dibujo que había encontrado en el puente. Si yo no hubiese seguido página por página el diario, no hubiese conocido a Pedro y él no me habría contado la historia que me había hecho venir a París. Isabel continuaría vagando por toda España, no habría conocido al extraño sujeto en Italia y ni mucho menos habría hablado con Paulina. Cada una de las acciones, de seguir los sueños de una pequeña, me estaban conduciendo a ayudar a otras personas mientras yo mismo me ayudaba a encontrar un significado en mi vida. El diario me había convencido de seguir sus páginas, despreocupándome por el trabajo, y me invitaba a seguir aventuras de ensueño que nunca había imaginado. La vida

misma me estaba dando la oportunidad de ser de nuevo un niño, intrigado con las sorpresas del nuevo día, y yo estaba pensando adelantar las páginas de esa oportunidad por un capricho de afán. Decidí entonces que, así mismo como la niña escribió en orden sus ilusiones, iba a seguir paso por paso el camino que me proponía. Estuve feliz con mi decisión. Miré el diario, abrí su portada y pasé todos los sueños que había cumplido, encontré el siguiente y lo leí.

“Día 6— De vida o muerte.

Hoy estuve distraída durante todo el día en el colegio. No podía concentrarme y yo sabía que algo pasaba. Siempre creí que tenía el poder de saber cuándo algo iba a suceder, así que estaba un poco preocupada por la sensación que sentía.

Cuando salí de clases y llegué a mi casa me encontré con mi mamá vestida de negro sentada en uno de los sofás de la sala mientras lloraba y a mi papá con vestido y corbata, sentado en una de las sillas del patio con una mirada perdida en el horizonte. Mi hermano salió de su cuarto y pasó frente a mí sin decirme nada, ni siquiera me hizo una broma; algo malo sucedía.

Cuando subí asustada a mi cuarto, mi padre subió detrás de mí y se sentó al lado mío en mi cama. Me contó que mi abuelito, el papá de mi mamá, había muerto de un ataque al corazón, algo que no entendí bien, ya que no me podía imaginar cómo alguien podía atacar el corazón de una persona.

Mi madre subió luego y me dijo que me tenía que arreglar con ropa negra porque íbamos al funeral, así que con prisa me vestí y nos subimos al auto para llegar luego a una iglesia donde había un cajón en el que estaba dormido mi abuelito.

Todos en la iglesia solo lloraban, se tapaban sus narices con pañuelos blancos y algunos tenían gafas oscuras que les tapan los ojos. Entre los hombres muy pocos parecían verdaderamente tristes, pero entre las mujeres el llanto parecía ser muy común, confundiéndome porque yo no tenía ganas de llorar. Yo la verdad no entendí muy bien las cosas hasta que mi hermano me dijo: se ha dormido y no va a volver a despertarse nunca más. Le pregunté a mi padre si era cierto y él me asintió haciendo señal con su dedo de que guardara silencio.

Cuando llegamos a casa, fui corriendo a mi habitación y me encerré. Pensé que sería maravilloso poder hacer despertar a mi abuelito para que todos volvieran a estar felices. Me vi parada al lado de la caja de madera y toqué una campana, haciendo que mi abuelito abriera los ojos y me

sonriera. Luego entramos juntos a mi casa con una sonrisa y él les explicaba a todos que no había muerto, sino que sólo había alargado su siesta más de lo que debía. Todos estaban felices porque yo lo había despertado.

Cuando pude ver que todos volvían a sonreír como antes, me sentí bien y estuve muy feliz de lo que había hecho.”

Terminé de leer y cerré el diario dejándolo sobre la mesa de noche y me sumergí en mis ideas intentando pensar en una solución. ¿Cómo iba a revivir a alguien? El solo hecho de nombrarlo ya se tornaba fantasioso y por ende imposible. Los sueños anteriores siempre habían sido fáciles de interpretar y de realizar, sólo era cuestión de acomodarlos a una realidad. Pero revivir a alguien se salía de todo presupuesto e idea, ya que el solo hecho de pensarlo era una locura. Pero ¿qué pasaría si en vez de revivir a alguien en cuerpo y alma solo revivía su recuerdo? Después de todo, somos recuerdos en los corazones de nuestros seres queridos; recuerdos que se alimentan de palabras y sentidos. Siempre recibimos la aceptación de ser importantes para alguien; siendo esta la mayor fuerza que nos invite a vivir. Si no encontramos amor en el corazón de las personas, nuestra vida no tiene significado alguno. Somos pues una idea de amor en el corazón de nuestros seres queridos. ¿A quién debía entonces revivir entre recuerdos? Las personas que había perdido en el transcurso de mi vida fueron superadas como era debido, dejando que continuara mi vida sin atarme por rencores ni culpas. ¿Culpa? Esa es la clave de todo esto. Lloramos una pérdida porque sentimos que no fuimos lo suficientemente buenos con esa persona. Cada uno de nosotros, en su afán de vivir, somos responsables de generar grietas en nuestros lazos personales que luego dolerán cuando no pueden ser sanadas. La culpa entonces llega como una respuesta a nuestro dolor y nos sumergimos en ella como palomos en el río, creyendo que purificaremos nuestro dolor al confiarle nuestras emociones. Pero ella solo encontrará una víctima para hacerse sentir y es su mismo portador, porque la culpa y la duda son hermanas que atormentan el mar de ideas en la cabeza de aquel que no ha perdonado. Y me refiero al perdón como fin, ya que una pérdida se entiende y se perdona para poder ser superada. Yo ya sabía quién era la persona indicada para realizar el siguiente sueño y poder seguir el camino que había decidido e iba hacer todo lo posible para que esa persona se pudiese perdonar ella misma.

Después de organizar algunas cosas, encontrar los datos de personas que necesitaba y tener todo en orden llamé a Juan, sin precaverme de la diferencia

horaria entre América y Europa. Me contestó con una voz opacada por el sueño y algo molesto. Al darse cuenta que era yo me pidió que esperara un momento mientras tomaba una libreta y anotaba mis indicaciones.

—Necesito que contrates a un investigador para averiguar todo lo que respecta sobre una persona. Debe de ser alguien que trabaje rápido, ya que no tengo mucho tiempo. Mañana estarás recibiendo los datos en el celular. Por favor Juan, es urgente —le dije con tono serio.

Él aceptó las indicaciones sin preguntar.

—Miguel... —me dijo, con un tono reflexivo —¿No estarás otra vez escuchando historias y haciendo negocios altruistas? Una cosa son las vacaciones, pero te invito a moderarte. Sabes que te ayudo en lo que quieras, pero si es para una decisión similar, me temo que no participaré.

—No haré nada sin tu consentimiento. Pero necesito esto.

Aceptó mis palabras, se despidió y colgó, dándome la idea de que estaba cansado.

Después de organizar mis pertenencias y esconder el diario en un lugar seguro para quitarme la idea de que me lo iban a robar, salí de mi habitación y fui hacia la recepción para intentar encontrar algún lugar interesante que visitar de noche entre las recomendaciones que presentaban en el lobby. Pero cuando llegué estaba todo solo, haciendo que me desanimara un poco, hasta que uno de los trabajadores que hablaba inglés se me acercó.

—Señor Miguel, hoy es noche de ópera y el teatro es a solo diez minutos —me dijo con una sonrisa en su rostro.

Yo lo miré y le pedí indicaciones diciéndome que era un espectáculo conocido y que, si me gustaba ese tipo de música, era algo digno de ver. Me habló sobre la fama que tenía ese teatro, sobre los músicos que tocarían aquella noche, el precio, la duración aproximada y, viendo que era una buena experiencia, terminó convenciéndome

Luego de tomar un taxi y llegar al teatro, me encontré de pie frente a un edificio majestuoso de una arquitectura envidiable e histórica. Ví que en la entrada una multitud de gente se estaba reuniendo mientras se iban acomodando en una fila, seguramente para entrar. Fui acercándome a paso lento mientras, confundido, me intentaba ingeniar la idea de poder entender cómo podía comprar el boleto de entrada sin saber francés. Comencé a subir las escaleras intentando entender el orden de la multitud, pero un destello fotográfico me hizo parar mi camino y mirar hacia atrás. Una mujer, con cabello castaño, lizo y largo tenía una cámara y estaba tomando algunas fotos

sobre las personas. Yo me sentí curioso y permanecí cautivo mientras la miraba, ya que era una dama bastante atractiva que se robaba la atención de mis ojos. Permanecí esclavo de su figura durante un tiempo, viendo cómo jugaba con su rostro entre risas y muecas presionando el botón para activar la cámara. Tenía unas mejillas redondas que adornaban su sonrisa. Sus ojos estaban acomodados de manera fiel dándole protagonismo a una nariz de bello perfil que lograba cautivar mis sentidos cada vez que volteaba su rostro a merced de una danza mal entendida entre la cámara y su vista. Cuando se percató de que me había hipnotizado con ella, encontró mi mirada con unos ojos desafiantes y con un francés gritón me hizo señas con sus manos de que me alejara. Pero yo solo caminé unos metros mientras mis ojos continuaban clavados en su delicadeza.

Me quedé sentado en las escaleras del teatro admirando a la curiosa mujer. No había ópera ni dicha en otro canto que no fuesen el sonido de sus pasos. No había otra silueta entre el escenario más que su figura danzando a merced de caprichos buscando el mejor ángulo. No vi qué fotografiaba, solo guardé su imagen en mis recuerdos para no olvidar nunca a aquella mujer. Pero después de unos minutos guardó su cámara y caminó hacia la calle haciendo indicaciones con sus dedos a un taxi. Este paró, ella se montó y el auto arrancó, llevándose a la más pura belleza en él. Yo me paré cuando su presencia no se podía admirar más y fui directo hacia la misma esquina que había pisado la mujer, tomé un taxi y me dirigí hacia mi hotel.

En Italia. Algo pasó en Italia. Era un chiquillo enamorado e inocente. Torpe. Suficientemente tonto para perderme en las mejillas de una desconocida. Algo pasó en Italia. Quizás por eso Roma es amor al revés.

Capítulo 13

Realizaciones

Toda la noche la imagen de la mujer que había visto en las escaleras del teatro permaneció acompañándome hasta quedarme dormido. Nunca había conocido facciones tan perfectas en un cuerpo delicado e inocente. Su sola existencia me decía ahora que mi corazón le pertenecía a su sonrisa. No sé por qué, ni sé cómo, pero mi totalidad se había hecho esclavo de sus ojos. Pero no podía desviar mi camino de ensueño por una mujer a la que seguramente no volvería a ver. Tenía que continuar intentando realizar los pasos que el diario me proponía. Me desperté, temprano en la mañana, y bajé a desayunar con un atuendo muy informal mientras pensaba en la forma en la que iba a lograr realizar el sueño. Luego de comer, subí hacia mi habitación y me arreglé, esperando poder contactar y verme con María Paulina, ya que era ella quien iba a merecer mi esfuerzo de revivir el recuerdo de su familia para borrar la culpa que su pérdida generaba. Cuando estaba terminando de abotonar mi camisa, mi celular sonó y miré reconfortante su número en la pantalla. Contesté y ella me saludó feliz, nos preguntamos sobre cómo estábamos, alegrándome cuando escuché su risa.

—¡Miguel! Un amigo con el que he estado saliendo me ha llamado a invitarme a salir y yo le he hablado de ti —me dijo con un poco de timidez y añadió— y se le ha ocurrido la idea de que fuéramos juntos a visitar la Torre Eiffel. Ya sé que no es algo que te emocione, pero no puedo permitir que te pierdas esa visita.

—¿Será hoy? —Pregunté mostrándole curiosidad.

—¡Sí! —Me respondió y luego añadió —¿no puedes?

Yo le dejé claro que estaba encantado de ir, viendo cómo se alegraba por la noticia, acordamos una hora de salida y colgamos.

Después de preparar algunas cosas, salí del hotel con prisa, ya que se me estaba haciendo tarde para poder llegar a nuestro lugar de encuentro. Corrí

hacia la esquina de la calle y tomé el primer taxi que paró cuando hice las señas. Me monté en él, le dije al chofer “Torre Eiffel” con un forzado acento francés y este arrancó. Pasó mucho tiempo para poder llegar al famoso monumento, ya que París era una ciudad grande. Pero cuando llegué me quedé sorprendido con la imponente torre que se alzaba orgullosa frente a mí. Las imágenes que había visto, en tiempos de curiosidad, no eran nada con ser testigo de su magnificencia.

Estando parado allí pude ver una gran multitud de personas que se tomaban fotografías con el clamado monumento de fondo. Algunos niños corrían mientras jugaban, parejas abrazadas pasaban caminando y otros simplemente se confundían en una agrupación gigante de personas conglomeradas justo debajo de la torre. Según había entendido, por las indicaciones de Paulina, teníamos que encontrarnos cerca de unas estatuas ecuestres que estaban sostenidas justo pasando la calle que iba hacia el monumento. Fui hasta allí, parándome al lado de una de las estatuas, y me senté en un muro esperando que mi compañía llegara.

—¡Eres cumplido! —me dijo Paulina riendo desde el otro lado de la estatua.

Yo me paré del muro y la saludé, viendo que iba acompañada de un hombre alto.

—Te presento a Milo —me dijo mientras lo señalaba.

El hombre extendió su mano, haciendo que yo le recibiera el gesto mientras decía mi nombre. Paulina sonrió y me preguntó sobre el tiempo que llevaba esperando, lo que había hecho el día anterior y mis planes para el otro día. Yo le contesté todo con sinceridad, guardándome para mí mismo la mujer que había visto en las escaleras del teatro. El hombre ríe con ternura, se acercó a Paulina y le susurró al oído.

—Dice que estás enamorado —me tradujo sonriendo.

Yo negué con mi cabeza mientras sonreía, haciendo que el hombre insistiera.

—Me sigue diciendo que lo estás —me tradujo Paulina, ahora riendo, y añadió —¡sé sincero Miguel! Los franceses saben de estos temas.

Aunque no podía aceptar de manera sincera que estaba perdido por las mejillas de la curiosa mujer de las escaleras, la vista de Milo, al clavarse con la mía, me descifraban de una manera inquietante.

—Bueno, como siempre, hay alguien —dije intentando acallar el tema.

Paulina le tradujo a su acompañante haciendo que, con confianza, sonriera.

Pasamos la calle que iba hacia la Torre Eiffel mientras Paulina me señalaba algunas cosas interesantes que había encontrado al visitar el lugar innumerables veces. Un anciano que siempre se sentaba en el mismo muro mientras observaba la juventud abrazada a sus sueños en viajes perdurables. La voz del hombre que vendía helados en su negocio color verde. Un hombre que recorría las esquinas de la torre con pinceles y papel ofreciendo hacer dibujos al estilo que el cliente deseara. El mismo lugar, junto a un parque, que era recurrido por todas las parejas como un romántico cliché. La fila de personas deseosas de poder ascender en la torre. Las curiosas multitudes tomando fotografías instantáneas con una sonrisa fingida en rostros cansados de trabajar.

—¿Y entonces qué dices Miguel? —me preguntó Paulina con tono curioso y añadió —¿valió la pena el viaje?

—¡Mucho! —Contesté satisfecho.

Aunque mis deseos no eran entrar a la Torre, el acompañante de Paulina nos convenció con ojos llenos de esperanza. Según él, no ibas a Paris si no conocías la Torre Eiffel, por lo que tuvimos que hacer una fila grande para poder cumplir su objetivo. Había varios tipos de modalidades diferentes para ascender y la torre tenía dos plataformas diferentes para el público. Si pagábamos poco, el ascenso era por las escaleras, pero si pagábamos un monto superior podíamos subir en ascensor. Aunque el acompañante de Paulina nos retó a recorrer escalón por escalón, los dos rechazamos la oferta. Luego de decidir los tres cómo iba a ser el ascenso dejé claro que me iba a hacer cargo de comprar las entradas.

—¡Miguel, invitarte es lo menos que puedo hacer! —me decía Paulina.

Insistió todo el tiempo que esperamos haciendo fila hasta que yo me adelanté a pagar, quitándole la oportunidad de hacerlo y ganándome un “gracias” con ojos penosos. Entramos con otras personas al ascensor y este comenzó a subir mostrándonos, cada vez que subíamos, una vista maravillosa de la ciudad. Podía ver, de lejos, cómo las calles se tornaban minúsculas cada vez que alejaba mi vista para ver el horizonte. Los edificios se organizaban casi como una fiesta de líneas rectas y curvas. El majestuoso río Sena hacia un alto a la ciudad y mostraba con orgullo el poder inocente de la grandeza natural, haciendo una frontera que le recordaba al hombre su lugar como miembro, y no dueño, de un mundo majestuoso.

—Vamos a tomarnos una foto —le dije a Paulina.

Milo se ofreció a tomárnosla con tranquilidad, así que le pasé mi celular,

para que luego él escogiera el mejor punto para poder hacer una buena toma. Accionó el botón y nuestros rostros permanecieron inmóviles en la pantalla, haciendo que Paulina se interesara en evaluar su figura.

—¡Me gusta como quedé! —Me dijo con una sonrisa mientras me pasaba el celular.

Miré la fotografía y sonreí, dándole razón.

Bajamos de la torre cansados de un largo día y Paulina se despidió mientras caminaba con Milo, el cual en su misterio solo me hizo una seña, sin decir nada, y siguió a su acompañante para perderse entre la multitud. Antes de irse me agradeció por haberla acompañado y me mencionó otra visita para el otro día, manteniendo siempre su sonrisa.

Dirigí mi camino hacia el hotel, tomando un taxi en una de las esquinas. Mientras estaba esperando, sentado en la silla trasera, saqué mi celular, busqué los datos de Juan, mi socio, y lo llamé. Al contestarme me saludó, haciendo que yo le devolviera el saludo, y me informó sobre los asuntos que nos competían.

—Ya estoy esperando que me envíes cualquier dato que pueda ayudarte al investigador en la búsqueda que necesitas —me explicó con un tono seguro y añadió— parece ser que es un experto en encontrar personas, así que me asegura que para el final del día tendrá lo que necesitas.

Yo puse la llamada en espera, busqué entre mis archivos la fotografía que me había tomado con Paulina y la envié. Luego tomé una hoja que tenía guardada en mi bolsillo y copié en mi celular los datos que aparecían en ella. Información que había recopilado con ayuda de mis recuerdos de la conversación que había tenido con Paulina. Tomé el celular y activé de nuevo la llamada.

—Te acabo de enviar una fotografía de la persona, como una serie de datos que recolecté durante el tiempo que he estado con ella, en los que está su país de origen, su dirección actual, la cantidad de personas que tenía su familia y la ocupación de su padre —le dije y luego añadí, con un tono más serio— Lo que quiero que hagan, y escúchame bien Juan, es que encuentren alguna información de sus familiares fallecidos.

—¿Sus familiares están muertos? —Me preguntó Juan un poco alarmado y luego añadió— es la primera vez que me pides algo así Miguel. ¿Para qué necesitas esto?

—Para cumplir un sueño —le dije con tranquilidad.

Juan, un poco confundido con mi respuesta, me confirmó que había recibido

los archivos. Me explicó que le iba a pasar mis datos al investigador para que desde ese momento pudiese hablar personalmente conmigo. Luego de todo me contó algunas cosas que pasaban con la empresa, me pidió consejos y, deseándome suerte, colgamos.

Ahora solo lo que faltaba era esperar que me llegara algún tipo de información sobre Paulina para poder ayudarla. Mi único deseo ahora era poder cumplir su sueño y seguir mi camino sembrando esperanza en su corazón. No todos sonríen con honestidad mientras tienen a sus espaldas el peso de culpas mal fundadas. Pero ella era diferente, era una mujer que con su voz demostraba fortaleza. Con cada una de sus acciones mostraba al mundo una caridad fundada en un corazón dolido. ¿Cómo era posible que una mujer que se culpaba de la muerte de toda su familia pudiese estar como ella estaba? Esa pregunta seguía sumergiendo mi propia moralidad y me hacía sentir como un niño ante ideas maduras de proporcionalidades abstractas. ¿Cómo pude yo llenarme alguna vez de acusaciones hacia mí mismo por sucesos que nunca tuvieron trascendencia? Parecía ahora que mis problemas no eran tan grandes como pensaba. Cuando somos conscientes de que nuestra vida no es otra cosa que la superación de sucesos desafortunados, entendemos que somos cobardes ante la existencia misma de nuestro ser; ya que le huimos a nuestras caídas sin tener en cuenta que el número de veces que las vivimos es proporcional al éxito que deseamos alcanzar.

Después de llegar al hotel, pasar una tarde solitario en mi habitación y comer con afán platos que se tornaban cada vez más extraños, me acosté en mi cama, sin sueño ni pereza, ansioso por recibir el resultado de la investigación. Mi mente no tenía lugar para otra idea más que no fuera la realización misma del sueño que me obligaba a quedarme en París hasta ser cumplido. Comencé entonces, mientras esperaba, a ingeniar la manera de realizar los deseos del diario tomando en cuenta las posibilidades que tenía de encontrar información útil. Cada una de las opciones que surgían en mi mente se peleaba con el irreversible remolino de ideas, haciendo un caos en mi cabeza que se tornaba absurdo, por lo que opté por acallar mi mente levantándome de la cama y yendo al baño para tomar un poco de agua. Pero, a medio camino de mi destino, el sonido del teléfono de la habitación me hizo parar mi acción e ir a contestarlo.

—Señor Miguel, disculpe que lo moleste, pero en la recepción hay una mujer que lo desea ver —me dijo en inglés un hombre.

—¿Ha dicho su nombre? —Le pregunté un poco intrigado.

El hombre me respondió un “no” cortado y me aconsejó no atenderla si no tenía conocimiento de la visita. Yo guardé silencio hasta interrumpir sus recomendaciones de llamar a seguridad, aceptando que iba a bajar a recibirla.

Cuando se abrieron las puertas del ascensor y me dirigí hacia la recepción, una magia inundó mis ojos cuando tenía frente a mí la mujer de las escaleras del teatro. Estaba parada con una mueca de mal gusto en su rostro, que no lograba quitar su encanto pero sí preocuparme. Cuando me vio se acercó a mí y comenzó a hablarme con tono molesto un francés veloz, que hacía que sus labios se moviesen en conjunto con mis ojos.

—¿Cómo has sabido dónde estaba hospedado?— Le pregunté en inglés, esperando que pudiese entenderme.

Ella se quedó mirándome con ojos desafiantes. Luego agravó su mueca, haciéndome entender que había comprendido.

—¿No sabes hablar francés? —Me respondió en inglés, manteniendo el tono molesto.

Yo le negué con mi cabeza mientras sonreía.

—¿Acaso eres alguna clase de payaso? —Me atacó molesta y añadió — ¿por qué tienes que sonreír?

Yo me quedé mirándola, contemplando de cerca sus ojos. No entendía por qué estaba tan molesta pero no me importaba, ya que estaba agradeciendo al destino juguetón que la había puesto en mi camino.

—¡Bueno! —Me gritó con tono histérico haciendo que mi encanto se acallara —quiero saber ¿por qué me estás siguiendo?

—¿Siguiéndote yo? —Le pregunté un poco confuso.

—Has estado en el mismo circo al que he ido, al mismo teatro y ahora estás hospedado justo a la vuelta de donde vivo —me respondió veloz y continuó— ¿te quedaste mirándome durante más de una hora sentado en las escaleras de la ópera! ¡Eso es extraño!

—¡Discúlpeme! —Le dije con un tono ofendido y añadí, un poco más serio — yo no la estoy siguiendo, puede que las coincidencias la lleven a pensar eso, pero puedo asegurarle que son solo pura casualidad.

Ella me miró incrédula, rio irónicamente y comenzó a caminar hacia la salida.

—¡Espere un momento! —le dije mientras le alcanzaba la mano.

Nuestras miradas se cruzaron, mi corazón comenzó a latir a una velocidad preocupante y mis palabras se atoraron en mi garganta sin dejarme hablar. Ella me quitó la mano con la que sostenía su muñeca.

—¿Qué desea? —Me dijo, todavía con tono molesto.

Yo me quedé mirándola con unos ojos encantados por su existencia. Desde ese punto podía oler su perfume, ver sus facciones y contemplar sus mejillas. Quería permanecer dos eternidades y tres más ante su presencia. Pero ella, con su molestia, volvió a insistirme en una respuesta haciendo que mis sueños junto a ella se derrumbaran por la realidad de su mal humor.

—Solo quiero que entienda que mi comportamiento extraño, ayer en el teatro, se debe principalmente a que nunca me había hipnotizado con unos ojos tan hermosos como los que usted posee —le dije con un tono sereno.

La mujer me quitó su mirada y su mueca había cambiado para mostrarme con su rostro una sorpresa evidente. Yo me quedé sereno mientras esperaba una respuesta a mi atrevimiento.

—¿Puedo acaso saber su nombre? —Le pregunté con timidez insistiendo.

Ella volvió a cruzar su mirada con la mía, sonrió y sus mejillas se sonrojaron. Comenzó a caminar de nuevo hacia la salida dejándome ahí parado. Cuando llegó hacia la puerta y la abrió para salir, me miró con ternura. Lentamente movió sus labios y dijo “María José” marcando su nombre en mi corazón. Miró hacia la calle del hotel y salió.

Capítulo 14

El dulce adiós

Ahora mi alma estaba completa y el sello tenía un solo nombre. Cada vez que pensara en amor pensaría en sus mejillas. Cada vez que pensara en mi felicidad pensaría en su sonrisa, porque ahora era ella la que determinaba quién era en realidad. El más dulce recuerdo de su melodiosa voz en mis oídos, el más inquieto reflejo de su figura en mis ojos y el más intenso despertar de mis emociones por una mujer. Todo este viaje por fin tenía sentido. Todas mis ilusiones y mis más intensas aventuras me habían regalado un amor por quien pensar y ese era pago suficiente para seguir viviendo de acuerdo a mi felicidad. Ahora no había quién quitara de mis ojos la esperanza de volverla a ver, ni quien removiera de mi corazón su voz. Todo lo que importaba antes no se acostumbraba a mi nueva situación. Mi trabajo, mi historia y mis más profundos secretos ahora estaban reducidos por su presencia, por su misteriosa existencia. Pero no podía esclavizar mi existir al aroma de una mujer, tenía que seguir mi tarea, aunque esta me alejara de ella, porque cuando se sacrifica es cuando más se aprende. Ahora tenía una inspiración más, que me daba en mí la más dulce emoción de seguir, y tenía que aprovechar mi camino para entenderme a mí mismo como ya lo había logrado hacer.

Pasó mucho tiempo antes de poder hacer contacto con Juan y preguntar cómo iba el proceso de investigación. Estaba ya inquieto ante los posibles resultados y decidí mejor esperar a que la dulce mañana llegara con un sol naciente. Me desperté entonces al otro día motivado por mis ganas de lograr desempeñar el sueño y ayudar a una amiga. Tuve tiempo de desayunar, bañarme y arreglarme antes de que mi celular sonada, sabiendo ya yo que era el investigador.

—Señor Miguel, espero no interrumpir algo importante. Habla con Rodrigo el investigador que su amigo Juan contrató para la búsqueda de información de

la señora María Paulina Muñoz —me dijo con un tono muy seco, apresurado.

Yo lo saludé imitando su tono de voz e inmediatamente pregunté sobre sus hallazgos.

—Déjeme decirle que no ha sido una tarea fácil. Al principio solo pude encontrar información sobre sus estudios y amigos que más recurría. Pregunté en su antiguo colegio y logré encontrar la dirección donde vivía y todo se hizo más simple, pero no más útil —despejó su garganta y continuó— pero, cuando pensaba que la investigación no podía avanzar más, por falta de datos, un amigo del hospital me llamó y me dio una de las noticias más reveladoras. Parecía ser que una enfermera, que había atendido al padre de María Paulina, había recibido de él una carta.

Paró de hablar haciéndome creer que estaba recordando algo.

—¿Encontró a la enfermera? —Le pregunté muy curioso.

—Evidentemente —me dijo con una emoción en su voz— cuando pude contactarla en su casa se mostró muy feliz de hallar por fin alguien que tuviese contacto con Paulina. Creo que me dijo algo como “yo sabía que este día llegaría”.

—¿Tienes la carta? —Le pregunté ansioso.

—Señor Miguel, recibí la carta, pero ésta estaba muy deteriorada. No podía leer ni siquiera la primera parte de su contenido —me respondió intranquilo y añadió —pero logré contactar con un conocido que restaura arte y le pregunté si era posible salvar el contenido.

—¿Qué te respondió?

—Solo hay un método para salvar el contenido. Es una especie de digitalización con un escáner que reconoce los rastros químicos de la tinta, pero esto significaba que la carta original se tenía que destruir —trago saliva un poco preocupado y continuó— Juan continuaba insistiéndome que el proceso tenía que ser rápido y decidió mejor salvar el contenido asegurando que lo importante era el mensaje y no la carta como tal.

Yo me quedé pensativo logrando que un silencio me acompañara. Aunque hubiese sido mejor salvar la carta su contenido no podía ser leído, por ende, la decisión que habían tomado era la más sabia.

—Está bien —dije tranquilizando al sujeto y añadí —¿se logró salvar el contenido?

—Sí, de manera eficiente todo el mensaje de la carta se logró reponer de manera digital —el hombre volvió a despejar su garganta— como sabía que usted tenía afán, logré contactar con una agencia de diseño en París para

imprimir la carta con un efecto muy real, haciendo que esta fuese idéntica a la original. Oscurecieron el papel y lo lograron hacer parecer al diseño propio de las hojas del hospital donde estuvo internado el padre. De igual forma la impresión de la tinta quedó perfectamente igual como si fuese hecho a mano. Juan se ocupó de todos los gastos y logró que la carta se llevara al sitio donde usted está hospedada, no debe demorar en llegar.

Yo le agradecí con una alegría que muy pocas veces había experimentado. La labor que había desempeñado era perfecta a lo que yo deseaba. El hombre se sintió satisfecho de su trabajo, me deseo suerte y colgamos.

Cuando terminé de arreglar todas las cosas en mis maletas, bajé a la recepción esperando encontrar entre mi correspondencia la carta. Llegué a la recepción con una sonrisa y me paré al frente del hombre que atendía. Él, al verme, se fue del lugar y llamó al sujeto que sabía inglés, haciendo que apareciera y comenzara a hablarme. Me preguntó si ya iba a retirarme del hotel, haciendo que yo le afirmara y él me agradeciera por mi estadía. Tuve tiempo de pagar todos mis gastos y darle algo de propina al hombre, pero no recibí ningún tipo de notificación sobre la carta que había mandado el investigador.

—Quería preguntar algo —le dije al hombre un poco trastornado y continué —¿no sabe si ha llegado alguna carta para mí?

El hombre me miró sorprendido y, sin responderme, llamó al otro sujeto que anteriormente estaba atendiendo en el lugar. Cuando se acercó intercambiaron algunas palabras en francés e inmediatamente el hombre, que había acabado de llegar, se agachó y sacó de uno de los cajones un sobre, me lo entregó con una sonrisa y se volvió a retirar.

—Disculpe las molestias señor Miguel, normalmente no acostumbramos a recibir correspondencia de nuestros visitantes extranjeros —me aclaró mientras sonreía.

Yo me despedí devolviéndole la sonrisa y salí del hotel, pisando por última vez su entrada.

Me paré en una esquina sin poder decidir cómo iba a hacerle llegar la carta a Paulina. No sabía si entregársela en persona o simplemente dejársela en el correo de su hogar esperando que pudiese leerla sin sentir ninguna obligación hacia mí. Tampoco sabía si era prudente hacerle entender que era yo quien había encontrado la carta, como el sueño mencionaba el reconocimiento a la niña, o simplemente dejarla en un anonimato que no generara ninguna otra cosa más que un lazo entre el padre y su hija. Generalmente siempre seguía los

deseos del diario al pie de la letra, pero no encontraba correcto interferir entre algo tan lindo como era el recuerdo de un familiar fallecido. Pero ¿qué decía la carta? No me había preguntado ello y ya mis ideas habían comenzado a volar como gaviotas, formulando soluciones. ¿Qué pasaba si la carta no era importante? O, peor aún ¿qué pasaría si su contenido no era del todo correcto? No había tomado la posibilidad de que la carta no ayudara a la realización de mi sueño, teniendo entonces la duda y la curiosidad de saber su contenido. Busqué cerca de donde estaba un café donde pudiese sentarme a leer su contenido, buscando la más sencilla de las comodidades. A unos pocos metros encontré un lugar un poco solitario que ofrecía unas mesas en el exterior para poder sentarme a leer. Dejé mis maletas en el suelo y me acomodé en una de las sillas, sacando el sobre que tenía en uno de los bolsillos delanteros de mi maletín de mano. Lo ojeé y noté que en su parte posterior estaban escritos mis datos y el nombre del hotel. Al notarlo no tuve temor de romper, por la parte superior, el blanco contenedor, sacando de él un papel amarillizo con líneas azules que tenía en la parte superior derecha el logo de un hospital. Abrí con cuidado la carta y vi en ella letras a lapicero, que estaban perfectamente iguales al efecto que da la presión de un bolígrafo en el papel, y que se extendían por las dos caras del documento. Busqué algo que señalara el título y, mientras sostenía la hoja con las dos manos, comencé a leer.

“Mi Princesa Paulina:

No sé por dónde empezar, porque no hay comienzo que suavice lo que quiero decirte. No sé ni siquiera qué decirte.

Créeme que he intentado hallar una razón que me explique por qué tu madre murió, y con ella tu hermano, pero todo se acostumbra a la idea de que mi vida ya no tiene sentido si no estoy con ella.

Tu madre era mi vida y ahora que se ha muerto no encuentro otro sentido más para vivir que tú, su viva imagen. Pero cuando viniste a visitarme al hospital quería dejar de respirar al verla en ti, como una imagen eterna de la mujer que amé y ya no está. He luchado con la idea, pero me superó. Me superé. Me superaste. No tengo fuerza de voluntad. Todo lo hice por ellos, por ti. Mi vida era tu madre. Y no pude hacer nada. Y la culpa me acalla. Y mi mente se acalla. Y en el silencio estás tú, con los ojos de tu madre. Y tu imagen me recuerda lo que no hice.

Créeme que la confusión, la prepotencia y la culpa que siento por su pérdida me han hecho pensar miles de soluciones para acallar mis ideas y

poder vivir mi vida junto a ti, como debería de hacerlo, pero mi corazón ya no quiere latir más y quiero que entiendas eso. Ojalá pueda regalarte la fortaleza que me queda para enseñarte que la culpa estanca. Que necesitas perdonar, ser mejor que yo, superar y seguir. Enseñarme que sí se puede aceptar, para hallar paz, en donde sea que esté. Necesito tu ejemplo. Porque yo me enceguécí con la realidad.

Puedes llamarme cobarde por desear seguirla, estar con ella aún en muerte, pero no quiero que malinterpretes mi decisión con la ira que sentirás al saber que decidí abandonarte, porque no será así. Yo me abandoné a mí.

Quiero decirte que, mientras mi felicidad está en ellos, tu felicidad estará en otros y entonces me entenderás. Eres una joven encantadora que se ganará el mundo con su sonrisa y estoy triste por decidir no estar ahí cuando ocurra. Pero mis mayores fortalezas se volvieron mi peor debilidad y ya me cuesta abrir los ojos al despertar, porque quiero seguir soñando que tu madre está junto a mí aunque no sea cierto.

No creo que un perdón solucione tu pérdida, un lo siento es absurdo mencionarlo en algo tan oscuro como lo es quitarme mi vida y dejarte sola. Pero no fui lo suficientemente capaz de aceptar lo que pasó, porque he perdido la esperanza.

Pero tú nunca puedes perder la esperanza sintiéndote culpable de lo que pasó, aunque creas que tus ilusiones se hayan derrumbado porque no estamos junto a ti, porque la vida quita antes de dar y cada uno de los sucesos están destinados a ser vividos, quieras o no. Estas palabras tienen magia. Una magia para valientes. Una magia que pide de ti. No decidas la muerte como yo. No decidas ignorar tu camino. Aprende de esta decisión y trasciende mi muerte. Una muerte que decido yo, porque no soy capaz de escuchar más sobre el futuro.

Esta no será la primera vez que dudes sobre tu vida, ni la última tampoco, pero sí será una de esas veces que logres entender que el vivir es mucho más que simples momentos con las personas que quieres.

Luego de un tiempo te enamorarás, vivirás momentos que nunca pensaste vivir y lograrás superar tu pérdida porque es precisa para que entendieras algo. Nunca pienses que desperdiciaste el tiempo en el que nos tenías a tu lado con ideas absurdas que te llenen de explicaciones o que te indiquen que tú fuiste la causante de nuestra tragedia, porque los momentos que pasaron fueron justos para enseñarte y precisos para hacerte entender que a veces la

vida te quita las cosas más preciadas, como un golpe que intenta despertarte.

Quiero que entiendas que ellos estarán ahí: cuando te gradúes del colegio, cuando ganes tu primer logro y cuando vivas tu primer sueño. Estarán a tu lado como vestigios de tu pasado. Porque pasado es pasado y yo me quedé atrapado en él. Morí con tu madre.

No quiero que intentes entender por qué ellos partieron de tu vida, ya que te llenarás de preguntas que nunca te responderán. Solo hay una cosa que debes responder y es ¿qué desea la vida mostrarme?

Sigue tus sueños que en ellos estaremos nosotros apoyándote en sus realizaciones. Sigue tu vida y sigue tu maravilloso vivir sin quejarte nunca de los sucesos malos que te pasen. Toma los errores como tus mejores maestros y has de tu camino algo mucho mejor que el que seguí, porque no quiero que tu final sea como el mío.

No quiero que pienses, mi princesa, que nunca te quise y por eso te abandoné, porque fue precisamente lo contrario al desamor lo que hizo que mi vida se paralizara en este instante. Siempre entiende que el corazón es necesario para vivir, porque con él sientes amor, e intenta comprender que mi agonía inundó mi pensamiento y ahora no me deja creer más en un futuro.

Pero no pienses que el amor es significado de muerte, porque en cambio es la realización de nueva vida. El amor de tu madre y el mío está reflejado en ti.

Aunque no sé si es apropiado, perdóname, por dejarte sola en tu vida y perdóname por decidir quitarme la mía.

Te amo mi princesa, adiós.”

Cuando terminé de leer la carta una lágrima se resbaló por mi mejilla haciendo que esta callera en la parte inferior de la hoja. Yo, dándome cuenta de mi error, la sequé con la manga de mi camisa para evitar que el papel se humedeciera mucho y acabara rompiéndose. Uní los dos extremos de la carta, doblándola y saqué el diario para meterla en él, mientras encontraba un sobre. La carta estaba perfecta y debía ser entregada a su destino para poder cerrar por fin ese vínculo que había dejado culpa en Paulina. Me paré de la silla, tomé mi equipaje y comencé a caminar hacia la calle.

—¿Por qué estás llorando? —Me preguntó una voz detrás de mí.

Yo paré y me volví para mirar a mis espaldas encontrándome con María José en persona, que estaba mirándome con un rostro triste, pero a la vez

curioso. Noté que llevaba de igual forma un morral de mano en sus espaldas y estaba más desarreglada de las veces que la había conocido, lo que me hizo pensar que salía de viaje.

—No es nada —le mentí respondiéndole y luego añadí —¿vas a algún lado?

Ella me miró dudoso. Luego se acercó a mí, metió su mano al morral que tenía y sacó de él un cuaderno, el cual abrió con delicadeza, retirando de él un sobre en blanco que me entregó.

—Creo que lo necesitarás —me dijo con una sonrisa.

Yo se lo recibí y lo mantuve en la mano, todavía intrigado de sus intenciones. Le agradecí con mis ojos haciendo que ella asintiera.

-Me iré de París, es hora de irme —me respondió mientras continuaba sonriendo.

—¿A dónde vas?

—Por ahí.

Volvió a colgarse el morral en su espalda y comenzó a caminar, dejándome confundido de pie. Lo que más quería en ese momento era seguirla, pero no podía cambiar el camino que había decidido así lo quisiera. Espere que su figura se perdiera al voltear por una esquina, le hice señas al taxi y le indiqué al chofer que me llevara a la dirección de Paulina.

Cuando llegué no parecía que nadie estuviese en su casa, lo que me alegró al saber que la carta iba a llegar de manera anónima sin que nadie me notara allí. Me bajé del taxi indicándole con mis manos que esperara y corrí hacia la puerta de la casa. Tomé la hoja, la metí en el sobre y lamí su ala para poder cerrarla, metiendo el preciado contenedor debajo de la puerta. Corrí hacia el taxi y, viendo como la tierna ilusión de un sueño realizado se alejaba mientras avanzaba el vehículo, me dirigí al aeropuerto, dándole a París el más dulce adiós.

Capítulo 15

Un nuevo destino

Estaba sentado en una de las bancas del aeropuerto mientras esperaba que el vuelo hacia mi país de origen llegara, terminando así mi aventura en Francia. No sabía bien si eso era lo que debía de hacer o si, talvez, tenía que esperar por una nueva pista que me regalara otro comienzo más para cumplir los sueños del diario. Así que, acordándome de él, lo busqué en mi bolso de mano, recordando que era tiempo de volver a leer otra página más de su dulce contenido. Lo saqué y abrí sus páginas, haciendo que una hoja que había en su interior se deslizara hasta el suelo. Yo me quedé sorprendido, ya que la única cosa que había guardado entre sus hojas había sido la carta del padre de Paulina, la cual ya había entregado. Con un poco de intriga, me agaché y recogí la hoja, que estaba doblada por la mitad. Des hice los dobleces y me encontré con un mensaje, con letra grande y en perfecto español, que decía “¿No tienes algo que me pertenece?”. Yo me quedé completamente plasmado, ¿cómo ese mensaje había llegado hasta el diario? Y sobre todo ¿si había tocado el diario, por qué no se lo había llevado entonces? La única cosa que yo poseía que no me perteneciera, era esa guía de sueños que seguía incansable al pie de la letra. Volví a leer lo que estaba escrito en esa misteriosa hoja y, mientras lo hacía, un haz de luz de uno de los aviones alumbró la parte inferior, dejando ver el reflejo de algo escrito al otro lado de la hoja. La volteé y leí un letrero que decía “País del Trébol” con la misma letra y tinta con la que se había escrito el mensaje anterior. Yo miré hacia todos lados un poco confundido con lo que había pasado. Me sumergí en explicaciones posibles que me ayudaran a entender todo esto; comencé a mirar las personas que pasaban caminando, algunos aviones que aterrizaban y niños que jugaban mientras sus padres esperaban que llegara su vuelo. Pero todos mis intentos de hallar respuestas se vieron interrumpidos por el sonido alegre de mi celular. Lo saqué del bolsillo un poco molesto y miré en su pantalla un

teléfono que no conocía, lo que me hizo contestar con algo de duda.

-Miguel ¿eres tú? —me preguntó una voz de mujer.

Yo le afirmé un poco confundido.

—¡Miguel soy yo, Isabel! ¿Cómo estás? —me preguntó con alegría en su voz.

Yo alegrándome por su llamada le conté todas mis aventuras, sin nombrar por supuesto el diario, y comenzamos a intercambiar palabras sobre nuestros planes. Me agradeció por el trabajo, se mostró muy feliz con lo que había conseguido y me declaró su aprecio por todo lo que había hecho por ella. Yo no opiné a ninguna de sus exclamaciones porque no quería que se sintiera comprometida por algo que había hecho de corazón. Continuó hablándome de su nuevo hogar, sus compañeros de trabajo y de Juan, quien se había comportado de manera caballerosa con ella. Pero mi atención estaba puesta en lo que decía la hoja que tenía en mi mano. Después de un momento de observar detenidamente el mensaje, me di cuenta que la frase “País del Trébol” era un lugar, a donde quería que fuera quien haya sido que pusiera la nota en el diario. Comencé a repetirlo en mi cabeza intentando hallar en aquella frase algo que me ayudara a seguir mi camino.

—País del Trébol —susurré dejando que mis pensamientos invadieran mi voz.

—¿Qué has dicho? —Me preguntó intrigada Isabel.

—No, solo dije algo en voz alta, perdóname.

—País del Trébol, ¿eh? —Me preguntó con intriga Isabel y añadió —¿no se le dice así a Irlanda?

—¿Irlanda es el país del trébol?

—Sí, he escuchado algunas personas mencionar ese nombre ¿por qué?

Yo me inventé algo para no confundirla, le dije que mi vuelo ya había llegado y necesitaba irme. Ella se mostró contenta por poder hablar conmigo, me agradeció por todo de nuevo y colgamos.

Fui hasta los puestos de atención de la aerolínea y cancelé, con tiempo, el viaje a mi país. En vez de aceptar la devolución de parte del dinero, compré con él un viaje a Irlanda el cual se demoraba en llegar dos horas más, lo que me molestó un poco. Mientras esperaba el avión, fui hacia el sector de comidas del aeropuerto y me compré un café para sentarme en una de las mesas a leer el siguiente día del diario, siendo esta vez posible. Ya sabía que lo que fuera que siguiera como sueño tenía que lograrlo realizar en Irlanda; ya que la siguiente pista, que me había llegado de la manera más misteriosa

posible, me apuntaba hacia allí. Saqué el diario de mi bolso y comencé a pasar página por página hasta encontrar la siguiente aventura.

“Día 7— Sonrisas de arte

Hoy en mi colegio vi a una mujer de mucha edad sentada en una de las bancas del parque de recreo con una cámara, mientras tomaba con ella fotografías de los niños jugando. Nuestra maestra nos explicó que era una reconocida artista que se había interesado en nuestra escuela y que con las fotografías haría una próxima exposición.

Nunca me había preguntado qué se sentiría ser una artista, viajar de sitio en sitio inspirándome mientras veía la gente pasar. Nunca en mi vida había aprendido un arte, solo escribía en mis diarios y pintaba algunas muñecas de caricatura con mis colores. Nunca había expuesto, ni tampoco me había presentado en grandes escenarios y eso me pareció triste.

Me imaginé entonces parada en un escenario mientras presentaba ante todos, una obra de teatro. Escuché como los aplausos me felicitaban por mi trabajo y, haciendo una venia, les agradecí a todos. Al salir del teatro una multitud me pidió sus autógrafos y vi entonces que ser tan conocida no era lo que yo quería. Entonces me imaginé en una exposición de mis muñecas y vi cómo grandes críticos del arte pasaban sus miradas entre mis cuadros mientras hablaban entre ellos, haciendo muecas con sus bocas que me mostraban aceptación. Yo continuaba parada allí esperando que alguien se acercada a decirme algo más que “felicitaciones” por mi trabajo, pero, aunque creía que estaba acompañada, la verdad estaba muy sola. Como no me llamó la atención mi éxito con mis dibujos, me imaginé entonces como una escritora que había publicado un libro muy exitoso. Vi entonces cómo algunas personas reconocían mi nombre, pero muy pocos mi rostro. Me vi encerrada en una paradoja de realidades; ya que mientras sabían quién era, no sabían cómo era.

Intenté imaginarme como escultora, pero fue muy parecido a la pintura. Me vi como bailarina, pero fue muy parecido al teatro, en el cual sólo me nombran como una intérprete más. Construí edificios con mi arquitectura, pero no logré sacar provecho de mi éxito, porque, aunque admiraban mi labor, mi edificio era más significativo que yo. Intenté hacer de mi música algo popular, pero me encontré con que la historia había olvidado tal arte, dejando que las personas desecharan una canción si había pasado de moda. Al final intenté hacer de mi cine algo que fuese más que entretención, pero

encontré en él la misma enfermedad que en la música.

Quise entonces olvidarme del éxito y aprender cualquier arte, la que me hiciera más feliz, en un lugar solitario, donde lo que hiciera no fuese admirado ni juzgado por nadie, porque sólo así haría las cosas solo por mí, como un verdadero disfrute. Bailar, escribir, esculpir, actuar, pintar, diseñar o capturar un momento; cualquier cosa, pero acompañada de un paisaje hermoso que me recordara a mí misma que era capaz. ¡Qué día maravilloso el que tuve! ¡Fue un día de ensueño!”

Hasta el momento era el sueño más largo que había leído en el diario, y tenía su justificación, ya que no hay nada más extenso que la realización de un arte. Aunque no sabía cómo ni dónde iba a aprender lo que el sueño pedía, tenía que seguir la pista para poder encontrar lo que ese alguien me quería mostrar. Ya esta aventura se estaba volviendo suficientemente loca como para continuar dándole duda a mi razón por cada paso que daba. Ya había decidido hace dos noches en el hotel de París que mi camino iba a ser respetado como desde un principio lo había seguido, pero era imposible no confundirse con cada acontecimiento que invadía mis ideas con un “para qué”.

Ya había pasado un buen tiempo desde que estaba sentado en aquella silla y comenzaba a aburrirme. No sabía qué hacer, ya que varias veces me había levantado a comprar algo que entretuviera mi estómago pero que no lo llenara. Pero cuando estaba a punto de levantarme para ir a dar una vuelta y descansar mis pies, mi celular me interrumpió, mostrándome en su pantalla que era María Paulina.

—Miguel, te fuiste sin despedirte —me dijo con un tono triste —¡Te quería dar las gracias por todo!

Yo me quedé un poco sorprendido, porque no quería imaginar que se había dado cuenta que la carta de su padre se la había entregado yo. Después de un momento de silencio, la saludé desconcertado.

—Miguel, un ángel apareció en mi vida —me dijo ahora alegrando su voz — es increíble lo que ha pasado y quería contártelo en persona, pero te has ido ¿dónde estás?

—En el aeropuerto, voy a Irlanda por algo urgente que debo hacer.

—Lo siento mucho, si estás ocupado podemos hablar luego.

—No hay problema alguno. Tengo tiempo y quiero hablar contigo si eso es lo que quieres. Dime ¿qué pasó?

—He recibido una carta de mi padre —comenzó a llorar de alegría y añadió— es mágico, es como un regalo Miguel y no sé quien la ha enviado.

Yo me quedé tranquilo sabiendo que mi acción continuaba siendo anónima.

—La carta me mostró algo que nunca había visto, me dijo algo que no pude ver sola —siguió hablando mientras mostraba felicidad en su voz y continuó— entendí por fin que todas las decisiones del destino, sean malas o buenas, están hechas para enseñarte a amar; aprendí que se ama hasta en los peores momentos, porque el hombre existe solo para sentir amor. No hay nada más sabio que desearlo o quererlo sentir, no hay nada más sorprendente que decidir estar con él aún en los peores momentos. Mi padre se quitó la vida porque no podía aceptar que el amor en él muriera y no lo hizo por cobardía, sino porque había entendido que en toda su realización había conocido amor y no necesitaba otra experiencia más. Puede que con ello se haya y me haya hecho daño, pero Miguel ¿si una acción perversa se logra por amor, sigue siéndolo?

—Paulina... no sé qué decirte —despejé mi garganta y, como si las palabras salieran de mi corazón, contesté— muchas veces me había cuestionado si un sujeto que comete una acción de bien, como lo es por ejemplo donar o hacer una fundación, está basada en un interés absurdo por obtener beneficios propios de ella ¿sigue siendo buena? Si vemos todo esto podríamos decir que lo que sembramos es lo que cosechamos; la semilla la podríamos llamar intención. No es la acción misma la que hace que un acto se vea como bueno o malo, sino la intención. Entonces ¿no es más importante el deseo que motiva a hacerlo que el mismo acto de realizarlo? Tu padre se suicidó, claro está, y eso es, según nuestra cultura, algo mal visto. Pero si tu padre se quitó la vida pensando sólo en el amor que sentía por tu madre ¿sigue siendo un acto malo si la semilla que lo cosechó fue la mejor de todas? No hay nada por qué quejarse Paulina, porque no hay nada malo en lo que sucedió.

—Miguel, gracias —comenzó a llorar de alegría y añadió— conocerte me liberó de algo tan enorme que debes de ser alguien muy especial. Con todo esto me di cuenta que la voz de un verdadero amigo es la mejor de las curas en cualquier situación que ponga a prueba tu corazón. Yo lo único que necesité siempre fue entenderlo, ya que la amistad es la mano franca que te sostiene mientras tu mundo se derrumba. Gracias Miguel, estoy eternamente agradecida.

Yo me quedé en silencio mientras mi corazón me agradecía por poder permitirme escuchar sus latidos de nuevo. Estaba orgulloso con todo lo que había hecho y era tiempo ahora de seguir, con el mayor de los gustos, un camino que hacía que el brillo de mi alma no permitiera más oscuridad. Logré

entonces comprender, desde ese momento, que los actos que hacemos por otros son los únicos que lograr enseñarte la felicidad más honesta. Paulina y yo nos despedimos con un “adiós”, sabiendo ambos que algún día volvería a ver su sonrisa mientras su vida se tornaba tranquila.

Ya que todos los cavos habían sido atados, estaba tranquilo de seguir un nuevo destino. Me paré de la silla obedeciendo la voz que indicaba el lugar en que debía abordar. Caminé con un paso alegre por el aeropuerto mientras sonreía por seguir mi aventura. Llegué a la entrada, entregué mi boleto a una mujer atractiva que recibía a los viajeros con una sonrisa y entré al avión esperando darle una bienvenida a Irlanda.

Capítulo 16

Irlanda

Cuando abrí mis ojos, luego de dormir la gran parte del viaje, vi por la ventana un prado verde que se extendía hasta donde mi vista alcanzara. Las nubes adornaban colores violetas y azules que hacían juego con la inmensidad del terreno. Había una carretera, que se veía minúscula, que la bordeaban árboles de pie, majestuosos, que hacían confundir el paisaje con las más maravillosas descripciones de reinos de fantasía. Estaba llegando al país del trébol, una isla de mágicas culturas, innumerables leyendas y tradiciones alegres como el canto del violín. Un país que despertaría el nuevo misterio que traía la realización del diario y que me daría la oportunidad de vivir tiernas aventuras en sus hermosas montañas.

Cuando el avión aterrizó, fue rápido el encuentro con las auxiliares de vuelo en el aeropuerto, ya que no sucedió nada en el avión que retrasara mi llegada. Había llegado a Dublín, una ciudad de increíble arquitectura que mantenía la modernidad y la tradición en un equilibrio admirable. La ciudad es un puerto, la cual tiene grandes zonas verdes que perfilan una compleja estructura frente al mar que se sostiene alegre frente al gran movimiento de turismo que representa. Aunque la temporada no era alta, el aeropuerto estaba lleno de personas que caminaban en todas direcciones y que se detenían solo para mirar sus relojes o para tomarse fotografías con sus parejas o familiares. Muy pocas veces había escuchado de la existencia de este enigmático lugar y nunca me había interesado en pisarlo, pues no conocía a nadie cercano a mí que lo hubiese visitado ya. No saber nada sobre dónde me encontraba me puso nervioso, pues era evidente que me sentía completamente solo en una ciudad de la cual sabía muy poco. Esperé un instante para poder tomar mis maletas y miré el plan de viaje que había conseguido en la agencia, el cual me indicaba que el hotel donde me tenía que hospedar se llamaba “Four Seasons”. Salí un poco dudoso por sus puertas principales y comencé a caminar por la acera del

aeropuerto buscando un taxi, pero no encontraba ninguno, lo que me hizo hacer sentir la sensación de estar perdido. Me incité a preguntarle a otra persona sobre dónde podía tomar el transporte para poder llegar al hotel. Me acerqué a una pareja que estaba abrazada en una banca mientras miraban hacia el horizonte, hablaban y se reían. Con un poco de pena despejé mi garganta y lancé mi pregunta intentando consumir la duda. La mujer al mirarme se tornó nerviosa, haciendo que el hombre me mirara con ojos desafiantes.

—¿Qué quieres? —Me preguntó con un tono chocante.

—Perdón —dije con voz tierna y añadí— es que estoy perdido y no soy de aquí. ¿Podría ayudarme a encontrar dónde puedo tomar un taxi?

El hombre miró a su pareja y ella cambió su aspecto por una sonrisa. El sujeto volvió a encontrar mi mirada, ahora con ojos tranquilos.

—Discúlpeme señor —me dijo y me sonrió— hace un tiempo en otro aeropuerto nos robaron de manera similar y mi mujer está un poco tensa por ello. Nosotros no somos de aquí, pero puedo indicarle a dónde debe ir para tomar un taxi.

El hombre me puso la mano en la espalda y con un empujón me invitó a dar unos pasos mientras me señalaba un sitio a donde debía ir. Yo lo miré con agradecimiento, le sonreí a su pareja y continué el camino que el hombre me habían indicado, encontrándome después de un tiempo una zona de taxis. Le hice señas a uno de los choferes, que estaba parado con otros hombres charlando, y me subí al taxi que me indicó. Le dije el nombre del hotel y arrancó hacia allí.

—¿Es su primera vez en Irlanda? —Me preguntó el hombre mientras doblaba por una esquina.

—Sí, lo es —le respondí un poco desconfiado.

—Es una ciudad grande, debe de saber a dónde se dirige o terminará perdiéndose —exclamó con seriedad y añadió— si desea puedo ayudarlo a encontrar algún buen lugar, como restaurantes o ese tipo de cosas. Tome, estos son mis datos.

Me dio una tarjeta blanca donde estaba su nombre escrito en negro y que decía “Andrew” y dos números de teléfono. Yo le agradecí con una sonrisa y él continuó hablándome, recomendando algunos sitios de interés que los turistas normalmente visitaban.

—Sabe, ya que lo menciona —exclamé con seguridad— ¿puede decirme sobre algún sitio tranquilo, como un parque o algo similar, en donde pueda dibujar?

—¡Ah! ¿Es artista? Nunca se había subido a mi taxi un artista —me dijo mientras sonreía y luego respondió— si quiere puedo llevarlo al parque nacional de “Wicklow”, es un lugar hermoso la verdad. El viaje no tarda más de una hora y vale la pena hacerlo.

Yo le acepté de igual forma, guardando la tarjeta que me había dado para poder contactarlo.

—No me ha dicho cómo se llama usted —me preguntó con una sonrisa.

—Miguel, así me llamo.

El hombre, al recibir mi nombre, se sintió mucho más cómodo y comenzó a hablarme del país, de la política, de las personas, de la cerveza que se bebía allí, de algunos espectáculos de música irlandesa con sus majestuosos bailes coordinados, alguno que otro suceso que había marcado su vida y miles de temas más que no lograría enumerar. Lo que sé es que entre más hablaba más lento manejaba el auto, haciendo que el viaje se alargara. Pero, aunque el camino se había recorrido el doble de tiempo, había algo en él que me parecía entretenido, lo que me hizo tolerar toda la conversación con una sonrisa. Al llegar al hotel, cuando me bajé del auto y le pagué el pasaje, se despidió riendo, batiendo la mano y con ojos llenos de esperanza.

El hotel era lo suficientemente cómodo para sentirme satisfecho y lo suficientemente simple para no estar preocupado por los sobrecostos que podían resultar por caprichos inútiles de cosas pasajeras. Cuando había entrado, me recibió una atractiva mujer con una sonrisa detrás de la recepción. Fue más cortés que falsa al ser amable conmigo y su paciencia agilizó la atención, lo que logró que pudiese comer algo, ya que sentía hambre, y me dieran satisfactoriamente las llaves de mi habitación. Todo se tornó interesante al entrar a la alcoba y encontrarme con una cama con un diseño muy llamativo, la cual estaba rodeada de dos mesitas de noche oscuras y acompañada, en su cabecera, por un cuadro de un paisaje que desconocía, pero admiraba. Aunque el viaje había resultado largo y tedioso, no sentía cansancio alguno, por lo que decidí dejar mis cosas allí y salir del hotel para conocer un poco los rincones de la ciudad.

Dublín era un sitio muy acogedor. Desde que salí por las puertas del hotel sentí una calidez en las personas que me hizo sentirme comfortable conmigo mismo mientras andaban por la acera y cruzaba la esquina. Cada vez que caminaba veía los nombres de las calles para evitar perderme al regresar e intentaba caminar solo en una secuencia que repetiría al devolver mis pasos, ya que se estaba oscureciendo y no quería confundirme a mí mismo con un

laberinto en una ciudad que desconocía. Seguí caminando mientras miraba el nombre de algunos lugares interesantes hasta que, antes de llegar a otro cruce, me detuve al frente de un almacén en donde estaba parado un hombre, con una boina gris y desgastada, que fumaba una pipa mientras acompañaba el humo con una sonrisa. Cuando se percató de que lo estaba mirando, el hombre de extensa barba y clásico vicio me hizo señas para acercarme a él. Yo miré detrás de mí intentando ignorar su requerimiento, pero el insistió mientras me señalaba y yo, tomando coraje, me acerqué con paso lento mientras guardaba mis manos en los bolsillos del pantalón.

—Descuida muchacho —me dijo con una voz ronca— no te haré daño.

Me miró con una sonrisa robándose la atención de mis ojos que lo miraban intrigados.

—¿Quién eres? —Le pregunté con misterio.

El hombre señaló hacia arriba, logrando que mi curiosidad me incitara a mirar, encontrándome con un letrero que parpadeaba que decía “Arte y Arte” en inglés.

—Te vi interesado en algunos negocios —me dijo el hombre mientras fumaba de su pipa— pues, este es mío.

—Muchas gracias, pero no estoy interesado —le aclaré con amabilidad.

El hombre volvió a fumar mientras me miraba fijamente, acalló su sonrisa y volvió su mirada hacia el suelo, mirando mis zapatos.

—Un hombre con esos zapatos debe de adorar el arte —me dijo con seriedad.

—¿Por qué lo dice?

—Porque si no fuese así, no se pondría dos zapatos diferentes.

Yo miré mis pies intentando ver la diferencia, pero solo vi mis dos zapatos de cuero negro que normalmente acostumbraba usar.

—No sé a qué se refiere —le dije un poco indeciso y aclaré— están completamente iguales.

—Eso es lo que te quieren hacer creer. Todo ahora es una perfección, un plagio, un molde de modelos a seguir. Todo ahora tiene que tener una similitud a lo normalmente aceptado para ser, en efecto, tomado en cuenta —fumó— ¿sabes lo que veo en tus zapatos? Hipocresía. Una cruda y vil hipocresía.

Me reí un poco mientras creía que el hombre bromeaba, hasta que vi en sus ojos seriedad y acallé mi sonrisa intentando ser cortés.

—¿A qué se refiere?

—Todo se convierte en un esquema absurdo de un igual contemplado

generalmente. Antes lo atractivo era lo diferente, lo innovador, lo que nunca había sucedido; todos veíamos la vida con ojos únicos. Pero ahora nos han quitado ese privilegio, nos han dado de desayuno una dosis de decoro que debemos seguir, sin darnos cuenta que eso mismo nos está evitando vivir.

—¿Por qué lo cree? —Le pregunté ahora interesado en lo que decía.

—Porque ahora solo unos pocos tienen el privilegio de ser diferentes. La locura se convirtió en un lujo de los que tienen poder, alimentando a los indefensos con noticias de moda y esquema que los desvirtúan de su personalidad hasta el punto de generar lo generalizado.

—¿Y todo esto afecta a mis zapatos por qué...?

—Porque si miras de cerca, estoy seguro que te darás cuenta que fueron hecho de cuero diferente, que luego fue pulido y pintado para generar esa similitud de la cual reniegas.

Yo me quedé mirando hacia mis zapatos viendo que, de cierto modo, el hombre tenía razón. Cada uno de nosotros podría ser un zapato que fue pulido y pintado por una sociedad que exige similitudes para poder abrir la puerta al que desee pertenecer en ella.

—Como veo que te quedaste escuchando, mirando tus zapatos y pensando en que podrías darme la razón, te entrego esto.

El hombre sacó de su bolsillo un lápiz y me lo entregó mientras me sonreía.

—¿Un lápiz? —Pregunté un poco confundido.

—No es un lápiz —me aclaró, fumó de su pipa y continuó— si miras bien, esa es la única diferencia de ser un hombre y un esclavo ¿no crees?

—Creo que no le entiendo —confesé todavía confundido con todo lo que estaba pasando.

—¿Qué tienes en la mano si no es uno de los objetos más simples que ha creado el hombre? —Me miró fijamente y continuó— la simpleza de ese lápiz refleja la capacidad innata, el don maestro, de diferenciarse uno mismo de los otros. ¿Qué nos hace humanos?

—Aunque son muchas cosas, me atrevería a decir que son las emociones —respondí dudoso.

—¿Correcto! —Me dijo el hombre mientras sonreía —¿Y cómo le muestras al mundo tus emociones?

—Supongo que con mis acciones —dije un poco confundido.

El hombre río y miró hacia la calle mientras volvió a fumar de su pipa.

—¿Eso sería así si fueses amante de todos! —volvió a reír —¿Pero no! La capacidad del hombre de entregar sus emociones a otro se reduce en arte. Esa

sumatoria de disciplinas casi espontáneas que son regaladas como un don a aquellos que saben entenderlas.

—¿Entonces el lápiz es arte?

—¡Claro! La complejidad del mundo se puede reducir a un simple trazado. Toda arte se reduce a un esquema simple y, como el lápiz, a la herramienta más natural que existe.

—Pero sólo es un lápiz —intenté refutar su razón.

—¡Por supuesto que lo es! Pero ¿un solo lápiz, en manos diferentes, sigue creando lo mismo? —Me miró fijamente y me puso una mano en el hombro — cada uno de nosotros puede hacer la diferencia, sólo necesitas dar el primer trazado.

Me dio la espalda y, antes de abrir la puerta de su negocio para entrar, me miró de reojo y me sonrió, dejándome parado al frente del letrero parpadeante que me acompañaba en la lluvia de ideas que había generado esa conversación.

Caminé de regreso al hotel mientras sostenía el lápiz en mi mano derecha y lo analizaba, intentando ver la magnitud de su importancia para generar un pensamiento tan profundo como el que había acabado de presenciar. Lo cierto era que la normalidad del objeto solo me hacía creer en que el hombre tenía razón al asegurarme que cualquiera podía hacer diferencia. La simpleza del objeto que tenía en mi mano impresionaba mis ideas por el solo hecho de reconocer que no se necesitaba ser algo único o importante para poder generar un cambio. Simplemente era necesario tener la capacidad de rayar la hoja cuando era oportuno y dejarse llevar por tus emociones, como el lápiz baila a merced de la mano. ¿Qué diferencia había logrado en mi vida? Cada uno de los resultados de mis experiencias pueden compararse con los de una gran cantidad de personas. Mi vida no era más que un lápiz sin punta que no dejaba una huella en el papel de la historia y estaba triste por ello. Pero, a diferencia de muchos, yo estaba ahora remediando ello siguiendo sueños inocentes de páginas, que ahora eran testigo de mis esfuerzos por sacar la punta reluciente cual perfecta determinación de vivir de acuerdo a un trazado.

Siguiendo las indicaciones que había memorizado me encontré al frente de la puerta de bienvenida del hotel, el cual me daba la bienvenida en una noche que me aconsejaba dormir. Entré a la recepción intentando encontrar un rumbo hacia el restaurante para poder cenar, confundíendome con la organización y obligándome a preguntarle a algún trabajador por indicaciones. Así, después de unas sonrisas forzadas y una apresurada guía, me encontré sentado en la

mesa esperando recibir la comida para poder luego ir a descansar, ya que era mi deseo poder visitar temprano el parque que me había recomendado el conductor del taxi. Con algo de curiosidad recibí una clase de pan blando con una crema y un café, lo cual consumí apresuradamente para poder disfrutar luego de mi cama. Agradecí sonriente y subí a mi habitación, arreglándome con prisa y acomodándome en la cobija, buscando calor en una noche que se tornaba fría. Me quedé con los ojos abiertos un tiempo mientras recordaba las palabras de aquel hombre y me forzaba a imaginar su presencia para intentar entender por qué lo había conocido. Pero cansado de un día de viajes y revelaciones, me quedé dormido.

Capítulo 17

Arte

Desperté muy temprano en la mañana sintiendo un ligero mareo en mi cabeza que me indicaba que había dormido de manera incorrecta sobre una almohada más dura que cómoda; debí de haber estado muy cansado para no haber caído en cuenta de que estaba reposando sobre un cojín de adorno. Me paré de la cama y restregué con mis puños los ojos mientras bostezaba e iba caminando al baño, logrando que con mi descuido tropezara mi pie contra el marco de la puerta. Con un poco de torpeza abrí los ojos, teniendo mi mirada un tanto borrosa, y me ayudé soportando mi cuerpo en la puerta mientras intentaba evitar el pequeño malestar que se estaba logrando por el estado en el que estaba. Logré alcanzar el lavamanos y abrí la llave dejando correr el agua. Me estregué de nuevo los ojos, ahora con mis manos húmedas, y tomé un poco mientras intentaba hacerme yo mismo la idea de que estaba despierto.

Luego de bañarme y vestirme con ligereza, bajé al restaurante para poder desayunar y poder arreglar todo para ir al parque nacional. Entré e inmediatamente sentí un ligero olor a comida de mar, lo que me dio la idea de que estaba preparando, con tiempo, los ingredientes para el almuerzo. Me senté en una de las mesas y un camarero se aproximó cautelosamente intentando ser prudente y educado. Llegó a mi lado con una sonrisa y luego de saludarme con gestos me entregó una carta y se retiró. Yo miré detenidamente los nombres de todos los platos sin encontrar algo conocido, hasta que leí como ingrediente principal el cerdo en un plato llamado “coddle”; el cual parecía ser una sopa con patatas. Cerré la carta y le hice señas al mismo hombre que anteriormente se había acercado para que repitiera su gesto. Cuando estuvo de nuevo a mi lado, le entregué la carta mientras le decía el nombre del plato, haciendo que él me mirara de manera extraña y preguntara con curiosidad un remarcado “¿está seguro?” que le confirmaba a él mismo algún tipo de rareza. Luego de que anotó en una pequeña libreta lo que había

pedido, me miró con ojos impacientes y me preguntó sobre lo que deseaba tomar, por lo que pedí agua.

Después de un prolongado tiempo tuve ante mí una sopa con patatas y carne de cerdo, un pan de soda y un vaso de agua, haciéndome comprender de inmediato la extrañeza que había generado en el mesero, pues era notable que, más que un desayuno, el plato era ideal para almorzar. Como tenía prisa no quise despreciar el plato y me di una oportunidad de probarlo, encontrándome con que era precisamente exquisito y tolerable, aún muy temprano en la mañana. Cuando terminé me paré de la mesa agradeciendo con un gesto al mesero y subiendo de nuevo a mi habitación. Entré en ella y busqué entre mi maleta de mano la tarjeta del conductor que había conocido al llegar a Irlanda, encontrándola debajo de unas monedas. Cuando la tenía en mi mano busqué mi celular en el cajón de la mesa de noche para poder llamar, encontrándome con la sorpresa de que estaba apagado. De inmediato recordé que se me había olvidado cargar su batería durante mi viaje, lo que me obligó abrir la maleta grande para buscarlo entre las bolsas en donde acostumbraba guardar este tipo de cosas. Después de revolver entre la ropa y desorganizar la maleta, pude hallar la bolsa entre uno de los bolsillos, la cual estaba metida a presión. Tuve que halarla con fuerza para poder sacarla, algo extraño ya que no tenía por qué haberse atorado. La dejé a un lado buscando dentro del bolsillo, con curiosidad, la causa de lo que había ocasionado la dificultad para retirar la bolsa, logrando tocar con mis dedos una hoja de papel arrugada en el fondo. Metí por completo mi mano y saqué la hoja magullada y la tomé con las dos manos intentando deshacer sus dobleces. Con cuidado comencé a darle la forma original a la hoja encontrándome con un mensaje, en una letra que ya conocía, que versaba “Primero fascínate, luego pinta y, al cansarse, una visita a The Armoury Cafe“. ¿Cómo era posible que esa hoja estuviese allí? ¿Cómo era posible que alguien supiese con exactitud mis movimientos? No era capaz de explicarme a mí mismo lo que estaba sucediendo, ya que no tenía explicación. Ya con este mensaje era la tercera vez que recibía algún tipo de indicación o pista que me dejara confundido acerca de lo que estaba pasando. Simplemente no tenía explicación alguna que me diera una respuesta certera a lo que me estaba sucediendo. Parecía que seguir los sueños de un diario me estaba haciendo vivir, a mí mismo, un sueño.

Luego de quedarme un tiempo analizando la nota, la guardé para seguir lo que me recomendaba. Conecté el celular y encontré cientos de mensajes de muchas personas, los cuales, entre más nuevos, más preocupados se tornaban.

Mandé con carisma respuestas a mi socio y mis padres indicándoles que no se preocuparan y dejándoles claro que iba a llamarlos luego. Contacté con Andrew, el conductor del taxi, y acordamos el viaje, haciendo que llegara a mi hotel y yo bajara para poder comenzar mi recorrido por el parque nacional. Cuando me monté al auto el hombre me recibió con una sonrisa y me extendió la mano, haciendo que el ambiente se tornara más cálido.

-¿Alguna vez había escuchado de Wicklow? —me preguntó emocionado.

Yo le negué un poco distraído mientras miraba la hoja que había encontrado en mi maleta, la cual había sacado del bolsillo de mi chaqueta.

-¿Conoce un tal The Armoury Café? —Le pregunté intrigado.

-He escuchado de él, ¿quiere ir allí? —Me preguntó despreocupado.

-¡Sí! —le respondí mientras sonreía y aclaré —pero después del recorrido.

-Si desea puedo caminar con usted, me gusta visitar ese parque —me dijo con amabilidad.

Yo acepté su amable invitación, pensando en que era mejor evitar perderme en lo que parecía ser un lugar basto y extenso, además de que el hombre era amable.

El viaje se tornó más largo de lo que esperaba, pero la duración no mermó el placer de la gran variedad de paisajes que me deleité ver. Entre chozas y granjas reposaba juguetona la luz del sol que salía triunfante, calentando la fría brisa de la mañana. Los árboles acompañaban el camino, de cerca o de lejos, mientras sus extensas hojas permanecían inmóviles esperando vientos que proclamaran la primavera. Algunas cercas, que señalaban fronteras humanas, estaban hechas de madera y otras de piedra, logrando darle variedad a lo común. Me encontré en el camino con granjeros y caminantes, niños juguetones y animales inocentes, que recordaban el brillo de esfuerzo por vivir un día más. De un momento a otro, mi vista floreció de violeta mientras miraba una larga pradera que adornaba sus extensas gramas con flores salvajes, las cuales le daban la bienvenida a un conjunto de montañas impecables, vírgenes de la mano del hombre, que daban vida a un cielo invadido de cirros blancos entre marcos celestes.

—Ya casi estamos llegando —me dijo el conductor.

Con una alegre sonrisa me miró por el retrovisor encontrando mi mirada, logrando que le devolviera el gesto mostrándole que estaba contento por las nuevas noticias. Doblamos por un camino rocoso y paramos al frente de una caseta que remarcaba un lugar en el cual había otros carros parqueados. De manera burda daba la bienvenida a los nuevos viajeros con un letrero en una

tabla de madera que decía “Bienvenidos” en un inglés reflejado por letras simples de color rojo. El conductor se bajó del auto y me invitó a seguirlo, saludó a un hombre que estaba parado frente a la caseta, el cual había caminado hacia allí al ver el auto venir, y le hizo unas señas con los dedos y los ojos, que me dieron la idea de que le quería decir que lo cuidara. El conductor me sonrió y me señaló, estirando su mano, un camino que se abría paso entre las montañas, el cual se extendía hacia la lejanía, haciendo que los dos comenzáramos a caminar al mismo ritmo.

Mientras caminábamos, hablábamos de nuestras preferencias y gustos generales, me contaba sobre sus lugares favoritos en Irlanda y me hacía preguntas sobre mi vida y el porqué estaba allí. Aun cuando parecía cansado nunca vi que la sonrisa de su rostro se disipara y, aun cuando hablaba, mostraba un carisma inmutable en su ronca voz. Seguimos caminando con comodidad hasta que el sol comenzó a darnos directamente en el rostro y nos impedía ver bien, lo que hizo que el hombre, en vez de una sonrisa, hiciera una mueca mientras entrecerraba sus ojos con dificultad para evitar que la luz del sol entrara.

—¿Y dónde desea dibujar? —Me dijo mientras miraba hacia el suelo para evitar los rayos del sol.

—Lo cierto es que me acaba de recordar que iba a hacerlo —le dije mostrando mi descuido.

—¿Cómo dice? —rio y añadió— nunca había conocido a un artista que fuese descuidado precisamente con su arte.

Yo lo acompañé riendo, mientras pensaba en que el descuido me había hecho cometer el error de no haber traído ni siquiera hojas para intentar bocetar en ellas. Me lamenté en silencio mientras seguía mi camino, hasta que el conductor paró de caminar y comenzó a buscar algo entre una pequeña maleta negra que había tomado al bajar del auto, obligándome a esperarlo. En el rostro del hombre podías ver el resultado de su búsqueda, ya que su ceño era tan expresivo que podías adivinar si tenía éxito en lo que fuera que estuviese buscando, hasta que retiró del interior una libreta con hojas blancas la cual estiró hacia mí con una sonrisa.

—¡Tómela! —insistió agitando la libreta y añadió— usted le dará un mejor uso que yo, Miguel.

Yo estiré mi mano y la recibí con un gentil “gracias” mientras apenado ojeaba su contenido, dándome cuenta que estaba nueva.

—No debería de recibirle esto —le dije con voz entrecortada.

—No lo pienses mucho, porque si lo piensas dejarás de pensar —me aclaró y comenzó a reír— es un regalo de bienvenida, consévalo.

Después de unos pocos minutos más de caminata, pasamos una curva, la cual estaba señalada por unas piedras enormes, siendo este objeto de capricho de mi acompañante, haciendo que él se sentara en la más alta y sacara de su maletín un libro que abrió, comenzando a leer. Yo con paso lento alcancé el improvisado asiento, antes de sentarme miré hacia el cielo y me contaminé de una luz cálida que inundaba el paisaje que se impartía imponente ante mí. Me senté con la libreta en mis manos, acordándome de inmediato del lápiz que había recibido del dueño de la tienda de arte. Lo alcancé en mi chaqueta y, abriendo las blancas superficies, lo apoyé con delicadeza en el escenario de danza de trazos negros. De inmediato miles de formas negras reflejaron lo que mis ojos presenciaban. Hice sombras y montañas, flores que alcanzaban con destreza las brisas de caricias incansables del parque, cercas a mal tener que generaban misterio en mitad de la nada y pájaros que volaban danzando entre la multitud de hojas que se alzaban, dando la bienvenida a la vida. Sin darme cuenta ya había logrado llenar una gran cantidad de vacíos blancos en las innumerables hojas de la libreta, haciendo que entendiera la magia del trazado que guiaba mi mano como un compás de mis pasiones. ¡Hace mucho tiempo no me había sentido así! Sintiendo el sonido de flautas que sonaban al ritmo de ideas, que hacían bailar mi muñeca mientras emparejaba sus pasos con un inocente trazo.

—¡Dios mío, dibuja bastante bien! —Me dijo sorprendido Andrew mientras cerraba su libro.

Yo lo miré con vista torpe mientras forzaba mis ojos a ver a través de los rayos del sol. Alcé mi mano y le sonreí.

—¿Eso cree? —Le dije modesto.

—¡Por supuesto, no noto diferencia entre el paisaje y sus dibujos! —Me respondió animado.

Le agradecí mientras me paraba de la piedra y limpiaba con palmadas mi ropa de los restos de plantas y polvo que se habían adherido. Él guardó el libro en su maletín y bajó de su elevado asiento, repitiendo mi acto de higiene mientras tarareaba una canción pegajosa.

—¿Qué tarareas? —Le pregunté sonriente.

—No es nada —rió y continuó —es la canción que cantaba mi padre cuando llegaba a casa del trabajo. Creo que siempre la canto cuando estoy feliz.

—Pues es bastante pegajosa —le dije con tono divertido.

Comencé a tararear intentando aprender el ritmo que dictaba la canción y Andrew comenzó a reír mientras me guiaba a continuar caminando.

Cada paso hacia el café que la nota me recomendaba era una clase diferente de historia familiar, un tema divertido que tratar o una historia impresionante que contar. Me habló sobre un pequeño ahorro que estaba haciendo con su esposa para comprar un lugar donde podía fundar una corporación dedicada al cuidado de animales perdidos. Me contó que tenía un hijo, que amaba profundamente, el cual estaba impedido a caminar por un problema en la columna.

—No se preocupe —me aclaró mientras sonreía y continuó— yo lo veo como un regalo más que como cualquier otra cosa.

No entendía bien lo que quería intentar decir al explicarle su opinión sobre su desgracia, así que me abrí a escuchar su historia. Primero mencionó que los primeros años habían sido difíciles para él y su esposa, aclarándome que había creído que todo ello eran castigos por malos actos ante sus semejantes. Luego con seriedad en su rostro mencionó la esperanza hacia resultados positivos creyendo en la medicina, algo que no resultó, ya que su hijo había nacido con una malformación muy delicada en la columna vertebral, la cual era centro de temor para los médicos que habían visitado. Después de contarme todo ello, me sonrió con ojos llenos de ilusión y me dijo que todo había cambiado cuando su hijo, consciente de todo lo que ellos querían para él, lo llamó una noche a su habitación y le dijo “no crean que yo no soy feliz así. Mis piernas son mis sueños que vuelan alegres sin fronteras. No necesito nada más que aromas de colores al despertar y sentir un abrazo de mis padres. Yo no me voy a curar porque no deseo ser curado, ya que así soy completamente feliz”. Andrew me miró con ojos encharcados y me sonrió tiernamente.

—Todos intentamos descubrir la felicidad en lo que la vida nos muestra como común y no nos damos cuenta que cada paso que damos, en nuestro día a día, es un milagro. Cada vez queremos más cuando lo cierto es que la felicidad está en lo justo —se secó las lágrimas con un pañuelo— Miguel, no te alcanzas a imaginar la alegría que sentí cuando mi hijo me dijo una mañana: quiero que mis pasos sean la esperanza de los animales inocentes que son desplazados, porque de algún modo, a ellos les cortaron las alas con las que nacieron.

Esas palabras resonaron en mí con un sentimiento tan fuerte que una lágrima se resbaló por mi mejilla. Le sonreí a Andrew y le di tres golpes gentiles en el

hombro mientras lo miraba. Él volvió a limpiarse las lágrimas mientras sostenía una honesta sonrisa y continuamos caminando, mientras cortábamos la brisa con nuestra presencia.

Continuamos nuestro caminar hasta que, a lo lejos, vimos una estructura con una arquitectura casi medieval que se sostenía entre árboles y el más magnífico paisaje. Andrew se notó cálido al ver el edificio y aligeró el pasó, haciendo que yo imitara su velocidad. Pasamos por un pasaje de piedras que nos llevaron a la entrada de nuestro destino, que se presentaba humilde con una figura de ángel aguamarina, una puerta blanca y un letrero, el cual tenía en su parte superior unos trazos que formaban un corazón y en su parte posterior un letrero que versaba en simple negro “The Armoury Cafe”.

Capítulo 18

Un buen café

Cuando entramos al café una joven con sonrisa cálida nos saludó, invitándonos a sentar en una mesa de metal que estaba acompañada de recipientes para salsa, sal y pimienta. Andrew se adelantó a sentarse, haciendo un gesto de satisfacción al hacerlo, dándome la idea de que estaba cansado. Yo con delicadeza corrí la silla y me senté en ella, sintiendo cómo mis pies descansaban. Al vernos sentados, la misma joven que nos había dado la bienvenida se acercó a nosotros ofreciéndonos algo de comer o tomar. Andrew, con atrevimiento, nos pidió dos cafés y una especie de panecillos. La joven no demoró mucho en hacer realidad la orden y, en pocos minutos, teníamos ante nosotros una singular parva recién hecha y dos tazas de café.

—¿Por qué quería venir a este lugar? —Me preguntó intrigado Andrew mientras se llevaba a la boca un trozo de pan.

-Me lo han recomendado —respondí despreocupado.

Él asintió con la cabeza y se concentró en su café. Yo miré hacia la puerta y pude detallar el lugar donde me encontraba, viendo que era extraordinariamente sencillo. En uno de los lados estaban cómodamente puestas unas máquinas de monedas y, a su lado, se encontraba una repisa que ofrecía libros para hojear. Había pocas mesas, pero estaban distribuidas de la mejor forma, logrando darle amplitud al reducido espacio. Tomé mi taza de café y me paré del asiento, dirigiéndome a la repisa donde reposaban unas revistas, siguiendo un impulso de curiosidad. Mientras me acercaba a ellas pude ver que en su portada lideraban fotografías del parque nacional, lo que me aclaró que estaban allí para su venta. Con paso lento alcancé una de las revistas, la cual tomé y comencé a leer. Mientras perdía mi atención entre imágenes e información sobre donde me encontraba, un ruido hizo que volteara mi mirada hacia la puerta de entrada, pudiendo ver en el suelo a una joven que parecía haberse caído. Con prisa dejé la taza de café sobre la repisa y la

ayudé a levantarse, ganándome una sonrisa de un rostro angelical. Mis ojos miraron fijamente los suyos, que me miraban con color miel. Su cabello seguía sus rasgos y caía con libertad en sus hombros mientras cuidadosamente estaba ajustado con una trenza. Sus labios parecían un destello de esperanza pura que impedían mirar hacia otro lado y que te deseaban sonreír. Sus mejillas estaban inundadas de un rosado ficticio que adornaba unas cejas delicadamente alineadas que le daban la bienvenida a la sonrisa con su mover.

—¿Cómo te llamas? —Le pregunte con torpeza siendo víctima de mis nervios.

La mujer rio tiernamente mientras ajustaba su chaqueta a su delgada cintura. Luego me estiró la mano y me sonrió.

—Valentina —me respondió con un marcado acento inglés.

Luego de presentarnos nos quedamos en esa misma puerta hablando, disfrutando de nuestras presencias mientras nos reíamos. Valentina era hija de un español que había viajado a Inglaterra donde encontró al amor de su vida. Había sido bautizada de forma tan peculiar por su padre, haciendo honor a su abuela. Estaba de visita en Irlanda por consejo de unas amigas del trabajo, las cuales le habían recomendado salir a vacaciones luego de más de un año de esfuerzo continuo para intentar ser aceptada en una prestigiosa academia de ballet.

—Lo cierto es que no fui aceptada, pero eso no me entristeció —me dijo mientras me miraba fijamente— ¡Pero bueno, he hablado mucho de mí! ¿Qué me dices tú? ¿Qué haces aquí?

Al principio dudé en contestarle con la verdad, pensando en mentir como generalmente hacía para no evidencia mi aventura. Pero sus ojos me motivaron a confiar en su criterio.

—Estoy aquí porque alguien metió una nota en mi maleta recomendándome el lugar —le dije mientras sonreía.

Ella permaneció callada un momento hasta que rio con una ternura insuperable mientras cerraba sus ojos como un gesto añadido a su perfección.

—Yo no puedo creerte ¿estás bromeando? —me dijo al fin mientras continuaba riendo y luego añadió— bueno, yo en cambio vine por la recomendación de una chica que conocí en un bar.

Yo le hice un tierno gesto con mis ojos, mostrándole con ellos una atenta concentración. Lo cierto es que no podía quitarle mis ojos a su sonrisa, haciendo que mis deseos de hablar se acallaran, para evitar entorpecer la conversación que ella dichosa continuaba. Me habló sobre sus planes en el

país y me dio una lista cuidadosa sobre algunos lugares que deseaba visitar. Me enumeró algunas bibliotecas, museos y edificios que le daban interés a su aventura en Irlanda. Siguió hablando de sus gustos y preferencias hasta que Andrew se acercó a nosotros e invitó a Valentina a sentarse, presentándose de manera cordial con ella.

—¿Qué deseas comer querida? —Le preguntó tiernamente Andrew mientras le corría una de las sillas para que se sentara en la mesa.

Ella, antojándose del plato que estábamos comiendo, pidió lo mismo mientras nos sonreía con un poco de pena.

-No estoy acostumbrada a ser recibida así —Nos dijo mientras tomaba un poco de café.

—Lo cierto es que ya casi nos íbamos, estamos acá porque el señor Miguel tenía curiosidad en conocer el lugar —le aclaró Andrew terminándose otro pan.

—¿Señor Miguel? —Exclamó Valentina mientras me miraba y luego añadió —pensaba que eran amigos, se ven como tal.

-Yo conduzco un taxi y me ofrecí para traerlo cuando lo salvé del aeropuerto —aclaró con gracia Andrew y comenzó a reír.

—¿Te rescataron del aeropuerto? —Me preguntó con una sonrisa.

—Así es, estaba un poco perdido —le respondí imitando su gesto.

Luego de salir del café un poco anonadado con mis ideas comenzamos una marcha los tres hacia el taxi de Andrew, ya que yo le había ofrecido a Valentina la forma de volver hacia el hotel donde se encontraba. Nuestros pies sin sincronización anunciaban un largo viaje y la voz de mis dos acompañantes hablando anunciaban nuestro paso. Mientras ellos se sumergían en el interés de sus voces yo me concentraba en posibilidades imaginadas intentando explicar el mensaje de la nota que había encontrado en mi maleta. ¿Qué quería lograr el autor recomendándome ir con misterio al café? Si hubiese deseado encontrarme o simplemente verme era obvio que debía de haberme dado una hora exacta en la cual pudiésemos vernos, pero nada de la nota se prestaba a algo más que una simple guía hacia la realización de un deseo. La otra posibilidad era que el autor sí me había podido encontrar allí, por lo que podía haber sido la joven que con entusiasmo había servido los cafés o Valentina. ¿Ella? ¿Podría serlo? Su padre era de España, lo que podría explicar que conociera el idioma, además era bastante raro que nos encontráramos con ella de manera tan casual y que se tornara tan amistosa. Muchas cosas concordaban y me sugerían concluir que era muy posible que la

mujer que me acompañaba, fuera la soñadora que yo seguía incansable. Si tomaba en cuenta su historia de vida muchas cosas se tornaban imposibles, pero era obvio que todo ello merecía mi duda; después de todo si la autora quería esconder su identidad, como lo estaba haciendo, tenía que mentir para lograrlo.

—¿En qué piensas Miguel? —Me preguntó Valentina con una cálida voz.

—Creo que me estoy dejando absorber por mi trabajo aún en este paraíso —le mentí como respuesta.

Ella me sonrió y guardó silencio mientras Andrew aligeraba el paso y nos señalaba un camino que teníamos que seguir. Yo me quedé mirando a Valentina esperando que sus ojos me encontraran.

—Si quieres te puedo acompañar a tus visitas, todavía me quedo unos días en el país —le propuse con tranquilidad.

Ella asintió con su cabeza mientras sonreía, dándome la oportunidad que deseaba para estar cerca de ella, ya que lo mejor que podía hacer para averiguar la verdad era mantenerla a mi lado todo el tiempo posible.

—Señorita Valentina, ¿en qué hotel se hospeda? —Le preguntó curioso Andrew.

—Si no me equivoco su nombre es “Four Season”—respondió despreocupada.

Yo me quedé mirándola sorprendido.

—¿Qué casualidad! —Exclamó Andrew mientras reía —el señor Miguel está hospedado allí también.

—¿Es eso cierto? —Me preguntó curiosa Valentina.

Yo asentí haciendo que ella se interesara más.

—Es un lugar bastante lujoso, yo estoy allí porque mi padre me regaló el viaje —opinó; estaba bromeando —¿eres alguna clase de millonario excéntrico?

Yo negué con mi cabeza y me reí, haciendo que ella me acompañara con el gesto.

Luego de unos deleitantes minutos de caminata, en los que disfruté escuchando miles de cosas de Valentina, llegamos hacia el auto de Andrew. Nuestro conductor nos abrió la puerta y, antes de subirse, se aproximó hacia el hombre que anteriormente había saludado al llegar y le dio algo de dinero mientras ambos se despedían con un apretón de manos. Después de acomodarnos en el asiento y cerrar las puertas, Andrew arrancó el auto con dirección hacia el hotel. Valentina continuó deleitándome mientras hablaba

sobre el Ballet, explicándome que era común que las bailarinas comenzaran este arte a muy temprana edad. El carro continuaba su curso, pero su movimiento no lograba que mis ojos miraran hacia otro lugar que no fuese al rostro de mi acompañante, que continuaba explicándome su vida como si fuese el último día para vivirla.

—Y tú Miguel ¿practicas algún arte? —Me preguntó a notar que la gran cantidad del tiempo ella había hablado.

Yo me quedé en silencio mientras le sonreía.

—¡Sí, sí lo hace! —Exclamó con ánimo Andrew y añadió —es un pintor. Me sorprende que no te haya dicho ya, lo hace bastante bien. Lo cierto es que ese fue el sentido del viaje a Wicklow. Logró bocetar el paisaje en una libreta que yo le obsequié.

Valentina posó su mirada en mí con intriga.

—¿Por qué no me habías querido decir? —Me preguntó un poco ofendida.

Yo saqué del bolsillo de mi chaqueta la libreta, que había guardado doblada para evitar que se perdiera.

-No es para tanto —le dije mientras estiraba la libreta para entregársela.

Ella la tomó con curiosidad mientras continuaba mirándome. Abrió la portada y clavó su vista en los dibujos, mirándolos sorprendida mientras pasaba hoja por hoja.

—¡Miguel, están demasiado bien! —Opinó mientras continuaba mirándolos.

Yo me sonrojé y sonreí, sintiéndome halagado por sus palabras.

El viaje de regreso al hotel se tornó muy corto, porque cada momento que hablé con Valentina se atesoró en mi corazón. Las puertas del hotel nos dieron la bienvenida y Andrew se despidió con gentileza mientras aceptaba el pago y una gran propina. Los dos viajeros nos quedamos parados en la acera mientras agitábamos nuestras manos despidiéndonos, hasta que el auto se perdió entre el tráfico.

—¿Quieres acompañarme a cenar? —Le pregunté un poco apenado a Valentina.

—¡Me encantaría! —Me respondió con una sonrisa.

Yo arqueé mi brazo invitándola a que nos entrelazáramos para poder entrar al hotel. Ella me miró un poco apenada y con torpeza aceptó mi gesto comenzando a caminar con delicadeza. Entramos por la puerta principal y pasamos directamente al restaurante, sentándonos juntos en una mesa que estaba tiernamente adornada con una vela encendida. Yo con una tierna acción infantil comencé a jugar con la llama de la vela logrando que Valentina

sonriera encantadoramente y, luego de un momento, apretara mi mano juguetona con la suya.

—Vas a lograr apagarla —me dijo.

Me miró esperando una respuesta, pero yo me había apenado por mi acto. Ella comprendiendo mi emoción soltó mi mano y acercó un poco su rostro.

—No me vas a quitar el placer —me susurró.

Miró cuidadosamente hacia uno de los meseros y luego volvió a mirarme a mí, sonrió y sopló aire hacia la llama logrando que esta se extinguiera. Yo me quedé completamente sorprendido mientras veía como comenzaba a reír y, sin poder evitarlo, la acompañé con gusto en su expresión.

Luego de que nos atendiera el mesero y lográramos pedir los dos nuestro plato, estábamos comiendo pequeños bocados mientras hablábamos de innumerables experiencias. Le conté con cautela sobre mí, enlistándome como si fuese algo que ofrecer. Expuse ante ella mis logros y derrotas y mis mayores deseos, que ahora estaban intangibles entre el mar de ideas que había logrado olear mi aventura. Ella se quedó atenta escuchándome, algo que me sorprendió, ya que la había visto con espíritu parlante y, lastimosamente, el que tiene mucho para decir no tiene a nadie a quien escuchar. Su forma de comportarse me había maravillado y ahora estaba comenzando a admirarla mucho más que con mis ojos. Mis oídos ahora estaban encantados con la calidez de su voz y mi voz estaba orgullosa de ser escuchada por sus sentidos.

—¿Qué quieres hacer mañana? —Me preguntó Valentina y añadió un poco torpe —bueno... es por si quieres que salgamos juntos.

Yo la tranquilicé con una sonrisa, mientras pensaba en lo encantador que era su falta de decoro para seguir las condiciones sociales que generaban que el hombre invitara a la mujer.

—Lastimosamente mañana tengo una cita —le aclaré.

Ella me miró un poco triste y bajó su mirada, yo le tomé la mano logrando que volviera a subir su vista y la posara en mis ojos, que la miraban con ternura.

—Valentina, perdóname hacerlo, pero algo urgente se acaba de presentar —le dije un poco preocupado.

—¿Cómo? ¿Qué pasa? —Me preguntó un poco desconcertada.

—Es que, aunque me appena decírtelo, tengo que cancelarte la cita de mañana porque una mujer fenomenal me acaba de pedir que salga con ella —le aclaré sonriente.

Ella se quedó mirándome un poco sorprendida y, luego de entender mi

broma, sonrió despreocupadamente y luego rio con la misma ternura que la primera vez que la había visto hacerlo y, de igual modo, cerró sus ojos para acompañar su increíble encanto.

Al terminar de comer los dos nos quedamos hablando durante un rato hasta que ella se paró un poco desconcertada de la silla recordando que tenía que llamar a sus padres para que no se preocuparan. Yo me paré para poder seguirla y, al pasar por la entrada del restaurante, agradecimos juntos la comida. Ella se paró al frente del ascensor apenas y me miró.

-¡Gracias Miguel por este día! —Me dijo con ternura y añadió —esperaré ansiosa que llegue mañana.

Sin dejarme responder me dio un beso en la mejilla, me sonrió y entró al ascensor para subir. Yo me quedé inmóvil en ese lugar mientras pensaba en el rostro de la increíble mujer que había acabado de conocer, hasta que sentí cansancio y subí a mi habitación. Con un poco de pereza arreglé todo para poder acostarme, teniendo que organizar con prisa mi ropa, lavarme los dientes y organizar la cama. Ya cuando ya estaba todo listo reposé mi cabeza en la almohada, logrando perderme inmediatamente en mis sueños.

Capítulo 19

Valentina

El sol apenas estaba dándole calidez al día cuando abrí mis ojos, completamente descansados, la mañana siguiente. Como tenía pereza, usé mi voluntad para obligarme a mí mismo a levantarme de mi cómodo recinto y estiré mis extremidades, preparándolas para un día de ensueño. Aunque no había cuadrado hora ni lugar de encuentro con Valentina, mi corazón deseaba con suspiros de latir poder volverla a ver. No entendía muy bien el por qué me había encariñado a esa mujer, pero su ternura había llenado por completo mis expectativas y había logrado conquistar mi atención con su vivir. Fui directo al baño para poder lavarme la boca y el rostro y luego me dirigí de nuevo hacia mi cama para sentarme en ella. Crucé mi mirada con la mesa de noche, en donde vi el celular que reposaba allí mientras cargaba su batería. Lo tomé con mis manos y lo encendí, recibiendo miles de alertas a la vez que me decían que tenía que hablar con mis padres y amigos de nuevo. A cada uno de ellos los llamé sin recibir más novedades que las esperadas y más deseos que los acostumbrados. Mi madre y mi padre se estaban alistando para un viaje a Norte América y mi socio había reacomodado a Isabel en el trabajo porque estaba teniendo un excelente rendimiento, algo que me alegró. Con sorpresa también leí un correo de María Paulina, en el cual me hablaba de su cotidianidad. Pude leer en él que estaba feliz, que las cosas estaban funcionando como debían de funcionar y que por fin había vuelto a soñar. Dejé a un lado mi celular manteniendo esa palabra, “soñar”, en mi cabeza como una idea que me recordaba que tenía que continuar mi aventura. Abrí el primer cajón de la mesa de noche y, mientras miraba la juguetona portada del diario, lo abrí para leer el siguiente día.

“Día 8— Protagonistas de mi canto

Hoy en el colegio encontré en el tablón de noticias una sugerencia para

unirse al grupo de canto que se estaba formando. Todos estaban contentos porque el joven más atractivo de la escuela se había unido a él, así que todas sus admiradoras habían llenado el cupo, dejándome sin la oportunidad de participar en él. A diferencia de todas ellas, yo no me quería unir para estar al lado de un bruto con cara bonita como lo era él, sino que en serio quería aprender a cantar.

Cuando entramos a gimnasia, mientras hacíamos ejercicio, el coliseo llenó sus paredes del canto desafinado de los papagayos que estaban intentando cantar en el coro, lo que me hizo enfurecerme aún más conmigo misma por no apresurarme a aprovechar la oportunidad. La profesora nos indicó que era hora de un descanso y me senté en las gradas aun escuchando los gritos de agonía que provenían del salón de música. ¡Fue una completa tortura!

Cuando llegué a mi casa estaba todavía enojada, así que me encerré en mi cuarto intentando distraerme con algún pensamiento que me alegrara, así que soñé que era una cantante famosa y que cantaba delante de un público enorme. Los periodistas apuntaban sus cámaras en mí intentando capturar mi maravilloso rostro en sus fotografías al momento de llegar al teatro. Miles de hombres y mujeres gritaban mi nombre desesperados de que yo los mirara y yo pasaba delante de ellos, saludándolos con una sonrisa, dirigiéndome hacia mi escenario. Entré en él y un grupo de personas me tomó de las manos para guiarme hacia mi camerino, en donde me vestí, maquillé y peiné para salir impecable a cantar con todo mi amor a las miles de personas que me esperaban.

La hora llegó y yo sólo pude alistarme conmigo misma, dándome valor para evitar los nervios, mientras subía las escaleras para salir al escenario. La música comenzó a sonar, las luces se encendieron y yo agité mis manos saludando a todos, cantando con mi maravillosa voz mi más grandioso éxito.

Toda la noche sonreí como nunca lo había hecho y deseé repetirlo miles de veces más, porque amé ser querida por la gente por mi talento. ¡Qué noche de ensueño!

Creo que ya había soñado algo así... pues, sí: repetí.”

Cerré el diario un poco trastornado con el sueño que debía de realizar, ya que desde pequeño había tenido miedo a presentarme delante de muchas personas. Aunque mis nervios se habían acallado siendo el presidente de una compañía que me exigía presentarme en reuniones ante sujetos que sólo

intentaban tumbar mi dignidad con sus miradas, hacer lo mismo cantando era una idea descabellada. Todo se reducía a que nunca había cantado con nadie más que la ducha como testigo, lo que generaba a mí un malestar que me había obligado a dudar en realizar el sueño. Mientras seguía pensando en el millar de cosas que me hacían decir “no” a lo que el diario me invitaba a realizar, el teléfono del cuarto sonó, interrumpiendo mis ideas. Lo tomé con curiosidad y pregunté quién era con un tono serio.

—Disculpe que lo interrumpa Señor Miguel —me dijo una mujer que desconocía— está esperándolo en la recepción la joven Valentina para poder desayunar con usted.

Le respondí a la mujer que en un momento bajaba mientras permanecía impresionado por la forma en que la espléndida mujer me mostraba sus intenciones con solo actuar. Me levanté de la cama y me arreglé con prisa, saliendo de mi habitación para poder bajar a encontrarme con mi interesante conocida.

Cuando se abrieron las puertas del ascensor vi en la recepción la figura de ensueño de la mujer sonriente que había conocido el día anterior, vestida con inquietas prendas despreocupadas y apoyada en una repisa mientras leía algo que tenía en sus manos. Yo me acerqué y ella, notando mi presencia, cruzó sus ojos con los míos y me sonrió.

—Quería desayunar contigo —me dijo apenada y añadió— espero que no te hayan despertado.

—No ha sido así —le aclaré sonriente y exclamé —me encanta que lo hayas hecho.

Ella se sonrojó y bajó su mirada con ternura mientras esperaba que yo hiciera un gesto para dejar atrás el momento que la avergonzaba. Yo susurré su nombre con delicadeza logrando que ella me mirara y, enganchando su hombro amistosamente, comencé a caminar hacia el restaurante.

Entramos y nos encontramos con que estaba bastante lleno de todo tipo de personas con diferentes rasgos y expresiones, que inundaban el espacio con su diversidad cultural. Escogimos una mesa apartada para poder hablar tranquilamente, viendo cómo el mesero se acercara a nosotros.

—Yo quiero un desayuno americano y un café —exclamó Valentina.

El hombre anotó en una libreta el pedido y me miró aguardando.

—Creo que pediré lo mismo que ella —le dije un poco confundido.

El mesero se retiró dejándonos solos. Miré a mi acompañante que estaba distraída curioseando los rostros de unos turistas que se besaban y comencé a

admirar sus delgados labios. Su perfil era increíblemente perfecto en todo sentido y había logrado despertar en mí un capricho incomprensible por permanecer mirándola allí todo el resto del día. Comencé a perderme en su piel hasta que el mesero nos interrumpió con nuestro pedido.

—Este ha sido el único plato diferente que he podido encontrar comestible —me explicó Valentina y añadió— no te imaginas la dificultad que tuve ayer al pedir mi desayuno. Pensaba que iba a ser similar...

—Debo admitir que yo también —comenté y luego dije mientras reía— terminé pidiendo un almuerzo en vez del desayuno.

Valentina se rio con ternura mientras hacía su hermoso gesto de cerrar los ojos al hacerlo. Yo la acompañé mientras admiraba sus expresiones.

—¿Quieres entonces acompañarme a hacer las visitas a los lugares que me han recomendado? —Me preguntó mientras comía un poco de pan y luego tomaba de su café.

—¡Sí por supuesto! —Le respondí alegre mientras también comía.

Comenzó a hablarme de los lugares que íbamos a conocer. Antiguas fortalezas, bibliotecas, parques, bares tradicionales y monumentos. También me habló de la música tradicional de Irlanda y me explicó cómo el canto del violín de las conocidas melodías, acompañado del sonido de guitarras y cuerdas, era lo que más le gustaba de las canciones que había escuchado. Toda la conversación se tornó a su voz y a mi encanto por poder escucharla, pero mi gracia se opacó cuando dimos el último bocado de pan y nos levantamos de la mesa para poder ir a nuestras habitaciones.

—Te espero aquí mismo en una hora —precisó con ternura antes de despedirnos para que cada uno fuese a su cuarto.

Me organicé con esmero intentando no perder la informalidad para no darle una mala imagen de mi tranquilidad a Valentina. Terminé de cepillarme los dientes, perfumarme y ponerme un cómodo abrigo y bajé hacia la recepción para comenzar el viaje. Cuando salí del ascensor ella estaba de pie en la puerta sonriéndome con ternura mientras tomaba sus manos y las generaba; estaba nerviosa. Tenía puesto un abrigo gris que le llegaba hasta las rodillas, un pantalón negro y una camisa blanca que hacía juego con una bufanda de color carmín oscuro. Yo me acerqué a ella mientras la admiraba y ella me saludó mientras entrelazábamos los brazos para caminar juntos.

—El primer lugar al que vamos a ir es el barrio Temple Bar, que me recomendaron visitar por la mañana —me dijo mientras salíamos juntos por el portón del hotel.

Caminamos hacia una esquina, pasamos la calle y luego de unos pocos minutos caminando llamamos a un taxi, el cual paró. No montamos y luego de que Valentina le especificara el lugar y el conductor arrancara el auto, llegamos con rapidez a un barrio colorido y recurrido que a primera vista era muy atrayente. Al lado de la orilla del río comenzaba una calle que acogía tradicionalmente teatros, barracones y bares. Al final de la calle, como sitio de acogida, se sostenía un establecimiento que mantenía en alto el nombre del lugar. Alto en sus muros se alzaban unas banderas de colores que presumían orgullo y que daba vida a cada uno de los negocios de arquitectura similar que jugueteaban con sus colores rojos y amarillos. El lugar evidentemente popular, lleno de propuestas de curiosa innovación, mantenía la margen en una esquina tradicional e invitaba a ser visitado, lo que logró que Valentina se encaprichara a hacerlo. Luego de ser curiosa con algunas cosas interesantes que se alzaban en sus paredes, recordó que su viaje tenía prisa y me hizo saber que debíamos de irnos de allí. Salimos juntos, caminamos de nuevo y tomamos un taxi dirigiéndonos a nuestro nuevo destino.

Luego de pasar rápido por un castillo histórico el taxi paró justo a las puertas de la imponente catedral de San Patricio, la cual se mantenía firme con su arquitectura tradicional y era símbolo de una marcada presencia religiosa en la ciudad. Entramos juntos a sus jardines y comenzamos a caminar en una senda marcada que señalaba una ruta entrecruzada por el prado. Valentina se adelantó y se volvió hacia mí. Con una delicada sonrisa me agradeció mientras me miraba.

—¿Por qué me agradeces? —Le pregunté intrigado.

—Por acompañarme Miguel, es muy lindo de tu parte —me respondió tiernamente.

Yo le sonreí y permanecimos mirándonos uno al otro, consumiendo nuestro vivir por el otro y conquistando nuestros sentidos. Ella me estiró la mano y yo, entendiendo su gesto, la tomé y comenzamos a caminar mientras nuestros dedos jugueteaban con caricias.

—Tengo hambre —me dijo casi riendo.

Yo la miré y me reí, pensando en la encantadora forma de ser inoportuna.

—Me han recomendado un lugar ¿quieres ir? —Me preguntó curiosa.

Yo acepté, siguiéndola hasta volver a tomar otro taxi, despidiéndonos del sagrado monumento, el cual merecía más que una simple visita.

En poco tiempo alcanzamos un curioso centro comercial con arquitectura muy aristocrática, antigua mansión de un monarca, que ahora estaba dividida

en locales comerciales y que se llama orgullosamente “Powerscourt Centre”. Lo cierto es que este tipo de construcciones atraían más por su imagen que por sus mismos locales, ya que el diseño era espectacularmente apreciable. Sus pasillos estaban llenos de innumerables visitantes que generaban una atmósfera de interés en cada uno de los negocios que estaban allí. Comencé a caminar con Valentina, tomados de la mano, mientras tenía la oportunidad de ojear cosas curiosidad a nuestro paso. Con paso firme, dándome la idea de que ya había estado allí antes, seguí a mi acompañante hasta llegar a un lugar que se llamaba “Bewleys Oriental Café” el cual se encontraba entre otros negocios y que parecía ser muy popular.

—Me han dicho que este lugar tiene unos increíbles sándwich —me dijo mientras entrábamos.

Encontrarnos un buen lugar donde sentarnos y ella se paró invitándome a esperar. Luego de un momento volvió a donde yo me encontraba y se sentó conmigo. Casi al instante de que ella estuviese de nuevo acompañándome, un hombre llegó y puso sobre la mesa unos platos.

—Ya había arreglado anteriormente la comida con un amigo que tengo aquí —me aclaró sonriente y añadió— espero que te guste.

Yo miré el gran emparedado que estaba cuidadosamente partido a la mitad y el enorme vaso de cerveza, negra y espumosa, que lo acompañaba.

—Estoy seguro que me gustará —le dije con una sonrisa.

Ella tomó uno de las dos mitades de su emparedado y me invitó a que yo también tomara una.

—Probémoslo a la vez —me invitó mientras me miraba.

Yo le asentí y juntos abrimos la boca disfrutando de un delicioso bocado. Le di mi aprobación con un gesto y continuamos comiendo mientras hablábamos de algunas cosas que nos habían interesado de los lugares que habíamos visitado. Luego de terminar de comer y apresurado en bogarme la cerveza, agarré de manera incorrecta el vaso logrando que todo el oscuro líquido se regara en mi camisa y pantalón, haciendo que mi acompañante se riera en burla y yo la acompañara en el gesto mientras me lamentaba por mi ropa.

—Tendremos que volver al hotel —me lamenté.

—No importa, quería ir a cambiarme para salir contigo a algún buen sitio por la noche —me dijo intentando tranquilizarme.

Era decidida y no temía mostrar sus intenciones. Yo le sonreí mientras me limpiaba con una toalla de papel el exceso de humedad para poder montarnos al taxi y dirigirnos al hotel. Ella se levantó y pagó la cuenta, impidiendo que

yo intentara detenerla por caballerosidad. Luego salimos juntos del negocio, agradeciéndole la comida al conocido de Valentina, y encontramos un taxi para dirigirnos al hotel, llegando a él en poco tiempo y subiendo cada uno a su habitación.

Capítulo 20

Canto de violín

Luego de que pude organizarme, dejando a un lado la ropa emparamada de cerveza, bajé de nuevo a la recepción en donde esperé ansioso que bajara mi querida acompañante, la cual se estaba demorando, dándome la obvia idea de que estaba empeñando su tiempo en mejorar su imagen con maquillaje y una buena prenda de vestir. Tomé una revista que estaba en el mostrador y me senté en uno de los muebles del lobby, apartando para atrás mi chaqueta para no sentarme sobre ella. Comencé a ver la revista, que era de lugares recorridos en Dublín, pero entre los colores de un jardín me perdí en mis ideas pensando con razón en mi teoría sobre Valentina. ¿Podría ser en serio la escritora del diario? Lo cierto es que era bastante extraño que se viese tan interesada por mí, siendo una mujer tan agradecida. Pero no podía evitar pensar en que, si era la mujer que estaba buscando, había logrado disimular con muy buen rostro sus intenciones. ¿Por qué salir conmigo? Tal vez quería llevarme hacia algún sitio para mencionarse su secreto. Quizás quiere darme pistas sobre su identidad. Mostrarme que conoce el diario sin si quiera mencionarlo. Si esto era cierto podía estar seguro que era la mujer que estaba buscando. ¿Qué haría entonces al descubrirlo? ¿Decírselo o simplemente entregarle el diario para poder seguir con mi vida? Pero, era obvio, ella ya lo sabía y, además, no quería el diario porque ya lo hubiese tomado, entonces ¿qué deseaba lograr? Tal vez el diario no era nada más que una prueba para guiarme hacia ella o una mala broma. Aunque debo aceptar que gracias a él he vuelto a vivir. Parece que solo necesitamos la manera adecuada de seguir agregando páginas a nuestra vida sin necesidad de reutilizar las que tenemos. Evidentemente este diario había sido el principio de un nuevo episodio para mi vida, dándole un nuevo sentido sin necesidad de hacerme caer o de perder a alguien, era un regalo que no me querían quitar. ¿Por qué estaba tan empeñado en descubrir a la persona que lo había realizado? ¿De qué me

serviría saberlo? Lo único que podría llegar a lograr alcanzando a su autor sería sentirme muy agradecido con él, por el solo hecho de regalarme de nuevo mi capacidad de soñar. Todas mis metas desde hace un tiempo se habían realizado y solo estaba viviendo para mantenerlas, ahora ¿qué estaba haciendo con mi vida? Me había olvidado de seguir añadiendo puntos más altos a mi esfuerzo para nunca perder la voluntad de hacer las cosas. Soñar como lo había hecho esa pequeña era justo lo que me estaba dando la fortaleza precisa de seguir viviendo con una calidez incalculable, ojalá antes hubiese tenido la capacidad de volver a ver mi lado infantil, porque solo siendo un niño se sueña sin medida.

—¿Miguel? —Me dijo una voz conocida.

Yo alcé mi vista y me encontré con sus ojos. Valentina estaba parada al frente de mí, sonriente, con un cómodo vestido que alcanzaba sus rodillas y una excelente bufanda que combinaba con su prenda. Sus ojos estaban delineados de negro, lo que lograba que su mirada fuese profunda, y sus mejillas estaban dulcemente coloreadas de rosado, lo que la hacía ver impresionantemente hermosa. Yo me paré del mueble mientras la miraba.

—Me siento como un idiota con esta prenda —le dije procurando halagar su vestir.

Ella rio con ternura y luego me miró fijamente, tomando en su acción mi mano.

—Tú estás increíblemente bien, Miguel —me dijo con un tono tierno.

Salimos juntos del hotel, viendo que el sol había comenzado a caer para darle paso a la noche, y comenzamos a caminar de nuevo por la acera para poder tomar un taxi, encontrando uno a escasos pasos que había acabado de dejar a un pasajero. Entramos en él, Valentina le especificó que deseábamos ir a “The Brazen Head” y el chofer arrancó.

Cuando llegamos me encontré con una construcción medieval entre unos edificios de ladrillo mucho más modernos que su pequeño vecino. Le pagué al taxista mientras veía cómo Valentina se adelantaba a hablar con un hombre que estaba parado en la puerta. Luego de que el taxi arrancó ella me hizo unas señas y nos dejaron entrar sin problema.

—¿Quién eres? —Le pregunté en broma.

Ella rio y continuamos caminando hasta que encontramos un lugar, algo alejado del bar, donde nos sentamos.

—Ya había venido a este lugar con unas personas que conocí cuando mi grupo de ballet hizo una presentación en esta ciudad —Me aclaró y luego

añadió —me hice amiga de uno de los músicos que tocan aquí. Cuando estábamos en el hotel lo contacté y nos dejaron entrar como sus invitados.

Yo hice un gesto para mostrarle que había entendido.

—¿Qué música interpretan?

—Es música folclórica, todo se reduce al canto del violín —me respondió con pasión.

Un hombre se aproximó a nosotros, logrando que ella se levantara de la silla y le diera un abrazo. El hombre la saludó con una sonrisa, luego me miró y me estiró la mano mientras decía su nombre “Clark”, presentándose de manera formal y recibiendo mi nombre como resultado.

—Él toca las cucharas —me dijo confiada Valentina.

—¿Las cucharas? —Le pregunté.

El hombre me miró notando mi interés. Me hizo un gesto invitándome a esperarlo, fue con prisa a la barra del bar, tomó dos cucharas y volvió a donde nos encontrábamos.

—Te va a encantar esto —opinó Valentina.

El hombre tomó las dos cucharas, las puso en su mano y comenzó a golpearse el pie y su otra mano haciendo un ritmo pegajoso. Era increíble que algo tan común, en manos expertas, hiciera algo tan sorprendente. Parece ser entonces que las cosas sorprendentes en realidad son cosas comunes en buenas manos.

—¿Te gusta? —Me preguntó el hombre dejando de tocar.

—¡Así es! Me has dejado impresionado —le respondí con sinceridad.

Él sonrió y me aconsejó quedarme hasta que comenzara la música en vivo, luego se despidió de Valentina con un beso en la mejilla y se fue.

—¿No estarás celoso? —Me preguntó Valentina sonriente.

—¿Celoso? ¿De quién?

—Pues de Clark, es muy cariñoso conmigo.

—Sí, lo he notado, pero no entiendo por qué debería estar celoso.

—Bueno, es que supuse que después de salir conmigo... —me miró un poco avergonzada y luego dijo —¿sabes? Olvídalo, tienes razón.

Yo puse mi mano sobre la de ella, que estaba reposando en la mesa, y la miré con ternura.

—No sientas pena, entiendo perfectamente lo que quieres decir —le aclaré casi susurrando y luego añadí— a lo que me refiero es que no soy un hombre de celos.

—Eso nunca lo había escuchado ¿puedes decirme por qué?

—Los celos son un deseo de propiedad que se genera en una relación, los cuales son el resultado de la desconfianza descabellada de uno con el otro.

—Puedes tener razón, pero algunas veces los celos son buenos ¿no crees?

—¿En qué ocasiones? Si te refieres a los celos que se fundan cuando tu pareja está coqueteando con otra persona, no lo veo como algo bueno. En sí parece más como un deseo de retener el camino del otro por tu propia inseguridad y eso se genera desde el punto en que crees que necesitas a otra persona para estar bien. La única emoción que deberías sentir al ver a tu pareja hablando con otra persona no es otra que agradecimiento...

—¿Qué? ¿Agradecerle? —Me preguntó un poco desconcertada y luego exclamó —¿por qué debería agradecerle?

—Porque si tu pareja te es infiel, con esa sola acción te está demostrando que no eres ya valioso para él y, por ende, te está alejando de alguien que no te merece.

—Eso es... —dijo un poco pensativa y añadió— lo cierto es que tienes mucha razón Miguel, no lo había visto de ese modo.

-Por otro lado, estoy triste —dije rompiendo el silencio que se había generado.

—¿Triste? ¿Qué te pasó? —Me preguntó un poco preocupada.

—Porque entre todas las realizaciones de mi vida, entre mis más profundos deseos, besarte en la mejilla y luego abrazarte es algo que no se compara con otras cosas que haya añorado y me entristece no ser lo suficientemente valiente, como Clark, para hacerlo.

Valentina sostuvo su mirada sorprendida en mí y luego sus mejillas comenzaron a sonrojarse.

—Eso ha sido muy tierno Miguel —me dijo aún avergonzada.

Agarró mi mano y se puso de pie, invitándome a parar. Con la cabeza agachada me abrazó y yo le devolví el gesto sintiendo su delicado aroma mientras su cabeza se recostaba en mi pecho.

—Siento tu corazón —me susurró.

Yo puse mi mano en su cabeza y la abracé más fuerte. Luego nos separamos y nos cogimos de ambas manos mientras nos mirábamos. Yo lentamente me acerqué a su mejilla y le di un beso, haciendo que ella sonriera con ternura.

—No lo he sentido —me dijo haciendo una mueca —¿podrías intentar en la otra mejilla?

Yo le sonreí e hice el mismo movimiento para alcanzar su otra mejilla y ella volvió a sonreír, apretándome las dos manos con fuerza. Nuestras miradas se

encontraron y sus labios comenzaron a atraerme. Ella sostenía su mirada mientras se sonrojaba, yo me acerqué un poco mientras tenía en mi cabeza miles de ideas que me aconsejaban besarla o no. El tiempo comenzó a correr mucho más lento y cada latido se acostumbró a los segundos que marcaban ese momento en que todo lo que estaba a nuestro alrededor se confundió con la magia del no existir. Volví a acercarme un poco mientras notaba que las manos de Valentina comenzaron a apretarme mucho más fuerte.

—¡Hola, hola! —Gritó un hombre detrás de mí.

Valentina soltó mis manos y lo saludó con una sonrisa mientras él continuaba su camino hacia el bar. El hombre que atendía lo saludó cálidamente y este se sentó en una de las sillas próximas a la barra, descargando en el suelo un estuche de violín. Mi hermosa acompañante se sentó en las mesas y distrajo su atención con un grupo de amigos que estaban sentados hablando. Yo, entendiendo que ambos sentíamos un poco de timidez, caminé hacia la barra para pedirnos dos cervezas, las cuales me dieron con rapidez y volví a donde nos encontrábamos, entregándole una de las cervezas a Valentina y comenzando un tema diferente, para romper el silencio que la acción anterior había generado.

Luego de pasar un tiempo hablando entre nosotros, los músicos comenzaron a tocar sus instrumentos desde donde estaban sentados, haciendo del encuentro algo encantadoramente informal. Valentina aplaudía y tarareaba algunas canciones, que eran desconocidas para mí, pero que no dejaban de ser pegajosas. El canto del violín acompañado de la precisa percusión hecha por Clark y sus cucharas, el rasgueo de la guitarra y el sonido del bombo comenzaron a inundar mis sentidos y a hacerme transportar a una época diferente. El choque de los vasos de cerveza en el bar y las personas tomando el oscuro líquido de sus recipientes hacían del ambiente algo cómodo para divertirse.

—Esa canción me gusta bastante —me dijo Valentina.

Una nueva canción comenzó a sonar dándole protagonismo a un guitarrista virtuoso.

—Esa canción me parece conocida —le dije un poco confundido.

—Seguramente —me aclaró Valentina y luego añadió— hace mucho tiempo fue muy escuchada.

Centré mi atención en la melodía intentando explicarme a mí mismo el por qué la conocía, lo que hizo que recordara vagamente la imagen de mi padre caminando por mi antiguo hogar mientras cantaba su pegajosa letra al

arreglarse para salir a trabajar. Yo, recordando cada una de las frases que rimaban entre sí para cantar la canción, me di cuenta que conocía su letra completamente, lo que me hizo comenzar a cantarla. Valentina dejó de aplaudir y me miró fijamente, un tanto impresionada.

—¡Eres un mentiroso! —Me gritó un poco ofendida —¡Cantas muy bien!

Yo la miré un poco confundido mientras ella me sonreía y me animaba a cantar.

—Deberías de cantarles a todos —opinó.

Yo le negué con mi cabeza, pero ella, con atrevimiento, fue hacia donde Clark y se acercó a susurrarle algo. Él me miró y le hizo unas señas a los músicos, los cuales pararon de tocar y lo miraron.

—¡Tenemos el honor de que un cantante profesional esté entre nosotros esta noche! —Grito Clark señalándome y luego añadió —¡Y como ha disfrutado de nuestra música quiere compartírnos la letra de la canción que estábamos tocando!

Todos posaron sus miradas en mí haciendo que mis pies comenzaran a temblar. Valentina regresó a sentarse a mi lado sonriente mientras el conocido ritmo volvía a sonar. Los músicos comenzaron a mirarme alegres mientras me hacían señas para darme algún tipo de indicaciones.

—Yo te aviso dónde debes comenzar —me sugirió Valentina.

Lo primero que pensé fue en la coincidencia, pero no tuve tiempo de reflexionar todo. La miré apenado y ella me agarró la mano mientras continuaba sonriéndome, lo que me dio un poco de seguridad. Aunque no quería hacerlo, no podía perder la oportunidad de realizar el sueño, ya que el destino no había podido dármele de una mejor manera. Valentina comenzó a contar con sus dedos y luego me hizo una seña, con la que comencé a cantar tímidamente. Los aplausos de las personas que estaban presentes me incitaron a subir el tono de mi voz, hasta terminar cantando con fuerza las frases que desde mi niñez mi padre me había enseñado con su peculiar cotidianidad. Estaba allí, al lado de una maravillosa mujer, siendo escuchado por personas que solo veían en mí una oportunidad de entretener sus oídos con mi voz. El interés comercial, que generalmente se pedía para poder ser escuchado, se volvió efímero frente a la simple admiración del talento de un hombre tímido. La canción terminó de la mejor de las formas y todos comenzaron a aplaudirme.

—Deberíamos de contratarlo —dijo Clark en broma —¿qué opinan? ¿Les gustó?

Todos gritaron un fuerte “sí” y comenzaron a aplaudir, acallando sus palmas para escuchar una nueva canción que había comenzado a ser interpretada.

—¡Has cantado muy bien! —Me felicitó Valentina dándome un abrazo.

Valentina. ¿Eres tú? ¿Mi búsqueda termina en ti? ¿Qué juego extraño estás jugando conmigo? ¿Cómo terminó todo de esta manera? Encantado por tu sonrisa, mientras sospecho de ti, de quién eres. Ella fue quien me motivó a cantar. Organizó todo para que el sueño se hiciera realidad. Insistió en venir conmigo. Su insistencia, su invitación a la aventura, encontrarla solo a ella en el café. Debe ser ella.

- Sé que eres tú —le dije. La música había subido el volumen.

Ella me señaló que no había escuchado. Yo la miré y lo pensé. Pensé en que no valía la pena rechazar lo que me invitaba a vivir. Pensé en que mi curiosidad iba a detonar razones que no quería demostrarme. No lo quería y por eso callé. ¿Cuál es el fin que me ofreces?

- ¡Gracias! —le dije. Para disimular. Para decirlo todo.

Ella me miró. Me miró y sonrió.

Después de unas cuantas cervezas y notando que ya estaba bastante tarde, nos devolvimos al hotel en un taxi cansados por la agitada velada. Entramos juntos al hotel siendo recibidos por uno de los encargados que estaba sentado en la recepción leyendo un libro.

-Mañana me devuelvo a Inglaterra por la tarde Miguel —me dijo Valentina un poco entristecida.

-Desayunemos juntos que quiero que hablemos sobre algo —exclamé con seguridad.

Ella asintió con su cabeza y se dirigió a su habitación, despidiéndome con un “gracias” y un abrazo. Antes de ir a dormir, tenía que organizar algunas cuentas en recepción y, seguramente debido a la hora, me tomó más tiempo del habitual. Ya estaba frente al ascensor para subir a mi habitación, cuando las puertas se abrieron para mostrarme a Valentina.

- Sabía que estabas aquí. Supuse que también vendrías —me dijo, sonriendo.

- ¿Qué ocurre? —le pregunté inquieto.

- ¿Cómo que qué ocurre? —me estiró su mano entregándome algo— confundimos las llaves de las habitaciones. ¿Cómo pasó?

Esta vez subimos juntos. Ella se bajó primero. Se despidió de nuevo, sin formalidades y me recordó la promesa de vernos al otro día. La tomé de la mano con timidez como despedida, quería halarla y darle un beso.

Entré a mi alcoba y me dirigí de inmediato al baño, me lavé el rostro y fui hasta mi cama para organizarla, pero algo detuvo mi acción: en la mesita de noche estaba reposada una hoja blanca, doblada por su mitad. Al principio pensé que era una formalidad del hotel, pero cuando la tomé y abrí sus dos alas, me encontré con un corto mensaje, escrito con la ya conocida letra, y que versaba “Cantas estupendo”.

Capítulo 21

Entre la casualidad

Abrí mis ojos, más tarde de lo común, por el brillo molesto de la bombilla del baño que me pegaba directamente hacia el rostro. Me senté en la cama y miré a mi alrededor encontrándome con un desorden más vergonzoso que despreocupado, recordando que había llegado del bar un poco cansado y confundido, gracias a las cervezas que tomé. Me levanté tambaleando mientras mi cabeza daba vueltas y me dirigí al baño con torpeza para lavarme el rostro. Me pasé mis manos húmedas por mis ojos, viendo con claridad que estaban hinchados y con ojeras. “¿Cuánto tiempo había dormido?” Me pregunté, metiendo la mano en mi bolsillo derecho para buscar mi celular. Pero al tener la mano en mi bolsillo sentí una hoja de papel que se arrugaba en el fondo con el mover de mis piernas. La saqué curioso y deshice sus arrugas, encontrándome con el mensaje que la noche anterior, poco antes de caer rendido en los tendidos absurdamente cómodos de la cama, había encontrado en la mesita. “Cantas estupendo” versaba con tinta negra mientras sus trazos entrelazaban mis ideas. ¿Quién había podido hacer esto? Valentina había llegado conmigo al hotel, juntos habíamos esperado el ascensor para ir a nuestras habitaciones y eso hacía imposible que ella hubiese podido dejarme el mensaje; descartando también que el hotel era bastante lujoso como para tener fallas de seguridad en sus habitaciones, ya que Valentina no tenía la llave para poder ingresar. Pero, no... sí la tuvo por un momento. Suficiente tiempo. Podía descartar la opción bajando a la recepción y preguntando sobre los turnos de servicio, alegando una irregularidad con mis objetos personales y tener la oportunidad de cuestionar al empleado, ver las cámaras de seguridad y conocer la respuesta. Así que me arreglé con rapidez, esperando poder acallar mis ideas y encontrar la culminación de mi viaje.

Cuando llegué a la recepción había una mujer de pelo castaño que estaba sonriente mientras hablaba con un cliente. Me acerqué a ella interrumpiendo la

conversación y recibiendo un saludo formal.

—Señorita, alguien entró a mi habitación el día de ayer —gruñí con un tono seco.

La mujer opacó su sonrisa mientras me miraba con ojos preocupados. Me señaló que esperara un momento y tomó el teléfono, llamando a alguien que pudiese atenderme. En poco menos de cinco minutos, un hombre con aspecto agreste se aproximó a mí mientras cargaba con su mano izquierda un viejo maletín de cuero. Me estiró la mano, aceptándole el gesto, y me saludó con una sonrisa forzaba mientras me invitaba a alejarme de la recepción, sabiendo yo que nuestra conversación podía incomodar a los clientes.

—Dígame señor...

—Miguel —le aclaré mientras lo miraba fijamente.

—Bueno, señor Miguel ¿Cuál fue el problema que tuvo? ¿Algún tipo de robo? ¿Le falta algún objeto personal? —Me preguntó mientras sacaba de su bolsillo una libreta y tomaba de su camisa un bolígrafo.

Todo me pareció demasiado rápido. ¿Estaban acostumbrados a estos procedimientos?

—La verdad es que no han robado absolutamente nada, pero sé que han entrado —le respondí enfatizando en mi certeza.

—¿Por qué está tan seguro? —Me preguntó un poco indeciso.

—Me han dejado un mensaje.

El hombre se tornó un poco más curioso, encontró mi mirada con ojos interesados y despejó su garganta.

—¿Puede explicarme qué tipo de mensaje?

—Un mensaje personal —aclaré.

El hombre tomó su libreta y comenzó a rayar en ella. Luego bajó sus manos despreocupado y me miró un poco más tranquilo.

—Bueno, las cosas se facilitan si no hubo hurto, pero aun así el tema sigue siendo delicado. Averiguaré los turnos de los empleados, para intentar descartar si alguno de ellos estuvo involucrado. Estaré pendiente de su problema y le estaremos avisando —volvió a despejar su garganta y continuó — como veo que la queja fue un día después, supongo que el incidente sucedió a las horas de la noche ¿no? Si la averiguación con el encargado no es suficiente, revisaremos las cámaras de seguridad y le notificaremos el resultado. Me temo que no puede estar presente por políticas de privacidad.

Yo asentí sorprendido con mi cabeza, haciendo que el hombre volviera a anotar en su libreta algo. Me volvió a mirar preguntándome si tenía algo más

que decir, logrando recibir de mí una negación, y se retiró, mientras volvía a forzar su sonrisa, después de haberme dado la mano.

Me encontré con Valentina, que ya estaba organizada para un nuevo día, cuando iba a ir al restaurante a comer algo ligero, pues la hora del almuerzo estaba próxima y no quería acallar su hambre con totalidad. Me ofrecí acompañarla recibiendo una sonrisa como gesto de aceptación, tomándome de la mano hasta llegar a la mesa y sentarnos juntos. Actuaba normal.

—Me levanté con un poco de resaca —me dijo risueña.

Yo me reí con torpeza mientras tomaba la taza de café que me habían traído acompañada de unas galletas de soda. Me esforcé por no contarle lo de la nota.

—Al fin, hoy será el último día que nos vemos —me dijo un poco triste mientras comía un pequeño trozo de galleta.

—Lo cierto es que no lo sé —exclamé con sinceridad.

Valentina me miró confundida, luego concentró su atención en la taza de café, la cual cogió para tomar un poco y miró hacia su lado, ignorando lo que le había dicho.

—¿Qué te pasa? —Le pregunté un poco ofendido por su acción.

—No quiero ilusionarme con promesas vacías Miguel. Las cosas se hacen porque se sienten, siempre me he repetido que en las decisiones más difíciles no basta un te amo. El querer no es suficiente.

Yo permanecí en silencio mientras veía como continuaba bebiendo a sorbos su café. No quise hacer ningún comentario, pues tenía razón en decir las cosas de manera tan franca, ya que mi vida en ese momento tenía que continuar siguiendo los deseos infantiles del diario. No estaba completamente seguro si ella era la autora, lo que haría que seguirla pudiese ser la mejor decisión o la peor de las opciones, y eso era lo que evitaba ser exacto con mis palabras.

—Señor Miguel, ¿podemos hablar un momento? —dijo una voz detrás de mí.

Miré hacia atrás encontrándome con el hombre con el que anteriormente había hablado, el cual continuaba con su aspecto agreste y su sonrisa forzada. Yo le asentí con mi cabeza, levantándome del asiento, y le hice un gesto a Valentina para indicarle que me esperara. Caminé unos cuantos metros siguiendo al hombre hasta salir del restaurante y dirigirme hacia la recepción, donde estaba esperando una mujer de mediana estatura. Nos acercamos a ella y pude ver su despreocupada imagen, acompañada del anticuado uniforme de mucamas del hotel, que hacía juego con una mirada acusadora clavada en mis

ojos.

—Señor Miguel, ella es Simone Stuart, una trabajadora del hotel —me dijo el hombre mientras la señalaba y continuó— ella fue la mujer que estuvo trabajando en el turno de noche y que pudo haber tenido acceso a su habitación.

La mujer cambió su mirada, contaminándola con una preocupación espontánea, por haber escuchado lo que el hombre había dicho.

—Resulta que este buen hombre que está a mi lado —exclamó el hombre dirigiéndose a Simone mientras apoyaba su mano en mi hombro —se quejó hace unos minutos de que alguien, diferente a él, entró a su habitación y le dejó un mensaje. ¿Sabe usted algo relacionado a esto, Simone?

La mujer me miró asustada mientras jugueteaba con sus manos, suspendidas en su cintura, y hacía muecas con su boca. El hombre, al notar su silencio, clavó su mirada en ella y volvió a repetir la pregunta un poco más fuerte, haciendo que ella hiciera un pequeño brinco y bajara su mirada. Dejó de jugar con sus manos y las entrelazó en su espalda, alzó la mirada hacia mí y con un movimiento leve asintió su cabeza dando una respuesta afirmativa a la pregunta.

—Déjeme a solas un momento con ella —le dije al hombre, evitando que consumiera sus palabras con ira.

Esperé que se retirara y miré con delicadeza a la mujer mientras le sonreía.

—Sólo quiero saber qué sabes —le dije con voz tierna haciendo que ella se tranquilizara.

Ella me miró un poco menos despreocupada.

—Señor, discúlpeme —comenzó a hablar con arrepentimiento— yo pensaba que era una broma de algún conocido suyo.

—¿Fuiste tú la que dejaste la nota en mi habitación? —Le pregunté inquieto.

Ella asintió con su cabeza.

—Me encontré con una mujer antes de comenzar mi turno, ella me dijo que le conocía. Creo que se hospeda aquí, también. Me entregó la nota y me dijo que quería que yo la dejara encima de la mesa de noche mientras ella salía con usted...

—¿Salía conmigo? ¿Cómo era la mujer? —La interrumpí un poco confundido.

—Tenía el rostro cubierto —me respondió intentando recordar detalles.

La mujer parecía ser honesta con las cosas que me estaba diciendo, había sido sólo una víctima del autor del diario, pero sus palabras me sirvieron para

convencer mis ideas y centrarme en las posibilidades que tenía ahora de encontrar a este interesante sujeto. Todo apuntaba a Valentina, era obvio. ¿O quizás demasiado obvio? Si no era ella, una cosa era clara: sabía ahora que me estaba siguiendo, solo tenía que ser cuidadoso con mis pasos y no ser predecible. Si era otra persona, la dificultad se tornaba visible cuando era evidente que ambos teníamos la misma inspiración, la misma meta y el mismo medio, pero generábamos con ello un fin diferente; mis deseos eran hallarla y los suyos eran permanecer escondida. Es extraño que un mismo camino lleve a fronteras diferentes cuando nuestros deseos interfieren en nuestro paso.

—¿Algo más que hayas notado extraño? —pregunté curioso.

Ella negó con la cabeza mientras me miraba, pero detuvo su acción con una mirada sorprendida que me indicaba que había recordado algo.

—Señor Miguel, ella me dijo algo que debía decirle si usted se enteraba de que yo había sido quien le había dejado la nota —exclamó mientras pensaba— pero no recuerdo bien, era algo parecido a “cigarra”. Lo cierto es que no le entendía correctamente, tenía un acento extraño.

Había dicho “cigarra” en un inglés forzado, bastante entonado. Antes de poder preguntar sobre la extraña palabra, el hombre se aproximó a nosotros con mirada curiosa y paso firme.

—¿Han terminado de hablar? —Preguntó mientras le clavaba una mirada a Simone.

—Todo fue un mal entendido, ya ella me lo ha dejado claro y no tengo ningún problema —dije de manera convincente.

La mujer me miró agradecida y luego se retiró, diciendo “adiós”, por un gesto brusco del hombre; dejándome con la incertidumbre de desconocer el mensaje que la mujer había dejado para mí. Luego él, con aspecto satisfecho, me extendió la mano, despidiéndose, y se retiró, dejándome el camino libre para volver al restaurante con Valentina.

Cuando volví al restaurante a buscar a mi acompañante, me encontré con que no estaba ya allí y que, además, me había dejado una nota sobre la mesa que decía “debo ir a empacar, ahora te visito” con una letra forzada en una servilleta. Una letra demasiado forzada. Sin más motivos de quedarme en ese lugar me fui, subiendo a mi habitación, para poder planear bien las cosas y ver si era posible acompañar a Valentina a Inglaterra, pues tenía la posibilidad de hacerlo. Entré a mi habitación y me desabotoné mi camisa preparándome llenar la bañera. Mientras esperaba quise organizar unas prendas de vestir que estaban regadas por el suelo, pero el diario, que yacía sobre la mesita de

noche, se robó mi atención, haciendo que me sentara en la cama, inquieto por todo lo ocurrido, a leer el siguiente día. Quería respuestas.

“Día 9— De corazón aventurero

Hoy salí de la escuela más temprano de lo normal y quise caminar a mi hogar por una vía nueva que nunca había utilizado. Lo cierto es que fue bastante extraño no saber por dónde caminar teniendo el temor de que podías perderte si no doblabas bien en una esquina, pero todo se tornó maravilloso cuando un hombre, montado en un patín, me guio con sus volteretas al camino correcto mientras admiraba su enorme talento.

Cuando llegué a mi casa saludé a mi madre contenta de haber sido capaz de no seguir el mismo camino y haberme dado la oportunidad de poder conocer ese deporte que siempre te dicen que es peligroso. Lo cierto es que no me he atrevido nunca a preguntarles a mis padres si podía practicar algún deporte extremo, ya que mi madre había comenzado a sufrir un ataque de nervios desde que mi hermano se había accidentado montando bicicleta. ¡Todo se daña por culpa de mi hermano!

Cuando entré a mi habitación me senté a hacer los deberes, pero en vez de dibujar las cosas que la maestra me había puesto a realizar, me quedé imaginando cómo sería ser una deportista extrema. Tenía puesto entonces mi casco rosado, mis rodilleras y mis hombreras mientras corría a toda velocidad en mi bicicleta. Ahí estaba yo, siendo aplaudida por todos mis amigos y criticada por la boba Vanessa del colegio, que veía con envidia cómo mis volteretas cerraban sus palabras mientras los niños más lindos de la escuela me miraban atentos.

Me monté en una de las rampas más altas, tomé impulso y las ruedas de mi bicicleta comenzaron a girar mientras bajaba a toda velocidad esperando poder hacer un brinco y una maroma fantástica que me hicieran la niña más popular de la escuela, haciendo así que todas las niñas quisieran invitarme a sus fiestas de cumpleaños. Llegué entonces hasta el final de la rampa y con gran velocidad hice un brinco que me suspendió en el cielo mientras era fotografiada por miles de periodistas que estaban atentos. Me paré en el manubrio y comencé a bailar en él mientras mi bicicleta permanecía inmóvil en el aire, sentándome luego para poder caer en la superficie que estaba esperándome para evitar que cayera mal. Cuando aterricé todos los niños de la escuela me rodearon y me felicitaron, los periodistas me entrevistaron y fui invitada a eventos para mostrar mis

trucos a miles de personas que pedirían luego mi autógrafo. ¡Todo fue como siempre lo soñé! ¡Era una deportista extrema! ¡Mi vida era un sueño!”

Cerré el diario un poco trastornado con lo que debía de hacer. Cuando era joven siempre había querido participar en algún deporte que arriesgara mi vida porque veía a varias personas en la televisión que lograban hacer movimientos talentosos que siempre admiré. Pero todos esos deseos habían sido caprichos innecesarios de una mente juvenil que siempre deseó más de lo que tuvo. Ya de ahí a decir que era necesario, porque el diario lo pedía, era una cuestión más difícil de solucionar de lo que parecía. Yo ya no estaba joven, por lo que me era imposible realizar cualquier acción peligrosa porque mi cuerpo se había tornado más delicado y nunca había aprovechado mi plena salud para desarrollar algún deporte, todo fue en torno al dinero y a la productividad, sin darme tiempo a un verdadero disfrute. “Las cosas que sacrificamos en nuestras vidas nunca se devuelven igual” pensé mientras ponía el diario en la mesita y me paraba hacia el baño, para poder ducharme, pero el sonido del teléfono me interrumpió e hizo que lo atendiera un poco molesto.

—Hola Miguel, soy Valentina —me saludó con carisma.

Yo le devolví el saludo un poco confundido y le pregunté el por qué no me había esperado, confesándome que se había despertado un poco molesta y había decidido subir a su habitación para intentar calmar sus emociones sin herirme con algún comentario inapropiado.

—Valentina, sobre tu partida debo insistir en que te quedes más tiempo, ya que quiero que me acompañes a hacer algo que quiero realizar —le dije siendo directo con mis intenciones.

Ella se tornó un poco confundida y me confesó que no podía seguir costeándose la estadía. Yo la interrumpí y, siendo categórico, le recalqué que yo, con amabilidad y gusto, la invitaba por mis propios medios a quedarse.

—No sé si sea correcto aceptarte tal invitación Miguel —me dijo un poco dudosa.

Yo continué insistiendo.

—Lo voy a pensar. Únete a mí en el almuerzo y lo hablaremos.

Yo acepté dichoso la oportunidad de hacerla quedar, ya que tenía todavía algo pendiente que realizar en el “país del trébol” y no podía irme de allí sin antes hacer de los sueños de otros mis propios sueños, siguiendo con gusto lo que el diario de una pequeña me había enseñado sin pedirme nada a cambio. Me paré de nuevo de la cama y me dirigí al baño, viendo que la bañera estaba casi llena, antojándome entonces de quitarme la ropa para darme un baño

relajante. Me acosté en las tibias aguas y sentí que mis piernas se tranquilizaron como nunca lo habían hecho, sentí una gran satisfacción en mi cuerpo y cerré mis ojos, quedándome dormido.

Capítulo 22

Intervalo de sueños

El sonido del teléfono de mi habitación me interrumpió el descanso. Abrí mis ojos viendo mi cuerpo sumergido en el agua que me ofrecía un cálido abrigo para mis ideas. Me levanté de la bañera con torpeza, tomé una toalla y sequé mi cuerpo caminando a través del baño para poder vestirme de manera apropiada y reunirme con Valentina en un almuerzo que lograría simpatizar mi voluntad con las realizaciones que quería lograr antes de partir del país. Me puse un pantalón, acomodándolo con un cinturón, y luego abotoné una camisa a mi cuerpo, sumergiendo sus bordes inferiores en la cintura del pantalón. Tomé la llave de la habitación, mi cartera y el celular, repartiéndolos en los bolsillos, y salí de mi habitación para poder bajar al restaurante.

Después de pasar por la recepción y no encontrarme con Valentina, seguí mi camino encontrándome en el salón de comidas, viendo a la mujer que deseaba encontrar sentada al fondo, la cual estaba concentrada mientras leía atenta una revista. Me acerqué con paso ligero atrayendo su atención y logrando que hiciera un gesto gentil saludándome, lo cual repetí con gusto.

—Pensaba que no bajarías, he llamado a tu habitación y no me has contestado —me dijo con seriedad.

—Me quedé dormido en la bañera —le expliqué mientras sonreía.

Ella me devolvió la sonrisa y me preguntó sobre lo que deseaba almorzar, pidiendo un filete de carne simple, con una copa de vino, para evitar complicar mi dieta con platos que desconocía, haciendo que Valentina entendiera mi razón e imitara el pedido. Comenzamos a hablar de diferentes tipos de cosas, centrándonos en lo divertido que había sido la noche anterior, hasta que el mesero trajo nuestros platos y comenzamos a comer, mientras interrumpíamos nuestros bocados con intermedios de palabras que tornaban el momento un poco más ameno.

—Debo realizar algo que quiero lograr y me encantaría que estuvieras a mi

lado para apoyarme —le dije mientras le tomaba la mano.

Ella permaneció mirándome un poco confundida.

—¿Qué es lo que debes hacer? —Me preguntó para acallar su duda.

—En cada una de las aventuras que he realizado durante estas últimas semanas, he seguido incansable y sin dudar sueños infantiles que siempre quise realizar —respondí, atento a cualquier gesto que la delatara —pero ahora llegó el momento de dar un paro a mi agenda y pensar en mis propios deseos, siguiendo ilusiones que nacen desde mi propia voluntad...

—¿A qué te refieres? —Me interrumpió un poco confundida.

—¿Te acuerdas del hombre que conducía el taxi que nos trajo desde Wicklow? ¿Un hombre llamado Andrew?

Ella asintió su cabeza mientras mantenía su mirada atenta en el brillo de mis ojos.

—Él tiene un hijo que nació con problemas de salud, los cuales le impiden caminar. Toda su vida doblegó sus turnos para poder pagar las costosas operaciones de su hijo hasta que este lo paró una vez y le dijo que todo iba a estar bien. Después de una noche en que parecía que todo estaba perdido su hijo se levantó con la mayor de las sonrisas y le dijo que toda su vida se resumía a un deseo —tomé un poco de vino mientras miraba un resplandor de esperanza en sus ojos y luego continué —pues yo quiero ser el que haga realidad su sueño de vida Valentina, quiero ayudarlo a lograr lo que lo hace sonreír.

Ella se tapó la boca con sus dos manos mientras unas cuantas lágrimas se resbalaban por sus mejillas, mostrando que estaba tiernamente feliz. Andrew había compartido su historia con ella y ahora compartía su sueño. Mientras me miraba con sus ojos humedecidos bajó sus manos y tomó con fuerza la mía, sonriendo de manera sublimemente honesta.

—¿Por supuesto que voy a acompañarte! —Exclamó con ternura.

Hablamos sobre cómo debía hacerse y yo intenté citarle con carisma cada una de las oraciones que Andrew me había dicho orgulloso. Recordamos que su sueño era lograr fundar un albergue para animales maltratados que lograra darle una oportunidad a la vida de seres que por la malicia del hombre habían perdido su oportunidad de correr libres, sin ataduras. Con cada cosa que le contaba sobre mis deseos de ayudar lograba despertar en Valentina un interés más próximo a su propia voluntad de realizar, logrando que aceptara sin dudar cada una de las cosas que proponía y se ofreciera a ayudarme a buscar un buen sitio donde pudiese desarrollar mi propósito.

—Antes de poder ayudarte debo llamar a mi padre para avisarle que me voy a quedar más tiempo, seguramente no le gustará la noticia, pero intentaré convencerlo de que se tranquilice —me explicó mientras se paraba de la mesa y luego añadió— subiré a mi habitación a organizar todo, luego hablamos.

Se despidió dándome tiernamente un beso en la mejilla y se alejó por el salón, saliendo del restaurante.

Yo permanecí sentado en la silla de la solitaria zona de comidas mientras ideaba todo lo que debía hacer para poder lograr realizar lo que deseaba. Después de organizar algunas ideas fijas y los pasos que debía seguir para permitirme a mí mismo comenzar sin ninguna duda al respecto, saqué de mi bolsillo mi celular. Entre todos los números de mi agenda, busqué a Juan para llamarlo y poder recurrir a su ayuda para lograr cumplir mi objetivo.

—¡Miguel! Lo veo y no puedo creerlo ¿Te acuerdas de mí? —Me saludó con un tono burlón y luego añadió —¿cómo van esas vacaciones?

Con carisma, siguiendo su juego, le conté algunas de mis aventuras, logrando que se antojara de algunas, y luego fui al grano con las cosas que necesitaba.

—Juan ¿todavía tienes el contacto comercial en Dublín? —Le pregunté ansioso.

—Un poco olvidado, pero sí ¿qué necesitas? —Me dijo con amabilidad.

—¿Te acuerdas que alguna vez te comenté que quería internacionalizar el servicio social de la empresa para generar imagen internacional con nuestro nombre?

Él afirmó un poco curioso por la inusual novedad.

—Pues ya sé dónde invertir —le aclaré.

Con intriga comenzó a cuestionar la seguridad de mis actos, mis deseos y a darme consejos respecto a las cosas que estaba haciendo. Me recordó viejas decisiones y me recaló que se sentía inseguro, pero que iba a dejar pasar esta oportunidad porque ya se había hablado anteriormente. Luego me aseguró que iba a contactarme con alguien que pudiese ayudarme en lo que necesitara.

—Cambiando de tema Miguel, tengo que decirte algo —me dijo con seriedad y un poco nervioso.

—¿Qué pasa? —Le pregunté algo sorprendido.

Juan se tornó un poco incómodo y comenzó a redondear en las características y cualidades de Isabel, nombrándola con millares de adjetivos predecibles que alagaban su existencia como una flor que mantenía su memoria en las páginas empolvadas de los libracos de historia.

—Juan ¿quieres despedir a Isabel? ¿Hizo algo mal? —Le dije intentando adivinar sus intenciones.

—¡No, todo lo contrario! —Me respondió un poco nervioso y luego añadió — lo cierto Miguel es que hace una semana salimos y todo está funcionando entre nosotros dos... Creo que estoy enamorado de esa mujer y quería comentarte.

Yo, con la mayor de las noblezas, sentí una felicidad que empapó con sus sonrisas todos mis sentidos. Isabel estaba volviendo a vivir de la manera que siempre había soñado.

—Juan, gracias —exclamé con ternura.

Con tono comprensivo entendió mis palabras imitando mi carisma y contentándose él mismo, ya que era el causante de que un alma solitaria volviese a sentir la maravillosa esencia del amor. Con un “adiós” se despidió dejando al aire sus deseos de que mis planes se cumplieran como mi voluntad deseaba. Yo, me paré de la mesa del restaurante, guardé el celular en uno de los bolsillos del pantalón, satisfecho de mis acciones, y continué mi viaje hacia mi habitación.

Varias cosas tenía que hacer en mi cuarto. Organizar la ropa, entre sucia y limpia, para poder mandar a la lavar las prendas que necesitaban aseo, organizarme para poder comenzar mi aventura en busca de la realización de los sueños del hijo de Andrew, ordenar los documentos, incluido el diario, para poder tener todo de nuevo a la mano por si necesitaba salir del hotel hacia otra ciudad con prisa. En cuestión de unos minutos tenía todo en perfecto estado y estaba listo para retirarme de mi habitación para poder encontrarme con mi tierna acompañante. Salí del cuarto, cerrándolo a mi paso, y comencé a caminar por el corredor con dirección hacia el ascensor.

—¡Señor Miguel, espere! —Dijo una voz de alguien que se dirigía hacia mí.

Yo me volví y me encontré con Simone, la cual había llegado a mi lado un poco agitada.

—Señor, ya recordé la palabra que la mujer me había dicho, sólo que la confundí. Soy mala con otros idiomas —tomo el aliento mientras apoyaba las manos en su cintura— la palabra es “suéñame” señor.

—¿Suéñame? ¿Sonaba así como lo pronuncio? ¿No te dijo nada más? ¿Sólo esa palabra? —Le pregunté intrigado.

Ella con cara honesta negó con su cabeza y se retiró de manera inapropiada, sin hablar, haciéndome entender que se sentía culpable por lo que había hecho. ¿Qué significaba entonces esta pista? Cada cosa que la autora me dejaba en

notas se relacionaba con el diario, pero esto parecía no tener ningún tipo de relación con ninguno de los sueños. Como era una palabra tan común como para olvidarla, saqué mi celular y anoté en él la misteriosa declaración de la autora de sueños. Escribí con sus teclas “suéñame” mientras pensaba en la extensa relación con la misma intención del diario y a la vez en la opacada información que me presentaba orgullosa tal palabra.

—¿Miguel? —Me dijo la tierna voz de Valentina, al abrirse las puertas del ascensor, y luego añadió— es la primera vez que coincidimos.

Yo entré al reducido espacio del característico invento y le sonreí, dándole un abrazo de saludo y parándome a su lado, pudiendo ver cómo las pesadas puertas de metal nos encerraban allí. El ascensor comenzó a descender, acompañado del particular ruido de motores, y abrió sus puertas en la recepción, logrando que bajáramos en silencio y camináramos hasta la salida sin decirnos palabra alguna. El ambiente se había tornado tenso, ya que era la primera vez que había estado completamente solos en un lugar, y eso me había invitado a confesarle mi encanto, acobardando mis acciones y perdiendo la oportunidad de poder besarla. Como vi que ella, al igual que yo, se mantuvo callada, me di a mí mismo como opción que sus sentimientos eran los mismo que los míos, pero ambos éramos demasiado cobardes como para dar un paso hacia el amor; tal vez porque no nos sentíamos merecedores el uno del otro. Es muy extraño cómo cada vez que conocemos a alguien intentamos calcular sus cualidades espontáneas y observamos su comportamiento, dando prejuicios innecesarios a su calidad como persona. Estas mismas ideas nos confunden, engañándonos a nosotros mismos con nuestras posibilidades, y haciendo que actuemos, no por sentir, sino por conveniencia. Solo hay unos pocos que se atreven a alcanzar la montaña más alta, pero yo era de los que guardaba respeto si veía que algo era mucho más grande que mi propio ser, engañándome con la idea de que no merecía la sonrisa de Valentina y, mucho menos, que sus mejillas se sintieran rojizamente afortunadas por estar conmigo. Pero lo que no quería ver era que mi capacidad había generado que sus sonrisas fuesen mi encanto y sus ojos mi más grande admiración, logrando por igual incomodar, por sentir, su compostura con mi actitud y hacerla sonrojar cuando mis palabras eran sinceras. Yo podía ser una llave, la más efímera si así lo quería creer, pero las llaves se hicieron para darle apertura a increíbles riquezas de sueños de corazones aventureros y eso, con humildad, me decía a mí mismo que mi capacidad era mi mejor herramienta y que nunca era malo intentar encontrar un tesoro en el corazón de una mujer.

Luego de caminar juntos durante un tiempo, en silencio, haciendo ritmo con nuestros pasos, me detuve bajo un árbol y ella continuó caminando un poco hasta que se detuvo y volvió su mirada hacia mí. Yo le sonreí con ternura y ella me devolvió el gesto, viviéndose de nuevo para seguir su camino, pero yo, llenándome de valor, tomé su mano izquierda y la detuve, mirándola fijamente mientras mi corazón latía con impresionante furor. Ella volvió a encontrar mi mirada y yo, disimulando el temblor inocente de mis piernas, me acerqué a ella en una danza de emociones.

—Valentina no sé qué decirte, pero seguro que con el temor que tengo será algo bastante absurdo —le dije mientras entorpecía mi sonrisa y luego continué— si cada uno de los sentires de mi vida se relacionaran con este momento, podría decir que les has dado significado a cada una de las emociones que me han mostrado amor en el trascurso de mi vida. No sé por qué estoy temblando, supongo que debe ser por el temor de que me digas no, pero lo que sí debo decirte es que al seguir un sueño encontré un sueño y mi vida ahora sólo quiere respirar a tu lado con cada instante, porque siento que te conozco demasiado, aunque el tiempo diga que no. Sé que es de locos dejar que lo espontáneo de tu sentir se convierta en la guía de tus palabras, pero yo no he encontrado otra guía más que tus ojos. Mis suspiros cuando estoy contigo me dicen que mi vida necesita de la esencia que llena tu alma, porque desde que te vi admiré tu presencia. No sé si soy lo suficientemente bueno como para querer a alguien como alcancé a quererte a ti desde la primera vez, porque mi timidez hace que mis intenciones parezcan erróneas y lo cierto es que sólo deseo tomarte de la mano y poder susurrarte mi sincero sentir sin temor a que me reproches ninguna palabra. Eres, en todo tu esplendor, una mujer maravillosa, que me encantaría hacer sonrojar todos los días, porque me enamoré de tus mejillas. Eres una luz de esperanza cuando sonríes junto a mí y me encantaría hacer que tu sonrisa permaneciera en lo alto, porque me enamoré de tu sonrisa —tragué saliva mientras intentaba disimular mis nervios —lo cierto es que te has vuelto mi mayor ilusión y mi más grande inspiración.

Valentina permaneció en silencio mientras me miraba con ojos avergonzados. Sus mejillas se habían tornado rosa mientras que sus manos jugueteaban juntas en la cintura. Sus pies se tornaron débiles y delicados, tambaleando al compás de su corazón, mientras su compostura mostraba una tierna timidez. Yo me puse nervioso viendo que el silencio dominaba sus labios y agaché mi mirada mientras mis ilusiones de estar con ella se destrozaban.

—Perdóname si te he ofendido, no era mi intención —le dije avergonzado y luego añadí— pero no podía callar más lo que sentía, aunque mi crudeza te mostrara indiferencia. Disculpa mi descaro y mi descontrol, no eran mis deseos hacerte sentir incómoda. Todo lo que quería era...

Su dedo en mis labios me interrumpió mientras con su otra mano me apretaba nerviosa mi muñeca y se acercaba a mi rostro, haciendo que nuestras vistas se encontraran.

—Miguel, el sentir no es de palabras, es de besos —exclamó.

Retiró su dedo de mi boca y con un movimiento lento nuestros labios se encontraron mientras mi corazón celebrara alegre nuestro beso. Mis ojos se cerraron y mi mundo se tornó en nuestra acción, haciendo que mi atención se concentrara en nuestras respiraciones que se encontraban juguetonas en nuestros rostros. Su mano me abrazó la cintura y mis brazos imitaron su acción tomándola con delicadeza de la espalda. La acerqué a mí con un empujón y sostuve su cuerpo arqueado con mi brazo firme. Con mi mano acaricié su rostro mientras me consumía en su existir volviéndome parte de su vida. Ahora sus preocupaciones eran las mías, sus sueños eran mis mayores retos y mi vida se había tornado su vida. Ahora estaba comenzando a amarla.

Capítulo 23

Grandes Ilusiones

Después de habernos besado nuestra compañía se volvió especial. Cada momento queríamos estar uno al lado del otro consumando nuestro sentir con nuestras más tiernas acciones. Valentina sonreía con ternura cada vez que mis ojos la encontraban y yo permanecía inquieto admirando su figura con el mayor de los cuidados, detallando su rostro que se tornaba rojizo al notar que la miraba. Después de ir juntos a una pastelería que quedaba relativamente cerca del hotel, nos quedamos sentados en una de las bancas del parque Herbert mientras dialogábamos ideas que nos permitieran cumplir juntos el objetivo que hacía que nuestra estadía se prolongara en Irlanda. Valentina comenzó a enlistar un tipo de aspectos que ella creía necesarios, pero fue interrumpida por el sonido rítmico de mi celular. Le hice un gesto para que disculpara mi acción y contesté, saludando a Juan, ansioso de buenas noticias. Valentina se quedó mirándome con curiosidad. Creo que fue la primera vez en la que me escuchó hablando en español.

—Bueno Miguel, las cosas se complicaron un poco. Este tipo de establecimientos deben de ser aceptados por una administración con una burocracia lenta, lo que hace casi imposible que se pueda fundar el lugar sin tener sobrecostos —me explicó con seriedad y añadió— pero nuestro contacto es amigo del hombre que administra un albergue para animales que es bastante reconocido en la ciudad, siendo el más grande, y que acepta donaciones. Él logró conseguirte una reunión con el sujeto en cuestión hoy mismo en aproximadamente una hora y media. Te mandaré un mensaje con la dirección para que puedas llegar. Como siempre, Miguel, buena suerte.

Colgó la llamada, como generalmente hacía cuando estaba ocupado, pero en cuestión de segundos recibí el mensaje mencionado indicándome la dirección del establecimiento.

—Debemos irnos Valentina, te explico en el camino —le dije tomándola de

la mano.

Ella me agarró fuerte, caminamos hasta una esquina y tomamos un taxi, indicándole la dirección y haciendo que arrancara con prisa.

—¿Qué ha pasado? —Me preguntó curiosa mientras el taxi avanzaba por la ciudad.

Le expliqué las dificultades y las noticias que Juan me había informado, haciendo que se entristeciera un poco. Luego, con un poco de amargura, comenzó a cuestionarme sobre mis planes haciendo que mis ideas revolotearan por mi cabeza hasta encontrar una buena solución.

—Es una organización auto sostenible que recibe donaciones de particulares —expliqué pensativo y continué— la idea es negociar algún tipo de trato con el dueño que me facilite cumplir lo que deseo.

Valentina, aunque permanecía inquieta ante lo que yo haría, guardó silencio sobre el tema en cuestión entendiendo que no había lugar en ese momento para una idea acertada, por lo que cambió de tema y comenzó a hablar sobre varias obras de ballet que había interpretado, armando sus palabras con una pasión admirable.

Después de un viaje relativamente largo, llegamos a un portón que anunciaba que habíamos arribado con éxito a la “Sociedad Protectora de Animales de Dublín”. El taxi pasó por la entrada y continuó su camino hasta dejarnos al frente de una casa de madera, principalmente acompañada por un color negro y un gran vidrio que dejaba ver hacia dentro. Valentina y yo nos bajamos del auto, luego de pagarle al conductor sus honorarios, y caminamos hacia, lo que parecía ser, la casa principal. Entramos y fuimos saludados por un joven risueño que nos invitó a sentarnos mientras confirmaba nuestros nombres. Después de unos pocos minutos el joven me hizo señas y con prisa me acerqué a él recibiendo indicaciones de la hora.

—Parece que han llegado un poco temprano —me dijo mientras mantenía una sonrisa— ya hablé con el administrador y en este momento está en una reunión. Insistió en que llamara a alguien que les hiciera un recorrido en el lugar ¿quiere esperar aquí o desea hacer tal recorrido?

Yo le indiqué con ánimos que me gustaría recorrer el lugar y el hombre, con una sonrisa, me invitó a esperar sentado mientras localizaba a alguien que pudiese ser nuestro guía.

—¿Qué pasó? —Me preguntó Valentina un poco curiosa al acercarme a ella.

Yo le expliqué que íbamos a hacer un recorrido, haciendo que se alegrara y batiera con suavidad sus palmas mientras celebraba.

Después de unos minutos un hombre alto, vestido con camisa y botas, se acercó con paso animado a la recepción, habló con el hombre risueño y luego nos miró, haciendo señas que nos invitaban a seguirlo.

—Yo soy Jeffrey, su guía —dijo al acercarnos.

Nos extendió las manos y los dos devolvimos el gesto, sonrientes, mientras nos presentábamos. El hombre comenzó a caminar con paso ligero y nosotros lo seguimos detrás tomados de la mano, pasando por un corredor y comenzando a caminar por un pasillo entre edificios similares mientras la atmósfera se llenaba de sonidos de animales. Valentina señalaba cada cierto tiempo cosas interesantes que nos encontrábamos en el camino o alguno que otro animal, emocionando su voz cada vez que me guiaba con su mano para acercarse a ellos.

—La verdad señor es que muchas veces el dinero que recaudamos no nos alcanza para todos los gastos que tenemos —opinó Jeffrey mientras continuaba caminando y añadió— hay veces que la cantidad de perros que encontramos en las calles o en el campo, la mayoría de veces abandonados, nos supera en número de jaulas. Tienes que trabajar aquí para entender que la crueldad humana no tiene límites.

Valentina me miró con tristeza, agarrando mi mano con fuerza.

—¿Qué hacen con los animales que no pueden mantener? —Le preguntó a Jeffrey con preocupación.

El hombre se volvió y encontró la mirada de Valentina con ojos desesperanzados, lo que hizo que ella me abrazara con tristeza.

—Tenemos conformado un hospital veterinario, una academia de mascotas y alguno que otro evento que nos ayuda económicamente a sostenernos. El gobierno también aporta algo de capital y ya el restante es soportado por las donaciones —explicó el hombre.

Pasamos por unas jaulas de conejos, despertando en Valentina una ternura que la obligó a correr hacia allí con ánimos de tocarlos, pero fue advertida por Jeffrey dejándole claro que el contacto humano estaba restringido por varios problemas que se había presentado con anterioridad, haciendo que Valentina aceptara a regañadientes la norma y volviera a tomar mi mano para continuar caminando. Luego de dar algunas cuantas vueltas por otros lugares volvimos a la recepción siendo de nuevo saludados por el hombre risueño.

—Ya el administrador se ha desocupado, pueden pasar —nos avisó mientras sostenía su sonrisa.

Caminamos por un pasillo y entramos a una oficina, cerrando la puerta a

nuestro paso y un hombre alto, vestido despreocupadamente, nos saludó, extendiendo su mano, dijo su nombre de manera cortés “Francis”, recibiendo el nuestro con el mismo gesto, y nos invitó a sentar en las sillas que estaban al frente de su escritorio. Se sentó mientras continuaba sonriéndonos y sacó algunos documentos de un cajón que se encontraba al lado derecho de su mesa y los puso con cuidado sobre la superficie de madera, abriendo una carpeta que contenía algunas hojas.

—He recibido una llamada que lo recomendaba bastante y me dejaba claro que sus intenciones eran muy interesantes —habló el administrador mientras me miraba.

Yo, siendo directo, le conté la historia del hijo de Andrew de manera resumida, manteniendo la pasión de sus deseos, y el hombre se tornó sorprendido.

—Bueno... ¿y qué desea hacer? —Me preguntó curioso.

—Hace un tiempo mi compañía ha estado ahorrando una gran cantidad de capital para hacer donativos internacionales a organizaciones sociales que tengan como objetivo algún tipo de mecanismo de ayuda consciente hacia un problema generalizado —exclamé con seguridad y continué— lo cierto es que por cuestiones de moralidad me he interesado particularmente en la historia del joven, haciendo que mi interés se centre en poder permitir que sus deseos se hagan realidad.

Francis hizo un gesto que mostraba intriga y jugó con su mirada encontrando los ojos de Valentina y los míos mientras sonreía.

—¿Me está diciendo que su empresa quiere hacer una donación voluntaria sin buscar nada a cambio que los beneficie comercialmente? —Me preguntó un poco escéptico y añadió —¿de cuánto capital estamos hablando?

Yo, con seriedad, tomé una libreta que estaba sobre su escritorio y, sacando un bolígrafo del bolsillo de mi camisa, anoté una suma y se la mostré al hombre, haciendo que se sorprendiera.

—¿Qué gana usted donando toda esa cantidad de dinero? —Me preguntó todavía escéptico.

Yo sonreí mientras lo miraba con ojos nobles.

—Cuando hicimos el recorrido, el guía nos explicó, un poco decepcionado, que el capital que entra a esta organización apenas puede sostenerla. Nos dijo que muchas veces el espacio no era suficiente para todos los animales que encontraban, los cuales recibían tristemente un temprano fin. Yo sólo quiero ayudar a que esto deje de suceder, porque de cierto modo gran parte de mi

vida no he hecho nada para evitarlo —me recosté en mi silla y me crucé de brazos —con esta primera inversión quiero que se amplíe el lugar con otro bloque más que garantice de manera justa un buen espacio. Esta ampliación va a ser sostenida por la empresa, la cual continuará haciendo un donativo justo. Todo esto lo deseo hacer con una sola condición.

El hombre sonrió satisfecho mientras me miraba cálidamente.

—¡Era evidente que tarde que temprano iba a pedir algo a cambio! — Exclamó y luego preguntó —¿cuál es la condición?

—Que la ampliación lleve el nombre del joven que me inspiró a hacer esto —le respondí con seriedad.

El hombre permaneció inmóvil mientras se incomodaba por sus conclusiones precipitadas. Valentina encontró mi mirada regalándome una tierna sonrisa.

—Espere un momento —exclamó Francis, mientras tomaba su celular y salía de la habitación.

Luego de un momento, en el que Valentina me regaló un beso, el hombre entró de nuevo a la oficina y me extendió la mano, haciendo que me parara de la dicha y le recibiera el gesto.

—Señor Miguel, nos encantará hacer posible sus deseos —me dijo con felicidad.

—Ahora le diré dos condiciones por fuera de mi donación que quiero que respete —exclamé, rompiendo su sonrisa.

—¿Cuáles son? —El hombre me preguntó un poco preocupado.

—Usted por ningún motivo le va a mencionar al hijo de mi amigo que yo fui el que hice la donación, siempre se va a referir a ella como un esfuerzo de Andrew que generó frutos —exclamé siendo preciso y continué— y, por último, dejará que estos dos sujetos, tanto Andrew como su hijo, participen activamente en todo lo que puedan ayudar, ellos serán mis portavoces. Creo que hoy será el único día que conversemos, por lo menos de negocios, ya que usted se entenderá desde mañana con mi socio, el cual seguramente lo contactará hoy mismo. Me place que todo haya salidos bien. Por favor, si tiene alguna duda hágasela saber a mi socio.

Francis asintió con su cabeza, mientras volvía a retomar su sonrisa, y se despidió de ambos con su peculiar informalidad.

Salidos juntos de las instalaciones un poco cansados, recibiendo una queja de Valentina por tener hambre. Logramos contactar con un taxi que nos recogiera con prisa y nos montamos en él, yendo hacia el hotel. El auto corría

libre por la carretera mientras seguía el largo camino hacia nuestra residencia, lo que hizo que mi acompañante se cansara y decidiera recostarse en mis pies. Cuando cerró sus ojos, aproveché el tiempo, libre de distracciones, para sacar el celular de mi bolsillo y mandarle a Juan un mensaje especificándole mi decisión. Luego busqué a Andrew entre mis contactos y lo llamé, contestándome con rapidez la llamada con un tono alegre, ofreciendo sus servicios pretendiendo que mi llamada era para ello. Yo lo saludé con la misma alegría y luego fui al grano mientras él escuchaba atento. Le expliqué con cuidado cada una de las cosas que había hecho por su hijo, haciendo que su voz se tornara solloza y sus palabras fueran de agradecimiento.

—Andrew, la única condición es que no me menciones a tu hijo por ninguna circunstancia, porque esto te lo has ganado tú con tu esfuerzo y por ello mismo lo he hecho —le aclaré con ternura.

Él continuó agradeciéndome, hasta que lo interrumpí pidiéndole que anotara los datos de contacto de Francis y la dirección del lugar, confesándome que ya lo conocía. Le desee luego suerte y otra ronda de agradecimientos fundados nacieron de sus labios mientras continuaba tiernamente sus sollozos que combinaba talentosamente con su alegría. Me despedí de manera cordial, le desee suerte y colgué, esperando que mis acciones hubiesen sido suficientes para darle esperanza a su alma. Esta era la segunda vez que hacía algo parecido y, en ambas ocasiones, había decidido rehuir de la felicidad del prójimo. Me avergonzaba sentirlo.

Llegamos al hotel cuando la tarde estaba comenzando a acallar su luz y la oscuridad comenzaba a invadir los rincones de la ciudad. Entramos por sus puertas y nos dirigimos hacia el restaurante, sentándonos en una mesa que estaba acompañada de una vela y recibimos dichosos la carta, pidiendo con prisa con plato de sopa que Valentina me había recomendado.

—Miguel quiero proponerte algo —me dijo un poco nerviosa.

El camarero interrumpió trayendo dos copas de vino, que puso sobre la mesa con prisa para luego retirarse. Yo tomé una de las copas y tomé un sorbo del viejo líquido mientras veía como Valentina imitaba mi gesto. Luego de dejar la copa sobre la mesa encontré curioso su mirada.

—¡Pues cuéntame! —Exclamé con ternura.

—Lo cierto es que no sé si sea apropiado proponértelo —me confesó mientras volvía a tornarse nerviosa.

Yo le tomé la mano con delicadeza y ella me miró un poco avergonzada.

—Estaba pensando que sería lindo que compartiéramos cuarto —me dijo

mientras se sonrojaba.

Yo con la sorpresa me reí tiernamente mientras ella se encogía de brazos y miraba hacia el suelo con ojos avergonzados.

—Por supuesto que podemos, no le veo ningún problema —le dije mientras le sonreía, dándole tranquilidad.

Lo cierto es que sí le veía problema, ya que generalmente me sentía incómodo con la presencia de alguien en mi intimidad. Hace mucho tiempo no compartía espacios con nadie y, para ser honesto, me motivaba a ser siempre demasiado respetuoso. Ella me devolvió la sonrisa y tomó la copa de vino, siendo interrumpida por el camarero que traía nuestra orden. Valentina, con un poco de desespero, tomó la cuchara y comenzó a comer con prisa sin darme tiempo de hablar, lo que hizo que yo, por cortesía, imitara su ritmo. Luego de unos pocos minutos teníamos el plato vacío y estábamos satisfechos de la comida, levantándonos de nuestras sillas para ir juntos a la recepción.

Luego de organizar la nueva estadía de Valentina y ayudarla a pasar sus cosas a mi cuarto, nos organizamos, manteniendo el respeto por la privacidad, con nuestras ropas para dormir y nos acostamos a una hora temprana en la misma cama, quedándonos un poco alejados por culpa de nuestras tradiciones. Pero, cuando había comenzado a ceder a mis sueños, recibí de improviso un beso cálido en la mejilla y un abrazo de mi pareja, la cual recostó su cabeza en mi pecho, quedando profunda en él. Yo comencé a acariciar su pelo, encantando por su aroma, hasta que cerré mis ojos y me quedé dormido.

Capítulo 24

Un nuevo destino

Una presión en mi pecho me despertó antes de que saliera el sol que saludaba un nuevo día. Abrí mis ojos inmovilizado por la cabeza de Valentina, que reposaba tiernamente en mi brazo izquierdo, cansado por mantener la postura. Me levanté de medio lado y con cuidado tomé la cabeza de la hermosa dama, haciendo que cayera suavemente en una almohada, quedando libre para levantarme con cuidado. Me senté en la cama y froté mis ojos con mis manos logrando que estos despertaran de su continua pereza. Cuando volví a abrirlos me encontré con el diario sobre la mesita que me invitaba a recordarlo. No me había percatado de él al volver a la habitación, por preocuparme de respetar a mi compañera. No pude detallar si había revelado algún indicio que me permitiera saber si era suyo.

Intenté concentrarme en la idea de seguir el misterio sin forzar las situaciones, teniendo ahora la idea de que la pausa que había hecho en sus sueños tenía que deshacerse, ya que mi viaje tenía que continuar. Me volví y miré el rostro soñador de mi acompañante, extendiendo mi mano para acariciar su mejilla, haciendo que despertara y me mirara con rostro desidioso. Con una voz suave le pregunté sobre su estado, recibiendo solo un sonido de queja mientras se estiraba, haciendo que me burlara cariñosamente.

—Tengo que decirte algo —le dije mientras continuaba mirándola.

Ella terminó de estirarse, se volvió sobre ella misma y quedó sobre su lado derecho mientras recostaba su cabeza en la almohada, mirándome fijamente. Yo me acerqué y le di un beso, haciendo que ella sonriera.

—Hoy es nuestro último día en Irlanda —le dije apresurando mis palabras.

Ella abrió los ojos mostrándome sorpresa, se sentó en la cama y me observó con intriga.

—¿Y para dónde vas? —Me preguntó con tono curioso.

—Vamos— aclare.

Yo me levanté de la cama y fui hacia el baño, haciendo que ella se levantara también y fuese hacia donde estaba, abrazándome por la espalda, repitiéndome su pregunta con un susurro.

—A Inglaterra —respondí con una sonrisa.

Ella permaneció callada mientras me miraba con duda, haciéndome entender que quería una explicación.

—Siempre he querido ir y ahora que tengo una acompañante me encantaría conocerla —me excusé mientras le tomaba la mano y luego añadí —me desperté pensando en que no podía tolerar que llegase el día en que tuvieses que regresar. Ya mi objetivo aquí fue cumplido, así que puedo irme del país y no hay mejor destino que estar contigo.

Ella me regaló la sonrisa más afectiva que nunca antes había recibido, acompañándola con un delicado rosa en sus mejillas y unos ojos brillantes. Me abrazó con fuerza y con un susurro me dijo que me quería, recibiendo un beso de mi parte y un “yo también” como conclusión.

Con el afán de poder volver a su tierra natal, Valentina apresuró las cosas, desayunamos con ligereza y, antes de que el hambre volviera a tomarnos por sorpresa, ya teníamos todas nuestras pertenencias organizadas y estábamos en la recepción cancelando nuestros costos, pidiendo el servicio de un taxi y haciendo las llamadas debidas para poder viajar ese mismo día a Inglaterra.

—Ya conseguí los tiquetes de avión, aunque tienen un costo elevado —me dijo, colgando su celular y luego añadió— no pude encontrar nada mejor Miguel, perdóname.

Me agarró la mano y yo la miré despreocupado, diciéndole con mis ojos que todo estaba bien, pero perdí su mirada porque el recepcionista me habló. Lo miré y ante mí tenía su mano extendida ofreciéndome de vuelta mi tarjeta de crédito. Agradecemos por la estadía, siendo invitados de nuevo a quedarnos cuando estuviésemos de nuevo en el país, y tomando nuestras maletas salimos del hotel.

—Lo bueno de que vayamos a Londres es que no tendremos que pagar hotel —opinó Valentina mientras bajábamos las escaleras del hotel.

Yo la miré con ojos confusos y ella comenzó a reír, cerrando sus ojos como acostumbraba, y luego me tomó de las dos manos, quedando frente a mí.

—¿Crees que voy a dejar que pagues un hotel estando en la ciudad donde vivo? —Me preguntó.

Yo me quedé mirándola mientras una indudable vergüenza se escapaba por mis ojos. Con decoro intenté pronunciar un “pero”, siendo interrumpido por

Valentina, la cual insistía en su invitación.

—No voy a permitir un “no” como respuesta Miguel —me dijo algo ofendida y continuó— es lo menos que puedo hacer por ti, has sido un caballero desde que te conocí.

Me dio un beso en la mejilla y luego me abrazó, haciéndome entender que era su deseo tenerme cerca de ella en nuestro viaje.

Luego de tomar el taxi y llegar al aeropuerto, pagamos los tiquetes y en menos de una hora estábamos sentados en el avión mientras transcurría el poco tiempo de viaje, el cual utilizamos para hablar de nuestros planes en la ciudad, siendo recomendado por una conoedora de una gran variedad de rincones curiosos, que estaba a mi lado como mi pareja. Llegamos al aeropuerto de Londres y esperamos nuestras maletas, mientras escuchaba la calidez de la voz de mi acompañante que me explicaba con ansiedad cada una de las cosas que podíamos hacer allí. Tomamos nuestro equipaje y salimos del aeropuerto, siendo yo guiado por Valentina, y luego tomamos un taxi para dirigirnos hacia Whitechapel, indicado por viva voz de mi pareja, recibiendo una mirada curiosa del conductor, desde el retrovisor, al arrancar su auto.

—Hace bastante tiempo no voy a ese barrio, es un sitio bastante curioso — opinó el conductor mientras doblaba por una esquina.

—¿Por qué lo es? —Me apresuré a preguntarle, mientras recibía una mirada curiosa de Valentina.

—Me refiero a su historia, antes era el barrio más peligroso de Londres y ahora parece que todo se ha reinventado. La última vez que fui, acompañé a mi hijo a una visita a una fábrica de campanas por un trabajo de su colegio —me explicó y luego permaneció callado.

Valentina comenzó a susurrarme varias historias que tenían a Whitechapel como centro de desarrollo. Desde reuniones de grandes artistas hasta polémicos encuentros de jefes revolucionarios, asesinos en serie y leyendas que corrían por sus callejones, añadiendo un atractivo misterioso que atraía un elevado turismo. Miré por la ventana y comencé a ver casas, de arquitectura pasada, que no dejaban su esplendor con el paso de la historia, pues se acomodaban sencillas, una al lado de la otra, con la original geometría en sus ventanas.

—Ya casi llegamos —me avisó Valentina mientras tomaba su maletín de mano.

Doblamos por una calle, llena de automóviles aparcados al lado de las aceras, y el taxi paró al frente de un edificio blanco, que tenía el número

sesentaicuatro en una de sus paredes. Guardaba distancia con la acera gracias a una cerca metálica de color negro y su puerta era de madera, envejecida no por gusto sino por tiempo, la cual daba la bienvenida con algunos avisos pegados en un vidrio que dejaba ver el interior. Luego de su fachada blanca, alzándose en lo alto, los ladrillos protagonizaban una arquitectura similar a la de las otras cosas, manteniendo un orden estético conscientemente respetado. Nos bajamos del auto, tomamos nuestras maletas y le pagué al conductor su servicio, agradeciéndole y siendo despedido con un gesto carismático. Caminamos juntos hacia la puerta y Valentina sacó de su bolso unas llaves, con las cuales abrió la puerta, dejándonos entrar a una modesta sala de bienvenida que invitaba a seguir hacia las escaleras.

—Vivo en el tercer piso —me dijo mientras hacía una mueca.

Tomé una gran cantidad de maletas, dejando que ella cargara poco, y comenzamos a subir, llegando luego a la puerta de su apartamento, la cual abrió invitándome a pasar.

—Puedes poner las maletas en ese rincón, luego las organizamos —me dijo mientras señalaba un lugar al lado de un sofá.

Cuando descargué mi carga, me tomó de la mano, robándome un beso y luego me invitó a seguirla hacia la cocina, sirviendo un vaso de agua y ofreciéndomela.

—Déjame llamo a mis padres para avisarles que llegué y luego salimos a almorzar, que quiero que conozcas un lugar espléndido por la tarde —me dijo mientras me sonreía y añadió— puedes esperarme en el sofá, ahí está el televisor por si deseas entretenerte mientras vuelvo.

Caminó por el pasillo y entró a una habitación, dejándome solo allí parado. Yo caminé con delicadeza hacia el sofá y permanecí sentado en él, en silencio, mientras me tomaba a pequeños sorbos el agua. Después de un momento escuché la voz animada de Valentina que se escurría por las paredes, haciéndome entender que estaba hablando con sus padres y recordándome a mí mismo que tenía que imitar su acción, ya que era necesario avisarles que estaba en Inglaterra. Saqué el celular de mi bolsillo y con una acertada rapidez llamé a mis parientes, los cuales contestaron el teléfono, ansiosos por saber de mi viaje. La chillona voz de mi madre se tornó imposible de silenciar mientras me enumeraba miles de experiencias que había tenido durante su viaje y la sencillez de mi padre dominó mi paciencia mientras me deseaba suerte. Comenzaron a hablar de algunas cosas que querían hacer y yo permanecí escuchando hasta que algo sobre una mesa, que se sostenía solitaria al frente

del sofá, robó mi atención y me hizo apresurarme a colgar la llamada. Me paré y caminé hacia el impecable velador, quedando en frente de él mientras un portarretratos, con una fotografía de la familia de Valentina, me llamaba la atención. Lo tomé con mi mano derecha y lo aproximé a mi vista para detallar en él a sus dos padres sonrientes abrazados a dos niños, una que evidentemente era Valentina y un pequeño, aparentemente menor a ella, que estaba sonriente a su lado. ¿Podía ser su hermano? Vario tiempo había dejado pasar mientras observaba el comportamiento de mi acompañante intentando determinar si era posible que fuese la autora del diario, pero nunca había acatado preguntarle por su familia. Aunque varias acciones me indicaban que era ella, pocas cosas me aseguraban con certeza que podía estar seguro de tal idea, pero indudablemente el que tuviese un hermano menor aumentaba con creces las posibilidades de que mi búsqueda culminara.

—Miguel ¿qué haces? —Me preguntó un poco nerviosa Valentina, estaba detrás de mí.

Yo dejé el portarretratos con prisa en la superficie de la mesita y me volví hacia ella encontrando mi mirada con sus ojos acusadores.

—Estaba viendo la fotografía —tragué saliva sintiendo el ambiente tenso y luego pregunté —¿tienes un hermano menor?

Ella caminó hacia donde estaba, tomó con sus manos el portarretratos y acarició la fotografía, justo donde estaba el pequeño.

—Tenía, murió hace unos 4 años Miguel —respondió mientras miraba atenta a la fotografía y añadió— ha sido una de las cosas más duras en mi vida.

Yo me aproximé a ella y la abracé, haciendo que ella aceptara mi gesto y me agarrara con fuerza con sus manos mientras sumergía en mi pecho su rostro. ¿Cómo era posible ignorar las coincidencias que me hacía pensar en que ella era la autora? Fue a ella a quien encontré en la cita a la que fui invitado con misterio en Wicklow, fue ella la que con ánimos me había incitado a cantar, ayudándome a realizar un sueño que dudaba lograr, y ahora la historia de Pedro se había hecho realidad al ver que tenía un hermano que había muerto.

—Quiero que hagamos algo juntos —me susurró, interrumpiendo mis ideas.

Se libró de mi abrazo y caminó hacia su habitación, viniendo luego con una cartera que se colgó en su hombro. Me tomó de la mano y salimos del apartamento, bajando hasta la calle. Caminamos con prisa hacia la esquina, para luego hacerle señas a un taxi, el cual paró. Nos montamos en él, Valentina le dijo un nombre que no pude entender y el automóvil arrancó, llevándonos a

un nuevo destino.

Cuando el taxi paro y pagamos para descender de él, me vi parado al frente de un estadio inmenso que se nombraba a sí mismo, con un letrero indicador, “The O2 Arena”. Valentina me tomó de la mano y me guio por un camino hasta llegar a un prado donde algunas personas estaban reunidas junto a una inmensa torre de metal de la que se suspendía un ascensor. Nos acercamos a un hombre que tenía, por todo su cuerpo, amarradas unas lianas en un orden específico como una especie de arnés y éste, al notar la presencia de mi pareja, le sonrió.

—¿Vienes a ver o por fin vas a intentarlo? —preguntó el hombre alegre.

—¡Ambas! —Respondió Valentina con una sonrisa y luego aclaró mientras nos señalaba con su mano— voy a intentarlo y a verlo a él intentar.

El hombre me miró manteniendo su calidez y me extendió su mano, dijo su nombre “Arthur”, recibiendo el mío como respuesta.

—¿Has practicado antes este deporte? —Me preguntó mientras le acomodaba a otra persona unos amarres y la invitaba a subirse al ascensor.

—¿Cuál deporte? —Le pregunté un poco confundido, notando que Valentina reía.

—¡El salto bungee! —Me dijo mientras señalaba hacia arriba.

Miré con algo de duda y vi que el ascensor se había detenido a gran altura, luego un hombre saltó de él, comenzando a gritar, siendo detenido por un gran lazo que prevenía que tocara suelo y que hacía que revotara por la presión, volviendo a ir hacia arriba con un salto para terminar con el impulso de onda al quedar suspendido mientras se meneaba. Yo miré asustado a Valentina y ella me agarró el brazo, mirándome.

—¿No es divertido? —Me preguntó mientras sonreía.

—¿Tú crees que voy a hacerlo? —Le pregunté de manera escéptica.

Ella asintió con su cabeza, soltándome el brazo, y caminó hacia Arthur, el cual comenzó a llenar su cuerpo de cuerdas y arneses.

—¡Es un deporte extremo Miguel, se supone que te debe de dar miedo! —Opinó con una voz fuerte.

Con sus palabras el recuerdo del siguiente sueño, que había dejado sin atención, vino a mi mente, recordándome que el deseo de la pequeña era practicar cualquier deporte extremo que pusiera en juego su talento como ser humano. ¿Cómo era posible que Valentina no tuviese ninguna relación con el diario si cada paso que me motivaba a dar era una realización más de éste? Ella misma reconocía que mi valor no era suficiente y ahora me estaba empujando a vencer mis miedos con la idea más descabellada que se le había

ocurrido.

—¿Han comido algo hace poco? —Preguntó Arthur.

Los dos negamos con nuestras cabezas. Arthur asintió, indicando que había entendido nuestra respuesta y luego comenzó a preguntarnos una serie de requisitos sobre nuestra salud y necesidades físicas.

—Parece que todo está en orden. ¡Ven Miguel! —Dijo mientras me tomaba del brazo para amarrarme las ataduras.

Valentina se aproximó a mí con una sonrisa y me dio un beso en la mejilla.

—Necesitaba tu apoyo —Me dijo mientras acariciaba mi mano y luego añadió— no lo hubiese logrado sin ti, Miguel.

Arthur nos dio unas indicaciones y ambos entramos al ascensor, el cual comenzó a subir hasta una altura increíble. Mis nervios no me permitían mirar hacia abajo, pero Valentina se notaba tan tranquila que sus sonrisas lograron tranquilizarme. Un hombre que estaba dentro del ascensor nos dio unas indicaciones y nos preguntó el orden que queríamos respetar para lanzarnos al vacío, diciendo Valentina que ella quería ir primero. Le amarraron una protección en sus espinillas y luego ordenaron unos amarres en sus pies, atándola a una gran cuerda que estaba enrollada sobre la plataforma del ascensor. El hombre le indicó a mi valiente pareja que se parara en una plataforma, verificó los amarres y luego contó con descaro un tenso “¡uno, dos, tres, bungee!” Valentina saltó al vacío, mientras gritaba con emoción sacando por su voz el miedo. Luego de hacer varios revotes quedo suspendida y comenzó descender con ayuda de una máquina llegando hasta el suelo, donde la recibieron e hicieron señas para subir de nuevo la cuerda. El hombre tomó la cuerda e hizo el mismo procedimiento en mí, asegurando mis amarres e invitándome a pasar hacia la plataforma para saltar. Mi corazón comenzó a latir con un extenso furor en mi pecho. Mi respiración comenzó a hacerme testigo de mi temor y mis manos, sudando, no dejaban de temblar. Escuché que el hombre con emoción comenzó a contar para invitarme a saltar y mis pies intentaron congelar mi acción, pero mi cuerpo se abalanzó hacia el vacío y caí, sintiendo el viento en mi rostro que golpeaba con fuerza mis mejillas. Un grito salió de mi boca mientras mi cabeza se llenó de absurdas ideas de muerte hasta ser acalladas por el rebote que me recordaba que estaba plenamente a salvo. Después de menearme un poco, la cuerda descendió y Arthur me recibió con una sonrisa, soltándome las amarras.

—¡Has estado increíble! —Gritó Valentina mientras se acercaba a mí.

Me dio un abrazo con una tierna calidez y luego me besó, haciendo que mi

alma se tranquilizara con las emociones más lindas.

Después de despedirnos de Arthur, pagando nuestro intenso entretenimiento, fuimos a comer unos emparedados en un lugar que Valentina frecuentaba. Tuve que comer lento. No entendía cómo Valentina estaba tan recuperada de algo que me había provocado mareos. Luego de eso dimos un paseo por la ciudad mientras sus rincones se oscurecían a nuestro paso, invitándonos, luego de unas pocas horas, a comer un plato rápido y a volver al apartamento de mi querida anfitriona para poder descansar.

—Mañana nos despertaremos temprano porque quiero hacer un recorrido a la ciudad contigo —me dijo mientras organizaba la cama de su habitación para poder dormir.

Yo acepté sin quejas su recomendación y, luego de organizarme, nos acostamos juntos en la cama. Ella, un poco avergonzada, me dio un beso de buenas noches y se recostó de nuevo en mi pecho, haciendo que yo mantuviera una postura, un poco incómoda, a la cual me acostumbré para quedarme dormido.

Capítulo 25

Inglaterra

Como Valentina me había avisado, el despertador que reposaba alegre en la mesa de noche generó un ruido agresivo que nos despertó de golpe y nos hizo sentarnos, somnolientos, en la cama. Me miró con travesura y comenzó a reírse a carcajadas.

—Es la única forma en la que logro despertarme —me dijo mientras acallaba su risa.

Yo le devolví una sonrisa, parándome luego de la cama y yendo hacia el baño para lavarme el rostro y así evitar que la pereza me consumiera. Me volví y ella estaba recostada en el marco de la puerta del baño mientras cuidadosamente me contemplaba. Yo encontré su mirada, haciendo que ella se aproximara a mí y me diera un beso como saludo para un nuevo día.

—Es increíble que en tan poco tiempo sienta algo tan fuerte por ti, Miguel —me susurró al acallar sus labios.

Yo la abracé con fuerza, dejando que un “te amo” se escapara de mi boca. Ella retiró su abrazo y me miró fijamente mientras sus mejillas jugaban a merced de una gran sonrisa.

—Yo también, Miguel —exclamó con un dulce respiro que me hizo feliz.

Íbamos a besarnos cuando un fuerte golpe en la puerta del apartamento nos hizo brincar por un susto inmediato. Luego un quejido se escuchó, seguido de unos pasos apresurados que bajaban las escaleras. Yo fui corriendo hacia la puerta y la abrí con prisa, pudiendo ver solo una sombra que se reflejaba en la pared, mostrándome que la persona que estaba allí había corrido.

—¡Era una mujer! —gritó Valentina mientras se asomaba por la ventana que daba hacia la calle.

—¿La conoces? —Le pregunte un poco ansioso por saber lo que pasaba.

-No, no sé quién era. Esto nunca había pasado —me respondió con sinceridad.

Yo hice una mueca lamentándome y giré mi atención hacia la puerta para cerrarla, pero una hoja que estaba cuidadosamente puesta en los bordes del tapete de bienvenida, me hizo sentirme curioso. Estiré mi mano mientras me agachaba y la tomé, notando que estaba doblada, deshice los dobleces y pude ver un dibujo de un hombre saltando con una cuerda, reflejando el salto Bungee, mientras que un mensaje en su parte inferior versaba “hubiese sido más fácil la bicicleta”.

—¿Qué es eso? —Me preguntó intrigada Valentina mientras se acercaba a mí.

-Sólo es una broma —le respondí, ocultándole una verdad que ella debería de conocer.

Le estiré, mientras mostraba inocencia, la hoja de papel y ella la tomó con su mano derecha, ojeándola por un momento.

—¡Pues para ser una broma está muy bien hecha! ¿No crees? —Me preguntó y luego añadió —¿qué significará esta frase?

Yo negué con los hombros y ella se quedó mirándome, entregándome luego de nuevo el dibujo.

—¡Quédatelo! Tienes ya un recuerdo de Londres —exclamó mientras se retiraba, dejándome de pie en la puerta.

Alcé mi vista para ver su silueta alejándose por el pasillo mientras entraba a su habitación. Parecía ser que, si Valentina era la mujer que desde el principio había estado buscando, era excelente actriz, pues su despreocupación se veía inquietamente natural. Con cada una de sus acciones confundía mis conclusiones haciéndome creer, y ver, todo tipo de posibilidades que lograban enmarcarme en una completa crisis de ideas. El mensaje del dibujo era claro, ya que el sueño que señalaba con claridad el deseo de la pequeña de practicar un deporte extremo hacía un notorio énfasis en practicar bicicleta, pero las posibilidades de mi actuar se iban modificando con los lugares que visitaba, logrando cumplir la esencia, más no la totalidad, de los sueños que leía. Todos estos mensajes y pistas se estaban volviendo un ritual constante que me decía con una clara intención que los deseos de la autora no eran que ella fuese descubierta, sino que yo tuviese la posibilidad de lograr generar sus sueños y, con este mismo pensamiento, mi teoría de que Valentina fuese la creadora del diario se reducía cada vez más, pues parecía que sus acciones nacían, no de una intención, sino de una espontaneidad natural muy casual.

—¡Miguel, espero que no te demores porque tenemos que salir en menos de

una hora! —Me gritó Valentina desde la otra habitación.

Cerré la puerta y caminé hacia donde ella se encontraba para comenzar a arreglarme y poder salir a tiempo a seguir el camino que mi anfitriona quería invitarme a recorrer.

Luego de estar listos, Valentina me cocinó, mientras cantaba, unos huevos con panes, que comí dichoso disfrutando el cariñoso gesto de la mujer que amaba. Le ayudé a lavar la poca loza que se encontraba sucia y, luego de tener las cosas organizadas, salimos del apartamento, bajando por las escaleras y saliendo a la calle.

—Iremos caminando a los primeros dos lugares que quiero que veas Miguel —me dijo mientras tomaba mi mano y comenzaba a caminar.

El paso se tornó más tranquilo cuando al fondo vi el río que estaba apropiadamente señalado por dos torres que formaban un puente impecablemente asombroso. Las torres eran iguales y eran el soporte de un puente que se levantaba para dar paso a los barcos que recorrían el río. Justo a su lado había una construcción que se alzaba imponente en los linderos naturales que marcaban las corrientes del agua.

—Ese es el Puente de la Torre y esa es la Torre de Londres, siempre me han encantado —me dijo Valentina mientras miraba hacia donde se levantaban los dos edificios.

Me haló de la mano y llegamos a la torre, la cual parecía ser bastante visitada, pues una gran cantidad de turistas estaba tomándose fotos allí.

—¿Quieres entrar? —Me preguntó mientras me sonreía.

Yo, opacando un poco mi ánimo mientras veía un gran grupo de turistas reunidos en su entrada, le negué con mi cabeza.

—Verlo desde aquí es suficiente para mí —le respondí de manera honesta.

Seguimos caminando y llegamos, después de un paso ligero, al puente, el cual pasamos caminando mientras nos deteníamos a ver una gran cantidad de cosas que robaban la atención por su peculiaridad. La muralla de la Torre de Londres se alzaba a la vista y atraía mi atención por el ambiente imponente que representaba el edificio. Llegamos al otro lado del puente después de una calmada caminata y Valentina me guio hasta una esquina para tomar un taxi.

—Tenemos que apresurarnos si queremos entrar al “London Eye” —exclamó mientras entrábamos al auto.

El taxi arrancó y en pocos minutos, siguiendo un camino que rodeaba el río, nos dejó al frente de una imponente atracción que se levantaba por las alturas en una rueda repleta de cabinas que permitían ver, al que subiera en ella, la

ciudad.

Luego de hacer una fila bastante larga, entramos juntos a una cabina enorme llena de cristales que permitían ver toda la ciudad cada vez que ascendía. Cada vez que nuestra cabina estaba más arriba, Valentina me señalaba diferentes lugares, algunos que íbamos luego a visitar, y otros que debíamos dejar pasar por tener poco tiempo ese día.

—¡Mira, ese es el Palacio de Westminster! —Me dijo mientras señalaba el conocido edificio.

Yo miré hacia él y casi pude ver los trazos humanos en su arquitectura que recordaban la grandeza de las artes humanas. Su espectacular presencia lograba que los inquietos deseos de hacerle frente a su imponente historia fuesen reducidos con los rayos del sol que iluminan ansiosos cada uno de sus rincones. ¿Cuántas cosas no pasaron allí? La grandeza de un edificio determinada por las acciones del hombre dejaba ver, no sólo que el poder que nosotros mismos generamos es magníficamente increíble, sino que los límites de nuestras decisiones son nuestros actos, que se acomplejan por emociones ajenas a la pasión de hacer. Siguiendo el camino que orgullosamente trazaba el río miré un puente, con grandes torres que sostenía valientes su estructura, en el cual pasaban trenes y vehículos que marcaban el destino de miles de hombres y mujeres con un propósito. En el horizonte se podía ver con gusto cómo el sol imponía su respeto a las líneas confusas de la inmensa ciudad, que generaba celo en los envidiosos y asombro en los soñadores.

—¿Te gusta? —Me preguntó Valentina, algo preocupada por mi satisfacción, mientras me miraba.

Yo puse mi mano en su hombro y con un empujón la traje hacia mí, abrazándola, y con un cariñoso beso en la cabeza le di un “me encanta”, alegrándola.

—Luego de aquí vamos a ir a los Palacios para luego ir a almorzar ¿está bien? —Exclamó mientras me regalaba una sonrisa.

Yo asentí con mi cabeza, aceptando su proposición, y seguí viendo el arquitectónico paisaje mientras el ascensor comenzaba a descender, logrando detallar otros edificios antes de tener que salir de la atracción. Caminé, tomando de la mano con mi pareja, y seguí el camino hasta llegar a una calle, haciendo que un taxi parara para dirigirnos hacia Westminster.

Después de un reducido viaje llegamos a una esquina que nos invitaba caminar hacia el Palacio, lo cual hicimos sin queja teniendo ante nosotros el imponente edificio con el característico Big Ben ante nosotros. Paseamos con

paso observador por la gran estructura mientras nos lanzábamos palabras de apreciaciones, dándonos cuenta, sin intención, que nuestras opiniones tenían mucha similitud. Cada una de las palabras de Valentina eran algo de admirar para mí, ya que su voluntad de crear un mundo a su imagen era tiernamente compartida por mi intención de aceptar sus ideas sin necesidad de sacrificar mi dignidad por ello, pues apoyaba cada una de las frases que con elegancia exclamaba. Luego de recorrer el edificio por uno de sus lados, Valentina me invitó a caminar, encontrando a pocas cuadras la Abadía de Westminster, hogar de religiones nacidas de creencias que nunca discutí, por el solo hecho de que nunca las entendí. Sus góticos muros se levantaban entre una geometría diferente a todo lo que estaba a su alrededor, su armonía de colores y su elegancia al presumir grandeza generaban un deseo de adentrarse en sus secretos más próximos, pero de nuevo la gran cantidad de personas que la estaba visitando opacó mis deseos de conocer su interior, sabiendo que algún día iba a arrepentirme por ello.

—Ya estoy sintiendo un poco de hambre —opinó Valentina mientras encontraba mi mirada.

Yo le devolví sus palabras aceptando que la hora de almuerzo estaba próxima, siendo una buena idea buscar un lugar para poder comer.

—Quiero que vayamos a comer a Smithfield —exclamó con carisma mientras comenzaba a guiarme con su mano.

Yo acepté sin reprochar su recomendación y la seguí hasta tomar un taxi, el cual nos llevó con facilidad hacia un callejón donde un restaurante, que mostraba su nombre en letras negras que versaban “St. John”, se mantenía sostenible mientras disimulaba su presencia con un simple letrero que invitaba a pasar. Entramos, nos sentamos en una mesa después de subir unas escalas y fuimos atendidos por una joven sonriente que nos ofreció un menú. Cuando hicimos nuestro pedido, siendo recomendado por Valentina, los recibimos con increíble velocidad y comimos de manera placentera mientras algunas bromas y opiniones se escapaban mediando nuestro banquete.

Luego de terminar satisfechos nuestros platos mi amada me propuso caminar por el barrio para visitar algunas cosas interesantes que había visto o que alguien le había mencionado, comenzando a caminar por las aceras de Smithfield mientras mirábamos con curiosidad construcciones y monumentos interesantes. Visitamos el Mercado, el cual era un edificio con arquitectura antigua, que ofrecía en sus vitrinas una gran variedad de productos, pero que remarcaban entre estos una producción masiva de carne que inundaba los

rincones del mercado. Valentina, después de sofocarnos con el olor a carne cruda, me guio hacia una calle que parecía haberse inmortalizado con la historia y que mostraba, en una de sus paredes, una placa conmemorativa que versaba, acompañada de escudos estéticamente ordenados, el nombre de “William Wallace”. Después de pasar curiosos por una esquina, nos encontramos al fondo con una iglesia de arquitectura arcaica, nombrada hace siglos como la iglesia de San Bartolomé el Grande, la cual no quisimos visitar porque estaba siendo utilizada en sus actividades. Luego de cansarnos del recorrido por Smithfield, tomamos un taxi y continuamos visitando monumentos y lugares que generaban, entre todos, diferentes emociones, despertando un interés por el misterio que generaban las variadas edificaciones.

Después de comer algo ligero en un restaurante informal, llegamos al apartamento de Valentina cansados por un día de caminatas y aventuras que habían agotado a mi acompañante hasta el punto de sólo desear tirarse a la cama para poder dormir. Cuando estuvo acostada, me llamó con quejidos y me invitó a acostarme con ella, teniendo que negarme a su petición por no sentir fatiga.

—Ve hacia la sala y prende la televisión si quieres —se despidió con un tono perezoso, recibiendo un beso de buenas noches de mi parte, quedando luego completamente dormida.

Yo, intentando no hacer ruido, tomé la pequeña maleta donde estaban guardadas mis cosas personales y me fui hacia el sofá, prendiendo la luz para buscar algo con qué entretenerme, pues no quería interrumpir el sueño de mi anfitriona con el sonido del televisor. Abrí la cremallera y busqué en su interior algo interesante, encontrando en ella el diario, lo que me recordó que era tiempo de seguir leyendo sus páginas. Lo abrí con delicadeza y comencé a pasar las hojas buscando el siguiente sueño, hasta encontrarlo, y comencé a leer.

“Día 10— De marcas permanentes

Hoy en el colegio fue una mujer a hablarnos sobre el medio ambiente, la cual era muy bonita. Sus ojos eran verdes, su piel muy blanca y su cabello rubio, lo que hizo que fuese el centro de admiración en el colegio. Cuando se puso de pie frente al salón todos los niños se quedaron en silencio mientras la miraban y yo, sin entender su comportamiento, intenté encontrar en ella algo interesante que mirar.

La mujer hablaba de manera tranquila mientras movía sus manos, las cuales comencé a detallar porque en una de ellas tenía una marca negra que parecía ser un rayón. Cuando terminó de hablarnos, contestó todas nuestras preguntas y nuestra maestra nos dejó salir al descanso, haciendo que todos los de mi clase salieran corriendo por la puerta del salón. Pero yo quise quedarme en el salón para poder hablar a solas con la mujer. Cuando todos salieron yo la alcancé y la saludé, preguntándole por el rayón. Ella me sonrió y luego me mostró su mano dejándome ver que era un dibujo de una mariposa que estaba permanente en su piel y que, según ella, nunca se borraba. Me dijo que el nombre de esa marca era “tatuaje” y que tenía que ser mayor para hacerlo o, si quería hacérmelo ya, necesitaba el permiso de mis padres.

Yo llegué a mi casa y fui directamente a donde mi mamá para preguntarle si podía hacerme el rostro de mi dibujo animado preferido en una de mis mejillas, recibiendo un grito, luego de decirme que nunca más se me ocurriera volver a pensar en ello. Yo, algo decepcionada, subí a mi habitación y me encerré, acostándome en mi cama y comenzando a pensar en el cómo sería tener un tatuaje.

Vi que mi mejilla tenía la cara de mi dibujo animado preferido y que, al ir al colegio, era la envidia de todas las niñas porque mis padres me habían dejado tener un tatuaje que podía lucir toda mi vida. El chico más atractivo de mi escuela se había acercado a mí y me había hablado durante todo el descanso, admirando mi impresionante tatuaje. Luego me invitó a salir a comer un helado y me tomó de la mano mientras las otras niñas de mi colegio me miraban sorprendidas porque estaba con él. ¡Todo había comenzado a ser un sueño! ¡Ahora era popular!”

Cerré el libro y encendí la televisión. Puse el volumen bajo. Había muchas cosas que tenía que reflexionar. Sobre todo, Valentina. Tenía que desenvolverme con las conclusiones que pudiese sacar sobre su identidad. Así estuve durante un tiempo, hasta que el cansancio comenzó a vencerme. Mis ojos se cerraron, cada vez con más intensidad y comencé a enfocarme en ideas vagas, en experiencias cotidianas, en episodios sencillos que me dieran calma.

Capítulo 26

Una señal en mi viaje

La luz del Sol golpeo con fuerza mi párpado haciendo que el brillo de la cálida luz me despertara por la mañana. Miré a mi alrededor notando que me había quedado dormido en el sofá, acomodándome en él mientras frotaba mis ojos para lograr desperezarlos.

—Miguel ¿tú tienes hijos? —Me preguntó con un tono acusador, Valentina.

La busqué por la sala, encontrando que estaba apoyada en el muro que daba al pasillo, con un libro en la mano.

—¡Claro que no! —Le respondí, mientras continuaba aturdido por el residuo de sopor que permanecía en mi cuerpo, y luego pregunté —¿Por qué lo dices?

Ella se acercó a mí y me mostró el libro, viendo que tenía en sus manos el Diario de un Sueño. Yo la miré ofendido creyendo que había esculcado mis pertenencias hasta que recordé que el sueño me había invadido cuando todavía tenía el diario en mis manos.

—Lo encontré en el suelo esta mañana y me ha llamado la atención —me explicó mientras volvía a abrir sus páginas.

Comenzó a sacar los dibujos y mensajes que me habían dejado mientras transcurría mi aventura, los cuales iba acomodando entre sus páginas con el deseo de encontrar alguna relación.

—Estas hojas son las que más me han llamado la atención, sobre todo porque has recibido una en este mismo apartamento —exclamó mientras analizaba cada una de las cosas que había encontrado.

Yo, pensativo, comencé a ver un interés natural en algo que parecía ser desconocido para ella, confundiendo mis ideas.

—¿No reconoces ese diario? —Le pregunté siendo fiel a mis conclusiones.

—¿Por qué debería de conocerlo? —Reprochó clavándome una mirada— lo único que encuentro familiar es el dibujo que recibiste ayer, nada más. Ni

siquiera logro entender su contenido. ¿Es español?

Yo asentí, respondiendo su pregunta, convencido con su honestidad y permanecí en silencio mientras veía que todos mis esfuerzos por encontrar a la autora habían vuelto a caer, volviendo a un inicio vago que parecía oscuro y el cual, sin intenciones, me negaba un camino.

—¿Qué es, Miguel? —Me preguntó curiosa Valentina mientras caminaba para sentarse a mi lado.

Yo, con un poco de duda, comencé a hablar sobre el inicio de mi historia y a confesar todas mis aventuras mientras seguía los sueños que estaban reflejados. Fui honesto con su origen y reconocí que podía estar haciendo algo descabellado, pero hablé de las cosas maravillosas que habían sucedido. En vez de llamarlo diario, lo nombré “regalo” y con ello expliqué cada uno de los lindos sucesos que había experimentado sólo por permitir que mi vida fuese guiada por sueños infantiles. Le conté mis intenciones de encontrar la autora, le hablé sobre las diferentes pistas que había encontrado con el transcurso de mi viaje, le confesé que había sospechado de ella, por tener una naturaleza espontánea, y fui completamente sincero al decir que mis intenciones ahora estaban nubladas porque no tenía nada con qué continuar mi búsqueda.

—No todo está perdido —exclamó interrumpiéndome.

Miré su mano y con ella sostenía la hoja que versaba “Cantas Estupendo” mientras la miraba detenidamente.

—¿No notaste que las arrugas de esta hoja están alineadas? Es como si la hubiesen humedecido conscientemente —me explicó.

Lamió su dedo y lo puso sobre una parte de la hoja, saboreándolo después.

—¡Limón! —Me dijo emocionada.

Yo la miré con duda mientras intentaba entender a qué se refería.

—¿Nunca hiciste este experimento? —Me preguntó mirándome mientras sus ojos me mostraban una emoción infantil— cuando era pequeña me lo enseñaron en mi colegio y era increíblemente divertido. Durante todo el año nuestras amigas y yo nos mandábamos mensajes ocultos para que nadie se enterase de las cosas que nos decíamos.

Se paró del sofá y caminó hacia la cocina, trayendo luego con ella una vela y una caja de fósforos, encendiendo con ánimos la llama. Tomó la hoja con cuidado y la puso sobre la vela, haciendo que yo me preocupara por perder una pista y le agarrara la mano mientras la miraba con ojos enojados. Ella me devolvió una mirada de tranquilidad y me sonrió.

—Tranquilo, no la voy a quemar. El truco es que el mensaje que está

escondido en la hoja, hecho con jugo de limón como tinta, se descubre si le aplico calor —Me mostró la hoja señalándome un pedazo de algo que había aparecido en ella— si mi memoria no me falla, esto pasa porque el ácido del limón tiene un nivel de combustión más alto que el de la hoja de papel, haciendo que, al aplicar el nivel correcto de calor, las letras sobresalgan.

Se rio emocionada y volvió a poner la hoja sobre la vela mientras pasaba el papel delicadamente por su llama. Cada vez que una parte del papel recibía calor, un pedazo de algún tipo de letra aparecía en la superficie blanca, descubriendo una pista que había estado escondida. Valentina continuó haciendo esto hasta que se completó el mensaje, poniendo la hoja de papel sobre la mesa y leyendo en voz alta una serie de números sin sentido. Yo, interesado en lo que mi amaba había descubierto, tomé la hoja y leí en ella una secuencia sin sentido de números que se separaban en grupos de cuatro y que se intervenían algunas veces con letras.

“1123 en 4322 2232 que 7421 0000 6522 que 5343”

—¿Qué se supone que quiere decir esto? —Le pregunté mientras intentaba hallarle un significado.

Ella negó con su cabeza, tomando la hoja con la mano y volviendo a revisarla.

—Lo único que se me ocurre es que puede ser una ecuación matemática, aunque no te sabría decir con certeza qué es —exclamó pensativa.

Yo tomé mi celular y le marqué a Juan, siendo consciente de que era muy temprano donde él se encontraba. El ritmo que indicaba que el celular estaba repicando sonó durante un tiempo prolongado, hasta que la llamada fue contestada.

—¿Quién es? —Preguntó una voz femenina.

Yo, asustado por no ser atendido por Juan, devolví la pregunta.

—¡Venga tío! ¿No ves la hora que es? —Me respondió con el común acento español.

—¿Isabel?

Luego de preguntar con sorpresa, escuché al fondo la voz de Juan que hablaba con tono enojado mientras le decía a su acompañante algo que no logré entender.

—¿Miguel? —Preguntó un poco nervioso y luego dijo— discúlpame Miguel, no quería que te enteraras así.

Yo reí mostrándole tranquilidad.

—No hay problema Juan, eso me alegra —dije con voz tierna, agravando luego mi tono para decir— Pero lo que me hace llamarte es bastante urgente Juan, necesito saber si el ingeniero de sistemas de la empresa puede ser contactado a esta hora, porque necesito saber algo de manera muy urgente.

Juan permaneció callado, como comúnmente lo hacía mientras pensaba.

—Lo cierto es que no —exclamó con sinceridad, pero añadió— aunque en la empresa está trabajando a esta hora un practicante, que fue recomendado por el ingeniero, el cual se está encargando de hacer mantenimiento a toda la plataforma virtual Miguel, puedes llamarlo a la empresa, que debe contestarte.

Yo le agradecí y colgué la llamada apresuradamente, para no volver incómoda la situación que había acabado de vivir con Isabel. Miré el teclado de mi celular y marqué con él el número de la empresa, especificando la extensión, apoyándolo de nuevo en mi oreja. La llamada repicó hasta que una voz joven saludó con un sencillo “diga”, mostrando una terca informalidad en la atención que debía presentar al recibir una llamada empresarial.

—¿Con quién tengo el gusto de hablar? —Pregunté intentando encontrar en sus intenciones algo más que la realización de un deber.

—Con Andrés Velásquez ¿con quién hablo yo?

—Habla con Miguel Castañeda.

Un silencio incómodo inundo la llamada, dejándome escuchar una respiración nerviosa.

—Disculpe señor, no sabía que era usted.

Yo intenté evitar cualquier tipo de halago o explicación sugiriéndole que me permitiera ser directo con el tema a tratar, quedándose completamente en silencio, mientras me indicaba que estaba dispuesto a escuchar.

—¿Eres bueno en matemáticas?

—Sí señor.

—Toma esto como una prueba. Si eres capaz de darme una respuesta acertada haré que te contraten. Tengo una serie de números y letras y necesito hallar en ellos el significado lógico. ¿Crees que puedes hacerlo?

Igual íbamos a contratarlo. Siempre lo hacíamos.

El joven afirmó alegre y yo comencé a dictarle el mensaje escrito en la hoja, aclarándole su orden y agrupación. Andrés, luego de anotarlos, permaneció en silencio unos minutos mientras murmuraba cosas que parecían ayudarlo a concentrarse en resolver el acertijo.

—Señor, con todo respeto, estos números tienen una secuencia lógica matemática, pero no significa nada —despejó su garganta y continuó— en lo

personal, creo que en vez de números es un juego de palabras.

—¿Un juego de palabras? ¡Explícame!

—Mire, cada grupo contiene una cantidad de elementos que se respeta en todos los casos, eso quiere decir que cada grupo indica una palabra.

—¿Y cómo podría encontrar esa palabra?

—Es fácil, necesita un libro en específico para poder realizarlo, un libro que usted debe tener para poder solucionar el acertijo.

—Si poseo el libro ¿qué más debo hacer?

—Como son números menores, descarto la posibilidad de que se refieran a páginas. Eso sólo deja una posibilidad: el primer número indica un capítulo, el segundo el número de párrafo...

—¿El tercero el orden de una oración y el cuarto el de una palabra?

—¡Exacto!, lo que les daría sentido a las palabras “en” y “que” que aparecen en la secuencia, siendo estas seguramente el complemento de la oración que se formaría gracias a las palabras que encuentre en el libro. La última incógnita que quedaría por responder sería el sentido del grupo de cuatro ceros, ya que obviamente no puede referirse ni a un capítulo, ni a un párrafo, ni oración o a una palabra en específico. Yo creo que es una especie de espacio que tendrá su uso cuando descifren el mensaje.

Miré a Valentina satisfecho de lo que había descubierto, la cual se encontraba confundida mirándome mientras intentaba entender algo de lo que decía.

—Andrés, dile a Juan que yo te contraté —le dije y luego añadí— muchas gracias, has hecho un excelente trabajo.

El hombre siguió agradeciéndome hasta colgar la llamada, permaneciendo al frente de Valentina, la cual me pedía una explicación con su mirada. Tomé una hoja y comencé a nombrar cada una de las cosas que Andrés me había explicado, haciendo que Valentina se levantara con prisa del sofá, corriera hacia su habitación y trajera consigo una libreta y un bolígrafo que puso sobre sus piernas. Tomó el diario y comenzó a buscar las palabras en él, mientras anotaba en su libreta con dificultad lo que iba encontrando. Luego de permanecer concentrada unos minutos, me miró satisfecha y me estiró su libreta.

—¿Esto tiene sentido para ti? —Me preguntó mientras me la entregaba.

Yo tomé la libreta con mis manos y ojeé las palabras que estaban puestas sin razón aparente, las cuales decían “Escribiré en sería como que me. Los que mi”. Yo negué con mi cabeza mientras hacía una mueca, haciendo que

Valentina se molestara.

—¿Qué falta entonces? —Preguntó con desespero mientras se paraba del sofá.

—Talvez esos números no significan nada —exclamé un poco decepcionado de no poder encontrar ningún sentido en lo que estábamos buscando.

Ella se quedó mirándome un poco pensativa mientras cubría su boca con su mano, como una señal inconsciente que mostraba que estaba concentrada.

—Estas pistas te han ido llegando cada vez que cumples un sueño ¿no? —Preguntó mientras se acercaba a mí —eso indica que su autora tuvo acceso de alguna manera al diario y está siguiéndote los pasos mientras te observa. ¿Por qué lo hace?

Yo permanecí en silencio mientras ella seguía intentando entender algo que yo no había podido responderme desde el comienzo de mi aventura.

—Para que una persona recuerde con exactitud lo que escribió en su infancia debe de haberle dado mucha importancia a ese algo. Si ese es un diario donde ella escribía sus más grandes deseos y está siguiéndote, teniendo la oportunidad muchas veces de hacer contacto contigo para reclamarte el diario, las razones por las que continúa en el anonimato son obvias ¿no crees?

Yo me sorprendí mientras la miraba sorprendido. ¿Cómo es que había adivinado en solo unos minutos las razones que yo no había podido determinar en semanas?

—¿Cuáles razones? —Le pregunté mostrándole que no sabía a qué se refería.

—Pues es evidente que la autora quiere que tú realices sus sueños, Miguel, ya que parece que tienen un significado para ella —me explicó y luego añadió — el único camino ahora es terminar el diario intentando lograr respetar su orden como lo has hecho, pues sólo de ese modo ella pudo contactar contigo.

Yo permanecí en silencio mientras pensaba en todo lo que estaba pasando de manera tan sorprendente. Cada una de las cosas comenzaban a conectarse. La mujer que había sido la protagonista de estos sueños quería que yo los realizara por alguna razón y estaba empeñando su esfuerzo en que continuara haciéndolo sin saltarme ningún capítulo. Valentina había logrado responderme algo que era adecuado para darme los ánimos suficientes de continuar siguiendo al pie de la letra las diferentes aventuras que, desde hace unas semanas, habían marcado mi vida, dándole al diario el significado próximo de la palabra “esperanza”. Sólo obedeciendo a esas páginas estaba logrando llenar mi vida de amor, amistad y humildad.

Nuestros estómagos nos avisaron que habíamos alcanzado ya una gran cantidad de tiempo sin comer nada, motivando a Valentina a preparar un pan con mermelada que acompañó gustosa con un buen café, lo cual me confortó bastante mientras lo consumía en compañía de la mujer que amaba. Después de terminar en silencio el ligero desayuno, ella permaneció a mi lado, mirándome, y me robó un beso mientras estaba distraído mirando por la ventana. Yo encontré su tierna mirada con mis ojos, los cuales lograron que mis ideas se acallaran, recordando el siguiente paso que debía dar. Dije su nombre, llamando su atención, y ella me miró curiosa.

—Dime, Miguel —me dijo con ternura y añadió —¿qué pasa?

Yo comencé a reír con carcajadas, haciendo que ella sonriera mientras sus ojos se mostraban confusos. Yo paré de reír, la miré a los ojos y acaricié su mejilla derecha.

—¿Quieres acompañarme a hacerme un tatuaje?

Capítulo 27

Locuras programadas

En el transcurso de la mañana nos alistamos mientras mis ideas se concentraban en decidir algo significativo para tatuar en mi cuerpo permanentemente, pues este tipo de acciones nunca las había considerado en un pasado. Valentina, mientras preparaba algo de comer para la hora de almuerzo, me gritaba ideas desde la cocina, desde tatuarme mi nombre hasta hacer algo artístico que representara a mis padres, confundiendo mi trabajo hasta el punto que decidí elegir de manera espontánea, cuando estuviese en el lugar donde iba a tatuarme, lo que deseaba tener en mi piel.

—No se trata de hacerlo porque sí, Miguel, es algo significativo que debes mostrar orgulloso —me reprochaba, mientras insistía con sus ideas— intenta buscar algo que signifique mucho para ti, algo que sea digno de ser representado durante toda tu vida.

¿Qué era significativo para mí? Aparte de mis padres y Juan, nunca había sido un hombre de amistades, pues siempre recibía la mano de hombres que actuaban de acuerdo a sus intereses. No podía reprochar que mi vida hubiese sido solitaria, pues mis más grandes logros fueron alcanzados exactamente porque mi tiempo había sido dedicado exclusivamente a cumplir mis expectativas. No tenía hijos a quien amar y apenas estaba comenzando a conocer una mujer que era capaz de complementar mi vida. Toda mi vida había sido un círculo vicioso de expectativas y logros mientras me olvidaba de los otros, entregando mi esfuerzo sólo a mi provecho y siendo generalmente egoísta con mis riquezas, reprochándole al mundo la vida que había tenido que sacrificar para alcanzar algo que apenas lograba hacerme sonreír. Pero ahora, desde que mi vida encontró significado con el diario de sueños, cada uno de los días que seguía dichoso en él se convertían en una experiencia única que lograba complementar mi alma con tierna humildad. Con el diario había conocido la verdadera amistad, el verdadero amor y la más magnífica esencia

que significaba ayudar.

—¡Ya sé qué voy a tatuarme! —Grité mientras mis ideas respondían mi duda.

Valentina asomó su cabeza por la pared mirándome curiosa mientras sonreía, preguntándome con fisgoneo un sonoro “¿qué?” mientras sostenía con su mano unos cubiertos.

—Quiero algo que represente los sueños —exclamé mientras pensaba en algo preciso.

—¿Te vas a tatuar una oveja? —Me preguntó en broma.

Yo la miré mientras intentaba retener mi risa, actuando una mirada seria, pero el regocijo de Valentina me contagió, acompañando su broma mientras miraba la curiosa costumbre de cerrar sus ojos, que mi amada tenía, al reírse.

Luego de comer un presentable plato de pastas que con esmero había hecho Valentina, salimos del apartamento y nos dirigimos hacia un lugar, que conocía mi acompañante porque se encontraba cerca de su apartamento, que mostraba disimuladamente un letrero que en inglés versaba “Tatuajes”, entrando en él mientras era guiado por la mano cariñosa de mi pareja. Un joven que tenía su brazo repleto de diferentes marcas de tinta, nos saludó con frialdad mientras nos invitaba a sentarnos, para esperar que el contemporáneo artista preparara sus pinceles para utilizar mi piel como lienzo. El espacio era reducido, un poco frío y solitario y estaba adornado con imágenes impresas de diferentes bandas de música que desconocía. La recepción era un mueble de madera que estaba al lado de una puerta que regulaba su entrada con una cortina de color negro que dejaba ver un pasillo oscuro que se iluminaba con una tenue luz.

—¿Ustedes son los siguientes? —Nos preguntó un hombre que había acabado de salir del pasillo.

Yo lo miré y le asentí, siendo invitados a pasar. Caminamos por la cortina y seguimos el pasillo encontrándonos con un salón pequeño donde el hombre, de cabello largo oscuro, nos esperaba sentado en una banca. Nos acercamos a él y con agrado se presentó, diciendo, con una voz grave, su nombre “Tom” mientras recibía el nuestro con similar gusto mientras nos invitaba a tomar unas sillas para sentarnos junto a él.

—¿Quién es el afortunado? —Preguntó mientras tomaba una hoja y un lapicero.

Valentina me señaló mientras sonreía y el clavó su mirada en mí, preguntándome algunos datos personales que sin cautela di, entendiendo que era un procedimiento necesario. Luego de unos minutos, me hizo firmar un

acuerdo, aclarándome los riesgos que significaba tatuarse, y yo recibí sus recomendaciones, aceptándolas con mi firma.

—¿Qué quieres tatuarte? —Me preguntó con un tono calmado.

Yo comencé a explicarle mis deseos de representar con algún símbolo la palabra “sueños” mientras él me escuchaba, asintiendo con su cabeza para indicarme que entendía mis requerimientos.

—Varias personas —comenzó a explicarme— vienen con el deseo de representar con algún símbolo a sus seres queridos. Generalmente usan símbolos o letras de lenguas extranjeras, pero la selección más común, por ser tradicional y poco extravagante, son los “kanjis” de la lengua japonesa.

Extendió su mano y me entregó un libro, que había tomado de un cajón de su escritorio mientras hablaba conmigo. Yo lo abrí y vi cientos de diferentes grafemas, separados por márgenes oscuras, que se organizaban en grupos, versando en inglés su significado en la parte inferior de cada imagen. Di una ligera pasada por sus páginas, notando que todos tenían como significado una gran variedad de nombres propios que estaban ordenados en orden alfabético.

—Ese es el libro de donde generalmente las personas sacan sus tatuajes. ¿Te gusta? —Me preguntó mientras continuaba con su tranquilidad.

—Sí, pero no he visto ninguno que signifique lo que quiero.

—Ese era el punto que quería dejarte claro. No tengo ningún libro que contenga esa palabra.

Yo miré un poco decepcionado a Valentina, intentando encontrar su mirada, pero noté que ella estaba concentrada en una pequeña biblioteca que estaba justo al frente de nosotros, apoyada en una esquina.

—¿Qué es eso? —Preguntó mientras se ponía de pie y comenzaba a caminar hacia la estantería.

El hombre la siguió con su mirada, viendo cómo tomaba una libreta de notas y la abría, mostrando en su rostro sorpresa.

—¿Este qué significa? —Preguntó mientras miraba una de sus hojas y añadió —no entiendo lo que dice aquí.

El hombre se puso de pie y tomó la libreta algo intrigado, la repasó en totalidad y luego llamó con un grito al recepcionista, haciendo que este llegara.

—¿De dónde sacaste esta libreta? —Le preguntó mientras se la mostraba.

—La trajo una mujer esta mañana diciendo que la habías olvidado en un bar.

—No es mía —explicó Tom mientras la ponía sobre su escritorio.

—Pues se habrá confundido, vótala si quieres —dijo el hombre alejándose por el pasillo.

Valentina me miró un poco confundida, se acercó a mí y se sentó a mi lado, acercando sus labios a mi oído.

—¿Una mujer? —Susurró —¿no te parece extraño, Miguel?

Yo asentí con la cabeza, viendo como Tom permanecía de pie pensativo. Valentina estiró la mano y volvió a tomar la libreta, abriéndola de nuevo en la página que antes había visto.

—Estas palabras... —murmuró mientras se forzaba por entender— parecen español.

Me estiró la libreta mientras me miraba, haciendo que yo la recibiera, abriendo sus páginas para ver su contenido. En un fondo blanco estaba trazado un carácter japonés cuidadosamente organizado, respetando su estética, el cual era bastante atractivo a mis ojos. Debajo de él, escrito con unas letras que reconocía, había un apunte hecho a mano. El lugar donde estaba ubicado dejaba entender que había sido puesto ahí para especificar el significado del símbolo, versando con un sutil trazo una frase. Miré a Valentina y le susurré su significado, haciendo que me mirara sorprendida, y luego me paré de mi silla, dirigiéndome hacia Tom.

—Quiero este —le dije mientras le entregaba la libreta.

Me miró confundido, volviendo a revisar su contenido.

—Pero no sabes lo que significa —exclamó mientras intentaba convencerme.

—Sí lo sé —le dije, mirando una duda inconforme en la mirada de Tom y luego expliqué— abajo del símbolo hay unas letras que dicen su significado en español, lo cual se traduciría como “nunca dejes de soñar”.

—¿No te parece extraño, Miguel? —Me preguntó mientras salíamos del local.

Yo asentí con mi cabeza mientras me tocaba impaciente el lado derecho de mi dorso, donde estaban doliéndome los finos trazos del tatuaje.

—¿Cómo supo que era aquí donde íbamos a tatuarnos? —Volvió a reprochar mientras caminábamos por la acera.

—Este es el lugar, más cercano a tu apartamento, donde tatúan. Si yo estuviese siguiendo a alguien y supiese que iba a hacerse un tatuaje, se me hubiese ocurrido la misma idea —Intenté dar una explicación.

Ella encontró mis ojos mientras me daba su aprobación con una inocente mirada.

—Por cierto, Valentina —le dije un poco confuso y luego pregunté —¿a dónde vamos?

Ella sonrió mientras arqueaba sus delicados labios, inflando con gracia sus mejillas.

—A un lugar que quería mostrarte —exclamó, mientras alzaba su mano para llamar un taxi.

El auto paró delante de nosotros y, empujándome, me hizo entrar en él, cerrando la puerta después de acomodarse en su silla, diciendo con su delicada voz “por favor a Hampstead”, haciendo que el auto comenzara a andar.

—¿Viven allá? —Nos preguntó el taxista con una voz taciturna.

—Eso quisiéramos —contestó Valentina mientras reía, mirándome luego para explicarme —es el barrio más lujoso de Londres, Miguel, vamos a ir a su parque. ¡Es inmenso!

Yo agarré su mano regalándole un afectuoso gesto y le besé la mejilla, haciendo que ella se recostara en mi hombro y cerrara los ojos. Yo pasé mi mano sobre su cabeza y le agarré delicadamente el hombro, abrazándola. Ella levantó levemente su rostro hasta que sus labios quedaran justo al lado de mis oídos.

—No sabes cuánto te amo, Miguel —susurró— y ahora mismo no quiero que este día termine, porque no sé si mañana estarás a mi lado. Tengo miedo que cuando termines tu viaje no tengas más razones para quedarte junto a mí.

Yo encontré su mirada y bajé mi mano para alcanzar la suya, sujetándola con un delicado apretón.

—No intentes encontrar mi corazón con tus palabras cuando sólo bastó tu sonrisa para tenerlo junto a ti, Valentina —con mi otra mano acaricie su pelo, acomodando su mechón en la oreja— porque lo único que es cierto, es que de todos los sueños tú eres el único que no quiero finalizar.

Ella dejó escapar una lágrima por su ojo derecho mientras su lado izquierdo comenzaba a humedecerse. Acercó sus labios a mi boca y con un dulce impulso me besó mientras sus manos me abrazaban, olvidándonos del mundo mientras nuestras emociones se escapaban por el dulce mimo. El taxista despejó su garganta.

Luego de un viaje largo el taxi paró en una esquina que regalaba a lo lejos un campo verde, embellecido con árboles de todos los tamaños. Pagué dichoso lo que debíamos y fui llevado de inmediato de la mano de Valentina, alcanzando un camino señalado por la grama pelada, cansada del caminar de

la cantidad insoportable de visitantes. El parque de Hampstead lograba que sus invitados se olvidaran dichosos de la ciudad mientras ofrecía, a todo color, flores que se escapaban juguetonas por las copas de los árboles mientras el viento levantaba sus hermosas compañeras haciendo que el suelo se coloreara de diversas tonalidades. Una gran variedad de lagos embellecían el paisaje, logrando cautivar a múltiples nadadores que se sumergían en sus aguas. Acompañados por el canto gritón de innumerables pájaros. Cruzamos un atractivo puente que nos ofrecía una vista más cercana del maravilloso matiz que las ramas de los arbustos trazaban en el aire con el correr del viento. Nuestros ojos comenzaron a confundir su atención, corriendo con ligereza nuestra vista mientras centrábamos nuestro mirar a la abundante belleza.

—Es uno de los paisajes más lindos que he visitado —opiné mientras caminábamos cerca del lago —este tipo de tranquilidad es ensordecidora.

Valentina sonrió mientras halaba mi mano hacia el lago, acercándonos a una rampa que utilizaban los nadadores para poder entrar en picada a sus aguas.

—¡Nademos! —Me propuso con tono bromista.

Yo negué con mi cabeza mientras abría mis ojos, haciendo que ella soltara mi mano, caminara hacia una de las rampas y comenzara a dar pasos cuidadosos en ella.

—¡Vas a caerte! —Le advertí mientras me aproximaba.

Ella comenzó a reírse con un tono juguetón, iniciando luego un baile mientras tarareaba en tono travieso, haciendo que yo me preocupara y comenzara a insistirle con seriedad que descendiera de la rampa.

—¡No me voy a caer! ¡No me voy a caer! —Cantaba, acompañando su alegría con un absurdo baile, y luego añadió— ¡Miguel no me alcanza! ¡Miguel no..!

Su voz se interrumpió porque su pierna se había deslizado por la humedad de la superficie, haciendo que callera al lago. Quise saltar detrás de ella, pero recordé las recomendaciones del tatuador, que me prohibía por cualquier medio entrar al agua. Uno de los nadadores, al ver mi preocupación, saltó en su búsqueda, parando su socorro al ver la cabeza de Valentina emergiendo del agua.

—¡No puedo hacer nada! —Le confesé, señalando el tatuaje.

Valentina estaba riendo. Yo me acerqué al borde del pequeño muelle y encontré su mirada, viendo cómo movía sus manos para nadar, y con una gentil inocencia arqueó sus ojos, burlándose de ella misma.

Después de que saliera del lago, con todo su ropaje totalmente humedecido, uno de los nadadores le prestó su toalla para que pudiese secar parcialmente sus prendas. Comenzamos a caminar, mientras nos reíamos de lo sucedido, pero Valentina comenzó a quejarse de la humedad de su ropa, diciendo a viva voz que quería volver a su apartamento. Con sus deseos como guía tomamos un taxi, llegando a su hogar luego de un largo viaje. Entramos por la puerta de su modesta vivienda e inmediatamente corrió por el pasillo de su hogar, encerrándose en su habitación; diciendo, mientras daba sus ligeros pasos, que me sintiera digno de confianza para hacer lo que gustara. Yo, viéndome parado allí, fui hacia el sofá, sentándome cuidadosamente en él teniendo cuidado de no lastimarme la herida que había provocado hacerme el tatuaje. Cuando me acomodé gustosamente en sus cojines estiré la mano para tomar el control remoto del televisor, parando mi acción porque mi atención se concentró en el diario. Dejé el mando donde lo había encontrado y sujeté el conocido libro, abrí sus páginas buscando el día que correspondía seguir y leí su contenido.

“Día 11— Por lugares inexplorados

Hoy estaba en el salón pensativa cuando algo que dijo mi maestra, mientras nos daba la clase de historia, me llamó la atención. Estaba enseñándonos sobre el descubrimiento de América, cuando de repente uno de mis compañeros alzó la mano y preguntó si había lugares en el mundo que todavía no fuesen pisados por el hombre, teniendo como respuesta de mi maestra un “no” explicándonos que todos los lugares estaban habitados.

¿Qué pasaría si hubiese un lugar en el mundo donde el hombre nunca hubiese ido? Que en vez de visitar las grandes ciudades de las que hablaban las niñas con más dinero de mi colegio, estuvieses completamente solo en un lugar para ti. Nadie se burlaría de ti por tener un corte de cabello pasado de moda ni nadie se encargaría de hacerte llorar porque eres “rara”. Todo sería mucho más lindo, mucho más sincero.

Luego de salir de clases, caminé con prisa y llegué a mi casa. Entré en mi habitación y me encerré. Me acosté en la cama y comencé a pensar en las infinitas posibilidades que tenía para poder estar sola en un lugar que fuese desconocido para todos. Mi padre me había dicho una vez que un famoso de la televisión había comprado una isla para él mismo, así que quise imaginarme cómo sería tener una isla que fuese mía.

Estaba sentada en una casa de madera junto al mar y nadie estaba a mi lado para molestarme. Mi isla era pequeña pero tenía todo lo que podía

necesitar. Mis revistas, mi televisión, una nevera repleta de postres y una mascota. Mi mascota se llamaba “Nino” y era un mono que vivía cerca de mi casa en una palmera. Nino, cada vez que me visitaba, me traía alguna fruta que conseguía entre los árboles de la isla, siendo mi mejor amigo. Nos metíamos juntos al mar y caminábamos por la playa mientras recogíamos caparazones de caracoles y poníamos nuestras orejas en ellos para escuchar el sonido del mar.

Cada vez que quería visitar a mis padres, tomaba un avión e iba a mi casa para estar con ellos, llevándole regalos de mi isla y haciendo que se alegraran. Algunas veces los dejaba entrar y quedarse conmigo una tarde, pero antes de que anocheciera se tenían que ir para yo poder dormir a solas en mi cama gigante. ¡Todo era como siempre había soñado! ¡Mi vida era un sueño!”

—¿Y? ¿Qué decía? —Me preguntó Valentina mientras me miraba desde atrás. Se estaba pasando una toalla por su pelo húmedo.

Yo la miré un poco sorprendido por su presencia, explicándole el contenido del sueño.

—¡Ese sueño es imposible de realizar! —Exclamó con tono escéptico

Yo hice una mueca, cerré el diario y comencé a pensar en alguna posibilidad de cumplir el sueño. ¿Cómo era posible encontrar algún lugar inexplorado? En sueños infantiles, cuando nada en ellos tiene lógica, las cosas se simplificaban porque la única limitación era la realidad, pero en el mundo de las verdades no había cavidad para la fantasía. ¿Cómo iba a lograr realizar el sueño y seguir mi camino si la posibilidad de hacerlo se veía limitada a la imaginación audaz de su autora? El único camino ahora era encontrar la forma de modificarlo a la realidad, como había hecho con el sueño que me invitaba a volar, y cumplir mi camino sin hallar obstáculos.

—¿Por qué no viajas a un lugar que no sea muy visitado? —Me preguntó Valentina, notando que las dudas habían logrado preocuparme, y añadió — supongo que podrías decir que visitaste algo que casi nadie conoce, ¿no sería parecido a explorar algo nuevo?

Su pregunta acalló mis ideas contestando mi urgencia y haciéndome sonreír.

—¡Tienes toda la razón! —Le dije mientras me levantaba con ánimos y le daba un beso.

—¿Qué piensas hacer? —Me preguntó intrigada.

—¡Empaca tus maletas! —Grité, mientras iba con paso alegre hacia la habitación, y luego, parando para poder encontrar su mirada, añadí —

¡Viajaremos al país menos visitado del mundo!

Capítulo 28

La frontera de un país olvidado

Luego de pasar una apresurada noche junto a Valentina, abrí los ojos, muy temprano en la mañana, porque los nervios habían invadido mi cuerpo y no querían dejarme dormir. Me senté en la cama, sintiendo un pequeño ardor en la parte donde tenía el tatuaje. Miré a Valentina que continuaba dormida, haciendo que me levantara con cuidado y fuese al baño. Me lavé el rostro, lográndome quitar la pereza, y salí de la habitación, para caminar por el pasillo. Llegué a la cocina y me serví un poco de agua, mientras miraba por todo el apartamento buscando algo curioso que hacer, pero al ver mi celular sobre la mesa, quise intentar responder la pregunta que torturaba mis ideas. Fui hasta donde se encontraba y lo tomé para llamar a Juan, pues dentro de todas las personas que conocía, él era el que más disfrutaba viajar. El teléfono repicó, pero un quejido de Valentina, que resonó desde su habitación, me hizo colgar la llamada, considerando que el sonido de mi voz la podía despertar. Tomé una hoja de papel que encontré encima del comedor y anoté en ella un mensaje que decía “Fui a comprar el desayuno”, dejándoselo a ella para tener una excusa que le explicara mi ausencia. Luego de alistar las cosas, vistiéndome con algo ligero y tomando mi cartera, salí del apartamento mientras sostenía mi celular con la mano. Alcancé el primer piso y presioné el botón que activaba la llamada, escuchando cómo repicaba el teléfono de nuevo.

—Juan ¿ya estabas dormido? —Le pregunté mientras comenzaba a caminar por la acera.

—No, estaba organizando unas cosas en la empresa ¿Cómo estás?

Comenzamos a hablar sobre mis planes e intenciones. Le conté de manera superficial sobre Valentina y luego, de una agradable charla, le pregunté sobre sus viajes. Mientras escuchaba sus opiniones sobre algunos países le formulé la pregunta “¿cuál es el lugar menos visitado del mundo?” siendo preciso con

mi requerimiento. Él permaneció en silencio durante un momento y luego comenzó a murmurar algunos nombres de ciudades e información, los cuales iba recordando a la par que su memoria comenzaba a ponerse a prueba. Le precise que tenía que viajar y que iba acompañado de Valentina.

—Lo cierto es que es algo difícil de responder Miguel —exclamó con sinceridad y continuó— los índices de turismo generalmente no soy confiables, porque tienden a ser manipulados para evitar una mala imagen. Lo cierto es que no sé...

Se quedó en silencio un momento, dejando que el sonido de mis pasos fuese evidente.

—Acabo de recordar algo que leí hace unos meses —exclamó —era una noticia de una isla, cerca de Australia, y decía que era uno de los países más olvidados por el turismo, algo que era paradójico, pues la noticia se centraba en que estas islas tenían el atractivo de ser el primer lugar habitado, del mundo, en recibir el nuevo año.

—¿Cómo se llama el país? —Le pregunté ansioso mientras doblaba una esquina.

—Si recuerdo bien, creo que el nombre es “Kiribati”, pero puedo estar equivocado. Déjame termino de hacer algo, Miguel, y te ayudo con lo que quieres hacer. ¿Está bien? —Me dijo un poco atareado.

Yo acepté sus requerimientos y colgué, aprovechando el tiempo para entrar a una panadería y comprar unos pasteles para llevar como desayuno al apartamento. Cuando entré, recibí una sonrisa de un joven que me daba la bienvenida, preguntándome con alegre voz lo que deseaba. Luego de mirar una lista numerosa de alimentos, decidí comprar el que más se asemejara a lo que estaba acostumbrado, siendo advertido por el joven de que debía de esperar un tiempo, ya que los pasteles se estaban horneando. Como no tenía afán compré un café y me senté en una de las sillas, que estaban dispuestas en desorden en el curioso local, para comenzar a beberlo con paciencia mientras esperaba que mi compra estuviese lista. Después de permanecer allí durante un tiempo, entreteniéndome mientras miraba cómo el fondo de la taza se confundía con el café, recibí la llamada de Juan, la cual contesté de inmediato.

—Perdóname Miguel por colgarte de ese modo, tenía que enviar unos informes y estaba atrasado, ¡tú bien sabes cómo es! —me explicó como saludo y luego exclamó— estaba buscando información sobre lo que te dije anteriormente y organizando todo lo que podía organizar desde aquí, para ayudarte. En efecto el país se llama Kiribati y no es una isla, sino un conjunto

de islas. Parece que vas a tener problemas con la comunicación del celular, así que te recomiendo que llames a tus padres antes de partir. He organizado un vuelo hacia Sidney, en Australia, ya que tendrás que hacer varias paradas para llegar hasta allí. En Sidney te tocará esperar una hora y luego tomarás un vuelo hacia Suva, la capital de Fiyi, donde podrás comprar el vuelo hacia Tarawa, la isla principal de Kiribati. En Tarawa podrás conseguir un transporte que te lleve al hotel, aunque todo esto te lo mandaré como mensaje cuando colguemos para que sepas qué es lo que debes hacer. Tengo que terminar de organizar todo.

Yo me quedé sorprendido mientras admiraba su continua capacidad de actuar sin limitación, algo muy característico en su mentalidad atrevida. Con un torpe “gracias” y un gran ánimo, le mostré mi sincera gratitud mientras él, modesto, me reprochaba sustentando que había sido fácil.

—Miguel, yo estoy cansado y tú tienes un vuelo que sale aproximadamente en dos horas, así que arregla tus cosas y disfruta el viaje —exclamó.

Con cálida voz me despedí de él, finalizando la llamada.

Luego de recibir los pasteles y revisar en mi celular que el mensaje de Juan había llegado, corrí hacia el apartamento de Valentina, encontrando que la puerta estaba abierta mientras ella me esperaba sentada en el sofá viendo televisión.

—¿Qué has traído? —Me preguntó notando mi presencia mientras se levantaba de su cómodo estar.

—Unos pasteles —le respondí y luego añadí— hay que comer y empacar rápido nuestras maletas, en dos horas tenemos que estar en el aeropuerto.

Con una mirada confusa y una mueca de pereza me preguntó sobre la espontánea orden, aclarándole mi plan de viaje e incitándola a llamar a sus padres para despedirse mientras yo hacía lo mismo. Luego de haber desayunado, habernos aseado y de tener nuestras maletas listas, estábamos los dos, con nuestros teléfonos, llamando con prisa a nuestros padres mientras bajábamos las escalas para tomar un taxi que habíamos solicitado con antelación. La voz chillona de mi madre me deseaba suerte y la despreocupación de mi padre me preguntaba sobre mi acompañante, recibiendo poca información como respuesta mientras me empeñaba en ocultarles cosas de las que luego se enterarían.

—¿Cómo se llama el país al que vamos? —Me preguntó Valentina al notar que había terminado de hablar con mis padres.

Le mencioné el nombre escuchando cómo lo repetía varias veces, cada una

de ellas haciendo que mi amada sonriera, mientras intentaba explicarle a sus padres, por el sólo hecho de evitar preocupaciones, lo seguro que era viajar hacia ese lugar.

—Estaban preocupados porque les he hablado poco de ti —me explicó mientras guardaba su teléfono en uno de los bolsillos de su maleta y luego preguntó —¿cuánto tiempo nos vamos a quedar en Kiribati?

Yo le tomé la mano y le sonreí mientras con una sonrisa le respondí “no sé”, haciendo que ella hiciera una mueca de desaprobación.

—¿Sabes tan sólo qué lengua hablan? ¿Entenderán inglés?

Yo continuaba repitiendo, casi rítmicamente, la misma respuesta mientras ella continuaba preguntándome datos sobre nuestro destino.

—¿Sabes en qué hotel nos vamos a hospedar? —Me preguntó mientras su desespero era evidente en su voz.

—¡Sí! —Le contesté mientras sacaba el celular y revisaba el mensaje que Juan me había enviado, añadiendo mientras leía— el hotel se llama Otintaai.

—¿Qué es eso? —Me preguntó, dejando que una risa se escapara de sus labios.

Luego de llegar al aeropuerto y pasar, con algunos problemas, todos los requerimientos para ascender al avión, entramos en él un poco molestos al enterarnos que el viaje iba a durar más de un día, algo que era bastante incómodo. Dimos nuestros tiquetes a una auxiliar de vuelo y esta nos guio por un pasillo para poder ascender al avión, el cual era inmenso y estaba bastante lleno de todo tipo de personas. Valentina y yo encontramos nuestros lugares y nos sentamos, uno al lado del otro, mientras manteníamos una mueca que inspiraba molestia por nuestro desconocimiento sobre lo que iba a durar el vuelo.

—Espero que Kiribati valga la pena, Miguel —me dijo molesta mientras se acomodaba en su silla.

Yo le tomé la mano y volteé mi rostro para intentar encontrar su mirada, logrando, luego de unos delicados apretones en su mano, que sus ojos se clavaran en los míos.

—¿Te vas a molestar por un viaje? —Le pregunté con voz tierna y luego añadí— yo en cambio estoy un poco preocupado.

—¿Preocupado? —Me preguntó, mostrándome un poco de interés.

Yo asentí con mi cabeza.

—¿Por qué? —Me cuestionó nuevamente, esta vez con tono curioso.

—Porque no sé si traje bloqueador solar.

Valentina me miró sorprendida mientras lentamente comenzó a sonreír hasta que sus labios no pudieron contener una estruendosa carcajada que fue acompañada por mi prudente alborozo.

—¿Sabes que eso fue lo primero que amé de ti? —Le dije mientras acallaba su risa.

Ella permaneció mirándome mientras me invitaba a continuar con el brillo que había nacido en sus ojos.

—Eres capaz de reírte y disfrutar por todo lo que pase sin necesidad de preocuparte. Eres tan orgullosa de ser una mujer risueña que cierras tus ojos cuando ríes —le expliqué.

Sus mejillas se colorearon de rosa mientras su sonrisa las inflaba con admirable ternura. Tomó mi mano y la apretó, acercando luego sus labios para besarme, llenándome de una tranquilidad envolvente que me llenó durante las siguientes horas de viaje.

El vuelo hacia Sidney se hubiese tornado monótono si Valentina no hubiese resultado ser una mujer locuaz, bastante talentosa. Sus temas abarcaban desde arte hasta minúsculas apreciaciones sobre todo tipo de encuentros con personas interesantes. Habló de varias novelas que había leído, de su gusto por el cine y el teatro y de su preferencia musical, escuchando de mí predilecciones bastante similares que hacían que su interés por mí se agrandara con cada tema que trataba. Después de hablar durante mucho tiempo, y notando que la gran mayoría de cosas eran apoyadas por mí, tornó su conversación en un interrogatorio, en el cual comenzó a preguntarme infinidad de cosas con respecto a mis gustos, las cuales respondía honestamente haciendo que ella se sintiera identificada con una sonrisa o disentida con una mueca. La conversación terminó porque el avión había llegado a la primera parada del viaje, la cual no tuvo más significado que un molesto tiempo de espera en el aeropuerto, durante la cual Valentina durmió tranquila y yo organizaba algunas cosas en mi celular para dejar todas las cosas listas antes de perderme del mundo durante unos días. “¿Cuánto tiempo iba a permanecer en Kiribati?” Me pregunté a mí mismo mientras recordaba la aceptable cuestión de Valentina. Generalmente los días de mi viaje se habían determinado por el diario, pero a diferencia de los otros sueños, este sólo nombraba cosas sin sentido que no se referían a nada más que una simple visita que agregaba una placentera noche. ¿Por qué entonces se tornaba tan complicado decidir mi regreso si el sueño me invitaba sólo a pisar su suelo? Parecía ser que ahora mi voluntad se había modificado a mis deseos y estaba

comenzando a darle protagonismo en mi cabeza a las emociones que muchas veces ignoraba, pues generalmente mis ideas resultaban solo para solucionar problemas empresariales donde los sentimientos no tenían cavidad. Pero ahora, cuando estaba pensando en algo que iba a hacer por mí mismo, un sentimiento sincero de preocuparme por mi estabilidad se presentó, invitándome a ver más allá de lo que el papel ordenaba. Con el diario no tenía que seguir reglas, sus páginas me daban una libertad de elección que muy pocas veces me había permitido y todo esto era porque en sí había logrado que mi ser soñara, aunque fuese con ayuda. ¿Los sueños entonces eran más que simples ilusiones que, luego de verlas derrumbadas, te hacen sufrir? Parecía ser que el sólo hecho de soñar te presentaba una vida totalmente diferente a la que las personas, acostumbradas a su día a día, seguían. Los sueños te daban la oportunidad de no estancarte, de volar libre entre posibilidades mientras te ofrecían una oportunidad mejor. Los sueños, y su realización, son las escaleras que necesitamos para alcanzar el éxito, porque sólo con ellos es que evitamos caer en la monotonía del conformismo. Nuestros deseos son, entonces, la materia prima del disfrute pleno de tu vida.

Luego de parar tres veces más antes de llegar a Sidney, esperamos en su aeropuerto durante aproximadamente dos horas, pues el avión se había retrasado. Antes de abordar para ir a Fiyi, recorrimos el aeropuerto comprándonos comida que le daba significado a nuestros antojos y que confortaron a Valentina, la cual se estaba quejando encantadoramente de los platos que servían en el avión. El viaje a Fiyi no se hizo esperar, en menos de lo esperado, estábamos de nuevo sentados mientras aguardábamos que el vuelo terminara, llegando con impaciencia a su capital, donde fue fácil solicitar el viaje a Kiribati, el cual hicimos en un avión pequeño. Llegamos por la tarde, del día después de haber comenzado nuestra aventura. Nos bajamos un poco desorientados en el aeropuerto de Bonriki, el cual se sostenía modestamente. Con ayuda de un hombre gentil que entendía inglés, logramos solicitar un auto que nos llevara hacia el hotel, mientras éramos informados de que la gran mayoría de personas podían entender el idioma y que sólo bastaba con preguntar. El auto arrancó llevándonos por un placentero viaje. Las olas golpeaban la playa y el sol caía picante en la arena, confundándose entre sombras de innumerables nubes que daban la bienvenida al paisaje tropical. Las palmeras protagonizaban el paisaje mientras se meneaban juguetonas, siguiendo el ritmo que proponía el viento. Algunas aves se alzaban apresuradas por el aire mientras alzaban su canto costero, envolviendo tus

sentidos en una atmósfera de extensa calidez. Luego de pasar algunos cultivos, en donde trabajan hombres con piel morena, llegamos a una pequeña ciudad que invitaba a recorrer sus calles mientras algunos niños se asomaban por sus esquinas saludando, nuestro paso, como si de un ritual se tratase. Los rasgos de los isleños eran indudablemente aborígenes, lo cual motivó mi deseo de conocer su cultura. Doblamos por una esquina y miré fijamente a Valentina, apreciando su sonrisa mientras jugaba con su mirada, concentrándola con su variada atención. Luego de unos metros más llegamos al hotel Otintaai en el cual fuimos recibidos cálidamente por un joven, el cual, con dificultad, nos entendió, hospedándonos en una cómoda habitación. Fuimos guiados por nuestro instinto hasta la puerta de nuestra estancia, haciendo que su presencia me obligara a bajar las maletas para poderla abrir.

—Lo único que quiero hacer ahora es dormir Miguel —me dijo Valentina mientras entraba en ella con prisa.

Dejó sus maletas al lado de una pared y se tiró en la cama, quedando completamente dormida, haciendo que mi cansancio me antojara de imitar su acción, acostándome junto a ella para quedarme dormido.

Capítulo 29

Kiribati

Por tener una gran cantidad de diferencia horaria, nuestros cuerpos estaban todavía cansados, aunque nuestro sueño se había prolongado durante toda la noche y una gran cantidad de tiempo en la mañana. Abrí mis ojos porque Valentina había movido mi hombro con su mano mientras me preguntaba algo sobre el equipaje. Yo me senté en la cama y la miré algo confuso mientras mi cabeza se tornaba revoltosa obedeciendo a un molesto mareo, digno del calor que estaba soportando. Con un movimiento lento puse mis pies sobre el suelo, que confundía mis sentidos mientras enfriaba con un dulce toque sus plantas. Me levanté y caminé, ensordecido por el vahído, hacia el baño para mojarme el rostro, intentando forzar mi oído con un delicado cuidado para escuchar la voz de mi amada.

—¿Te has dado cuenta que hemos empacado ropa normal? —Me preguntó Valentina desde atrás.

Yo me volví para encontrar su figura justo a mi espalda y ver que estaba vestida con un pantalón grueso y una camisa, parcialmente desabotonada. Su frente estaba cubierta de sudor y su cabello estaba descuidadamente recogido.

—¡No tengo nada apropiado para ponerme! —Me dijo con tono preocupado —¡Voy a morir del calor!

Hizo una mueca mientras batía, hacia su rostro, su mano derecha con la palma abierta, ventilándose por el movimiento. Yo sonreí, haciendo que se sintiera incómoda, y luego fui hacia donde estaba, tomándole de las manos y dándole un beso.

—Nos tocará improvisar —exclamé.

Ella me clavó una mirada confusa y me siguió con sus ojos mientras veía cómo yo me acercaba a mi maleta y sacaba un pantalón. Con él en las manos fui caminando hasta encontrar, sobre una silla, mi maleta de mano que había tirado allí, despreocupado, el día anterior. La abrí y saqué de ella una navaja,

que normalmente llevaba para solucionar cosas simples. Retiré con cuidado una de sus hojas y, acomodando el pantalón sobre el suelo, comencé a cortar la tela hasta la línea de la rodilla.

—¡Listo! ¡Ropa para verano! —le dije, alzando la prenda para que pudiese verla.

Ella comenzó a reír despreocupada.

—¿Quieres que dañe mi hermosa ropa? —Me pregunto mientras continuaba sonriendo.

Yo asentí con mi cabeza y comencé a caminar hacia su maleta, sacando de ella los pantalones. Tomé uno de ellos, lo puse sobre el suelo y comencé a rasgar la tela, haciendo el mismo procedimiento que había hecho con mi pantalón.

—¡Espera! —Me gritó, caminando con prisa hacia donde yo estaba.

Se agachó y tomó su pantalón, haciendo una mueca.

—¡De todos los pantalones que traje tuviste que tomar el más costoso! —Se lamentó.

—Pues... —tomé el pantalón y lo alcé con mis dos manos mientras lo detallaba —me parece que lo he mejorado.

Con una sonrisa en su rostro me pegó sin fuerza, como gesto de gracia. Yo tomé sus manos mientras reía y me abalancé sobre ella para besarla, haciendo que su cuerpo tocara el suelo. Cuando terminé de rozar sus labios me levanté con mi mano, haciendo que nuestros rostros permanecieran paralelos mientras nuestros ojos se devoraban con sus miradas.

—¡Tengo hambre! —Exclamó haciendo una mueca.

Yo reí, causándome gracia su comentario, y con delicadeza, mientras repetía con voz tierna “tengo hambre”, comencé a cosquillar su cintura haciendo que ella saltara involuntariamente mientras carcajeaba, moviendo sus brazos intentando parar mi juguetona acción.

Luego de improvisar unas artesanales prendas de vestir, bajamos al restaurante para poder desayunar, siendo bienvenidos con un jugo de fruta recién hecho. Nos sentamos en una mesa que estaba próxima a una esquina, la cual dejaba ante nosotros una hermosa vista hacia una tranquila playa. Luego de un reducido espacio de tiempo, una mujer con aspecto informal nos trajo a la mesa un desayuno de panceta y huevos, acompañando con una porción de pan, que consumimos mientras nuestra curiosidad se adelantaba a nuestro apetito; pues no esperábamos un desayuno tradicional inglés en nuestra mesa. Luego de terminar con agrado nuestro plato, Valentina quiso dar un paseo por

el hotel para ver sus instalaciones. Comenzamos a caminar atendiendo a los detalles, tomados de la mano, mientras nuestros pantalones improvisados, cortos hasta más arriba de la rodilla, incomodaban nuestra cintura. Ella, para evitar luego un disgusto, había tomado una de mis camisas blancas y se la había puesto haciendo juego con su prenda inferior oscura, logrando un estilo que la hacía ver hermosa. Su sonrisa, en conjunto con sus gestos, se habían convertido rápidamente en un placer para mis ojos, logrando que gran parte de nuestro caminar fuese destinado a admirarla, en vez de atender al paisaje.

—¿Qué haremos el resto del día? —Me preguntó indecisa mientras pasábamos por una gran cabaña.

Le respondí un honesto “no sé”, logrando que me regalara una mueca de desaprobación.

—¿Por qué no vamos a ver si hay planes interesantes que ofrezca el hotel? —Me preguntó un poco ansiosa, notando mi actitud despreocupada.

Yo le hice una seña de aprobación y seguí sus pasos, hasta llegar a la recepción y hablarle a uno de los hombres que estaban allí, quien se notó interesado en la actitud demandante de mi acompañante. Luego de regalarle una sonrisa, nos mostró un catálogo donde ofrecían una serie de opciones para hacer en el día, teniendo desde un viaje en los botes artesanales de la isla hasta diferentes tipos de actividades culturales.

—¿Qué quieres hacer? —Le pregunté, viendo como hojeaba las diferentes propuestas.

—Me gustaría montar en bote —me respondió, mostrándome una lista de cosas relacionadas con su gusto espontáneo.

—Es un viaje de todo el día, estaría disponible desde mañana —exclamó, con un extraño acento, el hombre, el cual había estado atento escuchando nuestra conversación; estaba alzando su dedo en señal de aprobación— si quieren podemos organizar un recorrido en lancha por las islas y luego de eso pueden unirse a una fiesta que organiza el hotel. Es una presentación de la danza tradicional e interpretaciones de nuestra música.

Valentina le sonrió y luego imitó el gesto mientras me miraba, mostrándome agrado en el plan que el hombre había propuesto. Yo le asentí, acompañando mi acción con un “está bien” y hablé con el hombre para cuadrar la interesante aventura. Luego de inscribir nuestros nombres y quedar comprometidos, nos dio indicaciones y la hora, haciendo que fuésemos a nuestra modesta habitación para arreglar nuestras cosas y salir, pues faltaba poco para que comenzara el viaje.

Cuando llegamos a una playa, guiados por un hombre moreno de mediana estatura, una lancha nos estaba esperando. Nos subimos en él, teniendo cuidado de evitar caernos por su constante obediencia a las corrientes del mar, y nos sentamos en una de las tablas. El motor arrancó, siendo guiado por un hombre, y la brisa comenzó a acariciar nuestras mejillas mientras el sol consentía sin rebeldía nuestra piel. El océano estaba incesante en nuestro interior, pues nuestros cuerpos se confundieron con los corales que llenaban de colores la transparencia del mar. Atrás, donde imponente permanecía la delicada isla, las palmeras se despedían con un constante mover que hacían del viento su mejor pareja al danzar una canción de susurro tropical. Después de un tiempo navegando con tranquilidad, la isla se perdió, regalándonos a nuestro paso una de sus hermanas, que nació en el horizonte mientras nuestros ojos se confundían con la inmensidad del mar.

—¡Esto es hermoso! —Celebró con agrado mi amada, tomándome de la mano.

Yo apreté sus dedos juguetonamente y ella, con una dulce acción, me dio un pequeño beso, acostándose luego en mi hombro dichoso, que celebraba ser merecedor de su existencia.

—Mi más dulce despertar es mi más grande alivio —le susurré al oído y luego continué— mi más extenso fervor se complace de tenerte a ti como protagonista mientras no puedo evitar admirar tu sonrisa. ¿Sabes que me honro al poder hacerte sonreír? Cada uno de mis más grandes placeres parecen efímeros al lado de tus mejillas acompañadas de ese gesto risueño. No te alcanzas a imaginar cuánto disfruto ser el protagonista de tu goce, de tu inocente cariño y aprobación. Lo cierto es que aprecio que mi vida haya sido emboscada por sueños, porque sólo con ello logré sacar mi mayor logro. El cual no es otra cosa que el agradecimiento puro de haber podido encontrarte.

Mi camisa se humedeció con las lágrimas alegres de Valentina.

—Eso ha sido lo más hermoso que me han dicho —exclamó, luego de encontrar mi mirada.

Con un dulce beso sellé mis palabras en sus labios y la abracé, cerrando mis ojos, sintiendo cómo la cálida brisa era testigo de un intenso suspiro que había cercado mi corazón con la más dulce de las emociones.

Luego de viajar por el transparente mar, llegamos a una playa donde nos esperaban unos hombres con pecho desnudo que nos invitaban a seguirlos. Seguimos un camino, que se marcaba leve en la arena, el cual nos llevó hasta unas chozas donde jugueteaban niños de rasgos indígenas. Un grupo de

mujeres salieron a nuestro encuentro, llevándonos por un pasillo que se extendía en la mitad de dos cabañas y se internaba en un bosque de matorrales. Cuando caminamos hasta sentir que el aire comenzaba a calentar nuestros pulmones, vimos por los aires un hilo firme de humo que se alzaba hasta que la vista se entorpecía por los rayos del sol, dándonos la bienvenida a un círculo, alrededor de un constante fuego, que estaba formado por maderos; acompañados parcialmente por personas sentadas en ellos. Nuestra presencia se tornó extraña, pues varias personas se acercaron a nuestro encuentro para saludarnos, mientras insistían en que nos sentáramos con ellos.

—Descuiden —nos dijo el hombre que había manejado la lancha, añadiendo —nuestra religión nos enseña a diferenciar nuestros rasgos con los suyos.

—¿A qué se refiere? —Le preguntó interesada Valentina.

—Mira a tu alrededor —exclamó el hombre, invitándonos con sus manos a mirar a las personas a quienes visitábamos, y continuó— todos tenemos la misma coloración de piel.

—Sí, eso lo puedo notar, pero ¿por qué la diferencian? —Insistió Valentina.

—En nuestra lengua natal tenemos dos palabras para denominar al hombre. Una, con la que nos llamamos a nosotros mismos, que es “aomata” y la que usamos para llamar a cualquier persona de color de piel diferente, sobre todo si tiene una gran estatura, la cual es “te I-matang” —explicó el hombre.

—¿Qué significan? —Le pregunté mostrando mucho interés.

—La palabra “aomata” se traduce sin dificultad como “hombres” y la traducción literal de “te I-matang” sería “hombre del país de los dioses” —me respondió.

Valentina me miró un poco escéptica.

—¿Por qué del país de los dioses? —Le pregunté curioso.

El hombre comenzó a explicarnos varias creencias bastante curiosas sobre sus orígenes y rituales, los cuales se extendían por todo el país como una cultura que respetaban de raíz. Nos habló de unas tumbas de gigantes que se encontraban escondidas en una de las islas y de un círculo donde, según su tradición, se decía que los dioses habían descendido.

—En ese círculo no nace ningún tipo de vegetación y está prohibido entrar en él —nos aclaró, yéndose luego de terminar la frase.

Yo hablé durante un momento con Valentina sobre mis opiniones sobre el tema, recibiendo sus ideas mientras juntos nos tornábamos escépticos a lo que habíamos escuchado. Luego de compartir gustosos nuestro pensar, nos

sentamos, por petición de una mujer, en un madero. Al instante un hombre nos trajo un plato donde reposaba, de manera burda, un pescado asado con olor apetitoso. Y así, antojados por el hambre, almorzamos con prisa mientras nuestros labios se untaban del delicioso manjar.

Luego de almorzar, fuimos testigos de una intensa velada de cantos y guitarra que inundaron los espacios de la isla con una magia ancestral. Las voces de los niños hacían que Valentina los mirara con ternura mientras adornaba su rostro con una gran sonrisa. De vez en cuando aplaudía y en ocasiones me abrazaba el brazo, apoyando su cabeza mientras dejaba que su alma se balanceara con el ritmo espiritual. Antes de que callera el sol, estábamos viajando de regreso en el mar mientras nuestras caricias acompañan la lancha. La noche cayó antes de que llegáramos y un coro de estrellas iluminó el cielo mientras cantaban con su brillo en nuestros corazones. Sus antiquísimas luces le daban ilusión al reflejo de nuestros ojos mientras nuestras esperanzas repasaban sus brillos, alegrando nuestro espíritu con un suspiro celestial. Toda esta orquesta de luces se vio interrumpida por el brillo artificial de la ciudad que nos estaba acogiendo, la cual se acercaba a la velocidad de la lancha, invadiéndonos de una civilización que queríamos olvidar junto al mar. Bajamos de nuestro transporte, dejando el encanto en la arena, y caminamos, guiados por el hombre, llegando luego de unos minutos al hotel. Cuando entramos por su puerta principal, una magia de sonidos inundó nuestros oídos llevándonos por un pasillo hasta una choza gigante, en donde estaban aplaudiendo con entusiasmo los residentes mientras admiraban un baile tradicional. Me acerqué curioso con Valentina y nos sentamos en una esquina mientras veía que las palmas inquietas de mi amada, se movían danzantes siguiendo el ritmo. Entre risas y goces apreciamos una danza de caderas que nos hipnotizó hasta que nuestros cuerpos nos pedían a gritos descanso, caminando somnolientos hasta nuestra habitación para darle la bienvenida a nuestras camas.

Valentina entró al baño mientras yo organizaba mis prendas modificadas en la maleta. Luego de acomodar las cosas como era debido, me levanté con torpeza y fui hacia el baño, empujando la puerta entreabierta para poder lavar mi rostro lleno de sudor. Pero al entrar al baño, me encontré con el cuerpo desnudo de Valentina mientras sus ojos me miraban con vergüenza. Sus mejillas se sonrojaron cuando me tomó de la mano, se acercó a mí y me robó con labios traviosos un beso apasionado, que logró que mis instintos robaran mi razón. Con lujuria cargue su delicada figura y la puse cuidadosamente

sobre la cama mientras besaba su cuello. Ella desabotonó con deseo mi camisa, acariciando con sus manos mi pecho desnudo, y acostó su cabeza sobre la sábana. Mis besos recorrieron su cuerpo, mis ojos se cerraron en un frenesí sin control y nuestras pasiones se hallaron en nuestros cuerpos consumidos por el amor.

Capítulo 30

La clave

Desperté junto a Valentina mientras nuestros cuerpos desnudos se abrazaban bajo las sábanas. Mis ojos admiraron su delicadeza mientras mis sentidos me engañaban con instintos apresurados que me invitaban a besarla. Nunca antes había deseado algo con tanta intensidad y así permaneció mi deseo durante los siguientes días. Ajustamos casi una semana perdidos en el paraíso más próximo al cielo. Todos los días fueron un regalo del Sol, en donde disfrutamos de paseos continuos por la playa, nos familiarizamos con la cultura y nos deleitamos con unos exquisitos platos de comida de mar. Aunque el servicio se tornaba modesto e informal, no nos hizo falta un lujo, porque hubiese sido egoísta de nuestras intenciones si hubiésemos reprochado la amabilidad con la que éramos atendidos. Algunas tribus aborígenes no eran abiertas, mientras que otras nos daban la bienvenida con extensas demostraciones de talento, que se iban mezclando con la satisfacción misma del admirar. Pero nuestro viaje vio su fin por una mirada pensativa de mi amada, justo después de haber desayunado.

—Miguel, ayer cuando nos acostamos algo vino a mi cabeza y no me ha dejado dormir —exclamó mientras continuaba con su pulcra reflexión, y añadió— es sobre las continuas palabras que hemos escuchado en este lugar. Ya sabes, las que utilizan los hombres para denominarse...

—¿Qué pasa con ellas? —Le pregunté interesado, mirándola.

—Bueno, lo cierto es que no son las palabras sino la distinción. ¿No te parece extraño que una sola palabra cambie por completo el significado?

Yo me quedé mirándole mientras la invitaba a continuar.

—Me refiero a que es interesante cómo una simple palabra sea capaz de mostrar una gran diferencia entre el mismo hombre ¿no te parece? —Me dijo, clavándome una mirada reflexiva.

—¿A qué punto quieres llegar? —Le pregunté, todavía sin entenderle.

-Al mensaje confuso que interpretamos del diario —me miró con ojos chispeantes —¿no crees que hace falta algo? ¿Una palabra clave?

Yo la miré sorprendido.

—Si tan sólo tuviésemos una clave, alguna palabra que nos entregara la forma de descubrir todo —se lamentó.

—De hecho, la hay —le dije, haciendo que me mirara confundida.

Mientras sus ojos me miraban con intriga, yo la tomé de la mano y la guie hacia nuestra habitación, entrando en ella para buscar mi maleta de mano. Luego de hallarla en una esquina, la agarré y saqué de ella mi celular, presionando el botón para poder encenderlo.

—¿Qué haces? Aquí no hay señal —me reprochó mi amada mientras permanecía de pie junto a la puerta del baño.

Yo manipulé las teclas de mi celular, mientras buscaba en él las anotaciones digitales que generalmente hacía para recordar cosas que podía olvidar.

—No estoy intentando llamar —le expliqué y luego aclaré— estaba buscando esto.

Le extendí la mano, entregándole mi teléfono móvil, haciendo que ella mirara en su pantalla la palabra “sueñame”.

Luego de explicarle su significado y cómo la había obtenido, Valentina se sintió segura con su utilidad, haciendo que tomara del diario de sueños mientras buscaba en él las palabras, logrando que yo me sentara a su lado, curioso por su dedicación.

—¿Para qué sirve la palabra? —Le pregunté.

Ella tomó una libreta y un bolígrafo, acercándose a mí. Comenzó a anotar en sus hojas.

—Es algo simple —explicó— antes con los números habíamos buscado palabras siguiendo el orden lógico, pero lo que habíamos encontrado no tenía sentido ¿cierto?

—Así es...

—Gracias a que siempre amé completar acertijos, no quedé satisfecha y durante todo este tiempo pensé en una solución. Luego de escuchar esa historia sobre el idioma tradicional de este país, me di cuenta que una palabra podía cambiar el contexto de todo y luego me pregunté ¿qué pasarías si el último número de cada secuencia de códigos no se refería a una palabra cualquiera sino a una en específico?

—¿Cómo vamos a saber cuál es?

—Aquí entra en juego la palabra clave —comenzó a anotar la palabra

“suéñame” de manera vertical —¿Qué pasa si cada una de estas letras son el inicio de las palabras que debemos encontrar?

Yo me quedé mirándola un poco confundido, pidiéndole con una mueca una explicación.

—Es simple —anotó en la hoja las secuencias de números que antes habíamos encontrado y luego explicó— La palabra que te dijo aquella mujer en Irlanda consta de siete letras y, el código que encontramos, está formado por siete grupos de cuatro números cada uno ¡todo concuerda!

—¿Entonces lo que debemos buscar es el orden de las palabras que inicien justamente con esas letras?

—¡Exacto! —celebró— tenemos que seguir el mismo procedimiento, pero ahora en vez de buscar, por ejemplo, sólo la tercera palabra de la oración, vamos a añadirle la letra como pista; así entonces buscaríamos la tercera palabra de la oración que comience por la letra “S”, la segunda que comience por la letra “U” y así sucesivamente.

Yo me quedé fascinado mientras mis ojos deleitaban su ingenio en acción, el cual hacía que mi amada buscara en las páginas del diario cada una de las palabras. Pasaba sus páginas, encontraba y anotaba cada hallazgo en su libreta.

—Tengo un problema —me mostró el diario, señalándome la oración que decía “Me vi como bailarina, pero fue muy parecido al teatro, en el cual sólo me nombran como una intérprete más” explicándome —aquí deberían de aparecer dos palabras con la letra “Ñ”, pero no encuentro ninguna...

—La letra “Ñ” es una evolución del uso tradicional de la escritura doble de la letra “N”. Si utilizamos esta última, la palabra sería... —busqué el orden de palabras en la oración y luego le señalé “nombran” mientras exclamaba— ¡ésta!

Ella me sonrió, anotando la palabra en su libreta, y luego tomó de nuevo el diario para continuar con su tarea.

—¡Listo! —Advirtió con emoción pasándome la libreta mientras me preguntaba— ¿tiene sentido?

Yo miré la libreta, quedándome asombrado con lo que estaba escrito en ella. Cada una de las palabras concordaban mientras daban un mensaje muy propio de la autora del libro, el cual versaba, despreocupadamente “Sueños en universos escritos que nombran a mujeres que contrasten”.

¿Qué significaba el mensaje? Me pregunté mientras escuchaba algunas ideas de Valentina, que había comenzado a regalarme su voz cuando había

escuchado, de mis labios, el significado del mensaje. Mi pensamiento comenzó a ser mucho más ruidoso que las palabras de mi amada y, en un momento de reflexión, comencé a desglosar el extraño acertijo, dándole sentido a cada una de sus partes. Lo primero que entendí fue la frase “universos escritos”, que se lograba interpretar como “libros”, ya que no existía otro espacio más grande que las incontables páginas que el ingenio del hombre había escrito. Si la frase se hacía obvia con su significado, la palabra anterior “sueños” indicaba un sentido que proponía directamente que los libros, a los cuales se refería, contenían ilusiones. El único libro que conocíamos la autora y yo era el mismo diario, que entraba de manera exacta en la descripción.

—¿De mujeres que encontraste? —Me preguntó Valentina, luego de escuchar atenta mi conclusión, y luego añadió a su cuestión —¿qué crees que signifique?

Su pregunta se sustentaba en una duda que yo también compartía, pues la siguiente frase sólo suponía confusión.

—La verdad no sé —respondí con honestidad, logrando que Valentina me regalara una mueca de angustia y luego exclamé— porque si tomo la frase textualmente, hay muchas mujeres que he encontrado en mi vida...

—Puede que no se refiera a algo textual, talvez... ¿un lugar? —Opinó Valentina, divagando en sus ideas.

Yo hice un gesto de desconocimiento, haciendo que Valentina se inquietara. Volvió a tomar la libreta, leyendo con dificultad el mensaje. Comenzó a murmurar en un mal español cada palabra mientras cerraba sus ojos, dándome la idea de que estaba recordando algo.

—¿Por qué esta palabra aparece continuamente en cada uno de los mensajes? —Me preguntó mientras me señalaba la palabra “sueños”.

—No lo había notado —exclamé mientras, tomando de sus manos la libreta, y luego añadí— ahora que lo dices, tienes razón.

Comencé a revisar cada una de las diferentes pistas que había recibido mientras realizaba mi aventura. En cada una de ellas se mencionaba la repetida expresión o, en efecto, cada uno de los mensajes hacía alusión a su significado. Valentina tomó las diferentes hojas, que yo detenidamente observaba, y sus ojos chispearon por una idea espontánea.

—¿No te parece extraño que sólo uno de estos mensajes contuviese un código? —Me preguntó intrigada, ojeando el primer mensaje que recibí, y luego añadió— ¿cada una de estas hojas te llegó en un orden aleatorio?

Yo asentí con mi cabeza.

—¿Cuál fue el orden? —Me preguntó, poniendo a mi disposición los mensajes.

Tomé cada uno de ellos y, pensando detenidamente, los organicé en una línea temporal clasificándolos por el orden en que fueron recibidos.

—Lee los mensajes —me indicó Valentina y luego me preguntó —¿tienen sentido?

Yo leí detenidamente cada uno, viendo que sus frases no tenían ninguna relación, lo cual hizo que le negara, con un leve movimiento de mi cabeza, la pregunta.

—No tiene sentido, deben de contener algo, lo sé —reprochó.

Yo sostuve mi mirada en cada una de las páginas que estaban al frente de mí, intentando encontrar una semejanza que me diera una pista. Cada una tenía una relación estrecha con los sueños que había realizado, haciendo que esta palabra fuese lo único en común de los mensajes.

—¡Espera un momento! —Exclamé mientras una idea se sostenía en mi cabeza, añadiendo— ¿cuál es el código con el que hallamos la palabra sueños?

Valentina miró la libreta donde había anotado sus hallazgos y me dictó los cuatro números en orden.

“1123— sueños”

—¿Qué pasa si la clave está en la palabra? —Tomé los mensajes y comencé a revisar su contenido, añadiendo —¿y si la intensidad de la palabra es consciente? Tal vez fue hecho así para indicarnos algo. El primer código, que nos llevó a encontrar la palabra “sueños” ...

—¡Podría ser utilizado para hallar en las pistas otro indicio! —Completó con entusiasmo la frase, dándome la idea de que había entendido y exclamó con la misma emoción— al igual que el código señalaba una palabra de una oración, podríamos también hacerlo con los mensajes...

Le sonreí dándole la aprobación, esfumando mi gesto por unos ojos preocupantes que nacieron al ver los mensajes.

—Tenemos un problema —dije con tristeza —a diferencia del diario, aquí no hay capítulos, ni párrafos o múltiples oraciones, cada uno tiene una oración, nada más.

Valentina me miró desconcertada, lamentándose con un ligero “¡ah!”, y se paró con decepción del sofá. Yo me quedé mirando su figura caminar por la

habitación y observé como cerraba sus ojos en señal de estar intentando hallar una solución.

—¡Ya lo tengo! —Gritó, alegrando su voz mientras se acercaba a mi lado, y luego explicó —¿para qué vamos a hallar las oraciones si ya las tenemos separadas? ¿Qué pasa si organizamos los mensajes en orden temporal y separamos cada uno de los números del código de la palabra “sueños” buscando con ellos el mensaje?

—¿Utilizando un número por oración? —Le pregunté comenzando a entender su intención.

—¡Así es! —Me respondió, sentándose a mi lado mientras me señalaba el código —tenemos cuatro números, los dos primeros son el uno, luego el dos y luego el tres ¿cierto?

Yo asentí con mi cabeza, invitándola a continuar.

—Como sólo tenemos cuatro números, vamos a intentar hallar el mensaje con las primeras pistas que recibiste —me señaló el primer mensaje que había recibido, el cual era un dibujo de dos personas en un parapente, y puso su dedo sobre la palabra “Bienvenido” exclamando— esta entonces sería la palabra uno.

Comenzó a seguir entonces el mismo procedimiento que había realizado con el primer mensaje, buscando respectivamente la palabra uno en el segundo mensaje, la dos en el tercero y la tres en el cuarto.

—El último número es el tres y el cuarto mensaje es sólo de dos palabras ¿qué hago? —Me preguntó, mostrándome con su dedo el mensaje que decía “Cantas Estupendo”.

Yo me quedé pensativo mientras intentaba hallar una solución lógica.

—Si utilizamos el número en el siguiente mensaje sería irrespetar el orden, algo muy extremo, en cambio si entendemos textualmente la intención, podríamos suponer que es un espacio —expliqué, notando en su rostro una satisfacción hacia mi respuesta.

Me extendió la libreta con el mensaje, haciendo que yo la recibiera, y leí en ella las palabras “Bienvenido no fascínate”.

—¿y? —Me preguntó inquieta, añadiendo —¿tiene sentido?

Yo, con algo de decepción, le mostré una mueca que hizo que su mirada se enojara.

Luego de pasar unas horas concentrados mientras intentábamos hallar un mensaje, utilizando diferentes tipos de orden, Valentina se paró con decepción del sofá mientras me mostraba una mirada desesperada.

—¡No puedo creer que no tengamos más pistas! —Se lamentó mientras caminaba de lado a lado por la habitación —¿por qué no lees otro día del diario?

Recordé entonces que era momento de poder volver a leer los sueños que me presentaba inquietantes el infantil libro que habíamos analizado. Lo tomé con cuidado y comencé a pasar sus hojas, dejando atrás el sueño que me había traído a Kiribati, encontrándome con sorpresa una hoja en blanco. Confundido comencé a pasar las páginas sin hallar nada más escrito hasta llegar al final del diario.

—No hay más... —dije desconcertado— ya no hay más sueños.

Valentina me arrebató el diario imitando mi acción desesperada.

—¡Esto no puede terminar así! —Se lamentó —¡Debe de haber algo!

Yo imité su emoción mientras pensaba para mí mismo que mi viaje había terminado, pues no teníamos más herramientas para poder seguir.

—¡Espera un momento! —Gritó Valentina acercándose —¿y si necesitamos otra palabra clave para encontrar un mensaje en las pistas? ¡Yo sé que en ellas debe de haber algo!

Yo intenté recordar por un momento si existía algo que se me hubiese pasado desapercibido.

—Lo siento, Simone sólo me dijo eso —le exclamé un poco triste.

—¿Simone? —Preguntó intrigada —¿La mujer que te dio el mensaje se llamaba así?

Yo asentí con mi cabeza, mientras me tornaba confundido por su aparente interés. Valentina comenzó a reír y luego se sentó a mi lado.

—¿Simone te dijo por qué te había dejado esa nota en la habitación? —Me preguntó, manteniendo aún su sonrisa.

-Me dijo que una mujer le había pagado para que lo hiciera —le respondí aún sin entender sus intenciones.

—¿Esa fue la única vez que supiste quién te había dejado el mensaje?

-Ahora que lo pienso, sí ¿por qué? —Le pregunté curioso por sus conclusiones.

-Porque la autora del diario quería que supieras el nombre de aquella mujer. Ella sabía que tú ibas a indagar, si era posible, e ideó todo para que recibieras su nombre —me explicó mientras sus ojos brillaban por la emoción— ella eligió selectivamente a esa mujer para poderte dar el mensaje. ¡La siguiente pista es su nombre!

—Pero, ¿qué quiere decir Simone? —la cuestioné hambriento por saber lo

que estaba pensando.

— Mira —me señaló el mensaje que habíamos decodificado, apuntando la parte donde decía “Universos escritos” —me has dicho que cree que esto significa “libros”, ¿no es así?

Yo asentí con mi cabeza mientras la invitaba a continuar.

—Y luego, justo aquí —señaló la parte donde decía “Nombran a mujeres que encontraste” y explicó— ¿podría significar el nombre de una escritora?

—¿Por qué lo dices?

—Si la primera frase significa libros ¿qué pasa si una mujer publica algún texto? ¿Su portada no nombraría a la autora?

—Así es —respondí mientras admiraba su capacidad para interpretar los mensajes.

—Sería, entonces, una mujer nombrada por universos escritos ¿no?— Continuó explicando y luego añadió —Y el nombre de esta autora sería justo el mismo que el de una mujer que tú hallas conocido.

—¿Y esta mujer podría ser Simone? —Le pregunté, haciendo luego una mueca para añadir— pero, ¿qué autora se llama así?

—¡Una escritora de Francia! —Me respondió con euforia y luego dijo— hace poco me hablaron de ella... se llama Simone de Beauvoir.

Capítulo 31

La culminación

Aunque todavía la forma en que Valentina había sacado tan ligeramente su conclusión sobre la siguiente pista no me convencía totalmente, su sonrisa me entregaba un haz de esperanza al cual quería apegarme. Luego de unos minutos su rapidez había sido suficiente para tener nuestras maletas organizadas y estar en la recepción pagando por nuestra estadía. Varias personas que habíamos conocido se despidieron cálidamente de nuestra presencia mientras ingresábamos al auto para ir al aeropuerto, dejando el hermoso país de Kiribati en nuestro recuerdo. De allí el viaje a Fiyi no se hizo esperar, llegando al aeropuerto de su capital para poder partir a Sidney, logrando alcanzar la hermosa ciudad de Australia por la noche, teniendo así problemas para continuar hasta París, pues la hora no era apropiada para comprar el vuelo.

—¿Qué vamos a buscar en Francia? —Le pregunté mientras caminábamos de la mano por el aeropuerto.

Ella con un sonriente “no sé” se despreocupó de mi duda, atendiendo a un local comercial que ofrecía prendas de vestir.

—¿Simone fue un escritora famosa? —Divagué en su conocimiento intentando construir un plan.

—Así es, más que todo porque fue una partidaria del feminismo —me respondió mientras miraba las vitrinas y luego añadió con un murmullo —¿Qué camisa tan hermosa!

Yo me quedé en silencio, de pie, mirando a mi alrededor atendiendo al moderado bullicio que servía como arrullo a mi intenso pensar. ¿Era posible que estuviésemos siguiendo la pista correcta? Si no hubiese sido por la ayuda de Valentina, estaría todavía estancado mientras intentaba solucionar pistas sin sentido. Su capacidad espontánea, casi descuidada, le daba un toque de atrevimiento que nunca había conocido de manera tan intensa en una mujer. Su

personalidad se reflejaba en sus acciones emocionales que hacían que su corazón fuese el timón del cuerpo y eso, sintiéndome complementado, era lo que me hacía amarla con tanta intensidad. Pero ¿cómo sabía la autora que iba a conocer a alguien que podía ayudarme? Cada cosa, al pensarla, se tornaba extraña y sin sentido, logrando despertar un malestar en mis ideas que hacía tambalear mis emociones. Valentina, luego de divagar en su decisión, entró al local y comenzó a hablar con una joven que estaba atendiendo, dejándome sólo con mis dudas. Mis manos comenzaron a inquietarse y mi frente me hacía ver que mis nervios estaban comenzando a llenarme, pues no podía aceptar la idea de que en un futuro, siguiendo la conclusión de mi amada, perdiéramos todas las herramientas para cumplir mi propósito. “¿El nombre debe significar algo!” Me dije mientras buscaba en mí la confianza suficiente para darle tranquilidad a mis preocupaciones, pero antes de intentar buscar la luz tenue de la dulce esperanza, mi teléfono móvil sonó, dándome un respiro conmigo mismo viendo en su pantalla el nombre de Juan.

—¿Miguel, te has quedado más tiempo del que creí! —Me saludó con alegría y luego me preguntó —¿cómo estuvo el viaje? ¿Sí es un país interesante?

Tranquilizando mis nervios le hablé de mi experiencia, haciendo que su atención se confundiera con su curiosidad. Comenzó a preguntarme sobre el clima y las personas que vivían en el país, escuchando atentamente mis palabras mientras guardaba en su memoria cada uno de los datos que le proporcionaba, pues él amaba viajar. Le pregunté sobre Isabel, recibiendo una extensa lista de halagos y luego pregunté por mis padres, recibiendo buenas noticias.

—Juan ¿puedo preguntarte algo? —Le dije mientras recordaba sus extensas aventuras de viajero.

—¿Por supuesto! —Me respondió con una acostumbrada calidez.

—¿Tú cuando viajaste a Francia visitaste lugares de interés? —Le pregunté sin exactitud, divagando en mi duda.

—Algunos sí, los más importantes ¿por qué? —Me preguntó mostrándome curiosidad.

—¿Te suena el nombre de Simone de Beauvoir? —Exclamé, siendo preciso.

—¿Es un lugar? Creo que no lo visité —me respondió con sinceridad.

Una voz, que parecía estar al lado de Juan, le preguntó sobre mi duda, haciendo que él le repitiera el nombre. Un grito, de la conocida voz de Isabel, le pidió el teléfono a Juan, saludándome cálidamente.

—¿Simone de Beauvoir, dices? —Me preguntó con su conocido acento castellano —¿no es el nombre de un puente en París?

—¿De un puente? ¿Cómo lo sabes? —La cuestioné mientras permanecía sorprendido.

—Antes de dejar todo atrás yo estudiaba en París, Miguel —comenzó a explicar— con mis compañeros de universidad íbamos a una biblioteca que queda justo al lado de ese puente, la recuerdo porque es inmensa. También recuerdo que lo cruzábamos, luego del estudio, para ir hacia un parque que quedaba allí. Creo que el nombre del parque es “Bercy”, aunque puedes encontrar más fácil el lugar si preguntas por la Filmoteca Francesa, ¡es maravillosa!

—¿Estás completamente segura que ese es el nombre del puente? —Le insistí.

Isabel, con su marcado acento, me alegró mis esperanzas cuando me respondió “sí, lo estoy”, haciendo que mi corazón le agradeciera por su ayuda. Me despedí, avisándole a Juan sobre mi viaje a París, haciendo que me deseara suerte.

Luego de que Valentina comprara la camisa, escuchó de mis labios la noticia de que había encontrado un lugar con el nombre de la escritora, haciendo que sus ojos brillaran. Esperamos más de dos horas antes de poder ingresar al avión para poder ir a Francia, acomodándonos en nuestros asientos. El avión despegó y mi tierna acompañante acomodó su cabeza en mi hombro, quedando dormida bajo la fascinación indudable de la oscura noche. Su cabeza se tornó mi encanto y mis caricias la acompañaron hasta que cerré mis ojos, quedándome completamente dormido.

—¡Miguel! —Me dijo Valentina mientras movía mi cuerpo con sus manos —¡Despierta, vamos a hacer una parada!

Mis ojos se abrieron, viendo la luz del Sol que entraba por la ventana del avión.

—Me encanta como duermes —exclamó sonriente, acercándose a darme un beso, añadiendo— sin importar lo que pase al llegar a Francia, estaré a tu lado.

Yo le sonreí mientras mi corazón daba un juego de latidos por ella.

—Quería preguntarte algo —exclamé, tomándola de las manos— luego de toda esta aventura, de cada una de las cosas que hice, lo único que no quiero dejar atrás eres tú. Yo, por obligación, tengo que volver a mi país para continuar con mis deberes en la empresa, pero tengo un vacío en mi pecho

porque temo que no sé qué es lo indicado. Yo no tengo manera justa de pedirte que te quedes conmigo, ni siquiera creo que tendría el atrevimiento de mencionártelo, pero mi más grande preocupación es que algún día nos tengamos que separar. Si tan sólo hubiese algo que pudiera hacer para no dejar que nuestras vidas se separen... Valentina, yo sólo quiero regalarte todos mis segundos a cambio de ver todas las mañanas tu sonrisa y seguir soñando a tu lado, viviendo una aventura todos los días.

Mi amada se quedó mirándome mientras sus ojos se embellecían con una dulce ilusión.

—¿Me estás pidiendo que vaya a vivir contigo a tu país? —Me preguntó, tapando su sonrisa con una mano presurosa que se extendió en sus labios.

Yo asentí con mi cabeza y ella, con sus coloridos labios, comenzó a besarme mientras sus manos se apoyaban en mis mejillas, sus ojos se encharcaban de felicidad y su cabeza me aceptaba alegre mi propuesta con un leve mover.

—¡Sí, sí, sí, por supuesto que sí! —Me dijo mientras continuaba besándome

Luego de esperar un momento en el aeropuerto, volvimos a seguir nuestro viaje hacia París, alegres por nuestras intenciones y sonrientes por estar juntos. El avión volaba en lo alto y Valentina leía un libro de poemas que había traído durante toda nuestra aventura. Yo observaba su cuidado, viendo cómo recitaba sus versos mentalmente, hasta que quise distraerme con algo en mis pertenencias, abriendo mi pequeña maleta encontrando en ella el diario. Con cuidado saqué del interior el misterioso libro, pensando en que ahora sus páginas sólo me ofrecían un extenso vacío que amargaba mis emociones. No tenía más guías, no tenía más sueños que seguir, estaba ahora perdido en este vuelo siguiendo un pequeño haz de esperanza, intentando buscar la luz de mi felicidad en las corazonadas de la mujer que amaba. Abrí sus páginas, buscando contenido en sus blancas hojas, y la pequeña plana donde Valentina había escrito sus apuntes calló sobre mis pies, mostrándome los diversos garabatos que había hecho en ella. La tomé con mi mano y la hojeé, leyendo cada una de las cosas que decían allí, hasta que mi atención se centró en las palabras “Bienvenido no fascínate”, las cuales habían sido nuestro primer intento. Si esa incoherente frase tuviese sentido ¿cuál podría ser? Si se intentaba entender desde la inagotable razón, nuestras cabezas rechazarían su significado viendo que su lógica no concordaba con lo común. Pero, como cada uno de los sueños, no se podía pensar con frialdad sino darle la oportunidad a nuestra fantasía. ¿Cómo hubiese pensado cuando era niño?

Cuando estaba en mi hogar las cosas más complicadas siempre mostraban su manera más simple, siendo catalogado como un niño creativo, pues nunca veía en nada algo imposible. La solución más cercana era la más obvia, lo que me dejaba siempre que mi mente infantil ingeniara un universo paralelo al nuestro donde los problemas más grandes tenían una solución simple. ¿Cuál era la manera ingenua de ver esta frase? A primera vista un niño no miraría su significado, porque no pensaría en un sentido si éste le exigiese pensar. ¿Qué haría entonces? Jugar con sus palabras hasta encontrar algo que reconociera fácilmente. ¿Qué reconocía con facilidad? La respuesta más cercana era que las tres palabras comenzaban con consonante y su incoherencia invitaba a fijarse más en el orden en que estaban citadas que en su propio significado.

—Son sólo tres palabras que juntas no dicen nada pero que... —murmuré, tomando un bolígrafo y comenzando a escribir las palabras en listado, una sobre otra, y luego añadí— separadas pueden decir mucho.

Mi voz llamó la atención de Valentina, la cual concentró su mirada en lo que había escrito.

—¿Qué significa BNF? —Me preguntó mientras su atención era atraída por las mayúsculas de las palabras que había escrito en lista.

Yo repasé de nuevo mi escritura y señalé con un bolígrafo cada una de las consonantes del inicio de las palabras.

—No lo había pensado —exclamé —¿pueden ser siglas de algo?

Ella asintió con su cabeza, tomando la hoja de anotaciones, intentando pensar en algo que pudiese haber conocido o escuchado.

—Puede ser, aunque no se me ocurre nada —me dijo entregándome la página —¿qué crees tú?

—La verdad no sé —le respondí, lamentando mi acción mientras guardaba las cosas de nuevo en mi maleta.

Luego de un día de viaje, repleto de constantes paradas y molestas esperas, llegamos al aeropuerto de París cargados de una emoción punzante, yendo a esperar ansiosos a que nuestras maletas llegaran. El bullicio y la gran cantidad de personas, corriendo de un lado a otro, nos acompañaban mientras nuestras manos se ataban por amor en una insistente prisa por poder seguir el curso del improvisado indicio. Las maletas se exhibían en la continua pasarela automática, humillando los pequeños maletines que colgaban del hombro, siendo seguidas por nuestros ojos con la esperanza fugaz de encontrar las nuestras, pero la voz de un hombre, que se acercó a nosotros, hizo que nuestras emociones se tornaran oscuras.

—Disculpen ¿ustedes vinieron desde Sidney? —Nos dijo, luciendo en su pecho el nombre “Adrien” marcado en una tarjeta laboral.

Ambos asentimos con nuestras cabezas.

—Hemos tenido un problema con algunas de las maletas, por favor síganme —exclamó, haciendo con su mano una seña que nos invitaba a ser guiados.

Llegamos a una recepción y una mujer, con cálida voz, nos explicó que habían tenido problemas con nuestro equipaje, nos aclaró que iba a tardar unos días en llegar y nos pidió los datos, con una dirección en donde debían de hacerlas llegar. Casi al unísono, mientras nos ofendíamos con lo sucedido, explicamos nuestra condición de turistas y la mujer, con una mueca de molestia en su rostro, nos pidió la dirección de nuestra residencia, dejando claro que los costos del viaje eran cortesía de la aerolínea.

—¡Es lo menos que pueden hacer! —Me dijo Valentina con tono molesto mientras caminábamos, tomados de la mano, por el aeropuerto.

—Los errores son los que nutren nuestra necesidad —expliqué para tranquilizarla, añadiendo— toda acción imprevista genera una solicitud espontánea.

Ella clavó sus ojos confusos en mi rostro, haciendo que yo sonriera y le robara un beso, sintiendo una honesta ternura por su inocencia. Seguimos caminando a paso firme hasta encontrar la salida, pero un impulso de antojo repentino de mi acompañante nos detuvo antes de alcanzar las puertas, mostrando un deseo irremediable a una taza de un café. Caminamos con prisa hacia el local y compré, para ambos, dos vasos de capuchino frío que nos sirvieron de inmediato, recibéndolos Valentina con una gran sonrisa. Le dio un sorbo al suyo y con su otra mano me estiró el preciado líquido, haciendo mi mano lo recibiera con torpeza, causando que mis dedos resbalosos derramaran el café sobre mi maletín.

—¡Miguel el diario! —Me gritó asustada Valentina, reposando en una mesa su café.

Tomó la pequeña maleta y la abrió, sacando las cosas que tenía adentro para evitar que se humedecieran. Abrió su maletín y, con esfuerzo, metió algunas cosas en él.

—El diario no cabe —me dijo, estirándolo hacia mí.

Yo lo recibí, sosteniéndolo con la mano, y la invité a continuar nuestro camino, dejando la estropeada maleta en una basura. El café era lo menos para ella.

Al salir del aeropuerto, tomamos un taxi, indicándole al conductor que nos

llevara hacia la Filmoteca Francesa, la cual alcanzamos en pocos minutos. Bajamos del automóvil y caminamos por una acera, mirando al frente de nosotros un gran teatro que se alzaba orgulloso mientras sus puertas le daban la bienvenida al público. Caminamos por el parque hasta llegar a la orilla del río, la cual nos mostró un puente majestuoso construido con hierro que curveaba su arquitectura en un diseño innovador. Caminamos con prisa para poder ascender a su estructura y, con el río bajo nuestros pies, llegamos a la mitad del nombrado puente, teniendo a nuestros ojos el sublime hilo de agua.

—¿Qué se supone que debemos encontrar aquí? —Me preguntó agitada Valentina, mirando hacia el río mientras apoyaba sus manos en el barandal.

El viento soplaba angustiado, encontrando nuestra intriga y dejándola en los cuerpos cansados que buscaban con desespero una respuesta. El Sol había comenzado a caer, dándole la bienvenida a las luces imponentes de un edificio que se sostenía gracioso con una estructura apropiada. En un cuadro, lineado con imaginación, reposaban en las esquinas cuatro edificaciones, gemelas entre sí, que armaban en conjunto una obra maestra. Mis ojos permanecieron inmóviles, con su mirada fija en la admiración, hasta que Valentina, notando mi interés, siguió mi vista para encontrarse con la ingeniosa arquitectura.

—¿Qué es eso? —Me preguntó, acallando mi encanto.

Con tono sincero le respondí un inquieto “no sé”, comenzando a caminar hacia allí, hasta que mis ojos se clavaron en una columna, que se alzaba por los aires, que tenía escrito en su cúspide, con letras más formales que vulgares, un nombre en francés que versaba “Biblioteca Nacional de Francia”.

—Creo que acabamos de encontrarlo —exclamé con satisfacción, apretando con emoción la delicada mano de mi amada, y añadí— ya sabemos qué significa “BNF”

Capítulo 32

El Final

Con una emoción incalculable, digna de una persona que había encontrado su propósito, entramos a las instalaciones, esperando encontrar con apuro algo que nos indicara un nuevo camino. Nos vimos rodeados de una soledad comprensible y de un silencio apetecible, haciendo ruido con nuestros pasos mientras buscábamos algo que nos diera una respuesta.

—Miguel ¿qué estamos buscando? —Me pregunto Valentina, deteniéndose.

Su duda estaba fundada en el mismo temor que yo no quería aceptar, ese miedo que me decía a gritos que no tenía ningún indicio que me guiara a encontrar una respuesta. ¿Tendríamos tal vez que buscar las novelas de Simone? O tal vez ¿debíamos encontrar algún bloque de la biblioteca que diera cuna a libros que hablaran sobre sueños? Las posibilidades se tornaban infinitas si intentaba relacionar cada uno de los episodios que había recorrido en mi aventura.

—¿Qué hacemos? —Me cuestionó de nuevo mi acompañante, mirándome con ojos curiosos, y luego añadió— tal vez podamos...

Su voz se interrumpió por un grito en francés, que provenía desde lejos, que llamó nuestra atención. De las sombras salió la figura de una mujer, más anciana que amable, que se aproximaba a nosotros con paso firme. Se paró a nuestro lado, acusándonos con su mirada, y comenzó a hablar en un apresurado francés.

—¡No entendemos francés! —Le dijo, incómoda, mi amada.

—¡Ah! Está bien —exclamó, con un despreocupado inglés, y añadió— ya vamos a cerrar esta parte de la biblioteca, necesito que se retiren por favor.

Su acento molesto, en conjunto con un tono grosero, hizo que Valentina se voltease inapropiadamente, me tomara de la mano y me llevara con ella, dirigiéndonos hacia la salida.

—¡Eh, tú! ¿Qué tienes en tu mano? —Me preguntó, manteniendo su

tosquedad.

Yo me volví, para encontrar sus ojos, y su mano me arrebató el diario, hojeándolo.

—¿Dónde has conseguido esto? —Me cuestionó con ojos sorprendidos.

—¡Es mío, entréguemelo por favor! —Le dije apropiadamente, dándole modales de decoro.

—¿No es este el diario de esa mujer que trabajaba como ayudante en la recepción? Siempre hablaba de él, justamente así, con estas características... qué curioso— permaneció reflexiva.

—¿Cuál mujer? —Interpeló con brusquedad mi amada —¿cómo se llama?

-Ya saben, Isabella, la mujer que está enferma —Respondió entregándome el diario, añadiendo —ya que la mencionan, no la he visto durante algunos días. Debe de estar de nuevo en el hospital, pobre mujer.

—¿La conoces? —Dijo mi amada con un tono trágico —¿Estamos buscándola desde hace mucho tiempo! ¿Sabes dónde está?

—Sí, claro, normalmente está internada en el Hospital Rothschild, allí recibe tratamiento —nos respondió con frialdad, señalándonos luego una puerta para añadir— la salida está por allá, gracias.

Se retiró con paso firme, haciendo que nosotros saliéramos de la biblioteca.

Con una prisa sustentada en el ritmo inquieto de nuestros corazones tomamos un taxi, pronunciamos con torpeza el nombre del hospital y nos sentamos mientras nuestra ansiedad consumía las ilusiones. ¿Isabella era la mujer que siempre había estado siguiendo mis pasos mientras nuestros sueños se encontraban en su diario? Cada una de las realizaciones de mis más hermosos recuerdos se resumían a su nombre, que se deletreaba con cada paso que nos acercábamos al hospital. Cada esquina que doblábamos era un grado más entre las pulsaciones de euforia que mi corazón me regalaba. Toda la espontaneidad de Valentina se había confabulado con mi amor para guiarme hasta aquí. El diario iba a tener su fin, que se encontraba tan cerca como nunca antes había estado y que se miraba tan lejos como nunca había deseado, pues mis dudas seguían abarcando mi criterio, confundiendo mis emociones y aterrizándome en la razón. ¿Qué pasaba si todo esto era un acto juguetón, una pista más, un indicio sin final? Nunca había pensado en que podía suceder que su autora no quería ser encontrada y ahora, confabulada con mi miedo, esa idea se hacía más posible.

—Miguel, llegamos —me dijo Valentina, abriendo la puerta del automóvil.

Le pagué, con algo de torpeza, al hombre y me bajé del taxi, teniendo ante

mí el edificio que contenía todas las respuestas. Con una sencillez consciente se levantaba la estructura que daba cuna a la esperanza de una nueva oportunidad de vida. Marcada con ladrillos y paredes blancas, sus puertas daban la bienvenida a las ilusiones de pacientes y familiares, que encontraban allí una salvación a sus penas dolientes que generaban la más cálida alegría o la peor de las tristezas. Entramos por la puerta principal, con ligeros pasos, y llegamos a la recepción, donde había una mujer morena, de bata blanca y pelo recogido, que nos saludó con una sonrisa.

—Disculpe, señorita —exclamó, con un lento inglés, mi amada.

La mujer nos hizo señas, invitándonos a esperar, y luego de un momento, después de retirarse, un hombre, con más barba que barriga, nos saludó en un buen inglés, con voz seria y ojos perturbadores.

—Venimos a visitar a Isabella —dije con tono cálido.

—Disculpen, la hora de las visitas pasó hace diez minutos —dijo el hombre, retirándose con frialdad.

Valentina me miró desconcertada.

—Venimos a entregarle esto —le mostré el diario.

El hombre al verlo se quedó completamente asombrado, sonrió, deshaciendo su aspecto lúgubre, y se retiró, volviendo luego con la mujer morena. Ella miró el diario e imitó la mirada de su compañero, comenzando a hablar con él.

—¿Cómo se llama usted? —Me preguntó, aparentemente traduciendo las cuestiones de la mujer.

—Miguel Castañeda —respondí confundido.

La mujer se tapó la boca con su mano y de sus ojos se escaparon lágrimas de tristeza. El hombre lloró con un gesto, evitando humedecer sus ojos.

—¿Qué pasó? —Preguntó Valentina inquieta.

—La encontraste —dijo el hombre son una tierna sonrisa— es increíble, pero la encontraste.

La mujer morena salió de la recepción y me hizo una seña para seguirla, pasando por un corredor que cruzaba justo después el pasillo principal. Subimos unas escaleras y entramos a otro piso donde estaban las habitaciones de los internos, parándonos frente a una de las puertas.

—Ella te estaba esperando Miguel —me dijo la mujer mientras secaba sus ojos con su bata blanca.

Puso su mano en la cerradura y comenzó a mover su muñeca haciendo que un vacío entrara a mi cuerpo, depositándose en mi corazón, quien comenzaba a

responder a mis nervios con un intenso latir. Todas mis respuestas se responderían al ver a la persona que estaba detrás de esa puerta. La respiración comenzó a apresurarse y mis ojos, aunque estuviesen atentos, no querían ver. La mujer me sonrió, empujando la puerta y ante mis ojos estaba la hermosa figura de existencia celestial que había marcado su nombre en mi corazón aquel día en el hotel. Sus manos estaban tendidas en la cama, mientras su rostro continuaba prometiéndome la más maravillosa de las esperanzas, sus labios continuaban siendo una magia próspera de extensos antojos y sus ojos, cerrados, permanecían en el mismo lugar donde sus cejas se confundían con el más noble trazo de un pincel. Su cabello, enmarañado y descuidado, había perdido la extensión que me había maravillado aquel día cuando la vi por primera vez al estar sentado en las escaleras del teatro. Ante mí estaba la falsa Isabella, la verdadera autora, la correcta María José.

—Está cansada Miguel, pero me dijo que cuando llegaras la despertara — exclamó la mujer, acercándose a la tierna soñadora.

Movió sus hombros y esta abrió sus ojos, mirándola, mientras de su mirada se escapaba desesperanza.

—Mira quién está aquí —le dijo la mujer, señalándome.

María José, con un lento mover, posó su vista en mí y sonrió, como nunca había visto una sonrisa.

—Miguel —me dijo con esfuerzo, haciéndome señales de acercarme.

Yo, con paso dudoso, llegué hasta su lado, sentándome en una silla al lado de la camilla, logrando que mi cuerpo quedara a su altura. Ella me extendió la mano, logrando que yo la tomara, y una lágrima se resbaló por su mejilla.

—¿Por qué nunca me hablaste? ¿Por qué nunca me dijiste nada? —Le pregunté mientras mi corazón lloraba por verla así.

Ella sonrió y permaneció en silencio regalándome una mirada que hizo que todo lo que estuviese a mi alrededor se olvidara. Sus mejillas, pálidas, guardaban entre sus fronteras el dulce gesto de alegría, mientras sus ojos permanecían clavados en mí, mirando con cuidado, disfrutando cada segundo. Su mano, delicada, se alzó y me señaló algo que tenía en el brazo: el tatuaje, el mismo que me había hecho. Sonrió. Se burló. Luego comenzó a perder fuerza y sus párpados comenzaron a cerrarse. Yo, con una fuerza preocupada, apreté su mano intentando hallar en ella vida, pero sus párpados seguían consumiendo sus ojos haciendo que mi corazón desesperara. Todo comenzaba a derrumbarse hasta que sus labios, con su último aliento, se movieron versando con dulce canto la palabra “gracias”, guardando su voz en lo más puro de mí

para nunca más volverla a escuchar.

Mis ojos humedecidos lloraban por la dulce mujer que nunca había conocido, pero que reconocía como nunca antes. Ante mí estaba descansando la soñadora que le había regalado vida a mi vida e ilusiones a mis sonrisas. Su nombre ahora se había vuelto sinónimo de desear con intensidad lo imposible, de versar con pasión las más descabelladas ideas y de realizar sin prisa, ni medida, cada uno de los sueños que ahora corrían libres entre los pastos de mi mente cambiada. María José, la mujer que me había regalado una nueva niñez, era un ángel de esperanza que me guio durante el despertar de dulces olas de intensas promesas, quien me regaló la oportunidad de vivir entre ilusiones sin cuestión y quien había logrado despertar en mí la intensa necesidad de ser por mí como por otros. María José era ahora el significado próximo del amanecer de mi nueva vida, a la cual iba a honrar soñando y a recordar realizando.

—¡Dios mío, es ella! —Dijo con sorpresa Valentina, asomándose por la puerta de la habitación, añadiendo —¡Es la mujer del bar, la que me sugirió ir al café donde nos conocimos!

Yo me paré de la silla y fui hacia donde mi amada estaba parada, abrazándola con fuerza mientras mi alma se partía en tristezas. Valentina me miró y me dio un beso consolador, regalándome una sonrisa de tranquilidad mientras me secaba mis ojos con pañuelo.

—Señor Miguel —me llamó un hombre que estaba parado justo afuera de la habitación.

Yo lo miré, encontrándome con el recepcionista de aspecto lúgubre, y él, mirándome mientras me sonreía, tenía su mano extendida con una carta, la cual recibí.

—Se la ha dejado María José —me dijo, retirándose luego de entregarme la carta.

Yo me senté y abrí el sobre, encontrando en él una carta manuscrita con una letra muy parecida a la del diario, pero que mantenía evidente una madurez en sus trazos. Valentina, viendo mi acción, se sentó a mi lado, agarrándome el brazo, acompañándome con su presencia mientras mis ojos comenzaban a leer.

“Día 12— Miguel

Hoy el destino trajo a mi puerta a la persona que estaba esperando desde hace mucho tiempo. De alguna forma tiene mi diario. El diario que no terminé. ¿Lo está siguiendo tal y como yo me lo propuse? Lo cierto es que nunca pensé que alguien quisiera seguir mis deseos infantiles; y mucho

menos que lo hiciera después de tanto tiempo. Pero todo se había completado al suceder lo que mi hermano había advertido cuando me dijo “encontrarás un soñador que te haga sonreír”. Al principio no podía creerlo, hasta que le envié el primer mensaje, inspirándome en uno de los únicos sueños que yo había podido realizar, y vi en su rostro esa expresión que es capaz de delatarte cuando encuentras algo que sientes propio.

Como le había prometido a mi hermano, utilicé sus ahorros para seguir al hombre, el nuevo propietario de mi diario, por todo el país, haciendo hasta lo imposible para que no encontrara mi presencia. Aunque estoy acostumbrada a pasar desapercibida, él logró notarme esa vez en la ópera, en donde se quedó observándome durante más de dos horas, haciendo que en ese preciso instante me enamorara de él. Con el pretexto de seguir viendo su ternura fui hasta el hotel donde se hospedaba y, mientras actuaba con discordia, conseguí su nombre “Miguel”. Con su cálida voz se ganó rápidamente a una amiga llamada “María Paulina” la cual lo acogió hasta el punto de confesarle su más grande secreto, siendo ayudada por Miguel mientras su corazón lo invitaba a seguir incansable mis sueños, haciendo que quisiera hacerme presente de nuevo justo antes de entregarle una carta a su amiga, pudiendo ver de cerca sus incansables ojos.

Lo que siempre había soñado él lo realizó.

Con ayuda de un mensaje que dejé en su diario, luego de lograr entrar a su habitación para tomar algunas fotos, hice que su carisma fuese testigo de Irlanda, mi país favorito, en el cual disfrutó de su estadía. Estaba comenzando a quedarme sin herramientas hasta que, mientras esperaba en un bar cerca de su hotel, encontré a Valentina, una mujer de extensa sonrisa que parecía ser la mujer perfecta para ayudarme a cumplir mi cometido, pues, al igual que yo, disfrutaba de la lectura. Luego de hablar durante un buen rato con esta mujer, en una conversación llena de preferencias y gustos literarios y de hablarle de Simone, una escritora famosa que me servía de referencia para poder crear una excelente pista, la invité a ir a un café al cual cité luego a Miguel, con una de las diferentes notas que iba a comenzar a dejarle. Valentina era perfecta.

Todo pareció funcionar cuando los dos se hicieron amigos, pero se tornó desastroso cuando presencie su primer beso bajo un árbol, el cual hizo que mi corazón se derrumbara en pedazos. Pero todo era parte del plan, ya que así lograba que su confianza se entrelazara, para que luego sus caminos fuesen lo suficientemente comunes como para terminar mi plan antes de que

mi vida abandone mi cuerpo. Con algo de dificultad pagué un alto costo a dos empleados del hotel donde Miguel se hospedaba en Irlanda. El primero era una mujer que se llamaba Cindy, a la cual le indiqué que utilizara el nombre Simone, y el segundo era el encargado de la seguridad del hotel, al cual le indiqué que llamara a Cindy por su nuevo apodo, dándole luego a la mujer una de las pistas y una palabra, mientras le indicaba con cautela lo que debía hacer. Todo funcionó bien, Miguel se enteró del nombre y del mensaje. Y así partió, luego de enterarse de una pista que había conectado ingeniosamente con los gustos de su nueva acompañante, a Inglaterra.

Lo cierto es que no sé cómo hacía para conseguirse los viajes de manera tan veloz, pero fue un verdadero problema encontrar el apartamento de Valentina, luego de recordar las indicaciones que me había dado al hablar con ella en el bar. Pero hubiese deseado nunca haber encontrado ese apartamento, porque cuando por fin escuché la voz de Miguel, lo hice para hallar un “te amo” en sus labios mientras hablaba con su compañera, logrando que mi ilusión de poderlo tener a mi lado, alguna vez, fuese absolutamente absurda, logrando que mi lamento me obligara a gritar, tirando casi por la borda todo mi esfuerzo al arriesgarme a ser descubierta. En esta ciudad logró desenvolverse más con su pareja, haciendo casi imposible que su rastro fuese seguido y, luego de tener que pasar una noche en el hospital porque había comenzado a perder fuerzas de nuevo, tuve que devolverme a París, dejando a mi soñador atrás.

Volví a mi ciudad teniendo que volver a internarme en el hospital, pues mi enfermedad había comenzado a desarrollarse más rápido de lo normal, asumiendo el temor de que nunca más pudiese volver a ver a Miguel. Todo mi plan se estaba desarrollando como debía de desenvolverse, pues había dejado cada una de las pistas correctamente y, además, le había regalado a Miguel una persona que podía ayudarlo en su realización, pues ella misma me había inspirado a desenvolver el acertijo. Pero todo comenzó a derrumbarse cuando me enteré que no podía volver a la biblioteca a trabajar porque tenía que quedarme internada, haciendo que mis planes se cayeran al suelo, pues todo tenía que funcionar de acuerdo a mi vida cotidiana. Miguel debía encontrarme en la biblioteca, entregarme el diario y cerrar su búsqueda con un beso, el cual ahora, nunca podré recibir.

Luego de más de cuatro días de espera mis sueños se volvieron tragedia y mis ilusiones se transformaron en decepción, pues había entendido que Miguel había encontrado la biblioteca, pero no me había encontrado a mí

allí. Soñé entonces que veía a Miguel entrando por la puerta de mi habitación, cargándome en sus brazos y, con un gesto que siempre había soñado, lograba besarlo con mis pálidos labios mientras mi vida se completaba al sellar mi boca con un suspiro.

Ahora que estoy completa, que cumplí mi misión, puedo reunirme con mi hermano, al cual le había prometido nunca dejar de soñar. ¡Gracias Miguel por permitir que mis sueños triunfaran en tu vida! ¡Gracias por dejarme cumplir mi promesa!

Te amo ”

Terminé de leer con mis ojos encharcados. Valentina se sintió impotente por no entender lo que estaba sucediendo. Yo me paré y caminé hasta encontrarme con el cuerpo sin vida de María José, miré a Valentina con ojos tristes, pidiéndole perdón con mi mirada, y me agaché tocando los labios de la tierna soñadora para regalarle un beso y lograr que su sueño se completara. Todo lo que había soñado ahora yo lo había realizado, logrando con este último gesto su último deseo. Retiré entonces mis labios y con una de mis manos acaricié su rostro diciendo con ternura “gracias a ti”, sintiendo como de su boca, con la más maravillosa presencia de felicidad y calidez, brotó un último suspiro.

Capítulo 33

La verdad

Valentina y yo estuvimos de acuerdo en esperar hasta el funeral. La ceremonia se rodeó de personas de todo tipo, que lloraron su muerte más de lo que imaginamos. Nos alegró ver que, en vida, había sido una mujer que se rodeaba de amigos. Los días en que se organizó, estuvimos hospedados en un hotel que frecuentábamos sólo de noche, ya que decidimos explorar la ciudad como una muestra íntima de nuestro compromiso con el legado que María José había dejado en nuestras vidas. Su juego, su intuición, había sido la razón por la cual estábamos juntos en ese momento y, más allá de aterrizar mis compromisos maduros y aburridos con la presencia infantil de soñar sin límites, me había regalado a alguien a quien amar, con quien compartir y con quien desear disfrutar el resto de mis días. María José construyó pilares que nunca tuve la valentía de construir para mi futuro y me los entregó, sin conocerme, escondiéndose, malgastando las oportunidades que tenía de hablarme para continuar con su papel. Tenía pocos días de vida y aún así los dedicó para transformarme, para cambiar mi perspectiva.

Cuando fue el momento de decir adiós a Francia, Valentina y yo nos despedimos en el aeropuerto, debido a que tenía que concluir algunas cosas en Inglaterra antes de unirse a mí, por lo que el viaje de vuelta a casa lo realicé completamente solo. Estaba sentado en la silla del avión, esperando que se diera orden para despegar, cuando me percaté de sacar el celular para poder revisar los mensajes, contactar rápido a mis padres y mi socio y poderlo apagar.

—¿Cómo estás, hijo? ¿Dónde estás ahora? —Me preguntó mi padre. Tenía un tono de voz diferente.

Le conté que el viaje había terminado y que ya era hora de devolverme. Pareció alegrarle la noticia y, debido a la prisa que mostraba con mi voz, me tranquilizó diciendo que iba a informarle a mi madre y a mi socio,

despidiéndose con un “te esperamos”.

Creo que la costumbre de volar por todo el mundo comenzaba a tener sus efectos, porque no sentí ningún tipo de incomodidad en el viaje. Dormí la gran mayoría de horas y leí las siguientes. Algunas veces palpaba el maletín de mano, que todavía olía a nuevo, para estar seguro que el Diario de un Sueño estaba allí. Me sentía listo para terminar. Estaba satisfecho de haber decidido seguir el viaje. Ahora encontraba razones para sonreír con cada alto en la cotidianidad. Y me reí, para mí, sobre las muecas adormecidas de los pasajeros, sobre las travesuras de un niño que estaba dos sillas frente a mí y con ello recordé. Las manos sudorosas del primer beso con Valentina. Mis piernas temblando cuando canté en público. La sensación de libertad que sentí en el parapente. La sonrisa de la niña que me acompañó a comprar ropa para toda ocasión. La primera vez que lo leí. La nota de María José a su hermano. El diario... ¿Cómo había llegado hasta mí?

Había llegado tantas veces al aeropuerto de mi ciudad, que no me costó mucho encontrar el camino para tomar un taxi luego de recoger mis maletas. El viaje duraba aproximadamente unos treinta minutos y había decidido dormir, cuando el celular sonó.

—Miguel, me llegó el mensaje de cobertura —me dijo Juan, luego de saludarme —¿ya llegaste?

—Estoy en el taxi. Voy para mi apartamento. —Le contesté.

Juan se quejó y susurró algo con alguien que tenía al lado.

—Está bien, Miguel. Hablamos luego, cuando termines de llegar y te acomodes de nuevo.

Juan se estaba comportando diferente a lo habitual.

Cuando llegué a casa, ingresé por la portería cargando las maletas y llegué hasta mi apartamento subiendo por el ascensor. Llegué a mi puerta y noté que había alguien dentro. Me imaginé alguna bienvenida ideada por mis padres y me tranquilicé. Comencé a buscar en mi bolso de mano las llaves, pero me detuve porque alguien abrió la puerta. Era mi mamá.

—¡Hijo!— Gritó e inmediatamente se acercó a mí para darme un abrazo, tenía los ojos llorosos y no era común en ella, sobre todo porque ya debía estar acostumbrada a mis viajes.

—¿Qué sucedió? —Le pregunté, soltando su abrazo y mirando con curiosidad dentro de mi apartamento.

Estaba allí sentados mi padre, Juan e Isabel, todos en la sala de estar, esperándome. Isabel se percató de mi atención y me sonrió.

—Es momento de contarte algo, Miguel —se puso de pie Juan, acomodándose la camisa en el pantalón. Un gesto que hacía frecuentemente.

Yo terminé de ingresar al apartamento, puse mis maletas cerca del muro que daba al pasillo que conducía a mi habitación, y me quedé mirando a todos, para luego acercarme a saludar a Juan, extendiendo mi mano y apretando la suya. Me dio dos golpes en la espalda y me sonrió. Isabel se puso de pie y me abrazó. Mi padre fue el último, dándome un abrazo fuerte y con especial cariño. Mi madre soltó un sollozo. Algo ocurría.

—¿Qué pasa aquí? —dije. No me sentía cómodo con la situación.

—Siéntate, Miguel —me respondió Juan, mirándome fijamente.

Luego de que cada uno tuviera la oportunidad de preguntarme sobre el viaje y detalles sobre algunas de mis aventuras, hablé sobre Valentina y conté, de manera general, que venía de Inglaterra a vivir conmigo. El misterio se estaba alargando más de lo que disfrutaba y luego de responder una pregunta sobre Kiribati, me quedé en silencio mirando a todos. Juan entendió mi impaciencia.

—Miguel, no hay introducción para lo que voy a contarte, por lo que voy a resumir todo en contexto y a explicarte algo— comenzó a hablar, mirando de reojo a Isabel— hace algunos años, una persona se acercó a ti a contarte una historia. Una historia sobre su esposa y sus dos hijos gemelos. Una historia sobre una enfermedad genética que afectó a ambos pequeños y que complicó sus vidas. Una historia sobre un destino incierto, que posiblemente terminaría en muerte para ellos dos.

Conocía muy bien esa historia. Fue la que me motivó a comprar una empresa en quiebra y la cual Juan me recordaba siempre para darme sermones. Crucé mis manos.

—Aunque yo siempre fui negativo frente a esa historia, porque supuso una pérdida enorme para nuestra empresa— continuó, cruzando sus dedos y apoyando sus brazos en sus piernas— no fui consciente de lo que habías hecho, hasta que hace unos meses una persona me contactó. Esa persona me contó su historia y lo que se había logrado gracias a la inversión que habías hecho. Esa persona me propuso algo. Quería intentar algo. Quería ayudarte a ti, tal y como tú lo habías ayudado a él. Yo no tuve otra alternativa que aceptar. Me sentía culpable por no pensar en las maravillosas repercusiones que un acto desinteresado tiene en la vida de los otros, por lo que no me pude negar.

—Todos aceptamos, Juan —recalcó Isabel, mirándome, para luego mirar hacia mis padres.

Ellos también asintieron. Juan continuó.

—Esa persona me entregó algo. Algo que tú encontraste en tu antigua casa, gracias a que tu padre le pidió al mayordomo que te lo entregara. ¿Sabes lo que es?

—¿El diario? ¿Sabías sobre esto? —Le pregunté incrédulo. Miré a mis padres y su mirada lo dijo todo —¿todos sabían sobre esto?

—Queríamos que preguntaras, pero no lo hiciste —me confesó mi madre.

—Todos nos sorprendimos con la decisión que tomaste, Miguel. No pensábamos que pudieras ser tan espontáneo y descuidado —me dijo mi padre — y no me malentiendas, estamos muy felices de que lo hayas hecho, porque sabemos que te transformó.

El timbre sonó. Juan miró ansioso a mis padres. Se puso de pie.

—Ya llegó la persona, Miguel —me dijo, mientras caminaba a la puerta.

Un hombre, joven, entró al apartamento acompañado de dos muletas. Sus movimientos eran torpes, pero decididos. Tenía alguna especie de parálisis.

—Miguel, él es Luis —me dijo Juan.

Me puse de pie y, evitando interrumpir sus pasos, le di dos palmadas en la espalda al sujeto, viendo cómo se sentaba junto a mi madre en el sofá. Ella lo saludó con un gesto cotidiano, dándome la sensación de que ya lo conocía.

—Miguel, gracias por recibirme— la voz de Luis temblaba por alguna clase de esfuerzo— Perdona la demora, acabo de llegar de Francia, como tú, me encontraba en el funeral de mi hermana.

Silencio. Todo se quedó en el más profundo silencio.

—Miguel... —dijo Isabel— él es hermano de María José.

Me quedé mirándolo.

—María José tenía un hermano, así es. Pero sé que está muerto— Afirmé.

—Eso queríamos que ella creyera, Miguel —me dijo.

Sonrió. No entendí el motivo. Para mí, cualquier motivo era cruel.

—¿La abandonaste todo este tiempo? —Reclamé. Estaba molesto.

—Sí, tenía que abandonarla —respondió. Su cara adoptó un gesto triste— Quiero contarte mi historia.

Unió las muletas y las acomodó junto al suelo, al lado del sofá.

—La historia comienza cuando María José y yo nacimos. Aunque no había ninguna evidencia que pudiera explicar lo que había sucedido, ambos nacimos con una enfermedad llamada distrofia muscular, la cual se presenta de manera progresiva en quienes la sufrimos. En nuestra niñez, esto nos obligaba a mantener un tratamiento médico constante desde muy pequeños, lo que obstaculizaba el proceso de socialización y aprendizaje, debido a que

teníamos que faltar constantemente al colegio. Mientras yo pasaba mis días sumergido en la televisión y en los videojuegos, María José optó por escribir. Escribía todo el día y mis padres constantemente le regalaban diferentes diarios, que llenaba y atesoraba. Tenía una obsesión con ellos, porque era lo único que le hacía creer que sus días eran normales. No era una mujer de amigos, porque no los hacía con facilidad y cuando lograba comunicarse con alguien, los tratamientos se presentaban para disolver cualquier relación que pudiese construir.

Juan se paró del sofá y se dirigió a la cocina.

—El diario que tienes, el cual le entregué a Juan, fue el último de ellos. Fue el último diario que escribió antes de que yo empeorara. Nunca lo terminó, como creo que pudiste observar. Luego de que me internaran permanentemente en el hospital, ella cambió completamente su actitud. Durante todos los años de tratamiento, ella sólo permaneció a mi lado. No había nadie que lograra que hiciera otra cosa. Se sentaba a mi lado mientras leía. Devoraba libros — se detuvo. Pareció que había recordado algo y sonrió— mi padre siempre estuvo trabajando... si nosotros hubiésemos tenido una vida normal, seguramente sería una persona exitosa con su empresa, pero nuestra enfermedad lo obligó a desfallecer. María José nunca lo entendió, la vida para ella no funcionaba igual... ahí entraste tú. Un día mi padre se reunió con mi madre y mi hermana y confesó que la empresa estaba mal, que no había logrado alcanzar las metas y que estaba a punto de entrar en bancarrota. Durante una semana estuve allí, mirando a mi madre, que se sentaba en el sofá mientras lloraba. Durante una semana vi a mi hermana, con su mirada vacía.

Paró y se rascó los párpados. Sus ojos estaban húmedos.

—Mi padre llegó unos días después anunciando con alegría que alguien se había interesado en la empresa. “Un milagro”, decía constantemente mientras abrazaba a mi mamá. Pero la alegría duró poco cuando María José experimentó mis mismos síntomas y, esta vez, el médico nos expresó su preocupación de que en su caso la recuperación no era posible. La internaron igual que a mí. Eso nos destruyó. Me destruyó a mí. Me sentía culpable. Me sentía mal. Sólo pensaba en que mi hermanita estaba desperdiciando lo que le quedaba de vida— tapó su boca con su mano, suspiró— luego de que nos tocara vender la casa en donde habíamos crecido, mi madre trajo una caja llena de libros y, entre ellos, estaban los diarios. Leí cada uno de ellos hasta encontrar El Diario de un Sueño y encontrarme con que no lo había terminado. Eso me destruyó.

Juan volvió a la sala, cargando una bandeja con vasos de agua. Le entregó uno a Luis y éste lo recibió, agradeciendo. Tomó un poco de agua y despejó suavemente su garganta.

—Me reuní con mis padres, aprovechando que María José iba a ingresar a un tratamiento y les pedí apoyo en mi plan. Les expliqué mis razones. Les dije que no quería morirme con la idea de que mi hermana iba a pasar el resto de su vida a mi lado, cuidándome. Estaba destrozado con esa idea y ellos aceptaron.

Luis comenzó a llorar. Se detuvo luego de no poder aguantar más. Isabel se tapó la boca conmovida. Yo estaba conmovido.

—Yo iba a ingresar a un tratamiento experimental. Me tenían que operar y ese fue el momento que aprovechamos. Todavía recuerdo los gritos de María José en el hospital, yendo a mi habitación. Gritaba “Luis” y lloraba, mientras los empleados intentaban controlarla. Sus músculos estaban débiles. No podía caminar bien. Y aún así fue hasta allí —Se detuvo para tomar un trago de agua —Le dejé una carta que mis padres le entregaron. Le dije que le dejaba todos los ahorros de mi universidad para que ella pudiera cumplir sus sueños. Y lo hizo. Le dieron de alta en el hospital a petición de mis padres y partió. Algunas veces les enviaba noticias, nos contaba sobre su viaje, sobre Poggio Bustone y el parapente. Sobre las personas que conocía. Sobre su amor por Francia...

Se detuvo un momento. Miró a Isabel, que le estaba extendiendo un pañuelo.

—Cuando todo parecía perdido para mí, uno de los tratamientos experimentales dio resultado y la enfermedad paró su progresión. En ese momento sólo quería pararme de la camilla e ir tras ella, pero la recuperación era lenta, muy lenta. Continuamente recibía noticias de las recaídas de María José y yo sólo me destrozaba más. Mientras estaba en recuperación me reuní con mi padre y le pregunté por ti, le supliqué que me diera el contacto de la empresa que había hecho realidad el milagro para poder llamar personalmente y agradecer y ahí fue cuando contacté a Juan.

Juan le sonrió. Se sentía satisfecho. Luis continuó.

—Le expliqué todo lo que había pasado y él me confesó que la persona que había decidido la compra había sido tú, pero me dijo que no podía hablar contigo porque estabas en un viaje de negocios. Así que le pedí su ayuda para entregarte el diario que me había dejado María José como símbolo de su promesa. Quería usarlo como una introducción, alcanzar a recuperarme para reunirme contigo en el momento en que lo recibieras, pero no alcancé...

—Juan me llamó. Me pidió que por favor intentara por todos los medios lograr que tú fueras a nuestra vieja casa— mi padre aprovechó el momento para aclararme la situación —me dijo que quería entregarte algo importante y que luego me explicaría. Y así lo hice.

—Fue una sorpresa increíble recibir la llamada de Juan, para luego escuchar que habías decidido irte y que parecía que te habías llevado el diario.

—En el momento que me enteré que ibas para Madrid— interrumpió, Juan —recordé que Isabel, que había estado trabajando con nosotros tercerizando la comercialización del servicio, podía ayudarme y la contacté. Por solicitud de Luis, tenía que guiarte hacia Italia, para que allí de alguna manera pudieras encontrar los pasos de María José.

—La tarjeta que te entregué fue esa guía, Miguel —me señaló Isabel, sonriendo.

—No sabía cómo iba a reaccionar mi hermana, pero logré que Pedro le avisara sobre tu existencia y ella, completamente inocente de lo que habíamos hecho, tomó todo esto con sus propias manos y comenzó a jugar contigo, completamente maravillada— Luis me miró y me sonrió con agradecimiento —le regalaste a mi hermana los mejores últimos días que pudiese haber vivido, Miguel.

—Todo lo que hiciste, Miguel —habló mi madre, que había permanecido en silencio con una mueca de nostalgia— Todo lo que hiciste fue tan hermoso, Miguel. Estoy tan orgullosa de ti, del hombre que eres.

—Cuando recibimos noticias de la recaída de María José y mis padres recibieron el diagnóstico del médico en París, esperamos un momento para que yo me recuperara, pero no lo logré— Luis agachó su cabeza— mis padres tuvieron que viajar solos. Ellos lograron despedirse de ella. No quisieron decirle nada, tenían la esperanza de que yo le diera la sorpresa y le explicara todo, pero cuando logré obtener el permiso para viajar, fue demasiado tarde.

Luis hizo un esfuerzo para ponerse de pie. Mi padre se levantó para ayudarlo, pero él lo retiró con sus manos y caminó por su cuenta. Se acercó a mí y se arrodilló en el suelo. Puso sus manos en mis piernas.

—¿Cómo murió? —Me preguntó.

—Como vivió, Luis. En un sueño muy feliz —le respondí.

Le tomé las manos y lo ayudé a ponerse de pie, para que se sentara en el sofá. Yo me acerqué hacia el muro que daba al corredor de las habitaciones y busqué entre mi maleta de mano, encontrándolo. Me detuve por un momento

para observarlo y no pude contenerme. Me dirigí hacia él y le estiré el diario.

—Gracias, Luis —le sonreí mientras lloraba— te devuelvo El Diario de un Sueño.

El Diario de un Sueño

“Este es mi Diario de un Sueño. Mi única herramienta para dejar la aburrida realidad. Si acaso eres mi molesto hermano, deja ya de ser chismoso o le diré a mi madre. Pero si acaso eres algún tipo extraño que lo encontró, devuélvemelo por favor, soy una chica adorable que vive...”

Día 1

Comienza mi sueño

Hoy me desperté con ánimos de algo nuevo, aprovechando este diario que me regaló mi padre se me ocurrió la increíble idea de escribir lo que soñaba, pues ya tenía otro diario para escribir lo que me pasaba. Aquí entonces, escribiré todo lo que me gustaría hacer en un día cualquiera, para hacerlo un día perfecto, soñaré sobre algo y lo expresaré para luego leerlo y reír con él, es un diario de sueños que guardaré como un tesoro.

Quise entonces imaginarme algo que desearía, cerré mis ojos mientras intentaba buscar en la tienda de mis recuerdos alguna prenda que me hiciera falta. Así entonces, me dio el capricho de comprar para toda ocasión, por lo que me imaginé parada en un almacén gigante lleno de ropa, el cual tenía todo lo que podría escoger o rechazar. Comencé entonces a buscar y encontré un vestido de gala que lucí con sonrisas, seguí mi búsqueda y ojee en un rincón donde hallé un conjunto de pesca que me quedaba precisamente hermoso. Me dio dificultad escoger mi siguiente prenda, pero, algo escondido, en una canasta llena de clásicas camisas, pude alcanzar una, la cual me quedaba perfecta.

Cuando llené el primer carrito de mercado quise encontrar una razón fácil de entender para explicarme a mí misma por qué quería comprar tanta ropa. Después de pensar un buen rato, me imaginé parada al frente del vendedor de boletos de avión, al cual pedí un boleto a cualquier parte disponible y me tapé los oídos para no escuchar a donde iba a llegar. Entregué mis maletas llenas de toda la ropa que había comprado y abordé dichosa de un viaje espléndido al país del “yo no sé”.

Sólo quise añadir, que todo lo que hice hoy, fue increíble, maravilloso y, por supuesto, de ensueño.

Día 2

Me alegro de ti

Hoy tuve un día bastante difícil en la nueva escuela y todo porque a mi padre le dio el capricho de pasarse de ciudad porque era más interesante el trabajo aquí, algunas veces ni siquiera lo entiendo. Medio intentaba hacer amigos, pero unos chicos bastante estresantes me molestaban preguntándome cosas y haciéndome sentir mal, por lo que almorcé sola y estudié de igual forma. En la última clase, ya estando un poco fastidiada, quise imaginarme el conocer a alguien dispuesto a ser mi amigo.

Mientras pensaba en alguien, me imaginé sentada en el parque de la escuela comiendo mi emparedado y mirando hacia los niños que jugaban felices entre ellos. Cuando apenas estaba dando mi primer mordisco un chico misterioso pasó por mi lado, con algo de prisa y abrazando sus cuadernos con fuerza, pero la suerte no estaba de su mano y una pelota golpeó su cabeza haciendo que cayera al suelo junto con sus pertenencias. Vi como todos se burlaban de él, pero yo me paré, le ayudé a recoger sus escritos y lo acompañé a sentarse lejos de allí mientras esperaba que todo se calmara. Cuando pudimos escapar del bullicio, simplemente me miró y me agradeció con unos ojos sinceros.

Hablamos sin parar sin importarnos el tiempo, me contó sus problemas, me ayudó con los míos y ambos reíamos de todo lo que nos contábamos. En ese momento me sentí especial y útil para alguien. Todos los consejos que me había guardado en todas las cosas que me habían pasado se los estaba dando y brindando a él. Por fin había encontrado a mi mejor amigo y por ello fui feliz.

Fue un día de ensueño, completamente vivo, sincero y divertido que espero volver a vivir algún día. Con cada deseo que cumplo en mis sueños una lágrima y una sonrisa se me escapan a la vez.

Día 3

Un café sabor historia.

Hoy que es fin de semana me desperté algo cansada del colegio. Me dio pereza salir al parque a tomar algo de sol porque estaba ya acostumbrada a ver siempre lo mismo. Lo único que me mantenía fiel a esas bancas eran los cantos de los gorriones que se mantenían vivos y alegres en los días soleados y que adornaban el momento mientras yo leía.

Pensando en ello se me ocurrió la maravillosa idea de poder estar al frente de cualquier monumento de la historia. Esas torres o edificios que muestran por la televisión y que solo viven en el recuerdo de cada uno de nosotros. Visitarlos y saber su pasado para que al final del día estés tan cansado, que valga la pena sentarte a tomar algo en un café, donde puedas verlo, y disfrutar de la noche con él adornando la vista.

Me encantaría poder tomarle fotos, poder descubrir en sus muros la historia de hace miles de años, poder hacer de mi visita algo que nunca olvidaré. No llevaría a nadie conmigo para poder conocer a todos los que estén allí, hacerme amiga de las miles de personas que deben de estar presente y escucharles su versión sobre su visita, para saber sus intenciones.

En el café me gustaría quedarme leyendo algo que me entretenga hasta el punto de no querer pararme nunca más. Me quedaría sentada horas disfrutando de algún aperitivo mientras me sumerjo en mi libro y disfrutar de sus párrafos para poder soñar con ellos en la noche. Al final me gustaría irme a mi cama para poder disfrutar de mis sueños otra noche más de fantasía.

Día 4

Mi sueño de volar

Ayer cuando salí de la escuela y estaba caminando a mi casa me encontré con una paloma algo aporreada que no podía volar muy bien. La tomé con mis manos y la traje a mi casa. La puse en una caja de cartón, la arrojé con unas mantas viejas y le dejé algo de comida y agua para que pudiera alimentarse.

Hoy me despertaron los sonidos tan peculiares que hacen las palomas y fui a verificar si todavía estaba en la caja. Cuando revisé noté que no estaba, por lo que la comencé a buscar en todo mi cuarto hasta que volvió a cantar su melodía. Me asomé por la ventana y la vi sostenida en una rama. Cuando vio que yo había salido se quedó mirándome un momento y luego se fue volando para nunca más verla. Ese gesto lo entendí como un “gracias” y me sentí especial y útil para alguien.

Pensando en todo ello me pregunté ¿cómo sería volar? ¿Cómo sería conocer cada uno de los universos que existían? Me imaginé el viento rozando mi cara mientras batía mis alas ganando altura. Me vi en lo alto observando todo desde lejos. Las personas que se ven como pequeñas hormiguitas, los edificios no parecen tan grandes. Pude observar entre todas las cosas las carreteras, las montañas y los pájaros que volaban. Todo lo observé como nunca lo había hecho y eso me hizo feliz.

Al final aterricé en un prado inmenso donde logré sentarme junto a miles de flores que adornaban un hermoso atardecer. Me encantaría poder estar con alguien y compartir este sueño. Me gustaría poder volar junto a otra persona y compartir lo que vi.

Día 5

Payasos en circos

Ayer logré convencer a mi padre que me llevara hoy al circo que había llegado a la ciudad. La verdad nunca había ido a una de esas grandes carpas adornadas con rayas y luces de colores. Mi padre me había dicho que el circo era algo mágico y me habló de los payasos. Siempre me causó curiosidad estos amigables sujetos con narices rojas.

Llegué del colegio, hice mis deberes y me arreglé para poder ir al espectáculo con el que había soñado desde que mi padre me había hablado de él. Parecía casi sin igual ver animales haciendo trucos, grandes elefantes y peligrosos tigres que asustaban a los niños más pequeños con sus rugidos. ¡Dios, voy a ir al circo! Cuando llegó mi madre con mi hermano y me encontraron esperando en la sala sentada, mi hermano comenzó a reírse de mí. Mi madre lo regañó y se acercó a mí diciéndome que mi padre no podía venir temprano porque el trabajo se lo impedía, por lo que era imposible ir al circo. ¿No sabía que era el último día que estaba abierto?

Cuando subí a mi alcoba, en vez de llorar como otras ocasiones en las que mi padre me había dejado sola, decidí soñar con que iba con él al circo tomada de la mano. Miré pues como un hombre gordo, barbado y enano, con un traje gracioso, se paraba en una caja de colores. Allí, mientras movía un palo grande que tenía en sus manos le decía al mundo las extrañezas que íbamos a encontrar; desde el hombre más feo del mundo hasta la mujer más gorda de todos los tiempos.

Entré con mi padre a la gran carpa de líneas azules y blancas y miré cómo un hombre alto nos pedía los tiquetes para poder entrar mientras decía con una gruesa voz “Encontraste la entrada al misterio”. Le dimos los que habíamos comprado y entramos por un pasillo hasta llegar a unas sillas. Al sentarnos comenzó el espectáculo: un mago desapareció un elefante, un malabarista se tiró desde lo alto hasta un pozo lleno de agua, un mono que andaba en bicicleta compitió contra un perro vestido de payaso y un payaso vestido de perro compitió contra una bicicleta vestida de mono. ¡Todo fue muy gracioso!

Cuando nos devolvíamos en el auto de mi Padre, me quedé dormida, despertándome luego en sus manos mientras él me subía por las escaleras de nuestra casa para darme las buenas noches mientras me acomodaba en mi cama. ¡Qué día maravilloso! ¡Qué día de ensueño!

Día 6

De vida o muerte.

Hoy estuve distraída durante todo el día en el colegio. No podía concentrarme y yo sabía que algo pasaba. Siempre creí que tenía el poder de saber cuándo algo iba a suceder, así que estaba un poco preocupada por la sensación que sentía.

Cuando salí de clases y llegué a mi casa me encontré con mi mamá vestida de negro sentada en uno de los sofás de la sala mientras lloraba y a mi papá con vestido y corbata, sentado en una de las sillas del patio con una mirada perdida en el horizonte. Mi hermano salió de su cuarto y pasó frente a mí sin decirme nada, ni siquiera me hizo una broma; algo malo sucedía.

Cuando subí asustada a mi cuarto, mi padre subió detrás de mí y se sentó al lado mío en mi cama. Me contó que mi abuelito, el papá de mi mamá, había muerto de un ataque al corazón, algo que no entendí bien, ya que no me podía imaginar cómo alguien podía atacar el corazón de una persona.

Mi madre subió luego y me dijo que me tenía que arreglar con ropa negra porque íbamos al funeral, así que con prisa me vestí y nos subimos al auto para llegar luego a una iglesia donde había un cajón en el que estaba dormido mi abuelito.

Todos en la iglesia solo lloraban, se tapaban sus narices con pañuelos blancos y algunos tenían gafas oscuras que les tapan los ojos. Entre los hombres muy pocos parecían verdaderamente tristes, pero entre las mujeres el llanto parecía ser muy común, confundiéndome porque yo no tenía ganas de llorar. Yo la verdad no entendí muy bien las cosas hasta que mi hermano me dijo: se ha dormido y no va a volver a despertarse nunca más. Le pregunté a mi padre si era cierto y él me asintió haciendo señal con su dedo de que guardara silencio.

Cuando llegamos a casa, fui corriendo a mi habitación y me encerré. Pensé que sería maravilloso poder hacer despertar a mi abuelito para que todos volvieran a estar felices. Me vi parada al lado de la caja de madera y toqué una campana, haciendo que mi abuelito abriera los ojos y me sonriera. Luego entramos juntos a mi casa con una sonrisa y él les

explicaba a todos que no había muerto, sino que sólo había alargado su siesta más de lo que debía. Todos estaban felices porque yo lo había despertado.

Cuando pude ver que todos volvían a sonreír como antes, me sentí bien y estuve muy feliz de lo que había hecho.

Día 7

Sonrisas de arte

Hoy en mi colegio vi a una mujer de mucha edad sentada en una de las bancas del parque de recreo con una cámara, mientras tomaba con ella fotografías de los niños jugando. Nuestra maestra nos explicó que era una reconocida artista que se había interesado en nuestra escuela y que con las fotografías haría una próxima exposición.

Nunca me había preguntado qué se sentiría ser una artista, viajar de sitio en sitio inspirándome mientras veía la gente pasar. Nunca en mi vida había aprendido un arte, solo escribía en mis diarios y pintaba algunas muñecas de caricatura con mis colores. Nunca había expuesto, ni tampoco me había presentado en grandes escenarios y eso me pareció triste.

Me imaginé entonces parada en un escenario mientras presentaba ante todos, una obra de teatro. Escuché como los aplausos me felicitaban por mi trabajo y, haciendo una venia, les agradecí a todos. Al salir del teatro una multitud me pidió sus autógrafos y vi entonces que ser tan conocida no era lo que yo quería. Entonces me imaginé en una exposición de mis muñecas y vi cómo grandes críticos del arte pasaban sus miradas entre mis cuadros mientras hablaban entre ellos, haciendo muecas con sus bocas que me mostraban aceptación. Yo continuaba parada allí esperando que alguien se acercada a decirme algo más que “felicitaciones” por mi trabajo, pero, aunque creía que estaba acompañada, la verdad estaba muy sola. Como no me llamó la atención mi éxito con mis dibujos, me imaginé entonces como una escritora que había publicado un libro muy exitoso. Vi entonces cómo algunas personas reconocían mi nombre, pero muy pocos mi rostro. Me vi encerrada en una paradoja de realidades; ya que mientras sabían quién era, no sabían cómo era.

Intenté imaginarme como escultora, pero fue muy parecido a la pintura. Me vi como bailarina, pero fue muy parecido al teatro, en el cual sólo me nombran como una intérprete más. Construí edificios con mi arquitectura, pero no logré sacar provecho de mi éxito, porque, aunque admiraban mi labor, mi edificio era más significativo que yo. Intenté hacer de mi música

algo popular, pero me encontré con que la historia había olvidado tal arte, dejando que las personas desecharan una canción si había pasado de moda. Al final intenté hacer de mi cine algo que fuese más que entretención, pero encontré en él la misma enfermedad que en la música.

Quise entonces olvidarme del éxito y aprender cualquier arte, la que me hiciera más feliz, en un lugar solitario, donde lo que hiciera no fuese admirado ni juzgado por nadie, porque sólo así haría las cosas solo por mí, como un verdadero disfrute. Bailar, escribir, esculpir, actuar, pintar, diseñar o capturar un momento; cualquier cosa, pero acompañada de un paisaje hermoso que me recordara a mí misma que era capaz. ¡Qué día maravilloso el que tuve! ¡Fue un día de ensueño!

Día 8

Protagonistas de mi canto

Hoy en el colegio encontré en el tablón de noticias una sugerencia para unirse al grupo de canto que se estaba formando. Todos estaban contentos porque el joven más atractivo de la escuela se había unido a él, así que todas sus admiradoras habían llenado el cupo, dejándome sin la oportunidad de participar en él. A diferencia de todas ellas, yo no me quería unir para estar al lado de un bruto con cara bonita como lo era él, sino que en serio quería aprender a cantar.

Cuando entramos a gimnasia, mientras hacíamos ejercicio, el coliseo llenó sus paredes del canto desafinado de los papagayos que estaban intentando cantar en el coro, lo que me hizo enfurecerme aún más conmigo misma por no apresurarme a aprovechar la oportunidad. La profesora nos indicó que era hora de un descanso y me senté en las gradas aun escuchando los gritos de agonía que provenían del salón de música. ¡Fue una completa tortura!

Cuando llegué a mi casa estaba todavía enojada, así que me encerré en mi cuarto intentando distraerme con algún pensamiento que me alegrara, así que soñé que era una cantante famosa y que cantaba delante de un público enorme. Los periodistas apuntaban sus cámaras en mí intentando capturar mi maravilloso rostro en sus fotografías al momento de llegar al teatro. Miles de hombres y mujeres gritaban mi nombre desesperados de que yo los mirara y yo pasaba delante de ellos, saludándolos con una sonrisa, dirigiéndome hacia mi escenario. Entré en él y un grupo de personas me tomó de las manos para guiarme hacia mi camerino, en donde me vestí, maquillé y peiné para salir impecable a cantar con todo mi amor a las miles de personas que me esperaban.

La hora llegó y yo sólo pude alistarme conmigo misma, dándome valor para evitar los nervios, mientras subía las escaleras para salir al escenario. La música comenzó a sonar, las luces se encendieron y yo agité mis manos saludando a todos, cantando con mi maravillosa voz mi más grandioso éxito.

Toda la noche sonreí como nunca lo había hecho y deseé repetirlo miles de veces más, porque amé ser querida por la gente por mi talento. ¡Qué noche de ensueño!

Creo que ya había soñado algo así... pues, sí: repetí.

Día 9

De corazón aventurero

Hoy salí de la escuela más temprano de lo normal y quise caminar a mi hogar por una vía nueva que nunca había utilizado. Lo cierto es que fue bastante extraño no saber por dónde caminar teniendo el temor de que podías perderte si no doblabas bien en una esquina, pero todo se tornó maravilloso cuando un hombre, montado en un patín, me guio con sus volteretas al camino correcto mientras admiraba su enorme talento.

Cuando llegué a mi casa saludé a mi madre contenta de haber sido capaz de no seguir el mismo camino y haberme dado la oportunidad de poder conocer ese deporte que siempre te dicen que es peligroso. Lo cierto es que no me he atrevido nunca a preguntarles a mis padres si podía practicar algún deporte extremo, ya que mi madre había comenzado a sufrir un ataque de nervios desde que mi hermano se había accidentado montando bicicleta. ¡Todo se daña por culpa de mi hermano!

Cuando entré a mi habitación me senté a hacer los deberes, pero en vez de dibujar las cosas que la maestra me había puesto a realizar, me quedé imaginando cómo sería ser una deportista extrema. Tenía puesto entonces mi casco rosado, mis rodilleras y mis hombreras mientras corría a toda velocidad en mi bicicleta. Ahí estaba yo, siendo aplaudida por todos mis amigos y criticada por la boba Vanessa del colegio, que veía con envidia cómo mis volteretas cerraban sus palabras mientras los niños más lindos de la escuela me miraban atentos.

Me monté en una de las rampas más altas, tomé impulso y las ruedas de mi bicicleta comenzaron a girar mientras bajaba a toda velocidad esperando poder hacer un brinco y una maroma fantástica que me hicieran la niña más popular de la escuela, haciendo así que todas las niñas quisieran invitarme a sus fiestas de cumpleaños. Llegué entonces hasta el final de la rampa y con gran velocidad hice un brinco que me suspendió en el cielo mientras era fotografiada por miles de periodistas que estaban atentos. Me paré en el manubrio y comencé a bailar en él mientras mi bicicleta permanecía inmóvil en el aire, sentándome luego para poder caer

en la superficie que estaba esperándome para evitar que cayera mal. Cuando aterricé todos los niños de la escuela me rodearon y me felicitaron, los periodistas me entrevistaron y fui invitada a eventos para mostrar mis trucos a miles de personas que pedirían luego mi autógrafo. ¡Todo fue como siempre lo soñé! ¡Era una deportista extrema! ¡Mi vida era un sueño!

Día 10

De marcas permanentes

Hoy en el colegio fue una mujer a hablarnos sobre el medio ambiente, la cual era muy bonita. Sus ojos eran verdes, su piel muy blanca y su cabello rubio, lo que hizo que fuese el centro de admiración en el colegio. Cuando se puso de pie frente al salón todos los niños se quedaron en silencio mientras la miraban y yo, sin entender su comportamiento, intenté encontrar en ella algo interesante que mirar.

La mujer hablaba de manera tranquila mientras movía sus manos, las cuales comencé a detallar porque en una de ellas tenía una marca negra que parecía ser un rayón. Cuando terminó de hablarnos, contestó todas nuestras preguntas y nuestra maestra nos dejó salir al descanso, haciendo que todos los de mi clase salieran corriendo por la puerta del salón. Pero yo quise quedarme en el salón para poder hablar a solas con la mujer. Cuando todos salieron yo la alcancé y la saludé, preguntándole por el rayón. Ella me sonrió y luego me mostró su mano dejándome ver que era un dibujo de una mariposa que estaba permanente en su piel y que, según ella, nunca se borraba. Me dijo que el nombre de esa marca era “tatuaje” y que tenía que ser mayor para hacerlo o, si quería hacérmelo ya, necesitaba el permiso de mis padres.

Yo llegué a mi casa y fui directamente a donde mi mamá para preguntarle si podía hacerme el rostro de mi dibujo animado preferido en una de mis mejillas, recibiendo un grito, luego de decirme que nunca más se me ocurriera volver a pensar en ello. Yo, algo decepcionada, subí a mi habitación y me encerré, acostándome en mi cama y comenzando a pensar en el cómo sería tener un tatuaje.

Vi que mi mejilla tenía la cara de mi dibujo animado preferido y que, al ir al colegio, era la envidia de todas las niñas porque mis padres me habían dejado tener un tatuaje que podía lucir toda mi vida. El chico más atractivo de mi escuela se había acercado a mí y me había hablado durante todo el descanso, admirando mi impresionante tatuaje. Luego me invitó a salir a comer un helado y me tomó de la mano mientras las otras niñas de mi

colegio me miraban sorprendidas porque estaba con él. ¡Todo había comenzado a ser un sueño! ¡Ahora era popular!

Día 11

Por lugares inexplorados

Hoy estaba en el salón pensativa cuando algo que dijo mi maestra, mientras nos daba la clase de historia, me llamó la atención. Estaba enseñándonos sobre el descubrimiento de América, cuando de repente uno de mis compañeros alzó la mano y preguntó si había lugares en el mundo que todavía no fuesen pisados por el hombre, teniendo como respuesta de mi maestra un “no” explicándonos que todos los lugares estaban habitados.

¿Qué pasaría si hubiese un lugar en el mundo donde el hombre nunca hubiese ido? Que en vez de visitar las grandes ciudades de las que hablaban las niñas con más dinero de mi colegio, estuvieses completamente solo en un lugar para ti. Nadie se burlaría de ti por tener un corte de cabello pasado de moda ni nadie se encargaría de hacerte llorar porque eres “rara”. Todo sería mucho más lindo, mucho más sincero.

Luego de salir de clases, caminé con prisa y llegué a mi casa. Entré en mi habitación y me encerré. Me acosté en la cama y comencé a pensar en las infinitas posibilidades que tenía para poder estar sola en un lugar que fuese desconocido para todos. Mi padre me había dicho una vez que un famoso de la televisión había comprado una isla para él mismo, así que quise imaginarme cómo sería tener una isla que fuese mía.

Estaba sentada en una casa de madera junto al mar y nadie estaba a mi lado para molestarme. Mi isla era pequeña pero tenía todo lo que podía necesitar. Mis revistas, mi televisión, una nevera repleta de postres y una mascota. Mi mascota se llamaba “Nino” y era un mono que vivía cerca de mi casa en una palmera. Nino, cada vez que me visitaba, me traía alguna fruta que conseguía entre los árboles de la isla, siendo mi mejor amigo. Nos metíamos juntos al mar y caminábamos por la playa mientras recogíamos caparazones de caracoles y poníamos nuestras orejas en ellos para escuchar el sonido del mar.

Cada vez que quería visitar a mis padres, tomaba un avión e iba a mi casa para estar con ellos, llevándole regalos de mi isla y haciendo que se alegraran. Algunas veces los dejaba entrar y quedarse conmigo una tarde,

pero antes de que anocheciera se tenían que ir para yo poder dormir a solas en mi cama gigante. ¡Todo era como siempre había soñado! ¡Mi vida era un sueño!